

Colección
Horacio Lúñiga Anaya
La luz del conocimiento

TOMO I



Poesía

ÁNFORA (1920)
MIRRAS: POEMAS ORFÉBRICOS (1932)

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México



COLECCIÓN HORACIO ZÚÑIGA ANAYA
LA LUZ DEL CONOCIMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles
Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación
y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles
Bernal García
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna
Secretario de Planeación y Desarrollo
Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E.
Ballesteros Senties
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada
Director General de Comunicación
Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez
Director General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor Universitario

Horacio Lúñiga Jnaya
La luz del conocimiento

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



TOMO I
POESÍA



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”
“2016, Año de Leopoldo Flores Valdés”

Primera edición, octubre 2016

Ánfora (1920) | *Mirras: poemas orfêbricos* (1932)
Jorge Olvera García (coordinador)

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36
<http://www.uaemex.mx>
direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Olvera García, Jorge (coord.) (2016), *Ánfora* (1920) | *Mirras: poemas orfêbricos* (1932), México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN 978-607-422-756-7: Colección Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

ISBN 978-607-422-757-4: Tomo I Poesía: *Ánfora* (1920) | *Mirras: poemas orfêbricos* (1932)

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

DISCURSO DE PRESENTACIÓN

PRONUNCIADO POR EL DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO, EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2013 EN LA VELADA LUCTUOSA SOLEMNE EN HONOR AL MTRO. HORACIO ZÚÑIGA ANAYA.

Poeta, tu Universidad te canta, te honra y te respeta, de la misma forma en que tú lo hiciste, del mismo modo en que tú cantaste los más profundos versos y la más sugestiva prosa.

Así, de esta manera, ponemos a vuelo tu maravillosa imagen de hombre libre, de varón coherente, de bardo silencioso, pero al mismo tiempo lleno de estruendosos motivos.

Poeta de Toluca, orador del Instituto, a ti te recordamos con un *Laurel y un Crespón* porque sabes y sabes bien, que la juventud a la que tanto amaste y tu vida diste, sabrá recoger las semillas sembradas en los muros perpetuos de la ahora Universidad republicana, libre y autónoma de tu solar nativo.

- Con tu venia, Maestro, orador y poeta Horacio Salvador Zúñiga Anaya.
- Honorable Consejo Universitario.
- Señoras y señores integrantes del Honorable Colegio de Directores.
- Mi sincero saludo a una universitaria de amplio valor humano y profesionista exitosa, Lic. Martha Hilda González Calderón, Presidenta Municipal de Toluca.
- Saludo a quien tuvo el enorme privilegio de compartir miles de experiencias con el Maestro Zúñiga; a su secretario y amigo Gonzalo Pérez Gómez.

- Saludo también, a una promotora incansable de la obra de Horacio Zúñiga y de uno de sus discípulos más distinguidos José Muñoz Cota; le reiteramos que esta Máxima Casa de Estudios es casa de mentes libres como la de Alicia Pérez Salazar.
- Mi saludo a los integrantes del Honorable Cabildo de Toluca.
- Mi reconocimiento a los líderes sindicales de la FAAPAUDEM y SUTESUDEM, gracias por su presencia.
- Saludo al Gabinete Universitario.
- Destaco la presencia del cronista de nuestra noble Institución, maestro Inocente Peñaloza García.
- Poetas, escritores, investigadores y comunidad de oradores que se dan cita para honrar la memoria del ilustre Horacio Zúñiga.
- Sociedad mexiquense, sociedad de Toluca.
- Universitarios todos:

“Horacio... hermano mío, te traigo mi palabra emocionada... porque la huida de tu espíritu no es sólo para mí, como para todos, la fuga de una entidad de excelencia que tuvimos el privilegio de sentir junto a nosotros, tú y yo hicimos juntos la vela de nuestras armas literarias y juntos nos lanzamos, como Quijotes alucinados, a desfacer entuertos”... Así despidió Enrique Carniado a su amigo entrañable Horacio Zúñiga.

Del mismo modo y sin punto de comparación, hoy recordamos que hace 57 años, la existencia del poeta de Toluca transmutó los tiempos y las eras, para cifrar su estrella en el infinito universo de la idea y la imperecedera voluntad.

Horacio Zúñiga tramontó la finita existencia humana, rompió el silencio su poesía caudalosa y libre.

Él, le dio sentido y razón a la cátedra en el Instituto Científico y Literario, ovacionado desde el primer instante en que sus alumnos escucharon su voz de

barítono, lograda a base del ejercicio que le imponían los hermanos maristas en su infancia.

Fue un hombre destinado a la cultura, nació para ser maestro, nació con espíritu de poeta, nació para dar lustre a las palabras, para defender nuestro idioma, para recrear el lenguaje que constituye y sostiene a los hombres.

Eso fue, un destinado a cumplir con el más noble de los designios, iluminar conciencias e incendiar temperamentos; cumplió a cabalidad las palabras del genial Simón Bolívar, el más grande libertador cinceló: “que el objeto más noble que puede ocupar el hombre es ilustrar a sus semejantes”.

Zúñiga cumplió y amplió el concepto de maestro, en tanto es éste, según Albert Einstein: “quien cumple el supremo arte de despertar el placer de la expresión creativa y el conocimiento”.

Maestro fuiste y serás; porque supiste ser guía del alumno, ejemplo de vida, conductor de individuos. Todos los conceptos del Maestro caben en ti y en ti se multiplican.

Si escuchamos a Platón diremos “que el Maestro es el que escoge los caminos de la belleza para llevar al discípulo a la verdad, de tal manera que su acción trascienda el apostolado y el discípulo acabe por corroborar, en el ejemplo de la vida perfecta los postulados de los labios omnisapientes y las conclusiones de la inteligencia humana”.

Enseñar sin mucho es instruir y el que tal cosa hace, puede ser profesor, catedrático, pedagogo, conferencista; pero Maestro sólo está reservado a las mentes que logran de la conducción de espíritus su apostolado.

El propio Zúñiga describe al maestro como aquel que con la sublime belleza de su palabra conjunta sabiduría, belleza y amor, las tres entidades con las que asoma al discípulo al vasto panorama del mundo, haciéndole sentir valor, responsabilidad y orgullo.

Quien impulsa elementos de pasión, de entusiasmo y de justicia, como fuerza creadora y potencia reivindicadora de los más altos timbres del espíritu humano;

quien transforma el carácter crítico en constructivo y postra como finalidad, volver humano al hombre, que es esencia viva, motor del mundo, ejemplo de civilización, centro, motivo y razón del universo.

El primer nombramiento que recibe Horacio Zúñiga como profesor está fechado el 12 de febrero de 1926.

A partir de ese momento y para siempre conquistó con vehemente vocación su fama de hombre de letras y labró su imagen de poeta, sólo eso, formalizó su condición de poeta, porque el poeta nace, la naturaleza designa la condición de cada quien y a él lo hizo poeta, para decretar la verdad, para elogiar a la belleza, para ennoblecer al hombre.

Su fácil y persuasiva expresión y la solidez de su cultura humanista y filosófica, hicieron de él un maestro carismático, arrebatador, admirado por sus compañeros y envidiado por quienes denostaban su estilo poético, sin comprender siquiera que los Titanes, que los gladiadores del verbo, hablan y escriben para estar a la altura de olímpicos diálogos, porque se entienden con lo divino y le susurran al hombre la magia eterna de la poesía.

En el Maestro Horacio Zúñiga dimensionamos primero al hombre, ya no únicamente al ser racional de Aristóteles, sino más allá, al hombre que tiene poder sobre sí mismo, al que sabe hablar y callar, y Zúñiga lo supo, al que ejercita placentero, rigidez y dureza consigo mismo.

Y él lo fue, hombre de hierro con sonoridades de cristal, galerna devastadora con trinos de ruiseñor, bélicas fanfarrias con cadenas brizadoras, halos aromados en bronceo vaso etrusco; hombre fuiste, hombre de carne y hueso que suspira, hombre soldado de las más aromáticas batallas del verbo. Hombre que sedujo a la aurora y fortísimo luchador de la verdad y la belleza hecha esencia, motor y motivo.

Hombre fuiste Horacio, a la altura de los más grandes, hombre con estatura de titán, genial ejemplo de ruiseñor armado.

Cabe el verso que otro de tus distinguidos discípulos, Octavio Paz, dedicara al poeta español Luis Cernuda:

Discurso de presentación

Ni cisne andaluz... ni pájaro de lujo.
Pájaro por las alas... hombre por la tristeza
Una mitad de luz... otra mitad de sombra
No separadas... confundidas.
Una sola sustancia
Vibración que se despliega en transparencia
Piedra de luna... más agua que piedra
Río taciturno... más palabra que río
Árbol por solitario... hombre por la palabra.

Y volvemos a Carniado: “Por eso yo te conozco a ti, como tú me conociste a mí, por ese milagro de transparencia que hizo de nuestras almas, pantalla televidente; en la que se reflejaba la secuencia de nuestro acaecer sentimental, en la que se concretaban en imágenes nuestros pensamientos y se expresaban en nuestras palabras, nuestros ideales”.

El poeta amó profundamente a Toluca, las calles de esta ciudad escucharon su voz, deslumbraron sus cúpulas con la filigrana de su verbo peregrinante; el poeta de la soledad dejó semillas regadas por las calles silenciosas y frías de su ciudad provinciana.

Se lo dijo el poeta en su oración fúnebre: “Toluca ha sido fiel a ti como tú a ella... vigila tus pasos solitarios, se ha empapado de silencios para que pudiera volar mejor el ave de tu pensamiento y; hasta en ocasiones, ha enmudecido sus campanas para no perturbar tus reflexiones”.

Junto a Enrique Carniado, Pastor Velázquez y Vicente Mendiola conforman una generación de institutenses que transformará para siempre la vida de Toluca y serán la masa pensante y creativa del Estado.

Se educó a los pies de los más sabios de la época, de maestros como moles que piensan y transforman... de Manuel Gómez Morín, de Antonio y de Alfonso Caso, de Vicente Lombardo Toledano, de Erasmo Castellanos Quinto.

Dirigió la Biblioteca Pública del Estado, siguiendo el mismo destino de las grandes mentes que con su pluma transformaron este país; tuvo bajo su resguardo y dirección una biblioteca de la que abrevaron todos los conocimientos que los libros guardan.

Adquirió desde su juventud, una cultura enciclopédica, su mente era un recetario de frases, de poemas genuinos, de discursos orfébricos; fue un artesano del verbo, labró la piedra del conocimiento con tenacidad y paciencia, paciencia de santo y devoción de profeta.

Orador, el más grande que ha habido, el más bello, el más orquestal; orador, porque para sí mismo practicó la gimnasia de la inteligencia sobre la tribuna más alta que pueda existir: la de la conciencia y el corazón del hombre.

Es por antonomasia el más grande verbomotor que ha tenido la tribuna mexicana.

Sí, Ramírez el incisivo;

sí, Altamirano el admirable;

sí, Jesús Urueta el perfeccionista, el príncipe de la palabra;

sí, López Mateos, la lengua de bronce;

sí, Muñoz Cota, el arquetipo del orador completo.

Sí... todos ellos dieron lustre a la tribuna de México; pero Zúñiga es el poeta-orador que hace del caudal del verbo una tempestad, el escultor que hizo hablar a la piedra; como Bolívar el poeta-soldado que de cada batalla hacía una sinfonía o como Morelos el estratega, que enaltecía a la patria en cada campaña.

Así es Zúñiga, el comandante de la idea, el general de la belleza, el almirante de la imagen, sin más ni más, el mariscal del verbo; como un manojo de relámpagos embravecidos y de fuerza y de verdad... el poeta de ritmos humanos, el orador de sinfonías.

Fernando Pessoa solía afirmar que “el nombre no significa nada y a la vez lo es todo”.

Para Horacio Zúñiga representó su destino, en su nombre llevó la misión de literato, de varón enamorado de la idea; en su nombre se reflejó al escritor

Discurso de presentación

contra la indiferencia, literato de éxito y con voz propia, poseía una conciencia insatisfecha; directo en la expresión de sus juicios, fustigador de la injusticia, del autoritarismo, defiende la bondad como el mayor argumento para una revolución. Apela a la razón, reivindica el sentido común y la prevalencia de la ética. Desafecto de la envidia, protagonista de una experiencia vital intensa.

Así era Horacio Zúñiga, disciplinado, tenaz, melancólico, reservado, coherente en sus convicciones, serio, severo, solitario por temperamento y soledoso por esencia; tímido, tierno, implacable, pesimista, leal, sincero, generoso, duro por fuera y frágil por dentro; poseedor de un acentuado sentido de la dignidad, adusto y beligerante; un hombre poseído, desde la juventud, por una insaciable curiosidad, acostumbrado a decir lo que pensaba y a meditar lo que decía, hasta labrar una apariencia de labor misional laica.

Saramago, el genial escritor portugués, afirma que “somos seres de búsqueda”; seguimos el camino para encontrar algo, nos aventuramos a afirmar nuestra condición humana a través de nuestros hechos y cuando dejamos la existencia, seguimos buscando, es una constante perpetua, la búsqueda de lo que somos, a través de lo que creemos.

Tal vez por ello, Borges afirmó: “el tiempo, es la materia de la que estoy hecho”; y nosotros decimos, el tiempo es sólo la sustancia que da albergue a las ideas de los grandes hombres; el tiempo es pretexto para medir su estatura de gigantes, el tiempo es un vehículo para recorrer épocas e inspirar generaciones.

Así, a las 7:30 horas de aquella mañana del 13 de septiembre de 1956, llegaría el final de una existencia de luces, de ritmos y de cantos; llegó puntual a su cita con el destino, llegó puntual la muerte física del poeta, pero como bien se sabe, la poesía es energía y belleza a la par; la belleza no muere, la idea se transforma, la poesía se transfigura, la verdad se magnifica.

Así llegó Horacio Zúñiga a su cita final con la vida y dejó de existir, su tierra natal lo despidió, su solar nativo lo dejó de cubrir en vida para postrarlo en los muros del viento de su ciudad provinciana y ahora, su tierra lo reclama, su gente

lo aplaude, sus discípulos lo honran porque somos, son y seremos producto de su idea, de su verdad hecha poesía, de su oratoria clara y magnífica que nos acompaña siempre y siempre en deuda estará este Instituto, esta Universidad potente y pertinente que le reclama como suyo, que lo envuelve y lo guarda en esta enorme bandera verde y oro.

Si Juárez con su muerte pudo ponerse de pie en la conciencia nacional, si Morelos con su fe patriótica pudo darle Sentimientos a la Nación, si Zapata reivindicó a los campesinos, a los olvidados, con su cabalgar de hombre mestizo y libre; así Horacio Zúñiga se apropia de la esencia misma de una Universidad que se hace más grande con su ejemplo.

Horacio Zúñiga le da a la Universidad de ahora, pertenencia, pertinencia, permanencia, identidad, razón, inspiración, fuerza, fe y voluntad.

Entendemos a la universidad como aquella que liga, que une, que vincula, que nos hace sentir una gran unión con todo, porque la universidad somos nosotros, lo que nos rodea, esta casa que es autónomamente nuestra.

Quién más que la Universidad, su casa y casa del hombre, debe albergar su obra, por eso lo reclamamos para nosotros y para bien de la sociedad de Toluca, del estado y del país, por eso queremos que se conozca y reconozca su obra, por eso impulsamos su imagen más allá de nuestros muros, para que descubran y redescubran al poeta pródigo del Instituto, que también luchó por nuestra autonomía, principio rector de nuestra vida y como esencia viva de nuestra existencia académica.

Así habla quien lo conoció, Inocente Peñaloza, nuestro cronista, lo nombra el “Poeta de la Soledad” y también el poeta de la razón, el poeta de la vida, el que le canta al hombre y a la naturaleza, como sus poemas a las cumbres y al volcán, al Señor Desnudo Xinantécatl; que fue su más profunda inspiración.

Arquitecto de su tiempo y de su ciudad, de su Instituto, de nuestra Universidad; en él la voz de esta Casa cabe siempre, en la edificación del amor y el compromiso con la juventud.

Discurso de presentación

La obra de los ilustres institutenses y de los universitarios de amplio valor, nos genera un verdadero compromiso por corresponder con dignidad al momento que nos toca vivir.

Somos una generación que ve siempre al horizonte, pero no olvida sus raíces; quien recuerda siempre lo que es y de dónde viene, puede ver con decisión el porvenir. Origen es destino.

En torno a la figura de Horacio Zúñiga Anaya, convocamos a los universitarios a hacer más para trascender más; hacemos un llamado pertinente a darle más brillo a nuestra Máxima Casa de humanismo y de cultura.

Declaro que necesitamos al poeta, ahora en sus libros y en su obra, para edificar con verdad y empuje al nuevo torreón de nuestro tiempo; este torreón como emblema del trabajo que desarrollamos todos los universitarios representa también el regreso al humanismo, al reconocimiento del hombre por el hombre mismo, el volver los ojos a la esencia de quienes construimos a la universidad todos los días, este torreón que está destinado a volvernos más humanos, más libres, más y aún dignos.

Con humildad proclamamos que este tiempo es el tiempo de mirarnos unos a otros bajo el hilo de la solidaridad y de la inspiración que crea, es momento de sentir nuestra herencia de miles de hombres que sin falsas afirmaciones construyeron lo que ahora somos.

Reconocernos unos a otros, querernos en el lenguaje propio de nuestro legado, sabernos coincidentes de nuestra misión única, encontrar en el hombre la razón de nuestro espacio y tiempo.

Por ello, iniciamos el reconocimiento de mujeres y hombres con el regreso a nuestro código genético: el humanismo que a la ciencia le da sentido.

En mi calidad de rector de esta casi bicentenaria institución y con el respaldo de los universitarios, acordé instaurar que cada 13 de septiembre nos reunamos, Ayuntamiento de Toluca, Universidad y sociedad, a recordar a uno

de los nuestros, al Maestro Horacio Zúñiga Anaya a quien debemos homenaje valedero, porque su obra nos permitirá proclamarnos pertinentes una vez más.

Creo firmemente que el hombre se debe a su tiempo, pero también a su pasado iluminado por conciencias más claras y más grandes.

Por ello, decidimos además... Rendirte Homenaje, maestro, ...con una sala en este edificio histórico, en este *Viejo Abuelo Ilustrado* que albergó tu vida; más adelante, con una plazoleta que llevará tu nombre en Ciudad Universitaria y con la promoción de tu obra entre nuestra comunidad y la sociedad; por ello, propondré al Consejo Editorial de nuestra institución la reedición de tu obra escrita, para que se conozca tu esencia a través de tus palabras.

El espíritu de excepción de Horacio Zúñiga está guardado en la abundante cosecha de sus libros, para que los jóvenes de muchas generaciones puedan marchar sobre los senderos iluminados por este bardo de luz.

Es el mayor legado que podemos dejar a quienes nos suceden, por la fe inquebrantable en que la Universidad Autónoma del Estado de México, seguirá siendo la casa de la verdad, de la expresión libre y de la comunión de las ideas que transforman.

En el *Libro de los itinerarios*, de José Saramago, Nobel de Literatura y Doctor Honoris Causa, afirma con vehemente razón: "Siempre acabamos llegando a donde nos esperan".

Así, Horacio Zúñiga regresó a su Instituto, en donde siempre se le esperó; del que nunca debió haberse separado; a su paso por este *Viejo caserón de piedra*, dejó la idea de un monumento a los maestros del Instituto y la letra bellísima y admirada en toda la república mexicana de nuestro *Himno Institutense*, cantado por vez primera el 3 de marzo de 1928, conmemorando el Centenario del Instituto.

Por ello y en tu honor, hemos recuperado las dos estrofas que permanecieron vagas en el olvido y que ahora esta administración con la voz de los universitarios, porque nada ni nadie puede trasgredir la letra que ha vestido a esta potente Casa

de Estudios durante 85 años, los cerebros seguirán siendo jaulas de ideas en esta torre de oro del ave doncella.

Desde los 13 años de edad, la vida de Horacio Zúñiga fue marcada por un suceso sin precedentes, el ingreso al liberal Instituto Científico y Literario. A partir de ese momento, su mente comenzaría un amplio y largo camino por el sendero del conocimiento, la lectura y la meditación de temas profundos.

El Instituto, ahora Universidad, era su más grande pasión, y es mentira... es mentira quien afirme que se fue, el poeta vivió y vivirá por siempre, porque el universo de su mente creativa y el portentoso significado de sus palabras, necesitan reposar en un santuario igual de fuerte, para que dé abrigo a sus más nobles propósitos.

Así como el océano controla a sí mismo sus aguas imponentes, así como el fuego necesita la libertad del viento, así las ideas, las imágenes y las palabras de Zúñiga necesitan el reposo que brinda la Universidad Autónoma del Estado de México.

El lugar donde nacen los hombres con altura de montañas y el entorno en el que se desenvuelven, son meras referencias geográficas; porque para ellos ni la extensión del viento es suficiente para contener su manto de bondad y de prestigio.

Horacio Zúñiga, como muchos más, tiene como cuna, como vientre eterno y natural, el universo, como dijo el poeta de la plástica mexiquense Leopoldo Flores Valdés: “La Universidad es el universo, universo es el vientre infinito donde nace el hombre, universo sin término donde no existe horizonte, horizonte, todos lo sabemos, en el universo no existe horizonte.

Universo infinito, sobrio, explosivo y magnánimo, universo-universidad, que es producto de poetas y pensadores”.

Universo que todo lo embellece, porque es todo y todo lo consume para construirlo luego; universo es la universidad, vientre magnífico de *ideas, imágenes y palabras*, universidad que alberga en su vientre la savia de la lírica, la profundidad de la idea, la grandeza del ejemplo.

Universo somos nosotros, todos, porque hacemos de la voluntad... patria ciencia y trabajo por y para la sociedad.

Cuánta falta hacen, qué necesarios son los poetas para el mundo, mientras éste se desgrana en odios malsanos, el poeta canta y vibra, canta para armonizar al hombre, para ilustrar la vida, para señalar la verdad.

Así fue el admirado poeta y orador Horacio Zúñiga; un ser genuino, hecho de palabras, heredero de palabras, que a lo largo de los tiempos realizó para gloria de nosotros, un testamento de palabras.

¿Y qué es la palabra? LA PALABRA ES LUZ

ENVÍO:

Amado Maestro Horacio Zúñiga:

Desde esta imponente Aula Magna de nuestra Universidad. Panal majestuoso de imágenes colosales.

Hace 57 años tu cuerpo fue velado en este recinto y hoy velamos armas en tu nombre.

Poeta de luz, de caudalosa lírica, de ritmos majestuosos, de selvas sonoras, de sinfonías magnánimas. Poeta de Tollocan, más grande y más humano.

De amplio caudal es tu poesía, de vitalidad y energía tu prosa, poeta de tempestades, arrobando el deseo infinito de ver a la juventud luchar por la honra y por la libertad.

No existen muros que contengan tu poesía y la portentosa carga de tu oratoria, eres ornamento de nuestra casa de cien arcos, en estos pasillos caminaste, discutiste, amaste a las letras como se ama al hermano, a la madre, a la compañera de vida.

No hay muros, no los habrá... que encierren tu ejemplo de hombre libre, de bardo enamorado, de eterno poeta.

Discurso de presentación

Tensas el arco de la verdad pero tú eres la flecha, conviertes la espuma en vuelo de palomas, eres la verdad de una sociedad que necesita a sus poetas, a sus oradores, a sus literatos y ahora a sus académicos, investigadores y a sus alumnos; una sociedad que necesita vivir en la armonía con su presente y transmutar sus principios para salvarse a sí misma.

La universidad por mi voz te nombra y te renombra, te reconoce y te ensalza, no por vanidad y casamiento con la historia, sino por justicia, por obra y gracia de la justicia verdadera que obliga a los hombres a reconocer a sus hombres, porque en el reconocimiento de unos está la dignidad de todos.

Desde la sombra infinita de esta preclara casa de cultura, venimos en esta tarde lluviosa en enorme cruzada de admiración y gratitud a traerte para ti toda la fuerza de tu Universidad, como tú la nombraste: “Pendón de esmeralda, embrujado con el simbólico temblor de las abejas de oro”.

Por ello pido que al poeta de la soledad... no se le recuerde con silencios; si su poesía fue tan caudalosa, si su poesía fue tan rítmica, si su poesía fue una rebeldía permanente, por qué recordar con silencios al hombre que provocó huracanes y domó desde su mente el verbo majestuoso de ciclones.

Tus hijos te aplauden y te canta tu Instituto
Aplaudid universitarios... aplaudid al poeta
Salve Horacio... eternamente vibra... eternamente canta.
Viva por siempre Horacio Zúñiga Anaya.
Viva México y su amada bandera, suave patria libertadora.
Viva la Universidad liberal, autónoma y perínclita cumbre del saber.
Viva la imponente Universidad Autónoma del Estado de México.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

NOTA A LA EDICIÓN

El propósito de la colección *Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento* es poner a la disposición tanto del lector común como del lector especializado la obra del escritor toluqueño Horacio Zúñiga. Aquí se ha reunido su obra poética, narrativa y ensayo en orden cronológico, considerando la primera vez que éstas fueron publicadas.

En todo momento se buscó respetar las características de dichas publicaciones; por lo tanto, algunas peculiaridades en el uso del lenguaje y aspectos de puntuación, como el caso de los signos de admiración que a veces sólo abren o cierran, fueron conservados.

Esperamos que esta primera reunión del material de este destacado escritor mexiquense, tan poco conocido, sirva para que estudiosos de la materia (lingüistas, literatos, filólogos) puedan revisarla y así ampliar los estudios y ediciones críticas de esta obra.

AGRADECIMIENTOS

Al licenciado Gonzalo Pérez Gómez,
quien prestó gran parte del material que aquí se recopila.

Al maestro Héctor Sumano Magadán,
por su colaboración en la revisión bibliográfica.

A la maestra Alicia Gutiérrez Romo,
quien coordinó el trabajo de los estudiantes que como parte de su
servicio social colaboraron en el “Proyecto Horacio Zúñiga”.

A los alumnos y alumnas que participaron en este proyecto.

CONTENIDO

vii	Discurso de presentación
xxi	Nota a la edición
xxiii	Agradecimientos
1	ÁNFORA (1920)
5	A manera de propileo
29	El símbolo del libro
33	Mis versos..... mi libro.....
35	LOS VERSOS DE LA TERNURA
37	¡Alma ven a cantar!
40	Melodía
41	Su nombre.....
43	Es la excelsa señora.....
45	Yo te amo.....
48	Miniatura
50	Para la elénica Asunción
51	Si ya sabes.....
53	La palabra de miel
54	Y hasta en mi triste soledad.....

55	Mi madre
57	Como envuelta en un sueño
59	¿Existes?
60	Ella.....
61	Qué culpa tienes tú.....
62	Cura mis desengaños
64	Policromía
70	No te encierres en la torre
72	Toda la tarde aquella
74	Imploración
77	Rica arquilla de mis sueños.....
79	Tengo miedo de amarte
81	Figulina romántica
83	Flor caída.....
87	¿Sabes.....?
88	Noche: blanco poema.....
89	Blanca nieve
90	Fue en el mágico misterio.....
92	Siento.....
94	Soneto gentil
95	Elogiando un amor grande y divino
98	Yo no sé por qué pienso.....
99	El reclamo del pastor
101	Ofrecimiento
102	No lo olvides

104	Vivir soñando
106	A unos ojos divinos
107	A una boca pequeña
108	¿Por qué estás triste?
112	Si quisieras venir a mis vergeles.....
113	A un clavel
114	Cruel
117	Ni una sola sonrisa.....
120	Preguntas
122	Blanco y azul
123	Soy.....
124	Te llamé y no quisiste.....
126	Yo te bendigo.....
127	Gema.....
130	Fue por vuestra culpa.....
132	De mi lírica arquilla.....
133	Hondo
134	Si no te tengo a tí.....
135	Si es verdad.....
137	En mis jardines.....
141	¡Oh Jesús, oh Nazareno!.....
142	A la de los ojos hondos
143	Eres mi único bien.....
144	A sus manos que adoro

145	LOS VERSOS DEL ENTUSIASMO Y DEL ENSUEÑO
147	Yo quisiera hacer versos.....
151	Yo he visto a Dios
152	De la tragedia inmensa
156	Dualidad
158	Luchad.....
162	¡Oh tórtola Valencia!
165	Los volcanes
176	L'appel aux armes
178	A la catedral de Reims
179	Corazón, corazón.....!
180	Reminiscencia lírica
186	Versos fuertes
189	El poema de las gemas
194	El poema de la nieve
198	El poema de los ojos
201	El poema de las flores
205	Allá viene.....
206	Tríptico
209	¡Oh Señor desnudo!.....
210	Mi espíritu
212	La risa de Francia
215	La voz de la belleza
222	Hacia cerca de tres siglos.....
229	Al Xinantecatl

231	Por qué los crepúsculos son tristes
233	Los bosques de mi patria
237	Los lagos de mi patria
242	El cofre de mi ensueño
244	A la América nuestra
248	Los siete hilos de la vida
254	El anhelo
255	Juventud
259	Pegaso
260	Oye.....
262	Y la hélice al moverse va cantando....
264	Tríptico de las bellas artes
268	Señor, bien hayas tú
269	Si no sabes de belleza.....
271	Arquilla musical
274	Covadonga
281	Hoy.....
282	La esfinge
288	Canto a la raza
293	Envío
294	Dolorosa
295	Los bueyes
297	¡Oh señora mía!.....
298	El himno de la vida y del amor
305	Majestad.... ¡Mi reina muerta!....

306	Encantado terruño
307	Paisaje
309	EN EL UMBRAL DE LA SOMBRA
311	Preludio
313	La parábola cruel
319	LOS VERSOS DE LA DESILUSIÓN
321	Después de la tragedia
326	Acorde negro
330	Canto al suicidio
333	¡Y te tardas aún.....!
334	¡Señor, señor.....!
335	Dolor ¡oh monje pálido.....!
337	Plegaria póstuma
339	Como dentro del alma.....
340	Oh sublime anciana!.....
341	La letanía del búho
343	Oración exótica
344	Soñé en un ataúd
346	Vampiro, alada sombra.....
347	¡Oh cruz!.....
349	MI ÚLTIMO VERSO
351	Mi último verso.....

353	POST LIBRIS
355	Apéndice
363	MIRRAS: POEMAS ORFÉBRICOS (1932)
365	Dedicatoria
367	Epígrafe
371	Mirras
373	Anna Pavlova
375	El idilio encantado
376	Lira ferviente
378	Azul
379	Batiza
381	Salve
382	¡Belleza, belleza misericordiosa!
386	La perrita Dolly
387	El corazón parlero
389	Funerales de príncipe
390	El poema de la flor
396	Esplendor occiduo
397	Las tres sombras líricas
399	Don Quijote
400	Pierrot
401	San Francisco
403	Escorzo
404	¿Es?...

406	Sagitario celeste
407	Las Cumbres de Maltrata
409	Apunte
410	¡Señor, más, mucho más!...
413	Soneto íntimo
414	Quetzal
417	Soneto epitalámico
418	Versos de fervorosas añoranzas
422	Veinticinco años hace...
423	Motivos de Pierrot
426	Soneto límpido
427	La Navidad de Pierrot
431	Gabriel D'Annunzio
432	Pierrot se va de monje
434	Hora radiante
435	José Gabriel
437	Preludio de hierro
438	Gabriela Mistral
441	Mirra devota
442	Instante rítmico
444	La nave fúnebre
445	Hermano
446	Homenaje doliente
447	En el pórtico de oro
449	Zeff

451	Miradas de Cristo
452	Elegía
454	Gajo de laurel
455	Beti
458	Rosa y blanco
459	Tierra virgen y prócer
462	El Citlaltepetl
463	Tío Polito
465	A un botón musical
467	Tríptico polisintético
468	El corazón y el pesimismo
471	Celeste Navidad
472	Las castañuelas brujas
474	Espera
475	Reina del carnaval
478	El torero taumaturgo
479	¡Salve, primavera!...
483	Hora magnífica
484	Súplicas de mansedumbre y de altivez
487	El sublime calvario
488	El colibrí
490	Pobre hermano de mi alma
491	Yo quisiera
492	Las cumbres preclaras
493	Salmo lírico

498	El más hondo dolor
499	Epitalámico
501	El gato Alcibíades
502	La sonata doliente
506	El minuto sonoro
507	Motivo musical
511	El milagro vespéral
512	La Navidad de Dios
513	Un año más
514	Rocío
516	Díaz Mirón (A la manera clásica)
517	¡Oh madre de mi madre!...
519	¡Salve, Virgen Morena!
520	Sor de Lyz
525	Colofón

Ánfora
(1920)



A mis Padres; a mis Hermanos; a mis Amigos.
A todos los que me han dado en la vida, su pan de cariño, su vino
de ensueño, su rayo de amor.

HORACIO ZÚÑIGA

A MANERA DE PROPILEO

COMO hemos escrito este libro; por qué hemos formado este libro; qué significa este libro; he aquí lo que nos proponemos decir en las siguientes líneas, con el objeto, no de seguir la ridícula costumbre de autoprologar los primeros libros, sino con la intención únicamente, de que, los que nos lean y los que nos juzguen, se coloquen en un terreno tal, que les sea más fácil formarse un concepto justo de nuestra humilde persona y de nuestra insignificante producción.

¿Cómo hemos escrito este libro? ¿Cómo? Desde luego confesamos sinceramente que si hubiésemos de contestar a esta pregunta con una respuesta concreta, no la contestaríamos, porque, no creemos que haya Artista grande o pequeño que sepa y pueda decir cómo produjo su obra. ¡Tan espontánea, tan excelsamente inconsciente, pudiéramos decir, es la gestación cerebral de la idea y la encarnación de esa idea en la nota, en el cuadro, en la piedra, en el verso! pero, si lejos de pretender encerrarnos en el estrecho cuanto imposible ciclo de una respuesta de esas, se nos pidiera nada más la enunciación de las condiciones y de las circunstancias de medio, y estado psíquico bajo y dentro de las cuales hubimos de escribir estos versos, así como las finalidades estéticas que al escribirlos perseguimos, contestaríamos inmediatamente, como a continuación lo hacemos:

Nosotros hemos escrito este libro libremente, entusiastamente, fervientemente. Ningún prejuicio de escuela, ninguna seducción de estilo han torcido el tranquilo cauce donde corren las acaso raquílicas, pero siempre puras linfas de nuestra vernal inspiración.

En nuestra sed incurable, inmensa, infinita, de saber y de ahondar todo lo posible en el arcano, hemos estudiado y hemos leído cuanto nos ha sido dable,

muy especialmente, como es natural dadas nuestras inclinaciones, todo lo que se refiere o se relaciona con la Literatura. Por esta circunstancia conocemos aunque no con la profundidad y extensión que hubiéramos deseado, pero sí en las mejores y más bellas de sus obras, lo mismo a los Clásicos que a los Románticos; a los Naturalistas que a los Neo-Clásicos; Culteranistas y Parnasianos; a los Simbolistas que a los Decadentistas y Futuristas y hasta los que últimamente han dado en llamarse Rubenianos, porque, creen seguir las huellas del egregio lírico de América, entregándose a las más exageradas y tontas imitaciones, sin recordar la fina ironía de Benavente: “¡Bienaventurados los que nos imitan porque de ellos serán nuestros defectos!” Repetidas veces, como es inevitable hemos sido arrebatados y seducidos por el genio en esas nuestras amadas excursiones al dorado mundo de los Dioses, y, sería esta prosa más fastidiosa, más cansada todavía, si, alardeando de ilustrados, enumeráramos las diversas producciones y los nombres de los diversos autores que nos han exaltado hasta la cólera, sacudido hasta la desesperación, seducido hasta el éxtasis, impresionado hasta la angustia y conmovido hasta las lágrimas. (1)

A pesar de esto, no hemos querido de antemano y pretensiosamente como hacen muchos, incluirnos de motu propio en determinada Escuela, imitando con exageraciones ridículas la manera y el estilo, que no el pensamiento porque es inimitable, de tal o cual egregio panida al que se titula Maestro y se le sigue a pies juntillas, ni más ni menos que si se tratara de un profesor de párvulos. Sabemos, y tontos y necios seríamos si no lo confesáramos, que necesariamente influyen en las modalidades de un espíritu, las lecturas de los grandes escritores en prosa y verso, de los grandes investigadores y especuladores intelectuales, y en fin de todos cuantos nos hablan de su avanzado pensar o de su hondo sentir.

(1) En honor a la verdad confesamos que, de la manera futurista, que comprende, lo mismo a los vibristas que a los partidarios de la literatura gráfica, conocemos solo una que otra producción y uno que otro artículo de los precursores y entusiastas Guillaume Apollinaire, Pierre Albert Birot, Paul Dermée y Luciano Folgore.

Sabemos también, como lo sabe en la actualidad todo el mundo, que nada puede haber absolutamente original en nuestro planeta donde todo es relativo y que solo llegan a ser en cierto modo originales los que con vulgares y pobres elementos, logran hacer admirables síntesis, potentes y bellas unidades armónicas; y como consecuencia de todo esto, sabemos igualmente, que nosotros, aficionados noveles, tan insignificantes como audaces, somos seguramente menos originales que todos y más vulgares que ninguno. No obstante esto, hemos querido y queremos hacer constar que no hemos cometido la necedad de juzgarnos a nosotros mismos haciéndonos entrar en tal o cual escuela y procurando desarrollar o matar tal o cual tendencia de nuestro espíritu; que no obstante que comprendemos que debemos tener necesariamente mucho (aunque sea lo malo) de los que hemos leído y sobre todo de los que nos han impresionado, hemos deseado inmensa y firmemente, ser nosotros con toda nuestra pobreza y nuestra insignificancia pero con todo nuestro entusiasmo y nuestra sinceridad.

Conocemos muchas de las innumerables definiciones que de poesía se han dado y difícil, si no imposible, nos sería decir cuál de ellas nos ha parecido mejor; en nuestro concepto pasa con la poesía como con otras muchas cosas, la belleza por ejemplo, que cada quien la define como la siente o como mejor la entiende. Por eso no nos aventuramos a afiliarnos a determinado concepto ni a dar el nuestro.

Sólo nos concretaremos a decir, no lo que entendemos por poesía, sino cuál es nuestro ideal en poesía, a fin de que atendiendo a este ideal que ha normado nuestra presente producción, se nos juzgue con más seguridad.

Nuestro ideal en poesía es llegar a cuajar en el molde de los versos más sonoros, más límpidos, más musicales, las ideas más grandes y más bellas y los sentimientos más profundos y recónditos. Nada de alambicamientos, de rebuscamientos de afectación. Nada de exageraciones ridículas y de grandilocuencias. Nada de caprichosas arquitecturas y de técnicas imposibles. Perfección y verdad siempre. Delicadeza y limpidez, pero no coquetería ni afeminamiento. Que los versos sean flores, pero no de trapo; que los versos sean joyas, pero no Gophir, que sean

damas y caballeros elegantes, pero no Cocottes ni conquistadores presumidos. Que la poesía tenga música, pero que no sea música únicamente. Que la poesía tenga idea, pero que no sea idea nada más. Lo primero, porque de otro modo sería preferible la más regular de las producciones musicales al mejor verso; lo segundo, porque si no se acabaría por escribir mejor en prosa.

Que se trabaje el verso con fervor de santo, con paciencia de Benedictino; pero que luego de este trabajo fervoroso y paciente, el verso aparezca fácil, dúctil, flexible, espontáneo. Que el poeta pase largas horas si es preciso, engarzando la idea, puliendo la forma, abillantando el estilo, corrigiendo el perfil, repartiendo el acento como el pintor la luz, intensificando el relieve como el escultor, buscando la armonía como el músico. Que produzca su obra en un año o más si fuere necesario, pero que esta obra una vez terminada, sea de un acabado tal que se crea que no costó trabajo producirla, que surgió ya hecha en toda su impecabilidad, en toda su belleza, como el trino, como el rayo de luz, como el hilo de miel.

Y que tampoco falte vigor, ni grandeza, ni excelsitud. Que el orífice del estilo, el lapidario de la forma, el músico del ritmo, sea el gigante del pensamiento, el Heracles de la idea, el prometaico arquitecto del asunto, del motivo, del tópico.

Que a veces la inspiración tome forma de libélula sutil, de mariposa impalpable, de colibrí adiamantado, multicolor y fino, pero que también cuando las circunstancias lo requieran, estremezca crines de Pegaso indómito criske zarpas de jaguar famélico, agite alas potentes de cóndor andino.

Que el poeta sea Orfebre, que sea Heráclida, que sea Esteta, que sea Santo. Algo así como una síntesis de Chocano, de Nájera, de Darío, de Nervo.

Tal nuestra manera de pensar; dentro de ese criterio hemos hecho este libro, por eso se notarán en el conjunto de nuestros versos, las tendencias al brío Díaz-Mironiano y a la exquisitez del Duque Job, más o menos marcadas, pero siempre latentes. Procurando que la armonía nada perdiera, engarzamos en algunas de nuestras producciones, ideas que nos parecieron y que tuvimos por grandes o

bellas; y en algunas otras, tocando asuntos intencionalmente frívolos o banales o cuando menos vulgares y cotidianos, nos esmeramos en darle al lenguaje toda la música y toda la agilidad de que es susceptible una lengua en la que escribió el manco de Lepanto, Calderón de la Barca y Fray Luis de León, amén de los divinos líricos actuales, Salvador Rueda, Francisco Villaespesa y Eduardo Marquina.

Si no hemos logrado alcanzar ni siquiera en parte el ideal de que hemos hablado, al menos que se tenga en cuenta que no hemos escrito al capricho, ni por el mero placer de divertir o divertirnos, sino que primero hemos leído cuanto hemos podido de literatura y de las ciencias que con ella se relaciona, para formarnos un criterio, y que, después de haber madurado ese criterio con largas meditaciones y con fecundas experiencias, hemos concebido un ideal, hacia el cual hemos encauzado nuestros esfuerzos, no obstante que en esta época, casi ningún poeta joven se preocupa de tal cosa, pues en medio a la desorientación literaria en que vivimos, los noveles intencionalmente se incluyen en determinada escuela [la que más les seduce por su extravagancia] mutilando ellos mismos sus facultades; o presumen de originalidad, atentando contra la belleza, contra el buen sentido y hasta contra la Gramática.

II

Mas, ahora, ya que tanto hemos hablado acerca de nuestro criterio Literario, así como de nuestro ideal poético, y de las circunstancias en que hemos escrito este libro, permítasenos consignar las razones que nos indujeron a formarlo.

Hecha ya la aclaración de que no ha sido con el deseo de divertirnos o de divertir, con el que hemos producido nuestra humildísima obra, réstanos solo, y ya que como producto artístico tenemos este libro (aunque sea en un grado ínfimo) exponer cuál es nuestro concepto del Arte, haciendo resaltar sus excelencias y dando a conocer los motivos que tuvimos para abrazarlo.

El Artista es, por los menos, tan grande como el sabio. El hace con las vulgares pasiones personajes sublimes como en Schakespeare, y con las quimeras ingenuas, demencias divinas como en Cervantes. El todo lo reviste de belleza y

grandeza, con la grandeza y la belleza de su espíritu. El sorprende las ignoradas o desapercibidas excelsitudes de la Naturaleza y nos las da a conocer, de una manera tal, que nos hace amar más aún a esa misma Naturaleza, de la cual no habíamos distinguido más que lo insignificante o lo vulgar, porque nuestra penetración y nuestra emotividad son infinitamente pobres y lamentablemente insignificantes; en tanto que la penetración y emotividad del Artista, son como los inmensos y potentes telescopios, cuya pupila diáfana, hurga en el infinito arcano de los cielos, acortando las distancias y limitando los espacios.

Sin el Artista que descubre en la arcilla humana, el oro precioso de los nobles sentimientos, de las sublimes pasiones, de los excelsos arrebatos y de los gestos divinos, el hombre aparecería al mismo nivel de las bestias que brutalmente satisfacen sus apetitos, y cumplen inconscientemente con las fatales e ineludibles leyes biológicas que les imponen la nutrición, la conservación y la procreación.

La misma Ciencia no lograría, sino en una proporción muy corta, y de un modo muy relativo, salvar al hombre de esta apariencia un tanto salvaje y primitiva, pues si bien es cierto, que, al estudiar las uniformidades de la Naturaleza, y al desterrar con su sano espíritu de experimentación, observación y crítica, lo absurdo y sobrenatural de los fenómenos que nos rodean, dignifica al hombre facilitándole los medios de adaptar cada vez con más seguridad y perfección el planeta a sus necesidades, haciéndole esclavo de su inteligencia; también es cierto que, bien mirado, ese trabajo de la Ciencia no es otra cosa que una manifestación refinada y altísima del egoísmo humano y de la economía animal, puesto que el primero en su innato y poderoso deseo de proporcionarse cuanto pueda hacerle más fácil la existencia y la segunda, creando en el hombre la necesidad de obtener el provecho máximo con el esfuerzo mínimo, obligan a la inteligencia a observar, experimentar y relacionar, con el objeto de que, sabiendo cuáles son las leyes que rigen los fenómenos, puedan evitar sus efectos y aprovecharse de ellos, procurando siempre conservar y equilibrar las funciones de su organismo y desarrollar y disciplinar los procesos de su espíritu. Esto

significa que la Ciencia no viene a ser otra cosa que la proyección organizada, robustecida, y en ciertos casos idealizada, de las necesidades arcanas y fatales de la bestia y de los deseos imperialistas, ciegos e incontenibles del hombre.

Otra en cambio muy distinta es la Naturaleza y la misión del Arte. Nacido antes que la Ciencia (aunque su importancia, casi siempre, no se comprenda sino mucho después de la de ésta) el Arte aunque inmensamente rudimentario, casi podemos decir que nació con el hombre, pues está demostrado ya por eminentes Sociólogos, Arqueólogos, Historiadores y Cientistas en general, que el deseo de adornarse en las hordas primitivas, era muchas veces superior a la necesidad de precaverse de la intemperie, adoptando el uso del vestido, y que, como nos lo demuestra la inmensa variedad de utensilios, vasos y armas halladas en los lugares donde estos grupos primitivos habitaron, el Arte, en sus primeras manifestaciones, es decir: como recuerdo, como impresión y como imitación vaga y torpe, existía ya en estas especies humanas tan próximas al niño y a la bestia, las cuales primero con figuras incongruentes, y más tarde con dibujos cada vez menos torpes y extravagantes, ejercitaron su imaginación pobre y casi nula en un principio pero que iba desarrollándose progresivamente, aunque con gran lentitud y trabajo, hasta que la inteligencia colectiva fue capaz de crear el mito y su consecuencia inmediata: el milagro, haciendo con esto avanzar intensamente la fantasía primitiva, que fue creciendo, de asombro en asombro y de maravilla en maravilla.....!

Pero no solo es la antigüedad uno de los caracteres relevantes del Arte, su carácter más relevante, el que le hace estar por encima de todas las especulaciones y actividades, cualesquiera que ellas sean, es, ante todo y sobre todo, su desinterés; su desinterés, se entiende en el sentido material y no moral de esta palabra; su desinterés hablando económica y no intelectualmente; su desinterés, en fin, por cuanto a que el Arte no tiene como fin mediato ni inmediato, la nutrición, conservación y reproducción de la especie. Su desinterés, porque no es teniéndolo que poseemos más sino que valemos más. Porque no lo han creado

las necesidades biológicas sino las actividades psíquicas. Porque no tiene como misión hacer más fácil, sino más digna la vida. Porque no vive y muere con nuestro organismo sino que vive y se perpetúa en la conciencia de la especie, en el alma colectiva, que, al menos en una forma relativa, no es destruida sino robustecida y enriquecida por el tiempo.... Y en fin, es en nuestro concepto el Arte desinteresado, material, económica y biológicamente, porque, como ha dicho un célebre pensador compatriota nuestro: “El Arte rompe la ley cósmica; implica su primera acepción, su contingencia en lo humano. Es otra ley de la existencia”.... “La economía del esfuerzo vital no puede explicar este DESINTERÉS INNATO que dice Bergson, esta individualidad Artística, humilde o genial.”

Pero aún hay más; existe un punto de vista: el Histórico Social, examinado desde el cual el Arte, tiene una enorme significación y un valor superior al de la Ciencia, pues nos da a conocer, no solo el desarrollo progresivo con sus momentáneos retrocesos y sus definitivos avances, de la Humanidad en general, sino el de cada grupo humano en particular, de cada pueblo, de cada raza y hasta de cada horda y de cada clan, proporcionándonos una idea más completa, más fiel y sobre todo, más vívida que la que nos proporciona la Historia, acerca de la vida de nuestros antepasados, de sus costumbres, sus ideales, su organización, sus creencias, sus supersticiones, sus excelencias y sus vicios.

Y no se vaya a creer que esta aseveración es una de tantas exageraciones en que incurren, sin darse cuenta, todos los que están obcecados por una determinada y persistente manera de ver y de juzgar las cosas. No vaya siquiera a suponerse, que ha sido el entusiasmo el que nos ha arrastrado hasta obligarnos a afirmar lo que hemos afirmado, no; ahí está para apoyarnos y corroborar cuanto hemos dicho la opinión valiosísima de escritores, pensadores, filósofos y eruditos, de la talla de Pedro César Dominici, José Enrique Rodó, Anatole France, Ernesto Renán, Pompeyo Gener y Antonio Caso, que, en ocasiones diversas, ya en el artículo literario, ya en el opúsculo, ya en el libro, han manifestado, en esencia que: “Ha sido en las obras de Arte (rudimentarias, o no,) de la Antigüedad, como

los vasos decorados, las armas cubiertas de dibujos mágicos o extravagantes, las residencias, las tumbas, los templos y los palacios, con sus figuras simbólicas, donde ha podido leer el hombre, y escribir más tarde (a veces hasta en sus más pueriles intimidades) la vida titubeante de los primeros pueblos”; que “Hay más verdad en una narración poética que en un inventario cronológico, pues mientras más poética es una cosa, es más real” y que “El Historiador logrará llenar de una manera satisfactoria su cometido, cuando, como si hiciera una novela científica y erudita, pero realista y vívida, logre trasladarnos, en los momentos precisos, a los lugares donde los acontecimientos se suceden, para que contemplemos nosotros mismos, con los ojos de nuestra imaginación hábilmente conducida, los hechos del pasado, confundiéndonos con los hombres que los vivieron o los tuvieron a la vista, a fin de que ningún prejuicio actual desvirtúe la idea que debemos formarnos de pueblos, sociedades e individuos, que, por tantos motivos, están tan lejos de nosotros”. Es decir, se quiere que en la Historia futura, haya tanta imaginación reconstructiva como inquisiciones eruditas, expresándose claramente el concepto de que, se llegará a la Historia por excelencia, cuando se consiga hacer de la Historia, no únicamente un motivo de análisis y disección, sino esencialmente, un objeto de síntesis, y cuando cada Historiador al par que un investigador sea un imaginativo, es decir un Artista, capacitado para hacer de la Historia, no una mera cronología, una crónica o un inventario, sino ante todo y sobre todo una obra de Arte.

Eso en cuanto al punto de vista exclusivamente Histórico, que por lo que toca al Social, sin necesidad de transcribir el pensar de los eminentes intelectuales, el inglés John Ruskin y el francés Hipólito Taine, han consignado en sus obras “Las Siete Lámparas de la Arquitectura” y “La Filosofía del Arte”, respectivamente, bástenos con reproducir el último párrafo del concienzudo y profundo capítulo titulado “El Arte” que forma parte de la famosa Sociología del sapiente sudamericano, M. Cornejo, y que literalmente dice: “En resumen, el Arte, en su evolución, se revela COMO UNA MANIFESTACIÓN NECESARIA DE

LA VIDA SOCIAL; a la vez efecto y factor del movimiento psíquico, íntimamente vinculado en sus diferentes formas y grados a las condiciones del medio Histórico, y, especialmente en el período de su constitución al PROGRESO MÍTICO Y RELIGIOSO”.

A pesar de todo esto, en muy poco o casi nada es tenida, por la generalidad de los hombres, la obra artística, llegándose a declarar al Artista como un ser inútil, o como un parásito, so pretexto de que su obra, exclusivamente PERSONAL, nada importa, ni nada significa, ni en nada afecta a los individuos, a las sociedades y a los pueblos. Esto es injusto, es absurdo y es torpe; en efecto, ninguna obra de arte es ni puede ser exclusivamente personal, ni siquiera la más original, la más rara o la más extravagante, pues ya es del dominio de todo el mundo (de todo el mundo consciente se entiende) que el Artista, con su carácter emotivo, hondamente impresionista y evocativo, está, más que ninguno, sujeto a la influencia del medio y del momento, siendo su obra el producto inconsciente de las circunstancias físicas y étnicas, así como de las influencias sociales ineludibles, del medio, lugar y tiempo, en que ha tenido que actuar.

La creencia, gratuita y falsa, de que el Artista no canta sino sus propios dolores y sus íntimos goces, es absurda, totalmente absurda toda vez que el hombre que canta SU dolor y SU goce, canta EN SU dolor y EN SU goce los dolores y los goces de los hombres de su tiempo, que viven bajo las mismas influencias, y actúan en las mismas circunstancias. Decir que canta exclusivamente su dolor y su dicha, es creer que en el sentido cualitativo de la palabra, hay un dolor y una dicha para cada quien, lo cual no es cierto, sino cuantitativamente hablando. El dolor y la dicha son únicos, tienen las mismas causas y producen en su esencia los mismos efectos. Obedecen a las mismas leyes biológicas y psíquicas. Lo que pasa es que hay distintos sensorios y temperamentos; diversos caracteres, variadísimos espíritus, y por eso, la causa idéntica produce al obrar en medios especiales, efectos especiales también, aunque en una dosis bastante relativa.

El que la luz pueda ser apreciada con intensidades diferentes y los enfermos de daltonismo vean unos colores donde hay otros, no quiere decir que la luz sea diversa para cada uno, que haya un sol para cada quien, y que ante nosotros haya dos clases de colores, sino que, significa sencillamente, que el mismo órgano: el de la vista, está desigualmente desarrollado o se halla en diferentes estados de salud, entre los individuos de una misma especie.

Si el Artista canta con preferencia o con exclusivismo su dolor, su dicha y sus sentimientos todos, es porque, indudablemente, son los sentimientos que mejor conoce, los únicos que conoce por experiencia sin necesidad de inferir. Pero como todos somos susceptibles de sentir lo que él siente, aunque sea en distinto grado y de diferente manera, claro es que, hablando de lo que a él le afecta habla al mismo tiempo de lo que nos afecta a nosotros.

¿Sería necesario echar mano de otras pruebas además de las que nuestra observación particular nos facilita, para dar por aceptado cuanto sobre esto hemos dicho? ¿Creemos sinceramente que no! Pero si hubiera alguno que, a pesar de cuanto llevamos expuesto, no quisiera concedernos la razón, persistiendo en afirmar que la obra del Artista, no tiene importancia ni significación ninguna, por ser exclusivamente PERSONAL; bástenos citar, para desmentirlo de una vez por todas, el ejemplo del discípulo de Domenico Chirlandajo, del inmortal escultor y pintor excelso que fue acaso el más grande Artista del neopaganismo Italiano, y es considerado como uno de los más altos genios humanos, es decir como uno de los más ORIGINALES, ya que uno de los caracteres especificativos del genio y seguramente el más relevante de todos es la originalidad; nos referimos a Miguel Ángel Bounarroti que descolló en la luminosa trilogía de que formaban parte Rafael Santi y Leonardo da Vinci. ¿Quién, en efecto, no deja de reconocer en ese verdadero taumaturgo, en ese hombre casi divino a un Artista originalísimo, peculiarísimo, único? ¿Quién se atrevería a negar o a dudar siquiera de la especialidad de “su manera”, de “su concepción” y de “su ejecución”? ¿Qué técnica hubo antes y ha habido después, igual a su técnica?

¿Quién había podido o quién pudo más tarde hacer lo que él hizo y como él lo hizo? ¡Ninguno! Ni siquiera el más grande escultor de nuestros tiempos: Rodin, porque si bien es cierto que este coloso ha plasmado obras excelsas y altísimas, ni tiene la diversidad de modalidades que el otro tuvo, ni tampoco nos ha dado la sensación de fuerza, de angustia, de vida y de arrebató, que nos diera el creador de “David”, “Las Sibilas” y “El Juicio Final.”

Y sin embargo, y a pesar de esta singularidad, he aquí conqué, después de examinar detenidamente las producciones de ese Demiurgo sublime, nos encontramos con que no ha sido Miguel Ángel únicamente, sino su época, su medio social y su Patria, los verdaderos creadores de sus obras, puesto que esos tres factores no solo nutrieron y formaron su potente espíritu, sino que influyeron poderosamente en su orientación, guiando de una manera decisiva la proyección de su pensamiento, de su emoción y de su ideal.

Miguel Ángel, pues, como todo gran genio, fue únicamente un sintetizador admirable, robusto, ciclópeo. El no hizo más que ver con su penetración única lo que ninguno había visto, ni había podido ver. El no hizo más que comunicar a la piedra y al lienzo una emoción, un pensamiento, un ideal que en todos los espíritus latía, que en todos los cerebros vibraba, pero que él sentía de un modo más profundo, más bello, más sublime. Su singularidad no está en haber inmovilizado la vida de una época; en haber representado pasiones que todos sentían, ansias y deseos que a todos atormentaban; no, su originalidad está en haber pintado y esculpido todo eso de una manera especial, de una manera exclusiva que era la suya y que por eso ya no ha podido ser de nadie. Los elementos de que dispone el genio son igualmente vulgares y nimios que los elementos de que dispone o puede disponer cualquiera, lo que sucede, es que el genio tiene un poder de integración, una fuerza de homogeneización, una potencia armónica tal que logra con los más pobres materiales hacer las arquitecturas más robustas, más admirables y más bellas. En esto consistió precisamente el genio de Miguel Ángel. Habiéndole tocado vivir en el momento extraordinario

y magnífico, en que la Humanidad, recién salida del absolutismo asfixiante de la Edad Media, hacía esfuerzos inauditos para dar a su espíritu la expansión que por una reacción natural, anhelaba vehementemente, pugnando por abandonar definitivamente un orden de cosas y un ciclo de ideas en el cual y dentro del cual tanto tiempo había vivido, se encontró pudiéramos decir, con el terreno preparado para sembrar su semilla exúbera, ebria de fuerza y de vitalidad.

Los ideales políticos, sociales y religiosos se modificaban. Los inmortales libros de Alighieri y de Petrarca influían poderosamente, modificándola, en el alma Italiana que fue la primera en despertar de la angustiada pesadilla en que hundiera al viejo mundo, la entonces llamada “Noche de la Historia.” Había un deseo ferviente, inmenso, inagotable, de salir a la luz radiante de las mañanas claras, de dejar para siempre las penumbras sentimentales, de ahogar el espíritu de renunciación en una abrumadora inundación de vida, de sentimiento, de pasión. Se quería estrangular el presente que acababa de ser, y resucitar al pasado remoto y triunfante en que la línea armoniosa y límpida había cantado sus inefables himnos y la forma espléndida y superba había mostrado el milagro de sus áticas bellezas.

Ya el movimiento reformista se había iniciado en el Arte brillantemente. Ya Nicolás y Juan Pisano y Agustín y Ángel de Siena habían echado los primeros cimientos, secundados por el potente Giotto di Bondone y sus discípulos. Ya Paollo Ucello había dado a conocer la perspectiva facilitando relieve a las figuras y a los primeros términos. Ya habían dado los maravillosos y robustos frutos de su genio, Chirlandajo y Masaccio y Pinturricchio, Verocchio, Fra Fillipo, Boticelli, Cosimo, Montegna, Donatello y Bruneleschi; pero, a pesar de tanta potencia y maravilla, aún no triunfaba el Arte de una manera definitiva y absoluta, de la rigidez, el éxtasis, la debilidad, la falta de movimiento y de vitalidad, de robustez y energía, que aún se dejaba entrever en Fra-Angélico, Gozzoli, Guido, Cimabué, Orcagna, Simón Memni y Tadeo Gaddi.

Había mucho ya, ciertamente, en la obra de los precursores y antecesores de Buonarroti, sí. Los cuerpos ya vivían, los músculos se hinchaban y los nervios se

contraían con el esfuerzo, los rostros tenían expresión, los ojos veían, los pechos palpitaban y las formas en su impecable belleza lucían o se dejaban presentir bajo los ropajes que cubrían su eurtimia sin romperla. Todo eso había ya, todo eso; pero faltaba aún la pasión impetuosa y torturante, el anhelo insaciable y vehemente, el ímpetu desordenado y magnífico, el arrebató sublime, la angustia terrible, excelsa y triunfante. Era preciso que llegara alguno, que no se limitara únicamente a resucitar el pasado clásico, sino que lo adaptara, es decir que tomando de él la gracia y la fuerza, hiciera un Arte nuevo, clásico también como el otro, pero distinto, que respondiera a las necesidades y a los ideales del momento.... Fue entonces cuando surgió Miguel Ángel, espíritu como genial sintético y capaz por lo tanto de cristalizar todas las aspiraciones, sentimientos y deseos de los hombres de su tiempo y de su Patria, y el vacío se llenó. Algo había faltado para que el Renacimiento Artístico Italiano se consumara triunfando definitivamente, y Miguel Ángel lo puso; por eso cuando él llegó el alma del siglo quedó prisionera, y ya no pudo irse, ya no se fue; quedóse entre los muros de la Capilla Sixtina, en la Plaza de “Su Signoria” y en los sepulcros de Julio Segundo y Lorenzo el Magnífico, palpitando en los frescos divinos y vibrando en los bloques eternos.

He ahí demostrado según creemos que cuanto más personal en un Artista es más genial, y encarna o expresa mejor, los sentimientos que afectan a su sociedad, a su pueblo y a su Patria. Réstanos solo para terminar esta segunda parte de nuestro proemio, hacer notar que, el carácter idealista del Arte, ya que no su Naturaleza, puesto que ésta es otra, como hemos dejado dicho, lejos de anular o disminuir su importancia y significación, la aumenta, haciéndole ocupar en la conciencia humana un lugar privilegiado.

En efecto. ¿Qué es el ideal? ¿Qué es el idealismo? ¿Es acaso la abstracción inconsecuente y desenfrenada que prescinde de la realidad como dicen algunos? ¿Es la tendencia a crear dentro de la vida real otra vida, totalmente distinta, y forjarse en la imaginación un mundo nuevo, donde todo se sucede en una forma

y de una manera caprichosa que está en pugna abierta con la Naturaleza? ¿Esto es el ideal? ¿Esto es el idealismo....? ¡No! y mil veces no! Esto es el ideal y el idealismo para los que lo desprecian y lo combaten. Estos son los conceptos falsos y endeblés que se forman ciertos fanáticos del positivismo; los últimos, los insignificantes de esa admirable escuela a la que tanto debe la Humanidad y el conocimiento humano, para darse el gusto de desbaratarlos, de destruirlos, de aniquilarlos, con objeto de poder erguirse después sobre ese triunfo fácil, proclamando el absoluto de su credo, sin detenerse a reflexionar, en que un credo no puede ser absoluto sino en el ideal; y no en el ideal que nosotros concebimos, sino en el suyo; en el ideal que ellos se forjan y que ellos mismos desbaratan....!

¡No! El ideal no es eso, ni el idealismo tampoco. El ideal para nosotros es el arquetipo de Platón, es la bondad suprema de Sócrates; la razón pura de Aristóteles; la unidad armónica de San Agustín; la homogeneidad común, la integración completa; la coherencia definitiva y el equilibrio móvil o dinámico que llega a un grado tal de compensación y armonía que casi se transforma en equilibrio estático. Sintetizando: el ideal para nosotros como para Nietzsche, no es otra cosa que “la realidad vista de lejos” o como quieren otros: “entrevista” “presentida” “adivinada”; una realidad ignota, que está más o menos lejana de nosotros, pero una realidad que será, que sería o que podría ser. Una realidad que llega al límite de las posibilidades, pero no lo traspone; que se acerca a lo absoluto, pero siempre es relativa; que pugna por ser divina pero que es siempre humana, puesto que, a pesar de lo que se diga y de lo que se quiera, el hombre nunca podrá hacer abstracciones puras, jamás podrá siquiera concebir lo absoluto y lo infinito; en ningún momento de su vida podrá substraerse a la influencia de la realidad que forma su espíritu y su conciencia; por lo cual a pesar de toda la imaginación o fantasía que se le suponga, lo único que hará será relacionar y combinar los elementos y las nociones, que, con la intervención de los sentidos y por medio de la experiencia y la observación, ha tomado del mundo objetivo, de la Naturaleza, de la Realidad.

¡Eso entendemos por ideal! Por idealismo entendemos la facultad común a todos los espíritus. (Con lo cual queremos significar que aunque no lo quieran o lo nieguen algunos, no hay espíritu que no sea idealista por lo menos una vez en su vida) de concebir un término más o menos remoto; un lugar en el espacio y en el tiempo, más o menos lejano; una realidad en la existencia más o menos alcanzable, pero siempre posible, donde se harían carne sus más nobles deseos y sus más altas o más bellas aspiraciones.

¿Qué tiene pues de censurable esta idea? ¿Por qué atacar el Arte, tan solo porque uno de sus caracteres es el idealismo?

¿Olvidan los que piensan del modo que hemos dicho, que aun cuando nuestras razones no valieran, el realismo puro, llevado a su más alto grado nos conduciría al epicureísmo, al escepticismo o al pesimismo más desastroso, de la misma manera que el puro idealismo nos llevaría a la contemplación, a la renunciación, al misticismo y la Tebaida?

No hay por lo tanto, razón para despreciar o impugnar el idealismo del Arte; al contrario, motivos hay y en gran número para exaltarlo por ello, ya que el idealismo y su hermana la fantasía han proporcionado a la humanidad más bienes que males, haciéndole menos amargo y duro el presente, con la visión radiante y consoladora de un porvenir mejor. Recuérdese si no aquel bellísimo párrafo de “Los Apóstoles” de Renán, que transcribimos en seguida y que se refiere a la visión que en el sepulcro de Jesús tuvo de Él la Magdalena: “Solo María amó lo bastante para vencer las leyes de la Naturaleza y resucitar el fantasma del Maestro. En esta especie de crisis maravillosas, ver después de los otros, no es nada: todo el mérito está en ser el primero, porque los otros modelan después la visión según lo que se les ha dicho. Es condición de las organizaciones privilegiadas, concebir la imagen con precisión e inmediatamente, por una especie de intuición del dibujo. La gloria de la resurrección pertenece pues a María Magdalena: después de Jesús, María es quien ha hecho más por la fundación del cristianismo: la sombra creada por los delicados sentidos de la Magdalena

se cierce aún sobre el mundo; reina y patrona de los idealistas, Magdalena ha sabido mejor que nadie realizar su sueño, e imponer a todos la santa visión de su alma apasionada. Su firme resolución al decir: “¡Ha resucitado!” ha sido la base de la fe de la Humanidad. LEJOS DE AQUÍ RAZONAMIENTOS IMPOTENTES. No apliquemos UN FRÍO ANÁLISIS A ESA OBRA MAESTRA DEL IDEALISMO Y DEL AMOR. SI LA SABIDURÍA RENUNCIA A CONSOLAR A ESA POBRE RAZA HUMANA (la de los judíos,) DEJAD A LA LOCURA QUE LO INTENTE. ¿DÓNDE ESTÁ EL SABIO QUE HA DADO AL MUNDO TANTA ALEGRÍA COMO LA POSEÍDA MARÍA MAGDALENA?” (2)

Aún hay más, todavía podríamos para evidenciar la importancia y significación del ideal, recordar que *esa proyección del hombre en el futuro, esa prolongación del ser en lo que quiere ser*, constituye nada menos que la IDEA-FUERZA, LA FUERZA AUTOMOTRIZ, y en fin el TELISMO, que Fouillé, Renouvier y sobre todo Lester Ward (entre casi todos los modernos sociólogos) consideran como uno de los más necesarios y eficientes factores del progreso o del mejoramiento material y psíquico de los grupos.

Y ahora, decidnos ¿Después de esos pseudo-argumentos esgrimidos contra el Arte y que creemos haber rebatido suficientemente, serían dignos de tomarse en cuenta esos otros, insignificantes, hijos de nuestras miserias sociales y humanas, o de nuestra incapacidad intelectual y emotiva, con los cuales diariamente se latiguea el alma de los que han tenido la sublimidad de dar menos a la bestia para acercarse más y más a Dios?

¿No quedan realizadas después de cuanto hemos escrito en las anteriores líneas, las bondades y excelencias del Arte, hijo de Apolo y Citerea: de la belleza y del amor?

(2) Hemos transcrito el párrafo anterior con el único objeto de que se vea en qué elevado concepto se ha tenido el idealismo, pues confesamos sinceramente no estar de acuerdo con el hecho asentado por el ilustre escritor francés, ya que a pesar de Havét y Jules Lemaitre, creemos con Ewald y Gratry que la obra histórica-religiosa de Renán es falsa en muchos puntos, sin llegar por esto hasta considerarla nula de todo mérito artístico, como pretenden, entre otros, Keim, Colani y Pressensé.

¿Y la existencia de esas altísimas cualidades y de esa noble misión estética, moral y social del Arte no sería suficiente para justificar cualquier trabajo Artístico, o cualquier esfuerzo por pequeño que sea, que vaya encaminado a conseguir su realización?

¡Creemos, firmemente que sí! Ese es el motivo por el cual hemos escrito cuanto antecede a estas palabras. Nuestro empeño no ha sido el de lucir una instrucción, verdadera o falsa, aparente o real, pero que no hemos gustado nunca de ostentar. Nuestro empeño, nuestro inmenso empeño ha sido: primero, el de procurar vindicar el Arte tan injustamente atacado y tan mal comprendido por muchos, haciéndole ocupar el lugar que ya le señalan eminentes pensadores y profundos intelectuales; y, después, el justificar nuestro trabajo, para que no se nos juzgue como unos despilfarradores de la energía vital, como unos “parásitos o seres decorativos e inútiles, que escribimos tan solo por locura, por ocio o por divertimento.

Creemos pues, haber expuesto, con suficiente claridad, las razones y motivos que tuvimos para hacer este libro. Aquí, por lo tanto, como ya lo habíamos prometido, debería terminar nuestro Propileo; sin embargo, y aún a riesgo de cansar por completo la atención del lector, permítasenos decir aún, algunas otras palabras.

Repetidas veces en nuestra corta pero intensa vida, nos hemos encontrado y hemos tenido oportunidad de tratar con personas de diferentes categorías y capacidades [algunas de ellas conceptuadas como de gran instrucción y profundo talento] que, unánimemente y con variantes ligerísimas, nos han increpado o compadecido [esto según sus alcances intelectuales] por cometer la “tontería”, “locura” o “necedad” de “hacerse castillos en el aire”, “vivir constantemente soñando”, “hacerse ilusiones”, “ver la existencia a través de un prisma”, “perder el tiempo escribiendo versitos que sonaran bonito, pero que, nada dan”, y, sobre todo ocuparse de “cosas que nada dejan” y “a nada conducen” y con las cuales lo único que se saca es “morirse de hambre” puesto que no tienen nada de “prácticas”.

Naturalmente que a estos “imbéciles ilustres” a estas “bestias civilizadas” que dirían Claude Farrér y Judith Gautier, nada les hemos contestado, fingiendo, por el contrario agradecer sus “sesudos consejos” las “magníficas advertencias que nos hacen autorizados por sus canas, sus conocimientos y su talento”; pero, ya que en este libro se nos ofrece la ocasión o cuando menos tenemos la probabilidad de ser leídos, siquiera sea por unas cuantas personas verdaderamente instruidas y realmente inteligentes, tengan o no canas, ya que bien mirado, canas tienen hasta los incultos, vamos a procurar rebatir esa torpe manera de pensar y esa errónea manera de ver las cosas puramente especulativas bajo el punto de vista económico, y de pretender aplicar un criterio mercantil a un objeto absolutamente intelectual.

Ya en otra parte de este proemio, hablamos con bastante claridad del DESINTERÉS del Arte, haciendo notar a qué clase de desinterés pertenecía, y, manifestando que, era esa hermosa cualidad, su más alto timbre de orgullo y su más legítima gloria. ¿Tendríamos necesidad de añadir algo a esto para destruir los erróneos conceptos apuntados? ¡No! Lo que haremos únicamente será insistir en esa cualidad que forma la naturaleza misma del Arte, demostrando además que, el mal estado económico del Artista y las injusticias sociales, siempre naturalmente que no traspasen cierto límite, lejos de perjudicar o matar su inteligencia, la afinan, robustecen y pulen más, preparándola para esas sublimes reacciones, esas rebeldías magníficas, esas explosiones y arrebatos divinos que hicieron nacer “La Divina Comedia” (escrita por Dante en su destierro.) “El Año Terrible” (escrito por Hugo en París sitiado.) “Don Quijote de la Mancha” (hecho por Cervantes en la prisión) y casi todas las inmortales esculturas de Rodin producidas en medio al desprecio de los neófitos y a la implacable hostilidad de los sapientes.

Las razones de ésta que para muchos será una paradoja, son las siguientes: Siendo el Arte, fruto de temperamentos esencialmente emotivos y delicada y profundamente impresionistas, necesita para existir del concurso de todas aquellas circunstancias que favorezcan dicha emotividad provocando los más variados sentimientos y excitando las más atrevidas fantasías. ¿Este estado de

ánimo lo producen en la generalidad de los casos, la comodidad o la riqueza? ¡No! El espíritu como el oro no se ductiliza con las temperaturas suaves sino con las altas temperaturas. El espíritu como el diamante solo se pule con su propio polvo, es decir con sus propios sufrimientos, con sus propias angustias, con sus propias inquietudes.

La sensibilidad para afinarse necesita, como la cuerda, de la tensión que la alargue, y para vibrar, ha menester del golpe que la hiera. Los sufrimientos, las miserias, las debilidades todas de la vida no puede escribirlas quien no las conoce o las conoce por lo que le han dicho. Las tragedias del alma son las que producen las creaciones de la mente. Antes de hacerse un verso, una novela, un drama, deben vivirse. Crear es recordar, escribir es resucitar. Ya lo dijo la Psicología: “Para que haya un sentimiento se necesita que haya un cambio en la impresión”, “Cuando más frecuentes y más profundos son estos cambios, es más hondo y más rico el sentimiento” y, la comodidad que proporciona la riqueza hunde al espíritu en un sopor o lo conserva en un “statu quo” que le impide experimentar esas modificaciones sensoriales que, siendo la condición del sentimiento lo son también de la creación.

¡No! El Artista como el guerrero tiene que estar continuamente ejercitando sus facultades, y, así como aquel robustece sus músculos con el ejercicio, él debe afinar y enriquecer su sensibilidad con la emoción.

¿Las injusticias sociales no son uno de los mayores acicates para el desarrollo del genio que se rebela contra ellas y lucha incansablemente hasta lograr imponerse en la misma sociedad que lo rechazó? ¿No está ya reconocido por Sociólogos y Psicólogos que el obstáculo no detiene el impulso o la fuerza sino antes bien la aumenta organizándola, y que precisamente son las resistencias externas las que dan origen a las integraciones o estructuras internas? ¿Se habrá olvidado acaso que la corriente del pensamiento humano, como la de los ríos, allí donde no encuentra ni declive ni obstáculo se estaciona y se corrompe, mientras que en las grandes irregularidades del terreno se precipita con rapidez insólita formando el cristalino airón de las cascadas?

¿Que el Arte no da qué comer? ¿Que el Arte no enriquece? ¿Que el Arte solo proporciona disgustos? Y ¿Qué importa! ¿Comer es por ventura el fin supremo del hombre? ¿Es la función nutritiva la única función que se debe llenar? ¿Darle al organismo lo que le hace falta es vivir la vida consciente del hombre que está muy por encima de la vida instintiva de las bestias? ¿Ya nada significa el “Cogito ergo sum” que hacía consistir la existencia en el pensamiento? ¿La ley biológica, fatal y oscura, aniquilará la divina aspiración simbolizada por la escala Aristotélica, y, según la cual, hay una fuerza o un deseo inmanente en los seres todos, que los impele a ir de mejoramiento en mejoramiento, por medio del dominio y no de la sumisión a las arcanas necesidades que los rigen? ¿En nuestro desenfrenado afán de enriquecernos, habremos de retroceder mucho más allá todavía del evolucionismo metafísico de Giordano Bruno, en panteísmo Veédico y Brahamínico, el “dei ricorsi” de Vico y el “devenir” de Hegel? ¿La Humanidad de ahora en lugar de adorar a Jesucristo, adorará a Lúculo? ¿Habrán descendido nuestras aspiraciones desde el cerebro hasta el estómago, desde el cielo hasta el pantano? ¿En el cuartel de nuestro blasón tendremos que poner un cerdo en vez de un ave y una moneda en lugar de un astro? ¿Será posible que los hombres del siglo de la conquista del aire como los trogloditas prehistóricos, ejerciten sus actividades únicamente para satisfacer las más apremiantes y bajas necesidades? ¿Habrá desaparecido para siempre de la superficie de la tierra, el sublime Cleanto “que después de voltear durante el día la rueda de un molino se ponía a escribir en la arena de las máximas oídas de labios de Zenón”?

Eso por lo que toca a que el Arte no da de comer, en cuanto a que el Arte no enriquece y solo proporciona disgustos, respondednos. ¿Qué cosa buena ha hecho el dinero? ¿Qué cosa mala ha hecho el sufrimiento? ¿No es el dinero el más poderoso factor del vicio? ¿No es el sufrimiento, cuando no llega hasta la desesperación, el padre de la bondad? ¿La ambición de las riquezas no ha perdido por igual a los hombres y a los pueblos? ¿El sacrificio y el dolor no dió a Cristo el imperio de millones de almas para un transcurso de tiempo que acaso

¿dure millones de siglos? ¿Qué han hecho los que en el ejercicio de su profesión, de su habilidad o de su astucia se han enriquecido o han conquistado una alta posición social? ¿Qué han hecho? ¡Nada, o casi nada! Amontonar su dinero como Shylock, despilfarrarlo imbécil y neciamente, prostituirse, degenerarse o vivir esclavos de las múltiples exigencias sociales, sin atreverse a traspasar los límites de la vulgaridad, porque, de otro modo, se indignaría la medianía en medio de la cual viven.....

¿Podría convenirle tal cosa a un espíritu que quiere ser libre para poder ser grande y que no gusta por lo tanto de adaptar la magnitud de su vuelo al estrecho espacio donde viven la burguesía del dinero y del talento? ¡Indudablemente que no!

Por eso el Artista es pobre, por eso el Artista sufre. Lo mejor de sus actividades lo destina a crear y una parte ínfima de sus esfuerzos la ejercita en proporcionarse lo necesario, pues que, al revés de la inmensa mayoría de sus semejantes, él solo trabaja para vivir, pero no vive para comer!

Por eso el Artista sueña y piensa, por eso anhela, por eso ama. No le preocupan ni las burlas que causa ni los desprecios que provoca. Siente las injusticias sociales y no renuncia a su obra, no. ¡No renuncia a su obra, ni renunciaría nunca, aunque todo y todos se confabularan contra él! ¡Y siente las privaciones y el dolor y no desmaya, no ceja, no abdica!

¡Es que sabe también que crear es padecer, que el hijo nace de la madre dolorida y la obra surge del genio, atormentado. ¡Es que tiene la convicción de que los frutos de su inteligencia, como la perla de las ostras, tienen que ser el producto de un sufrimiento recóndito, la cristalización bellísima de un infinito dolor. Es que está persuadido, amarga y definitivamente persuadido de que elevarse es perderse, de que engendrar es consumirse, de que brillar es arder....!

III

He ahí cuanto pensamos del Arte, como consideramos al Artista y cuáles han sido las razones que hemos tenido para practicar el primero y pretender ser como el segundo.

Ánfora (1920)

Ahora si definitivamente nuestro proemio ha terminado. Lo que prometimos decir acerca de cómo habíamos escrito y por qué habíamos formado este libro, ha sido más mucho más de lo que pensábamos. Perdónesenos esta extralimitación, en atención a nuestro empeño de justificar suficientemente nuestra obra, esta querida y bien amada obra nuestra, hija de la voluntad y del entusiasmo, que significa el esfuerzo de una juventud firme, honrada y férvida, que ha labrado su idea con paciencia del Orfebre, y ha pulido su ensueño con beatitud de Santo...!

HORACIO ZÚÑIGA

EL SÍMBOLO DEL LIBRO

NECESITAMOS buscar un ánfora para guardar el perfume de esos sueños y la miel de esas ternuras, dijeron las Hadas Madrinas de mis versos cuando tuvieron ante sí la cosecha lírica de mi alma; y a la conquista del ansiado vaso se fueron tomando cada una por distinto camino.

...Y pasaron uno, dos, tres. ¡Quién sabe cuántos días! Hasta que al fin una clara mañana se encontraron de regreso todas juntas, y como todas traían su ánfora y no había que utilizar más que una, convinieron en mostrárselas a la blonda Mab: el Hada de las Hadas, para que ella escogiera la mejor.

Y en carrozas de pétalos de lirio tiradas por libélulas ágiles, se fueron sobre el sendero luminoso de un rayo de sol, como en el cuento de Rubén, al Palacio de la Reina Diosa, que sólo visitan las almas de los niños, en el dorado momento de los sueños....!

Explicado el porqué de la visita, el Hada de las Hadas hizo que se le mostraran las ánforas y fue examinándolas, una por una.

La primera, era un ánfora Griega, modelada en la mejor arcilla Etrusca. Sus líneas eran tan nítidas y puras, sus curvas tan suaves y perfectas y su forma tan impecable, tan serenamente hermosa, que resultaba aquella joya de la Cerámica, de una elegancia extrema, insuperable.

Además, las figuras rojas sobre el fondo negro, lustradas con finísimo barniz, ofrecían a la vista un encanto indecible.

¡Algo había de musical en la armonía de ese vaso Heleno, luminoso como un mármol de Fidias!

La segunda, era Asiática. Data de la Dinastía de los Ming, era de los más raros y finos esmaltes y estaba florecida de crisantemos, pájaros raros y dragones.

Era sumamente rica y delicada.

¡Tal vez había pertenecido al Príncipe Sa-Kya Muni, antes de que este príncipe abandonara su Palacio... o tal vez.... ¿Por qué no? en ella una Emperatriz China, golosa y exquisita, había guardado la dorada delicia del Mitzú.....!

La tercera: la última, era Florentina; estaba hecha de los más ricos metales y ostentaba, incrustadas con delicadeza extrema no pocas piedras raras y preciosas.

Desde luego se comprendía al verla, que, aquella era la obra de inenarrables sabidurías artísticas y el fruto de maravillosas y pacientes luchas.....

¿Sería Donatello o Verocchio su creador?

¿La habría hecho al otro día de su última pendencia el inquieto y magnífico Benvenuto Cellini.....?

La Reina Diosa había visto cuidadosamente las ánforas, pero justamente por eso, no podía decidirse por una solamente.

Las Hadas esperaban y ella volvía a su examen una y otra y muchas veces.... hasta que al fin se decidió a hablar y dijo: “Vuestras ánforas son igualmente bellas; la elección es imposible..... ¿Por qué no me indicáis el objeto a que habríais de destinar la elegida? ¿Acaso sabiéndolo pueda deciros cuál es la más a propósito.....!

¡Ah, bella Señora nuestra! respondieron las Hadas Madrinas de mis versos, la queremos para guardar una cosecha lírica: una mirra de ensueño, una miel de ternura. –Pues entonces, respondiéles la suave y rubia Mab, entonces no sirve ninguna de vuestras ánforas. ¿Cómo queréis guardar el ensueño y la ternura que son divinos, en objetos preciosos pero hechos para satisfacer las ambiciones y los caprichos de los hombres? ¿Cómo queréis cubrir con vanidades fastuosas los

Ánfora (1920)

desintereses excelsos? ¿Cómo intentáis poner en la riqueza inmensa la pobreza suma, sencilla como el alma de Francisco, y pura y divina como la vida de Jesús?

¿Queréis un Ánfora para ese ensueño y esa ternura, para esa lírica cosecha?.....
Pues bien. Id y con las manos temblando de fervor hacedla vosotras; y hacedlas con las cosas más sencillas y más buenas, más transparentes y más dóciles:
¡Hacedla con cristales de linfas y de lágrimas!

.....Y las Hadas Madrinas de mis versos cumplieron el mandato: Hicieron con diafanidades de agua y nitidez de llanto un ánfora delicada, pura, límpida, y, después de guardar en ella mi pequeño mundo armónico me la trajeron.....
¡Aquí está! ¡Aquí está!..... ¡Ella es el nido de la voz de mi alma!

¡Acercaos al misterio de ese nido!

¡Escuchad esa voz.....!

Mis versos..... mi libro.....

Son las veintiún campanadas de mis veintiún abriles
que repican en triunfo sonoras y viriles
desde la torre de una sublime catedral;
son las veintiún trompetas de una exultante diana,
son las veintiún fanfarrias de una fiesta pagana,
son los veintiún botones de un lírico rosal.

Cristal que se hace linfa, linfa que se hace seda,
seda que entre las manos como una gasa queda,
gasa que se hace aroma y después de hace luz,
así quise que fueran mi emoción y mi canto
y por eso he labrado y he cincelado tanto
clavándome a mi ensueño como Cristo a su cruz.

Ser monje de la rima: un San Sabás poeta,
un Pafnucio lirado, un cenobiarca esteta,
siempre quise el miraje con el férvido ideal;
¡Soñé con ser un santo que orara haciendo versos
o un Mago Taumaturgo cuyos brujos esfuerzos
tendieran al prodigio de hacer un madrigal!

Yo he pensado en el Arte como en algo divino,
yo he creído en el Arte como creyó Aladino
en su lámpara mágica. ¡El Arte es mi pasión!
Así es que puse todo lo que en mi vida había
en este libro núbil, en donde todavía
se siente arder la fiebre viril de la creación....!

LOS VERSOS DE LA TERNURA

¡Alma ven a cantar!

Cordialmente, para Antonio Enríquez.

Alma ven a cantar ¿Qué cosa esperas?
¿Por qué callas y gimes? ¿Por qué lloras?
¿No ves cómo florecen las praderas,
cómo llegan las magas primaveras,
cómo surgen y alumbran las auroras?

¿No ves cómo en los parques florecidos
donde engarzan sus gemas las lagunas
hay un deshojamiento de sonidos,
no escuchas los conciertos de los nidos
que el viento mece cual si fueran cunas?

¿No sientes la caricia perfumada
de las brisas bañadas en aromas;
¿No oyes en el claror de la alborada
balar a la ovejilla enamorada
y arrullarse a las cándidas palomas?

¿No ves a las parejas, que, tranquilas,
en su ilusión más sabias que los sabios,
discurren en las blondas tardes lilas,
¡Toda la luz temblando en las pupilas,
toda la miel manando de los labios!

¿No miras cual las bóvedas radiosas
y las campiñas mágicas y bellas
lucen, al par superbas y armoniosas,
en el prodigio de un millón de rosas
y en el milagro de un millón de estrellas?

¿A qué pues sollozar alma vencida
por tu propio dolor, no por el sino,
a qué desfallecer en la caída,
a qué permanecer toda la vida
maldiciendo las zarzas del camino?

No sabes que tus ruegos serán vanos,
que no vendrá lo que tu pena invoca
pues deben los misérrimos humanos
curar su herida con sus propias manos
y restañar su sangre con su boca?

¿A tu redor no has visto como calla
su hondo pesar cuando en la tierra existe:
la cumbre, el fuerte cóndor que batalla,
y hasta el botón que ebrio de vida estalla
en la campiña que de sol se viste?

Todo la realidad rompe o quebranta,
hiere hasta el ala que al ensueño encumbra,
mas, a pesar de desventura tanta,
¡El ave sufre pero siempre canta
y el sol se quema pero siempre alumbra!

¿Y tú te quejas, tú que porque sabes
de trinos a la par que de arreboles,
podrías rompiendo tus mutismos graves,
vibra hecha gorjeos como las aves
y deshacerte en luz como los soles?

¿Tú quejarte y callar? ¡Oh, no! retira
la nube que te cubre, habla y destella,
ocurre a la piedad de la mentira:
ven a decir tu ensueño en una lira
y a beber en el vaso de una estrella.

Ven y de Dios encontrarás el sello
doquier ha puesto su divina planta;
no desprecies aroma ni destello,
ama y verás como el amor es bello
lucha y verás como la lucha es santa.

Interpreta el misterio del arrullo,
hurga el divino arcano de la rosa
y abandona la torre de tu orgullo
como el ala que vuela del capullo
cuando el gusano al fin es mariposa.

¡Sí! recorre el espacio en raudo giro,
da libertad al entusiasmo preso,
y aprende, lejos ya de tu retiro,
a sollozar de angustia en un suspiro
y a darte toda en el temblor de un beso.

Melodía

Clara y pura como fuente de sedinas linfas suaves,
armoniosa como el trino delicado de las aves,
rosa, gema, pluma y astro, seda y oro, néctar, miel,
maravilla de colores y prodigio de sonidos
eres ala en los capullos, eres música en los nidos,
nitidez en los azahares y perfume en el vergel.

Floración de altos ensueños, eclosión de primaveras,
arca llena de ternuras hecha ámbar y ceras,
rico estuche donde guardo los joyeles de mi amor,
de fervor henchida el alma, por dilecta, por divina,
a los pies te trae la gala de esta ofrenda peregrina,
¡Nardo, perla, verso, canto, mirra, estrella, ruiseñor...!

Su nombre.....

Herminia: es delicado su nombre como una
nota de violoncello que vibrara muy paso,
frágil y transparente como rayo de luna,
suave como caricia de unas alas de raso.

Su nombre es dulce, bello, inefable, argentino,
tiene rumor de fronda, temblor de centelleo,
fue cuajado en el molde melódico de un trino
y surgió como el chorro musical del gorjeo.

Al escucharlo pienso en un vaso de China,
en un vaso de China lleno de crisantemas,
en una arca pequeña, rara, preciosa y fina,
que ocultara el milagro de unas próceres gemas.

Ese nombre es tan dulce, es tan fino, es tan suave,
tan delicado y frágil, tan vaporoso y leve,
que al oírlo se piensa en la canción de un ave,
en un frú-frú de seda y en un crujir de nieve....

Más tierno que el arrullo que borda la paloma
cabe el dorado instante del amoroso idilio,
su nombre fue formado con música y aroma
por las divinas manos del inmortal Virgilio.

Yo no sé qué Hadas sabias, no sé qué lapidario
puliría las facetas de ese nombre precioso,
más límpido y más bello que el mejor solitario,
más lleno de poesía que el verso más hermoso.

¡Oh nombre que eres trino de alondra y de jilguero,
nombre lleno de gracia, de música y poesía;
nombre de luz y aroma ¿No sabes? Yo te quiero,
yo te quiero, cajita de néctar y armonía.

Yo te amo, yo te adoro, mi lírica fortuna
daría por escucharte, nombre de mieles vaso,
nombre grácil y hermoso como un rayo de luna
y suave como el vuelo de unas alas de raso.

Es la excelsa señora.....

Es la excelsa señora de mis amores,
la radiosa sultana de mis ideales
a quien cantan, poetas, los ruiseñores,
y componen los céfiros madrigales.

Es la maga encantada de mi leyenda,
de mi grata leyenda que Amor perfuma:
la que habla en un idilio bajo una tienda
plantada en un desierto que el sol abrumea.

Es la inmortal Aldonza que el Don Quijote
de mi locura ha creado, dulce y divina,
ella es la que me libra de todo azote,
la estrella de los Magos que me ilumina.

Encarnación que anima mis ilusiones
es, compendio de toda belleza humana,
ya la Venus que turba los corazones
o ya la “fantasmita” de Dejjennana.

Copa de la hermosura de encantos llena
tiene para mi alma que la idealiza,
la exquisitez eximia de Ana Bolena
y la atracción extraña de Mona Lisa.

Ya displicente y fría, ya triunfadora,
posee al par hermanadas con gentileza,
altiveces soberbias de Reina mora
y aristocracias finas de Dogareza.

Dentro del áureo marco de mis visiones
la he visto, coronada de níveas luces,
pasar con una escolta de cien dragones
en un carro tirado por avestruces.

Otras veces la he visto de las distantes
tierras llegar: países de fantasías
de donde vienen Reyes con elefantes
cargados de tapices y pedrerías.

Y la imagino frágil, cual porcelana
de China, como veste de mariposa,
imprecisa como una cosa lejana,
incierta como un sueño color de rosa....

Luego la sueño Reina de seductoras
Patrias, vivir en ricas, grandes ciudades,
doradas de prestigio como Bassoras
y aromadas de ensueños como Bagdades.

Y bella y noble siempre: Citeres, Diana,
Salammbó, Margarita, Thais, Colombina:
¡Como la Venus Griega la más humana
pero también como ella la más divina!

Yo te amo.....

Yo te amo, maravilla dorada de mis sueños,
yo te amo con un grande y un hondo y puro amor,
a tí me empuja el ansia de todos mis empeños,
por tí voy por la vida cargando mi dolor.

Por tí soporto el hierro que mis carnes mutila,
el fuego de los odios que llueven sobre mí,
la pasión que perturba mi soledad tranquila,
la ola que me separa tantas veces de tí.

Tú eres la fuerza oculta que mueve mis cansados
miembros, ya consumidos de tanto caminar,
tú eres el óleo santo que cura mis pecados,
tú eres la sombra amiga que me invita a soñar.

A tí como a un refugio van mis sueños dispersos:
flores despetaladas de un mágico jardín,
a tí como a su nido van, alados, mis versos
que tienen luz y mieles y aromas de jazmín.

En tí mi ánima encuentra las linfas del consuelo
que alivian al que sufre de su martirio atroz,
en tí mis astros de oro han encontrado el cielo
y mis plegarias puras han encontrado a Dios.

Cuando vagaba triste por el yermo camino,
solo en medio a la ruda, violenta tempestad,
te hallé como si hubieras sido un signo divino,
un oasis de calma, de perdón, de piedad.....

Y desde ese bendito e inolvidable día
envuelta en las sutiles gasas de la ilusión
guardé dentro del pecho tu imagen ¡vida mía!
para que calentaras mi helado corazón.

Y allí la llevo siempre, ella es como la gota
caritativa y buena de la dorada miel,
como la paz silente de un vuelo de gaviota
sobre el océano en furia desgarrador y cruel.

Ella es como la vaga claridad de la hora
en que, pleno de flores, se despierta el rosal,
cuando Venus oculta, sobre el mundo no llora
de sus oros divinos el precioso raudal.

Ella es como tu sombra que me sigue y me guía,
que se pone a mi lado y me viene a alumbrar,
como un poco de tu alma que se duerme en la mía
y que a veces despierta cuando me oye cantar....!

Ella es como una suave voz que dice consejos
al oído, voz bella impregnada de amor,
es como una armonía que viene de muy lejos
envuelta en los piadosos perfumes de una flor.

Ánfora (1920)

Imagen de milagro sutil y luminosa,
querida y blonda imagen ven conmigo a soñar
¿No oyes cómo las arpas de una orquesta armoniosa
allá, dentro del alma, comienza a tocar.....?

Miniatura

En un divino clavileño,
en el pegaso de mi ensueño
volé a los cielos una vez,
por ver si al fin allí podía
hallarte ¡Oh vaso de poesía
y de ternura y candidez!

Fuime a las diáfanas alturas
a las regiones siempre puras
hechas de gasas y de tul,
y en mi locura y mis anhelos
con el milagro de mis vuelos
llené la gloria del azul.

Llevaba un ánfora preciosa
donde dormía la milagrosa
y rica gema de mi amor:
piedra gentil que había tallado
cual un orfebre delicado
hábil y fino, mi dolor.

Era mi ofrenda, era el presente
que yo deseaba, reverente,
irte de hinojos a brindar;
era mi mágico tesoro,
era mi incienso, era mi oro,
era la mirra de mi altar.

Anfora (1920)

Era mi joya preferida,
era la esencia de mi vida
hecha una lágrima de luz,
por eso quise a tí llevarla,
a ver si tú querías guardarla:
arca de un príncipe de Ormuz.....

Pero no pude hallarte; en vano
hurgué hasta el fondo del arcano,
pues supo al fin el corazón,
que eras, mentira pasajera,
¡Sólo un perfume de quimera
y un suave aroma de ilusión!

Para la elénica Asunción

A la Gentil Asunción Astivia.

¿Quién te dió el oro grácil de tus blondos cabellos?
¿Quién hizo tus ojeras con suaves disfuminos?
¿Quién labró los corales de tus labios tan finos?
¿Quién encendió los astros de tus ojos tan bellos?

¿Quién de tus finas cejas trazó la curva leve
haciendo de cada una de tus cejas un verso?
¿Quién, pintor prodigioso, pintó tu cutis terso
que tiene de las rosas el mármol y la nieve?

¿Quién les dió a pupilas ese mirar tranquilo
que acariciante y suave hasta las almas llega?
¿Quién delineó tu hermoso perfil de estatua griega,
como perfil sereno de la Venus de Milo?

¿Y quién ¡Maga hilandera de ensueños y de amores!
quién te trajo a la vida para que en ella fueras,
haciendo que a tu paso brotaran primaveras
en medio de cascadas de trinos y de flores?

Si ya sabes.....

Sí ya sabes, lejano y puro ensueño,
que no te he de alcanzar;
que tus dulces caricias y tus besos
no los tendré jamás;
que la suave frescura de tus linfas
¡Oh fuente de bondad!
nunca mis labios secos y anhelantes
y mudos, probarán.

Si sabes que son vanas mis congojas,
mis llantos, mi tortura, mi dolor;
las quejas con las que el alma se lamenta,
las lágrimas que llora el corazón,
los suspiros que vuelan de mi pecho
cortando los temblores de mi voz
que te llama y te implora y te suplica
y te ruega me des ¡Divino sol!
un rayo nada más de tu ternura,
nada más un destello de amor!

Si todo eso lo sabes ¡Cáliz pleno
de bondad y virtud!
¿Por qué me niegas de tus dulces ojos
la bienhechora luz?
¿Por qué no dejas que de mis ensueños
la libélula azul,

en tus jardines vuela y se remonte
después, hasta el azur,
donde las Hadas juegan con los astros
y donde vives tú?

Si ésta la dolorosa vida mía
ha de ser cual lo sabes, breve al fin,
¿A qué quitarle el prisma del ensueño,
talismán poseedor de encantos mil
que todo nos lo ofrece transformado,
que a todo presta un ideal matiz,
que como sol nos hace ver la chispa
y como alada flor al colibrí.....?

Si sabes que vencido y moribundo
y abrasado de sed,
me hallo apurando de mi amargo cáliz
la inacabable hiel,
¿Por qué me niegas de tus aguas puras
la dulce placidez?
¿Por qué me dejas solo y sin consuelo?
¿Díme, díme; ¿Por qué?

La palabra de miel

Unciosamente, para A. M. D. G.

Con extremada delicadeza; el acento aterciopelado al principio, y, luego, apasionado y cálido.

Tú ya sabes cuál es esa palabra:
la palabra de miel;
la que canta la alondra de Verona,
la que eterniza el verso y el cincel,
y el color, y el sonido, y la plegaria;
la que evoca una rosa y un laurel;
¡una frente de nardos en la reja....
y un penacho.... y un trémulo alquicel!....

Crescendo; muy suave, muy lentamente, y con la voz ligeramente sollozada al fin.

Tú ya sabes cuál es, tú ya lo sabes,
por eso hoy que un fatal
destino me separa de tu lado,
yo te pido ¡Pureza celestial!
que, cuando esté muriéndose mi vida
como un suspiro en su prisión carnal,
me des la suave miel de esa palabra
en tu voz de caricia y de cristal!.....

Y hasta en mi triste soledad.....

Sé que te hayas enferma, que una pena
muy honda te consume y, despiadada,
no deja de oprimirte ¡Bien amada!
¡Corderilla gentil que eres tan buena!

Sé que tu alma de pesares llena
se encuentra de vivir triste y cansada,
y que la clara luz de tu mirada
ya no es como era ayer dulce y serena.

Y desde que lo sé ¡Tanto te quiero,
no obstante que me has dicho no me quieres!
que por tu solo mal me desespero,

encuentro amargas dichas y placeres
y hasta he sentido en mi dolor que muero,
nada más de pensar que tú te mueres.....!

Mi madre

A la Sra. Carmen Anaya de Zúñiga.

Inefable alma nítida y bella,
poema divino de todo lo blanco,
y de todo lo suave y de todo lo puro,
y de todo lo bueno y de todo lo santo.

De mis hondos dolores consuelo,
de mis llagas ardientes el bálsamo,
donde quiera que voy vas conmigo
como estrella, mi senda alumbrando,
y si estoy abatido o sediento
al mirar que vacilo o me abraso,
de tus besos me das la frescura
y me ofreces la sombra de tus dulces cuidados.

Siempre has sido mi guía y mi refugio,
siempre has sido mi puerto y mi faro:
Cuando en vano llamaba a la puerta
de queridos amores que jamás me escucharon,
cuando triste y enfermo imploraba
mi limosna de ensueño, con los ojos clavados
en la altura impasible y serena
o en los pálidos ortos lejanos,

solo tú me brindaste tu auxilio,
solo tú me tendiste los brazos

y cerraste mis frescas heridas
con la suave piedad de tus labios.

¡Oh creatura divina, abnegada y sublime,
tu infinita bondad me ha enseñado,
cuanto vale una madre en la vida
donde nadie nos oye ni se para a curarnos;
donde ¡infame! nos burla la novia
y nos vende el amigo que llamamos hermano,
y hasta el mismo saber nos traiciona
al rompernos el prisma del ideal que soñamos!

¡Ay de aquel que no tenga un amor como el tuyo!
¡Ay de aquel que no sepa de las nítidas manos
que nos hacen los bucles cuando somos pequeños
y después nos bendicen cuando, grandes, nos vamos
a probar a otras partes de los panes ajenos
que se amasan a veces con la sal de los llantos!

¡Ay de aquel que ha perdido para siempre a su Madre!
¡Ay de aquel que no cuenta con su amor ni su amparo,
pues la vida es tan dura y el dolor es tan hondo,
y el camino es tan largo..... es tan largo..... tan largo.....!

Como envuelta en un sueño

Como envuelta en un sueño: de azul vestida
pasaste ante mis ojos deslumbradora,
llena de hondos misterios como la vida,
y de luz y de encantos, como la aurora.

Tus ojos, ojos grandes, dulces y buenos:
luceros en las sombras de mis dolores,
se veían más hermosos y más serenos
y más alucinantes y arrobadores.

Tu cuello, tu divino, tu blanco cuello
turgente y delicado, grácil lucía,
besado por las sedas de tu cabello
que era como una aureola que te cubría.

Tus manos, manos puras, castas y buenas,
creadas para la vida de los jardines,
hechas se hubieran dicho con azucenas,
con nardos y con rosas y con jazmines.

Tus brazos, semiocultos entre los rasos
y las sedas, de un tenue rosa impoluto,
se hubiera dicho que eran los finos brazos
de una fina escultura de Benvenuto.

El rosa de tu cutis se hacía más rosa
con la celeste gasa que te envolvía,
y tu boca divina: fresa sabrosa,
era un clavel sangriento que se entreabría.

Tu cintura, tu busto, tú toda eras
el encanto viviente, la gracia suma;
el Hada hija de auroras y primaveras
vestida por los Dioses, de luz y espuma.

¿Existes?

¿Existes en verdad? ¿Será mentira
tu guedeja triunfal sedosa y blonda,
y tus sonrientes ojos de Gioconda
en los que el alma de la luz se mira?

¿Existes en verdad, tú en quien se inspira
el trovador que en la calleja ronda,
brindándote cual joyas de golconda
los armoniosos versos de su lira?

¿Existes en verdad? ¿Tú la que sabes
aunar a los arrullos de las aves
la frescura sedosa de las flores?

¿O eres una ilusión hermosa y breve
y tu vida es como una pompa leve
que revienta en un sueño de colores....?

Ella.....

Era el consuelo de mi alma enferma,
la que enjugaba mi amargo lloro,
la que cuidaba de mis heridas,
lo que acababa con mis enojos.

Era mi vida, yo la adoraba,
de mis ensueños era el tesoro;
todo por ella, perdido hubiera,
lo hubiera dado por ella todo.

Pero ella, ingrata, cruel, veleidosa,
mi amor burlando, se fue con otro,
y desde entonces doliente y triste
voy por el mundo sufriendo solo.

....Mas, no por eso dejo de amarla,
que, cuando miro sus grandes ojos
mirarme tiernos cuando me encuentra,
¡Sus ojos garzos, negros y hermosos!

Siento que el alma se me deshace
en dulces frases, y, que la imploro,
y la bendigo con mis palabras,
la doy de besos y la perdono....!

Qué culpa tienes tú.....

¿Qué culpa tienes tú de no quererme
niña que apenas surges a la vida,
qué culpa tienes tú de ahondar mi herida
y de matar mi corazón inerme?

¿Qué culpa tienes tú de no poderme
librar de este dolor de la caída
en cuyo seno la desgracia anida
y el entusiasmo sin alientos duerme?

De mis desechos ideales santos,
de mis amados y perdidos bienes,
de mis aves sin alas y sin cantos,

de mis dolores hondos y perennes,
de mis llagas, mis penas y mis llantos
¿qué culpa tienes tú, qué culpa tienes?

Cura mis desengaños

Cura mis desengaños flor divina y temprana,
flor que te abres apenas en mi huerto escondido
cuando la aurora llega con la rubia mañana,
antes de que los magos luceros se hayan ido.

Flor hecha de ternuras, lirio de castidades,
azucena encantada: pebetero de aromas,
has que cruce el milagro de un vuelo de palomas
el cielo tenebroso de mis fatalidades.

Las mariposas áureas de mis sueño, que giran
describiendo en el aire rutas maravillosas,
que en tu cáliz encuentren las mieles milagrosas
que son como los vinos que sus vuelos inspiran.

Los colibríes joyantes de plumajes fastuosos
de mis incomparables y brujas fantasías,
hallen en tu corola: arca de pedrerías,
el engarce instantáneo de sus vuelos radiosos.

Bríndales las caricias de tus pétalos finos
a mis labios sedientos, temblorosos y mudos,
embalsama las llagas de mis miembros desnudos
cubiertos con el polvo de todos los caminos.

Anfora (1920)

En la negrura intensa de mis desolaciones
pon la misericordia de tu blanco color:
de ese color que evoca primeras comuniones,
de ese color sin mancha, como el primer amor.....

¡Si, no me dejes solo! Vaso de castidades,
azucena encantada, flor de un raro pensil,
trae la paz a mi vida llena de tempestades
¡Oh lirio más hermoso que los lirios de abril!

Policromía

I

En ese momento la tarde caía,
con brillo de seda brillaban los cielos
y el vidrio del agua travieso reía
cuando lo golpeaba Fabonio en sus vuelos.

Allá poco a poco, muy quedo, muy paso,
bogaba tu caique de fina silueta
que se destacaba sobre el tul de raso
con nerviosidades de gaviota inquieta.

Levemente el casco rompía los cristales,
la espuma cuajaba sus rosas de nieve
y el remo marcaba con ritmos iguales
un aire armonioso de música leve.

Tú, semidormida sobre los colchones
de sedas crujientes y gasas sutiles,
lucías tu belleza de mágicos dones
con tu aristocracia de griegos perfiles.

Así somnoliente, como una camelia
que se desvanece de melancolía,
te me figurabas la cándida Ofelia,
la frágil Ofelia, cuando se dormía.

Con raros encantos lucían tu cabello,
tus largas pestañas, tus hondas ojeras,
tus hombros desnudos, tu heráldico cuello,
tu cutis formado de rosas y ceras.

Todo, todo, todo lo que tú tenías
en ese momento supremo brillaba
con lujos extraños y extrañas poesías,
mientras, levemente, tu caique bogaba....

....Bogaba, bogaba,.... ¡Litera flotante!
¿Por qué te llevaste tu raro tesoro
mejor que el perfume, la perla, el diamante,
la mirra y el ámbar, la luz y el oro?

II

Con tus camellos y dromedarios
en tu litera de oro y azul,
con tus tigresas y tus canarios
y tus carbunclos y solitarios,
pasas dichosa para el Kabul.

¿Vas tras de un sueño color de luna,
tras de una grata bella ilusión,
tras del encanto de una fortuna,
tras un hechizo de Magaluna
tras de un turbante, tras de un airón?

¿Buscas un bello príncipe Moro,
un aguerrido noble doncel,
dueño absoluto de un gran tesoro:
pieles de tigre, polvos de oro,
ámbar y esencias, perlas y miel?

¿Vas a la cárcel de algún serrallo,
a los harenes de un musulmán
donde, cual puros lirios de mayo,
de los placeres al ígneo rayo,
tus inocencias sucumbirán.....?

¿Buscas la nieve de las mezquitas,
los minaretes de oro y marfil?
¿Quieres que olvide tu alma sus cuitas,
soñar anhelas cosas bonitas,
deseas dormirte con el narguil?

¿Quieres volverte sumisa esclava,
vender por oro tu libertad;
como la bella reina de Saba
a quien el mundo todo admiraba
quieres ser reina? ¡Dí la verdad!

Mas no, no quieres joyas, no quieres
oro ni perlas, quieres amor,
¿Reina? ¡No es cierto! mejor prefieres
a los halagos y a los placeres
el bello verso de un trovador.

....Pero ¿Lo has visto, cómo se llama,
en dónde vive tu damicel,
el que tu dulce pasión inflama,
el que de tu alma miró la llama
y de tus besos probó la miel?

¿Lo viste en sueños, en tus queridas
noches calladas, llenas de amor,
de un corcel brioso guiando las bridas,
el cuerpo exhausto lleno de heridas
y aún más hermoso con su dolor?

Pues no persistas niña preciosa,
¿Para qué marchas hacia el Kabul,
si tu sublime pasión hermosa
solo es un sueño color de rosa,
y una impalpable voluta azul?

III

Ave lírica, sublime, musical,
ave triste, ave divina: ruiseñor,
tú que riegas en las noches tu dolor
en un chorro de sonidos sin igual.

Tú qué sabes de los astros del confín
impalpable de los cielos: prócer tul,
tú que oíste la poesía de un cuento azul
preludiado por las notas de un violín.

Tú, poeta de la noche, tú, gentil,
tú, divino y melancólico cantor
que les hablas a los astros del amor
de tus sueños con las liras de marfil.

Tú que adoras a las flores del vergel
y a las lámparas votivas del azur,
tú que has ido a Samarcanda y Singapur
derramando tus canciones como miel....

Tú que has visto tantas cosas, rruiseñor,
¿A mi novia no la has visto por aquí?
era cándida y traviesa, era así
como un pájaro y un verso y una flor.

Díme, díme, rruiseñor ¿La has visto tú
tú cantor de la ilusión y el ideal,
tú que sabes de los lagos de cristal
y que sabes de los cielos de tisú?

Sí, me dijo el ave músico: –La ví
hace poco, hace muy poco que pasó,
de tu amor toda la historia me contó
y me dijo estas palabras para tí:

“Dile amigo que me marchó, que al confín
insondable y transparente es donde voy,
que de un astro, luminosa, el alma soy:
suave aroma de un rosal de ese jardín.”

Ánfora (1920)

“¡Que no tema que lo engañe, que mi amor
no ha colgado de las sombras el capuz!
¡Que lo beba en las cascadas de la luz,
y lo aspire en el aroma de la flor!”

“Que no tema, que mi amor no ha de acabar,
que conmigo, con mi vida, ha de vivir,
¡Que lo mire en las auroras sonreír
y en los pálidos luceros cintilar.....!”

No te encierres en la torre

No te encierres en la torre del silencio: si no me amas,
de una vez has que se extingan las radiantes oriflamas
que iluminan los senderos donde pasa la ilusión
en su carro prodigioso de alabastros y marfiles,
que atraviesa los vergeles y que cruza los pensiles,
y que va regando sueños como inmenso corazón.

Dime todo lo que pienses, dime todo lo que quieras,
nada importa que destroces, implacable, mis quimeras,
nada importa que le rompas sus dos alas al ideal,
nada importa que me arrojes a los fétidos pantanos,
que me niegues las caricias luminosas de tus manos,
y el encanto suave y dulce de tu charla musical.

Nada importa que me hieran tus palabras, nada importa
que mi vida ante tu ruda negativa quede absorta,
destrozada, moribunda, sin alientos, sin calor,
sin ardientes entusiasmos que la impelan y la encumbren,
sin violetas que la aromen, sin luceros que la alumbren,
sin piedades exquisitas que mitiguen su dolor.

Nada importa que marchites mis campiñas y jardines
que se muestran matizados de claveles y jazmines,
cual tapetes de Basora o alcatifas de Bagdad;
nada importa que me mates, nada importa que me estrujes,

Anfora (1920)

que me arrojes a la sombra, que me orilles, que me empujes
al abismo en que naufragan los veleros de Simbad.

No me importa nada de eso, pues mi amor es tan profundo
que aun enfermo y destrozado, y sangrante y moribundo,
no podría dejar de amarte, ni dejarte de querer;
ni podría olvidar la magia luminosa de tus ojos,
aunque herido me arrastrara de mi ideal con los despojos
y sintiera mi existencia lentamente perecer.

¡Por qué pues no me contestas?... ¡Ya lo ves, no tengas miedo!
dime todo lo que sientas, que aunque ya sufrir no puedo,
silencioso y resignado tu respuesta he de escuchar,
pues al fin aunque no me ames, ni me mires, ni me quieras,
yo he de ir siempre tras de tu alma: floración de primaveras,
como van tras de los barcos las gaviotas en el mar.

Toda la tarde aquella

Toda la tarde aquella
nos habíamos mirado,
a la luz de los focos amarillos
y en la sala pletórica del teatro.

Yo que por no haberte visto
estaba enfermo y triste y fatigado,
sentí que se posaban tus pupilas
sobre el desierto gris de mi cansancio
y que a su sombra dulce y bienhechora
y bajo su divino y hondo encanto,
renacían ilusiones consumidas
hacía ya muchos años,
y despertaban mis más bellos sueños:
aquellos sueños locos
que se morían soñando:....

....Toda la tarde aquella
y... aun cuando
aquella tarde era un minuto solo
para la eternidad de mi calvario,
tanto me acariciaron tus miradas,
me iluminaron, me curaron tanto,
que, todavía cuando sufriendo evoco

Ánfora (1920)

las caridades que me prodigaron,
oigo una voz que canta en mi silencio,
miro la cruz de unos abiertos brazos,
y siento una gotita de dulzura
sobre el fatal acíbar de mis labios....!

Imploración

Escúchame. ¿No sabes que te quiero,
que por tí sufro crueles sinsabores,
que hace ya mucho tiempo que te espero
para contarte todos mis dolores?

¿No sabes que doliente y abatido
ante tus displicencias he quedado,
que todos mis jilgueros se me han ido
y todos mis ensueños han volado?

¿No sabes que vencidos mis afanes
no buscan, como ayer, vanas quimeras,
y duermen de mi orgullo los volcanes
bajo el frío de sus blancas cabelleras?

¿No sabes que en mi pecho todo expira,
que, fallidos por siempre mis empeños,
ya no vibran las cuerdas de mi lira,
ya no cantan las aves de mis sueños?

¿No sabes que apagados y dispersos
no alumbran ya mis ideales santos,
ni perfuman las rosas de mis versos,
ni embalsaman los lirios de mis cantos?

¿No lo sabes?— ¡Pues bien, sábelo, rosa,
de embriagador y mágico perfume:
por tí el amor me hiere y me destroza,
por tí el dolor me mata y me consume!

Por tí todo lo bello lo he perdido,
todo lo grande y lo mejor lo he dado:
¡En mis bosques no queda un solo nido!
¡Ni un lirio en mis jardines ha quedado!

....Todo por tí: los esplendores muertos
de mi edad, mis ideales, mis anhelos;
los rosales nevados de mis huertos,
las estrellas divinas de mis cielos!

¡Todo por tí: Por tí a quien amo,
a quien vibrante de emoción adoro,
por tí, que si no escuchas mi reclamo,
yo, el indomable, el insensible, lloro....!

Y es que tú de mi vida la vida eres,
por eso mi pasión ardiente y fiera
no desdeñes jamás, si no me quieres
al menos no me impidas que te quiera....!

....Sí, déjame ofrecerte estas mis penas,
tendré cuidado de guardar tus galas:
¡Bajo el salvaje airón de mis melenas
puedes tranquila perfumar tus alas!

Déjame que me acerque, mi acechanza
no temas. ¡Por piedad, deja mirarte,
y ya que tú eres mi última esperanza
no me dejes morir sin alcanzarte....!

¡Sé misericordiosa! Si no me amas,
no me lo digas nunca, tengo miedo,
pues me consumen implacables llamas
y otro inmenso dolor sufrir no puedo!

¡Calla mejor! ¡No avives esta lumbre!
y déjales creer, creencia bella:
¡Al guijarro que es novio de la cumbre
y al cocuyo que es novio de la estrella....!

Rica arquilla de mis sueños.....

Rica arquilla de mis sueños, ideal
vaso lleno de ternuras y de luz,
eres como un breve estuche de cristal
donde duermen bellas perlas de Ormuz.

Joya alada, como hermoso colibrí,
es el verso cincelado con primor,
que se escapa de la lira y va hacia tí
cual si fuera hacia la copa de una flor.

Oro puro es la aromada y rubia miel
que te brindan, como vinos de ilusión
las abejas que se agitan en tropel
sobre el cáliz de tu dulce corazón.

Suave aroma es el arrullo musical
que el palomo va tejiendo en el jardín,
cuando pasas desgranando la vanal
risa loca de tus labios de carmín.

Flores líricas, del pájaro cantor
son los trinos que deshójtate al caer
de la tarde, que agoniza en el amor
de un crepúsculo dorado y rosicler.

Todo bello, todo bueno y dulce es
lo que bríndote, creatura hecha de paz,
pero, es más lo que te traigo yo a tus pies,
más que el trino, que el perfume.... ¡Mucho más!

Es mi amor, es mi divino y grande amor
que, atesora entre riquezas otras mil:
el prodigio musical del ruisenior
y el encanto perfumado del pensil.....

Tengo miedo de amarte

Tengo miedo de amarte, ¡Vida mía!
tengo miedo de amarte como te amo,
porque tal vez jamás ¡Oh suerte impía!
escuches el dolor de mi reclamo.

Tengo miedo de amarte, porque apenas
ciñen tu frente dieciséis abriles,
porque eres cual las níveas azucenas
que embalsaman los mágicos pensiles.

Porque sin odios, penas, ni deseos,
las breves horas del vivir consumes,
escuchando, extasiada, los gorjeos,
y aspirando, arrobada, los perfumes.

Porque tus manos: vasos de bondades,
como las de mi Madre, manos pías,
perderían sus divinas castidades
al enlazarse ingenuas, en las mías.

Porque tus labios finos, delicados,
que han gustado del oro de las mieles,
ignoran los apóstrofes airados
que vibran roncós, ásperos y crueles.

Porque tu oído sólo cosas suaves
escucha: musicales, bellas cosas,
como el charlar de linfa de las aves
y el frufrotear de seda de las rosas.... !

Porque tu alma de luz, astro intocado,
sucumbiría en la sombra de mi duelo,
como sucumbe el lirio inmaculado
bajo el sudario nítido del hielo.

Por eso, sí, por eso ¡Vida mía!
tengo miedo de amarte con pasión:
porque como eres flor te mataría
con su salvaje beso el aquilón....!

Figulina romántica

Para B.....

¿Por qué mi pasión no escuchas,
por qué te alejas y escondes,
por qué nunca me respondes
cuando te hablo de mi amor?
¿Por qué no atiendes el ruego
de mi constante reclamo,
ni vienes cuando te llamo
para calmar mi dolor?

¿Por qué sabiendo que sufro
vas derramando tus risas,
en tanto juegan las brisas
con tus risos de querub;
por qué me dejas tan solo
con el alma desgarrada,
más triste, más desolada,
que el cementerio de Eyub?

¿Por qué en tu jardín te ocultas
con tus margaritas bellas,
para platicar con ellas
de los cuentos de Perrault;
por qué huyendo a mis miradas
te proteges en la fronda,

mientras tu guedeja blonda
flota empapada de sol?

¿Tienes miedo de mis manos
que en sus fervientes delirios
manchan sin querer los lirios
que cultiva la ilusión?
¿Dudas de mi dulce afecto,
de mi profundo cariño
que es blanco como el armiño
y es puro como el vellón?

¡Ven! no temas, no te escondas,
yo sé tocar lo que es leve,
la seda, el raso, la nieve,
la porcelana, el cristal;
yo sé mirar lo que es bello
y sé querer lo que es suave:
la flor, el verso y el ave,
y el límpido manantial.

¡Ven! te daré ámbar y perlas,
te pasearé como diosa
en un barco de oro y rosa
con las velas de tizú,
y te contaré la historia
de un poeta que moría
del amor que le tenía
a una niña como tú.....!

Flor caída.....

Para Roberto Rivera, el buen amigo.

Mujer que el vicio sin piedad desgarró,
brutal ofensa del pudor humano,
flor que cortada fuiste por la garra,
ala que te arrastraste en el pantano.

Mujer que el corazón llevas herido
teniendo que ocultar tu amargo duelo
¡Eres paloma que olvidó su nido!
¡Eres estrella que perdió su cielo!

Caíste en la tiniebla pavorosa,
te hundiste en el oscuro precipicio
y tus alas de frágil mariposa
se ardieron en las llamas de tu vicio.

Caíste.... y ya sin alas, sin colores,
de tu existencia en las informes ruinas,
cambiaste los aromas y las flores
por la hiel y el veneno y las espinas.

Tu cuerpo como un mueble fue alquilado,
fue diariamente al comprador vendido
y el que antes fuera lirio inmaculado,
fue después un halago del sentido.

Te hirió la decepción negra, maldita,
sólo el vicio curar pudo la llaga
y fuiste como flor que se marchita,
como lucero errante que se apaga.

La desventura te arrancó de cuajo,
y nadie te libró de ser cautiva
¡Tuvieron miedo de llegar abajo
esos que hablaban de piedad arriba....!

Y te dejaron sola, con tu pena
infinita marchando a lo imprevisto,
como una pecadora Magdalena
que todavía no encuentra a Jesucristo....!

Pobre mujer que en cárceles sin rejas
presa estás sin cariños, sin auroras,
insultan tus dolores si te quejas,
se ríen de tu ternura cuando lloras.

Tus inmensas y tristes desventuras
insulta el mundo con su cruel falacia,
sin saber que las lágrimas más puras
son aquellas que arranca la desgracia.

.... Creatura sin honor y sin creencia
que en tu profunda decepción maldita,
desgarraste el azul de tu conciencia
que por ser tu conciencia, era bendita.

Anfora (1920)

Alma sin luz, sin fe, sin ilusiones,
alma marchita y seca y sin fragancia
que manchaste los nítidos vellones
de los primeros años de tu infancia.

Tú no eres la culpable de tu ruina:
juguete de pasiones tormentosas,
hallaste la crueldad negra y mezquina,
como reptil, oculta entre las rosas.

Culpable no eres tú; te remontaste
para alcanzar lo que en tus sueños viste,
ebria de luz y eternidad volaste
y en el espacio inmenso te perdiste....!

Nube quisiste ser, pues ella sube,
astro quisiste ser porque cintila,
y se deshizo al fin la blanca nube
y se apagó del astro la pupila.

Rodaste: el precipicio traicionero
se abrió a tus pies ¡Polvo que fuiste lirio!
y desde entonces vas por el sendero
arrastrando la cruz de tu martirio.

Sigue por él, recuerda en tus dolores
profundos, infinitos, sobrehumanos,
que hasta los mismos huesos se hacen flores,
y se hacen mariposas los gusanos....!

Sufre, tú que fingiendo eternamente
callas tu hondo dolor, no estás perdida
¡Las espinas que llevas en la frente
han de rasgar las sombras de tu vida....!

Con las lustrales linfas de los llantos
tus lacras borrarás, y con tus penas,
pues son los sufrimientos óleos santos,
que hacen las almas nítidas y buenas....

Paloma que perdiste ya tus galas
aún hay remedio en tus desgracias sumas,
¡Llevas a la tiniebla entre las alas,
pero brillan luceros en tus plumas....!

¿Sabes.....?

¿Sabes? Soñé una vez que me querías
como te quiero yo, que me adorabas
así como te adoro y que pensabas
en mí, constante y fiel todos los días;

Que piadosa y gentil, sólo reías
cuando gozaba yo, pero callabas
cuando en mi rostro enfermo adivinabas
el despertar de las melancolías....

Soñé.... ¡Mas para qué mi Hada querida,
te he de contar lo que soñé despierto!
A tí te toca vida de mi vida,

de mi esperanza salvación y puerto,
decirle a mi alma enferma y dolorida
si aquello que soñé, fue o no fue cierto....

Noche: blanco poema.....

Diafanía de alabastros en los cielos dormidos,
en el lago encantado diafanía de cristal,
armonioso silencio palpitando en los nidos
y en el alma ferviente, devoción de ideal.

Mucha nieve en las cosas, mucha nítida seda,
mucho armiño impoluto, mucha gasa de luz;
un perfume muy blando y una paz que remeda
por lo dulce y lo suave, la bondad de Jesús.

¡Cómo es clara la noche, cómo es clara y es pura!
¡Cómo es dulce la hora y es amable y es buena!
¡Cómo en todo está el sello de la eterna hermosura
inefable y divina, misteriosa y serena...!

¡Cómo el barco naufraga en las trágicas dudas
en el golfo encantado de la Maga Ilusión,
donde surge la Diosa de las carnes desnudas
opulenta y virgínea como rosa en botón!

.... Milagroso prodigio de inefable armonía:
noche ¡Blanco poema de alabastro y azahar!
yo he sentido, al conjuro de tu santa poesía,
que al fin “ella,” la dulce, viene a oírme cantar....

Blanca nieve

Para.....

Blanca nieve, Hada niña del país de la luz,
encantada princesa, matutino arrebol,
rayo níveo triunfante del nocturno capuz,
ten piedad de mis llagas, venme a ungir en la cruz
acaricia mi sobra con caricias de sol....!

Junto al yermo en que vivo, fluye al fin, manantial,
amortaja mis dudas con tu amor ¡No seas cruel!
no me niegues tu aroma milagroso rosál,
en tus labios endulza mi amargura fatal
tú que estás hecha toda de perfume y de miel....!

Fue en el mágico misterio.....

Fue en el mágico misterio de las tierras orientales
una tarde encantadora, bajo un cielo muy azul;
advertido por el golpe de los remos musicales
te miré, Reina de un cuento, navegando hacia Estambul.

Recostada en una caica, displicente, perezosa,
deshojabas con tus manos la corola de una flor
y torcías dentro de tu alma, exquisita y primorosa,
el blanco hilo de los sueños, en la rueca del amor.

Sobre un suave cojín rojo reclinadas las espaldas,
el azur del horizonte recortando tu perfil,
ostentabas la opulencia de una sarta de esmeraldas
que era sierpe luminosa sobre el cuello de marfil.

Vagamente tus pupilas se fijaban en las cosas,
tus pupilas impregnadas de misterio, de ideal,
y volaban tus ensueños como níveas mariposas,
cual libélulas azules con alitas de cristal.

En tu pecho relucía deshaciéndose en fulgores
un hermoso solitario, miniatura del Mirab,
y caían sobre tu frente prodigando sus blancos
las más ricas de las perlas de las arcas de un Nabab.

Ánfora (1920)

Tus divinas manos suaves como sedas de azahalia
se veían abandonadas, padeciendo atroz esplín,
y evocaban por lo blancas, las palomas de la Idalia
que se besan y se arrullan en la cama del jardín.

Te veías tan majestuosa, tan soberbia, tan divina,
tenía tanto de atractivo tu silencio y tu altivez,
que pensé, como una alfombra portentosa y peregrina,
arrojar todos mis versos y mis sueños a tus pies.

Mas fijándome en tus ricos y fastuosos esplendores
medité en que era insensato darle vida a la ilusión,
que era necio ir tras los astros y las aves y las flores
cuando está triste y marchito y cansado el corazón....

Fue por eso que tan solo y en las alas de las brisas
te mandé el último aroma que quedaba en mi vergel,
y dejé que te alejaras derramando las sonrisas
que rodaban de tus labios como un rubio hilo de miel.

.... Y te fuiste para siempre ¡Como todos mis ideales!
se perdió tu caica leda cual paloma en el azul,
y se fue apagando el ritmo de los remos musicales
y se fue muriendo el día bajo el cielo de Estambul....!

Siento.....

Para B.....

Siento

tener que verte siempre tan distante,
tan alta, tan infinitamente lejos;
no poder musitarte mis congojas,
platicarte mis ansias
y, como flores melodiosas, deshojarte mis versos.

Tener que agonizar

de desencanto, tener que debatirme en el inmenso
y proceloso mar
de tus desprecios,
morirme de pensar inútilmente
en todas las amantes letanías que te había de rezar
cuando, suspenso
de la milagrería de tu hermosura,
te dijera yo quedo, muy suave, muy armoniosamente quedo:
“eres la torre de mi ideal, el vaso
de mi esperanza, la urna donde duerme el silencio
de mi cariño, la piscina sacra
donde mi enfermo espíritu se cura
de todas sus miserias y de todos sus profundos desconsuelos.”

Ánfora (1920)

....Todo eso, todo eso
dulce amada, inefable creatura, niña flébil,
todo eso
es lo que siento,
y también, no poder llegar hasta tus plantas
para que, como en el prodigio mítico del cuento,
junto a la suavidad de tu ternura,
muy cerca de tu pecho
y bajo el claro amparo de tus ojos,
me pusiera yo a hilar un hilo grácil
en la dorada rueca de los sueños!

Soneto gentil

A Elisa Mercado.

¡Oh tú! la que tomaste de las rosas
el color de tu cutis delicado,
y le robaste al lirio inmaculado
el perfume y pureza en que rebozas.

¡Oh tú! que sabes las divinas cosas
que al oído, muy bajo, te ha contado
un gnomo lapidario, enamorado
de tus sueños que son piedras preciosas.

¡Oh tú! cuyas bellezas de cantarlas
debieran altos vates en sus liras
y con sonoros versos pregonarlas;

tú que arrobas, que encantas y que inspiras
¡eres ave parlera cuando charlas,
eres astro fulgente cuando miras!

Elogiando un amor grande y divino

En el onomástico de mi padre el
señor Ricardo Zúñiga Merino.

Solo en la noche trágica y oscura
de las desolaciones y quebrantos,
condenado en su inmensa desventura
a suavizar su pan, con la amargura
inacabable y triste de sus llantos.

Enfermo, sin apoyo, el ser humano
busca para curar su alma vencida,
a la novia gentil, al dulce hermano:
¡a otra mano que tiemble entre su mano!
¡a otra vida que sufra con su vida!

Marcha tras él y cuando ya ha creído
hallar al fiel y dulce compañero,
le ofrece su cariño, su vestido,
el calor de su hogar siempre encendido,
y su lanza y su escudo y su plumero.

Y cuando halla la novia ¡pobre ciego!
la brinda conmovido, ebrio de orgullo,
su pasión infinita: ¡Toda fuego!
su corazón vibrante: ¡Todo ruego!
y su alma estremecida: ¡Toda arrullo!

Y embriagado de dicha y de ventura
de sus fiebres perdido en los excesos,
vive en su breve, erótica locura,
dándole de beber miel de ternura
al colibrí impalpable de los besos.....

Pero presto el dolor que no perdona
castiga su pasión incauta y necia:
Su palacio ideal, se desmorona,
el amigo querido lo traiciona,
y la novia adorada, lo desprecia.

Entonces, otra vez solo, proscrito,
sin ilusiones ya, decepcionado,
vuelve sus ojos al Hogar bendito
y siente el corazón seco y marchito
despertarse otra vez alborozado.

Y va hacia él y llega y en los brazos
de los padres, olvida los dolores,
sintiendo que hasta en su alma hecha pedazos
hay caricias que curan los zarpazos
y hay en lugar de buitres ruseñores.

Todo renace en él: en los confines
lejanos van perdiéndose las penas,
y, hasta de sus ensueños los jardines
se visten de claveles y jazmines
y de nardos y lirios y azucenas.

¿Quién el encanto obró? ¡Tú, peregrino
amor que cabes todo íntegro y bello
en el temblor de un ósculo divino,
como toda la música de un trino,
como toda la luz en un destello.....!

¡Oh Amor, paterno amor, el más fecundo
y el más grande de todos los amores,
que esparces como el sol por todo el mundo
tu oro de caridad, oro jocundo
que abreven como miel aves y flores!

....¡Oh Amor, paterno amor sublime y tierno,
solo tú eres, amor alto y bendito
(Dulce Beatriz de este implacable infierno)
como el espacio: diáfano y eterno
y lo mismo que Dios, grande, infinito!

Solo tú en el calor de tus delirios
surges en eclosiones prodigiosas
despreciando tormentos y martirios,
como un torrente que se rompe en lirios,
como una llama se revienta en rosas!

Por eso en este día para mí santo,
desde este Hogar donde mi ensueño abrigo,
veladas las palabras por el llanto,
en mi querido Padre yo te canto
y te abrazo y te beso y te bendigo!

Yo no sé por qué pienso.....

Yo no sé por qué pienso, al verte, en una gema,
gema de maravilla cuya riqueza abrume
cual las que en los chambergos aseguran la pluma
que se agita en la gloria de una gracia suprema.

Yo no sé por qué pienso en que bordas el tema
del dibujo intrincado de un jarrón de Satsuma,
piedra, compendio breve de la elegancia suma
y resumen enano de la belleza extrema.

....Amatista, carbunclo, esmeralda, zafiro,
perla que amara un Mago artista con exceso,
yo no sé por qué pienso cada vez que te miro

en una rara joya donde viviera preso
el perfume encantado de un errante suspiro,
y la gota de almíbar de un romántico beso....!

El reclamo del pastor

¿Qué no escuchas mi sonoro
mi vibrante caracol?

¿No sabes que yo te adoro
niña de los bucles de oro
hechos con hebras de sol?

¿No sabes zagala mía
más cara que el oro vil,
que por besarte daría
la oveja de más valía
de mi pequeño redil?

¿No sabes que desde aquella
vez que temblando te ví
no me aparto de tu huella,
porque eres mi única estrella
y me perdería sin tí?

¿No sabes que aunque quisiera
nunca te podría olvidar,
porque tú eres ¡Hechicera!
más bella que la pradera
y más fresca que el pinar?

¿No sabes que yo he querido
en tu boca de carmín
que de los besos es nido,
dar a mi dolor olvido
y a mi amargura dar fin?

Pues bien, hoy que ya lo sabes
alivia mi oculto mal,
y mándame con las aves
tus caricias que son suaves
como el rumor del trugal.

Disipa la duda impura
que me despedaza cruel,
y dame con tu ternura
para calmar mi amargura
una gotita de miel.

Y cuando oigas que te llamo
presa de intensa emoción,
no desdeñes mi reclamo
y escúchame porque te amo
con todo mi corazón.

Si, cuando oigas mi sonoro
mi vibrante caracol,
acude, que yo te adoro
¡Niña de los bucles de oro
hechos con hebras de sol....!

Ofrecimiento

Porque eres dulce cual miel dorada,
porque eres pura cual la blanca nieve,
porque eres buena cual la brisa leve,
porque eres bella cual la estrella amada.

Porque todo lo que es noble te agrada,
porque todo lo hermoso te conmueve,
porque tu alma, licor de ensueño bebe,
porque bebe paisajes tu mirada.

Porque bordado en telas de ilusiones
tus sueños vas; porque mis hondos males
curas con exquisitas atenciones,

te ofrezco mi cariño y mis ideales:
¡Los mejores rubíes de mis arcones
y la rosa mejor de mis rosales!

No lo olvides

Con el fin de colocarlas en el pie de tus altares,
te traía como una ofrenda ¡palpitante de pasión!
veinte pieles de panteras, veinte pieles de jaguares,
cincuenta águilas heridas y diez crenchas de león.

De infinitos enemigos te traía las cabelleras
todavía escurriendo sangre como líquidos rubíes,
te traía vistosas plumas de mil aves agoreras,
te traía turpiales de oro, guacamayos, colibríes....

Y como era yo un esteta a la par que era guerrero,
y también era yo artista a la vez que cazador,
en la jaula de mis sueños te traía, prisionero,
el prodigio incomparable de un divino ruseñor.

Y como era mi alma, cuna del furor y de la ira,
a la vez nido de ensueño, de ternura, de ideal,
te traía yo entre mis manos palpitantes, una lira,
una lira de alabastro con las cuerdas de cristal.

Incontables joyas ricas, prodigiosas, coruscantes,
(un tesoro más valioso que el del mismo Tinzenú)
multitudes de topacios, de zafiros, de diamantes,
y riquezas más preciosas que las que hay en el Perú.

Anfora (1920)

Todo eso te traía, pero tú, de orgullo llena,
no quisiste mis presentes fabulosos recibir,
no quisiste ¡Flor de ensueño! perfumarme mi melena,
no quisiste mis tristezas y mis sombras sacudir.

No quisiste conmoverte con mis rimas y mis cantos,
no quisiste mis dolores infinitos escuchar;
vano fue que te narrara mis pesares y quebrantos,
vano fue que me mirases a tus plantas sollozar....

Me obligaste a que me fuera con mis piedras luminosas,
con mi aljaba de guerrero y mi lira de cantor;
con mis sueños y mis aves, como mis versos y mis rosas,
con mis múltiples trofeos y mi dulce ruiseñor.

Me arrojaste de tu lado, donde había yo creído
encontrar de mis fatigas el ansiado y dulce fin;
me negaste las delicias bienhechoras de tu nido,
el milagro de tu cielo, el amor de tu jardín....

¡Me arrojaste! ¡Me expulsaste!.... Nunca olvides
(¡alma mía!)
que tu orgullo con sus odios y desprecios rechazó
al que nadie había vencido ni domado todavía,
y al que solo a tus encantos y a tus gracias se rindió.

Vivir soñando

No quiero ni creerlo ni pensarlo,
si se murió su amor que aún hoy me inspira
nada conseguiré con lamentarlo
ya que no resucita lo que expira....!

¿Quejarse? ¿Y para qué? ¿Por qué indignarse
contra el destino? ¿Para qué afligirse?
¡Es preciso sufrir hasta abrasarse!
¡Precioso es padecer hasta extinguirse!

¿A qué hacer de la vida una congoja?
¿A qué implorar a quien al fin nos deja?
¡El árbol se desnuda hoja por hoja
y sin embargo, el árbol no se queja....!

Todos nuestros placeres, como humanos
que son, morir muy pronto los veremos;
la dicha que hoy tenemos en las manos
mañana ya muy lejos la tendremos.

Y si esta es una ley; si todo muere
como la flor, apenas ha nacido,
¿Por qué se ha de llorar lo que se quiere
cuando lo que se quiere se ha perdido?

¿No es mejor resignarse? ¿Ver la vida
así como es y no cual se quisiera,
mostrándose sereno en la caída
y escéptico en la dicha pasajera?

¿No es mejor encerrarse en el mutismo
de las almas heroicas, ser a modo
de una cumbre perdida en el abismo
del azul, y olvidarlo todo, todo....?

¡Olvidar!.... El olvido es el hermano
que consuela los grandes sinsabores,
es el que cura al corazón humano
del mal, del hondo mal de los amores....

Olvidar y también soñar; olvido
para el pasado amargo, triste, oscuro;
vivir sin recordar lo que se ha ido
y soñando vivir con el futuro.

¡Sí! Soñando vivir mi ánima anhela,
pues para el alma que el dolor abrasa,
vale más la mentira que consuela
que la dura verdad que despedaza....!

A unos ojos divinos

Para María Muñoz.

Hechos a recibir adoraciones,
pensativos y tristes y serenos,
ojos que de ternuras están llenos
como lo están de formas los copones.

Todos gracia y bondad, todos perdones,
de santos óleos de esperanza plenos,
inefables, piadosos, ojos buenos,
ojos que viendo rezan oraciones....

Ojos, de suave luz hondos veneros,
oasis apacibles, ojos claros,
esmeraldas con almas de luceros,

ojos preciosos límpidos y raros,
¡Quisiera enloquecerme de poseeros
y quisiera morirme de mirarlos....!

A una boca pequeña

Para Carmen Cruz.

¡Oh boca! Lindo estuche de encantadas
risas que suenan como cascabeles,
diminuto panal lleno de mieles
exquisitas, sabrosas, perfumadas.

Boca cual deben ser las de las Hadas:
boca ignorante de amarguras crueles,
más encendida aún que los claveles
y más roja que todas las granadas.

Boca que en un rubí que se encontraron
Dioses-Orfebres con amor pulieron,
con infinita beatitud tallaron

y en un carral engarce la pusieron,
¡Benditas sean las manos que te crearon!
Benditos sean los dedos que te hicieron....!

¿Por qué estás triste?

¿Por qué estás triste?
¿Por qué tus ojos
anubla el llanto?
¿Qué intenso mal
ha marchitado
tus labios rojos,
tus labios rojos
como el coral?

¿Qué intensa pena
tu alma destroza?
¿Qué fuego abrasa
tu corazón?
¿Por qué estás triste,
núbil hermosa,
dulce y divina
como ilusión?

¿Acaso han muerto
tus blancas flores:
tus margaritas
y tu jazmín?
¿Ya no murmuran
los surtidores
sus cantinelas
en tu jardín?

¿Los dulces mirlos
de voces de oro
ya no te dicen
cosas de amor?
¿Ya no te brinda
con el tesoro
de sus canciones
el ruiseñor?

¿El lirio blanco
color de luna,
color de idilio,
color de ideal,
ya no te ofrenda
con la fortuna
de su intocado
traje nupcial?

¿La estrella amiga,
la hermosa estrella:
perla engarzada
sobre el azul,
ya no te cuenta
la historia aquella,
de las princesas
y de Stambul?

¿Los violoncellos
de la fontana,
con los que sueña
la Diosa Maf,
ya no te dicen
de Decjennana,
la “fantasmita”,
la del charchaff?

¿Ya no desfilan
en tus ensueños,
los elefantes
en los que van,
las Odaliscas
de ojos risueños
que bordan danzas
para el Sultán?

¿Ya no consuelan
tus negras cuitas
las portantinas
de oro y marfil;
la blanca nieve
de las Mezquitas,
las dulces siestas
con el Narguíl?

Ánfora (1920)

¿Por qué estás triste?
¿Son los amores
los que te abrasan
el corazón?
Si es eso, calla,
¡Calla! ¡No llores!
¡Bendice el fuego
de tu pasión!

¡Calla! ¡No llores!
Amar, es eso:
¡Gozar en cambio
de un gran dolor;
beber acíbar
en cada beso!
¡e ir tras del beso
que es un traidor!

Si quisieras venir a mis vergeles.....

Si quisieras venir a mis vergeles
marchitos por los ábregos fatales,
para que, de perfumes y de mieles
plenos, se despertaran mis rosales.

Si quisieras poblar los esplendores
de mis bosques sagrados y divinos
para que, mis enfermos ruseñores,
volcaran el prodigio de sus trinos.

Si quisieras poner tus manos puras
sobre las llagas mil que me laceran
para que con sus óleos de venturas,
mis dolores calmados, se durmieran.

Si quisieras oírme y escucharme
y embalsamar los labios de mi herida,
y venir a mi lado y, consolarme,
y vivir junto a mí toda la vida.

Si todo eso quisieras... Si a la muerte
arrancarás ¡Piadosa! Mi quimera,
yo me echaría a tus pies para ofrecerte
no mi cariño, sino mi alma entera.

A un clavel

Copa escarlata que a beber convidas
el fuego abrasador de los amores,
flor hecha de rubíes, entre las flores,
eres de las amadas y escogidas.

Tus hojas roja flor están teñidas
con el carmín de labios tentadores,
con la lumbre de todos los fulgores
y la sangre de todas las heridas.

Flor que a embriagarse en la pasión provoca
y en el placer de sensaciones rico;
flor simbolismo de la dicha loca

en la que todo mi cariño implico,
¡Las mujeres te llevan en la boca
y las blancas palomas en el pico!

Cruel

Te miré niña divina,
frágil, tierna, pura, fina,
te miré doblar la esquina
y venir donde iba yo,
y con paso apresurado
transitar junto a mi lado
sin oír el grito ahogado
que en mi pecho sollozó.

Te miré; impasiblemente,
altanera el alba frente,
continuaste displicente
tu menudo caminar
por la acera, sin mirarme,
sin oírme, ni escucharme,
sin volverte, ni dejarte
que te fuera a acompañar.

Ya hacía tiempo que quería
encontrarte, ¡Vida mía!
así sola por la vía
para que, junto de tí,
con voz queda y al oído,
palpitante, conmovido,
como en éxtasis sumido,
me pusiera a hablarte así:

Anfora (1920)

“Fino vaso de ternura,
azucena blanca y pura
alma toda de hermosura,
de inocencia, de candor;
luz que alumbras mi sendero
flor que a un tiempo eres lucero
yo te adoro, yo te quiero,
yo me muero de tu amor.”

“Consumido y angustiado
con el manto desgarrado,
con el cuerpo fatigado
por el peso de la cruz
voy, errante peregrino,
por el áspero camino
sin la gota de tu vino
ni el destello de tu luz.”

“Ten piedad de mis heridas,
de mis carnes consumidas,
de mis fuerzas ya perdidas,
de mi mudo padecer
y penetra a los arcanos
de mis duelos sobrehumanos,
y en el hueco de tus manos
ven a darme de beber...!”

Mas ya ves.... Te hallé solita
displicente princesita
y no pude de mi cuita
platicarte, y de mi amor,
pues altiva y orgullosa
te alejaste presurosa
cual libélula radiosa
que va al nido de una flor.

¡Oh Hada niña! “Flor del día”
toda luz, toda poesía,
toda ensueño y armonía:
verso, pájaro y azahar,
nunca olvides que pudiste
consolarme.... y no quisiste,
pues cual sombra te perdiste
cuando al fin te iba a alcanzar....!

Ni una sola sonrisa.....

Ni una sola sonrisa, ni una sola mirada,
a mi lado pasaste displicente y callada,
¡Fugitiva y radiante ilusión pasajera!
sin pararte un momento, sin volverte siquiera,
sin abrir el capullo de tus labios tan rojos,
sin volcar la divina claridad de tus ojos.

A mi lado pasaste y te fuiste, dejando
mi doliente y enfermo corazón sollozando;
sollozando en silencio por tus dulces crueldades
porque no han sido tuyas tus divinas piedades,
porque sólo y herido lo has dejado en la vida
sin curar con tus besos que son óleos, su herida,
sin brindarle consuelos en sus hondos dolores,
sin romper los botones de sus vírgenes flores
que agonizan cerradas, en los tristes jardines
donde llora Fabonio con sus finos violines.....

....A mi lado pasaste y te fuiste ¡Quimera,
ilusión fugitiva, mi esperanza postrera....!
rayo de oro que alumbras mis negruras fatales,
linfa pura que borras mis pecados mortales,
¡Qué te han hecho mi alma y mi amor? ¿Qué te han hecho
para que, mutilado, con el dardo en el pecho,
dejado hayas el ave de mis altos anhelos
que trazando sus curvas de ascensión en los cielos

y dejando muy bajo las graníticas moles,
comulgaba con hostias de planetas y soles.....?

....¡Tú que quieres que yo haga! ¡Si no puedo olvidarte
si de mi alma aunque quiera ya no puedo arrancarte
pues que a ella te encuentras ¡Oh mi bien! tan unida
que en tí existe y palpita la mitad de mi vida,
la mitad de mis nobles y tenaces empeños,
la mitad de mis ansias, la mitad de mis sueños....!
¿Por qué pues no perdonas mi sincero cariño?
¡Ya lo sé: tú eres pura como el nítido armiño;
ya lo sé: tú eres blanca cual la blanca azucena
y eres dulce y hermosa y eres cándida y buena.....
ya lo sé.... ¿Más, que culpa tengo yo de quererte?
¡Al amor no lo puede dominar ni la muerte!
¡El amor es impulso que despliega las alas
de las aves que cantan ese amor, con las galas
de tus trinos, perlados en la fresca espesura
con cariño infinito, con profunda ternura....!
¡El amor es terrible fuerza oculta que empuja,
que arrebatada, que impele, que mutila, que estruja,
que hacia esquifes siniestros a las almas arroja
y de todos sus sueños, con crueldad, las despoja!
¡El amor es lo oculto, lo imprevisto, lo ciego,
lo que quema y alumbra, lo que es llama y es fuego!

¿Cómo pues quieres, vaso de pasión, que no te ame,
que no piense en tí siempre y te busque y llame
y te siga y me ponga a tus plantas de hinojos

Ánfora (1920)

para ver si me miran, así hincado, tus ojos,
esos ojos que alumbran y acarician y besan,
esos ojos que charlan, esos ojos que rezan....?

¿Cómo quieres que apague esta llama divina,
que si abraza mi pecho, mi camino ilumina?
¿Cómo quieres que rompa y deshoje estas flores:
vasos llenos de néctar, copas plenas de albores,
que si tienen veneno, en sus bordes impresos
tienen oros de estrellas y fulgores de besos?

¿Cómo quieres hacerme que me vaya y me aleje?
¿Que no vuelva a mirarte? ¿Que te olvide y te deje
que radiante y hermosa tu camino prosigas
sin calmar mis inmensas y profundas fatigas,
ni brindarme ¡Limosna sin igual! tus encantos,
ni enjugar, la amargura pertinaz de mis llantos?

¡No!, no impidas que te ame, que te adore y que te
(quiera,
ten piedad de mis hondos sufrimientos siquiera
y permítele a mi alma que en fragmentos diversos
llegue a tí vuelta arrullos y cantares y versos,
para ver si le brindas el refugio que anhela
y haces real su divino sueño mago, que vuela
sobre el plomo impasible de los arduos senderos,
bajo el oro radiante de un millón de luceros!

Preguntas

¿Por qué lloran tus tiernas palomas
plegando las alas?

¿Por qué lloran tus fuentes divinas
perlando sus aguas?

¿Por qué gimen tus mirlos poetas,
por qué ya no cantan
deshojando los blandos arpegios
de sus serenatas?

¿Por qué triste y doliente te encuentras
recluida en tu estancia
enferma de no sé qué negra y terrible,
traidora nostalgia?

¿Por qué surcan tus blancas mejillas
purísimas lágrimas
que ruedan preciosas y bellas
a modo de sartas
de perlas de oriente? ¿Qué tienes
qué cosa te pasa?

¿Acaso ha dejado tu hermoso canario
su jaula dorada,
se ha muerto tu cisne soberbio
de nítidas alas,

Anfora (1920)

tu dulce gacela de negras pupilas
 enferma se halla
o de tus jardines los lirios nupciales
 deshizo la escarcha?

¿Qué tengo? ¡No me hables, aléjate!
 aléjate y calla,
que allí en ese cuarto contiguo
 por siempre descansa
el que hizo nacer de mis sueños
 las rosas tempranas,
¡el que era el amor de mi vida!
 ¡el alma de mi alma!

Blanco y azul

No es hipérbole, ved, la noche es de seda,
de una seda blanca, tersa, luminosa;
el cielo es de cristal de Bohemia, de una incomparable
porcelana de Sevres
diáfana, límpida, delicada y pálidamente azul.

¿Lo veis? ¿No es verdad?
¡Pues bien!
al principio
y al amparo de un árbol misericordioso
pensando en ella, sin quererlo acaso,
lloraba yo en silencio,
pero, luego,
cuando salió la pálida
y comenzó a nevar su luz,
al ver el cielo, la noche, y el inefable cuadro
del jardín, sentí un consuelo infinito,
una divina calma, una dulce y alta serenidad,
y, para no manchar los linos impolutos,
ni humedecer las gasas nítidas,
ni romper la armonía del silencio,
adormecí mis penas en el alma,
guardé mis amarguras,
me perfumé de ensueños milagrosos,
y, no volví a llorar.....!

Soy.....

A Tí, la única, la de siempre.....

Soy el mismo que ayer vine a tus plantas
transido de dolor,
para ofrendarte la existencia mía
toda llama y fervor.

Soy el mismo que hambriento de belleza,
sediento de bondad,
quise, en las miradas de tus ojos,
beber la claridad.

¡Soy el que tanto, tanto te ha querido!
yo soy el que te ví
en un sueño, volar sobre el alado
joyel de un colibrí.

Soy el mismo.... y hoy vengo moribundo
de la sombra a través,
para que me ilumines y me cures
o para que me mates de una vez!

Te llamé y no quisiste.....

Te llamé y no quisiste escuchar mi llamado,
te rogué y no quisiste responder a mi ruego,
y dejaste que fuera, presa el alma en el fuego,
arrastrando el cadáver de mi amor mutilado.

Te conté mis pesares y mis íntimas cuitas,
al oído, muy quedo, te narré mis dolores,
para ver si venías a poner nuevas flores
en mi tiesto en que sólo quedan flores marchitas.

Te mostré de mi alma los enfermos paisajes,
para que, por su triste palidez conmovida,
me brindaras la fuente de color de tu vida,
y me dieras el oro de tus rubios celajes.

Te llevé a los que fueron mis jardines hermosos
antes plenos de flores que besaban las brisas,
para ver si trocabas en milagro de risas,
de mis ábregos fríos, los amargos sollozos....

Y te dije mis hondos y profundos agravios,
para ver si me dabas en mis luchas y enojos,
el divino óleo santo que prodigan tus ojos,
y el perfume sagrado que se duerme en tus labios.

Anfora (1920)

Y escuchaste mis penas y mi amor escuchaste,
contemplaron tus ojos mi dolor y mis ruinas,
y a pesar de mirarme caminar sobre espinas
y entre sombras y llantos.... ya lo ves, ¡Me dejaste!

Me dejaste a mí sólo por los yermos caminos
sin la sombra apacible de un afecto sagrado,
me dejaste en la senda donde el hombre olvidado,
va, sin sueños, sin flores, sin ideales, sin trinos....!

¡Me dejaste! No olvides esperanza perdida,
ilusión bella y pura que no pude alcanzar,
que hay una alma que arrastra su dolor por la vida
y que busca a la tuya sin poderla encontrar....!

Yo te bendigo.....

A Ella..... la de los sueños cándidos.

¡Yo te bendigo voz que iluminaste
la paz de mi silencio,
perfume que aromaste mi pantano,
caridad que aliviaste mi tormento!

¡Yo te bendigo, amor, porque tus ojos
me vieron,
porque tus manos en las mías temblaron
en el triste momento
del naufragio de todos mis ideales,
y la agonía de todos mis ensueños!

¡Yo te bendigo, amor, yo te bendigo
por eso:
por tu bondad inmensa,
por tu inmensa ternura, por tu inmenso
sacrificio de amarme aunque sabías
que estaba yo perdido sin remedio!

¡Yo te bendigo, si, yo te bendigo
aun cuando ahora, lejos,
muy lejos de tu sombra y tu perfume
muy lejos del amparo de tu afecto,
agonice la llama de mi vida
en la penumbra cruel de tu desprecio....!

Gema.....

A la de las trenzas rubias.

Nacida al conjuro del Hada del día,
formada con lirios, con nardos, con rosas,
estuche eres frágil, de amor, de poesía,
de brujos ensueños y piedras preciosas.

Su aroma te dieron los níveos botones,
en tu alma llovieron su luz, las estrellas,
te dieron sus hostias los áureos copones,
y a Dios, a Dios mismo, te dieron con ellas.

Tus manos formaron los lirios divinos,
ungieron tus dedos los lotos sagrados,
te hicieron las aves guirnaldas de trinos,
guirnaldas de rosas te hicieron los prados....!

Las hadas abejas te dieron sus mieles
en hilos brillantes, rizados, sutiles;
cantaron sus himnos por tí, los cinceles,
dijeron sus versos por tí, los buriles.

Para tí los cóndores sus vuelos trazaron,
y en busca de tu alma muy alto ascendieron;
por tí las fontanas sus perlas hilaron,
por tí los rosales dormidos, se abrieron....!

Por tí las palomas volcaron arrullos,
por tí se volvieron espuma las olas,
por tí se rasgaron los tiernos capullos,
por tí se extendieron las frescas corolas.

Sus odios profundos, sus lúgubres iras,
al verte, olvidaron los trágicos mares,
y en coro cantaron millones de liras,
y a un tiempo se abrieron millones de azahares!

Oyendo tus charlas, tus cantos, tus risas,
las flores sus vasos de aromas volcaron;
hicieron más leves sus vuelos las brisas,
y todas las aves del bosque callaron.

Soñándote, Musa, quedaron dormidos
del verso sonoro, los líricos magos;
copiando tu imagen –espejos bruñidos–
quedaron los ríos, las fuentes, los lagos....!

Mirando tus ojos que curan pesares:
Tus ojos que alumbran cual glaucos luceros,
domaron sus furias los rudos jaguares,
y urdieron sus cantos los dulces jilgueros.

Compendio precioso de múltiples gracias,
resumen divino de raros encantos,
socorro fecundo que todo lo sacias,
consuelo que curas heridas y llantos....!

Ánfora (1920)

Creatura que hicieron artífices sabios
cumpliendo de un Gnomo genial los antojos,
¡Quién fuera la linfa que abreven tus labios!
¡Quién fuera el destello que beben tus ojos!

Fue por vuestra culpa.....

Ojos, ojos bellos que me arrebataron,
labios, labios rojos que me sedujeron,
palabras de seda que me conmovieron,
miradas de cielo que me iluminaron....

Fue por vuestra culpa que dejé mi bella
torre, mi silente torre solitaria
que al azul se eleva como una plegaria
o como una mano que busca una estrella.

Fue por vuestra culpa que dejé mi amado
destierro, mi dulce destierro querido,
donde me pasaba la vida dormido,
soñando en el mundo que siempre he soñado.

¡Sí! Vosotros fuisteis labios tentadores,
frescos, parlanchines como cascabeles
los que, destilando perfumadas mieles
que probara hicisteis vuestros amargores.

¡Sí! vosotros fuisteis ojos luminosos,
tiernos y sencillos como madrigales,
los que prometiendo disipar mis males
hicisteis mis males muy más dolorosos.

Anfora (1920)

Y fuisteis vosotras, palabras divinas,
como los cantares de los surtidores,
las que en vez de néctar, perfumes y flores,
tan solo me disteis veneno y espinas....

Y vosotras fuisteis, divinas miradas,
las que pretextando darme luz y fuego,
perdido en el mundo me dejasteis, ciego,
con mis ilusiones rotas y abrasadas!....

De mi lírica arquilla.....

De mi lírica arquilla que trajo el dromedario
de mis sueños, venidos de tierras de ilusión,
escojo el más hermoso y puro solitario
para brindarlo a tu alma, con cariñosa unción.

Joya de amor, tallola un mago lapidario
de luengas barbas, blancas como una bendición,
y en ella cual si fuese precioso relicario
guardó suaves perfumes de afecto y pasión.

Y hoy te la mando Amada, y en este bello día
la engarzo en estas frases que quiso el alma mía
fuesen tiernas como una cordial salutación,

para que hasta tí llegue intacta, cual si fuera
un mensaje de afecto ¡Oh amada, si pudiera
te enviaría no una joya, sino mi corazón....!

Hondo

Es tan vulgar todo esto que yo siento,
todo esto que me duele y que me mata,
que quisiera morirme sin decirlo,
y vivir en silencio,
sin pronunciar una palabra.

Pero es también tan fuerte y tan intenso,
tan lleno de congojas y de lágrimas,
que aun sin quererlo el corazón lo dice
y se asoma a los labios,
estremecida y moribunda el alma.

Y es lo de siempre: ¡Es imposible! Un hondo
amor que por tan hondo nada alcanza.
¡Una voz que es tan dulce que se pierde!
¡Y un ala que es tan grande que se arrastra!

Es lo de siempre, pero de tal modo
sentido, que esta vez ¡Rubia esperanza!
si no me curas tú, si no me alientas,
si en el naufragio no me das tu tabla
sucumbiré abrazado por las olas
bajo el beso infinito de las aguas....!

Si no te tengo a tí.....

Si no te tengo a tí ya que me importa
esta mi vida mísera y amarga,
la que para sufrir hoy es tan larga
y que para quererte fue tan corta.

Qué me interesa el ala que recorta
el hondo cielo en cuyo azul se embarga,
si tu inefable luz ya no aletarga
a la pupila que te busca absorta.

¡Y mi lira.... y mi ideal....! ¿Qué me interesa?
¿Qué me interesa todo, si tu lumbre
no me ha de calentar; si tu belleza

no ha de alegrar mi negra pesadumbre,
ni ha de bajar a mi alma tu pureza
para limpiar su triste podredumbre?

Si es verdad.....

Si es verdad que no puedes quererme,
que a otro has dado la luz de tu amor,
que no puedes ni oírme, ni verme,
ni aliviar mis pesares, ni calmar mi dolor.

Si es verdad que la miel de tus besos
otros labios habrán de probar;
que tus cándidos ojos traviosos
a otros ojos habrán de mirar.

Si es verdad que en tu blonda guedeja
se hundirán otras manos también,
que a otro esperas temblando en la reja
con la mano nerviosa apoyada en la sien.

Si es verdad que tu boca divina
para mí, nunca habrá de reír
con su alada cadencia argentina
que he creído entre sueños oír.

Si es verdad que tus manos de lirio
otras llagas habrán de curar,
si en mi oscuro y eterno martirio
no podré entre tus brazos conmovido llorar.

Si mis íntimas y hondas congojas
nunca ¡no! llegarás a saber;
si al hablarte rendido te enojas
y si nunca me habrás de querer.

Si todo eso es verdad. Si es mentira
lo que amante soñó el corazón,
¿Para qué el ideal de mi lira,
para qué la esperanza, para qué la ilusión?

¿Para qué la pasión, sin divinos
ensueños, clavada en su cruz?
¿Para qué los jilgueros sin trinos?
¿Para qué las estrellas sin luz?

Y el futuro también y la vida,
y el inútil ideal para qué?
¡Cuando el alma se siente transida
y se encuentra en el mundo ya sin luz y sin fe;

Cuando enmedio a las sombras impuras
se halla sola, en el trágico mar
do naufragan las cosas más puras,
donde nada se puede salvar;

Cuando el último sol se ha apagado
y no queda ni un solo fulgor,
solo resta morir abrasado
en la hoguera piadosa del supremo dolor....!

En mis jardines.....

Para A. M. G.

En mis jardines ideales
un prodigioso surtidor
entre esplendores musicales
y deshilando madrigales
canta el milagro de mi amor:

Tu amor a ella: amor divino,
maravilloso y peregrino,
amor inmenso y puro es;
amor que es fuente de poesía,
amor hermoso como el día,
amor de albura y nitidez.

Amor que tiene de las rosas
el delicado y suave aroma,
que tiene arrullos de paloma
y suavidad de mariposas....
amor que guarda milagrosas
joyas de ensueño y de ilusión,
amor que cura al corazón
de sus ocultas amarguras,
amor, venero de ternuras,
amor, divina bendición.....!

Tu amor a ella es a manera
de una arca ideal, donde estuviera
guardado un raro talismán,
a cuyo mágico conjuro
se dominara el odio impuro
del más terrible leviatán.

Por ese amor de maravilla,
por ese amor de encantamiento,
en tus jardines canta el viento,
en tus espacios el sol brilla;
por ese amor, bella y sencilla,
la flor superba de tu ideal,
se abre en tus cármenes triunfal
auridicente como un astro,
con su corola de alabastro
y con su cáliz de cristal.

Tu amor a ella es óleo santo,
pañó que enjuga de tu llanto,
vino piadoso de bondad
que se derrama en su existencia,
con su gentil munificencia,
como un torrente de piedad.

Fue ese divino amor, la mano
que se tendió para auxiliarte
cuando implacable iba a tragarte
la inmensa boca del océano;

cuando después de recio y vano
supremo esfuerzo, naufragó
tu barco de oro que paseó
por tantas mágicas regiones,
la pedrería de los arcones
que un Mago lírico te dió.

Tu amor a ella es fecundante
lluvia piadosa, tierna, amante,
que hace las flores reventar,
y de los montes en las faldas,
pone alcatifas de esmeraldas
donde Fabonio va a soñar....!

¡Cómo es de dulce, bueno y santo
ese tu amor, cuando en tu yermo
desierto, puso el fresco y tierno
y hermoso oasis de su encanto!
¡Cuando movido por el llanto
de tu dolor terrible y cruel,
dió a tu amargura otros panales
y le brindó nuevos rosales
a tu prolífico vergel!

Tu amor a ella es fuerza, aliento,
calor, arrullo, pensamiento,
perfume, néctar, trino, luz;
amor fastuoso que atesora
las esmeraldas de Basora,
las perlas mágicas de Ormuz.

Amor sublime: por él pudo
tu alma, besar los alabastros
de las corolas de los astros
que ostenta el cielo limpio y mudo;
por él lograste desde el rudo
orgullo audaz de tu crestón,
mirar llegar a la ilusión
en la figura encantadora
de esa creatura que es aurora
para tu amante corazón.

Tu amor a ella: ¡es vida, encanto,
es hostia santa, es vino santo,
amor inmenso y puro es;
amor que es fuente de poesía,
amor hermoso como el día,
amor de albura y nitidez!

En mis jardines ideales
un prodigioso surtidor,
entre esplendores musicales
y deshilando madrigales
canta el milagro de mi amor....!

¡Oh Jesús, oh Nazareno!.....

Para el Orífice José Juan Tablada.

¡Oh Jesús, oh Nazareno: santa y dulce melodía,
de las músicas celestes la más suave, la más pura,
¿qué poema hay más sublime como néctar y amargura
que el rosal de tu existencia que se abrió en la epifanía?

Te anunció la clara estrella preludiando el nuevo día
los tres reyes del ensueño perfumaron tu hermosura,
¡Magdalena fue a tus plantas una alfombra de ternura,
y en tu cuerpo fue un sudario la tristeza de María!

Te mancharon como un nardo, te estrujaron como un lirio,
fue tu cuerpo suspendido del madero del martirio,
¡oh Jesús, oh Nazareno: melodía de santidad!

Mas tu cruz, rompiendo el dombo de azulinos alabastros,
fue creciendo, fue creciendo.... fue creciendo hasta los astros
y llenó, ¡ternura inmensa!, la infinita eternidad!.....

A la de los ojos hondos

Para Elenita Trueba.

Infinitamente bellos, y amorosos, y anhelantes,
infinitamente tristes, y angustiados, y dolientes,
tus divinos ojos: hondos cual cisternas transparentes,
en el mudo cielo posan sus miradas suspirantes.

¿Qué misterio hay en el fondo de tus ojos así hundidos,
así hundidos en la sombra de quién sabe qué tortura?
¿Por qué son como dos vasos que rebosan amargura,
por qué están como dos cristos en sus cruces suspendidos?....

¿Qué piedad inmensa pides, qué infinita gracia imploras;
por qué rezas con tus ojos, por qué rezas, por qué lloras
con un llanto que no fluye porque todo es oración?

¿Los ideales se te fueron, te fue esquiva la fortuna,
o una noche, bajo el nardo luminoso de la luna,
en la angustia de un suspiro se murió tu corazón?....

Eres mi único bien.....

Eres mi único bien y te me fuiste,
eras toda mi vida y me dejaste,
eras mi rubio sol y te apagaste,
eras mi alada nave y te perdiste.

En mi crepuscular hora surgiste,
arrebol de esperanza, y, me besaste,
pero llegó la noche y te esfumaste
y agonizó la luz y te diluiste.

Ya no te he vuelto a ver; quién sabe en donde
estarás; vanamente el alma aguarda
e interroga pues nadie le responde.

Astro cuya venida tanto tarda,
dime ¿Cuál es la nube que te esconde
o cuál es la tiniebla que te guarda?

A sus manos que adoro

Manos blancas a modo de palomas de Idalia
que con rayos de luna el Dios bueno formó,
y con rasos de lirios y con sedas de azahalia
una maga de ensueño cuidadosa tejió.

Manos que acariciaran en la fuente Castalia
del Pegaso las crines, y que Homero cantó,
manos de Mona Lisa, lindas manos de Omphalia
a las cuales de hinojos el gigante besó.

Yo os adoro divinas manos llenas de unciones
que debiera en el mármol esculpir el cincel;
¡manos urnas de afectos y de consolaciones!

¡manos de luz y nieve, manos de leche y miel!
¡manos como las hostias de los sacros copones!
¡manos como azucenas de un místico vergel!

LOS VERSOS
DEL ENTUSIASMO Y DEL ENSUEÑO

Yo quisiera hacer versos.....

Para Rafael López, nuestro lirico Rajah.

Yo quisiera hacer versos de ilusiones, de ideales,
que encerraran bellezas como miel los panales,
como arrullos el nido, como aroma el botón;
versos suaves que ungieran, que piadosos curaran,
que entusiastas vibrasen y fervientes rezaran
en el templo de Apolo su armoniosa oración.

Yo quisiera hacer versos como líricas gemas,
delicados compendios de elegancias extremas
que dijeran de un mirlo, una fuente, un rosal;
versos como la cinta de un variado paisaje
do luciera sus sedas de milagro, el plumaje
de un faisán principesco o de un pavo real.

Yo quisiera hacer versos transparentes y finos
como rayos de luna, como chorros de trinos,
cual brillantes cascadas de armonías y de luz;
versos puros a modo de intocados azahares,
versos raros cual pieles de pintados jaguares,
y opulentos, radiantes, como un huerto Andaluz.

Que mis versos quisiera, fueran como joyeles
de Golconda, cual vasos que los brujos cinceles
esculpiran amantes para en ellos guardar
todo el zumo embriagante de las uvas maduras,

y el perfume más suave de las rosas más puras,
las violetas, los nardos y las flores de azahar.

Desearía que tuvieran mis palabras ritmadas
de la magia exquisita de los cuentos de Hadas,
del prestigio de un sueño todo luz y bondad,
del encanto de un lirio, y de un beso y de un trino,
del tesoro imposible del jardín de Aladino
y el misterio del barco del marino Simbad.

Más también los quisiera colosales, grandiosos,
sin dejar de ser finos alados y armoniosos:
mármoles de Chocano, tanagras de Rubén;
versos del entusiasmo y la sapiencia fruto,
tuvieran elegancias cual las de Benvenuto,
y excelsas inquietudes como las de Rodin!

¡Oh! Si mis versos fueran cual las cráteras griegas,
do las almas cansadas de la vida, ya ciegas
por haber visto tanto del mundano festín,
olvidaban sus penas y sus hondos dolores
y soñaban con diosas y con mujeres y flores
cabe el dulce milagro de un superbo jardín.

¡Oh! Si fueran mis versos cual sutiles glicinas
que se desenrollasen como las serpentinas
y cayeran en bucles, como rayos de sol,
y hasta el alma llegaran, tal como de la luna

llega la luz al vaso de la quieta laguna
donde aun tiemblan los oros del postrero arrebol.

¡Oh! Si mis versos fueran como los cataclismos
soberbios de los cielos, cual las de los abismos
cóleras admirables y rudas a la vez:
como las erupciones que atruenan los espacios,
que escurren en serpientes de líquidos topacios
y vuelan en inmensos turbiones de rubíes!

Si me diera Favonio sus armoniosas brisas,
si me diera Citeres el collar de sus risas,
si me diera la gasa de su péplum Krisís,
compusiera de notas un hermoso dechado
que estuviera con perlas de ensueño recamado
y tuviera el prestigio de las flores de Lis....!

Y si al par me brindara la dulce Hada Madrina
una chispa siquiera de la fiebre divina
que en el genio fulgura espontánea y precoz,
haría yo una gran obra con unos cuantos trazos:
¡Una Victoria trunca, una Venus sin brazos
un Moisés gigantesco y una Mano de Dios!

Hacer frágiles versos como limpias escalas
que palpiten y tiemblen como tiemblan las alas
y se rompen cual copas del más fino cristal;
hacer versos que rujan, hacer versos que canten,

que en el nido hagan trinos y después se levanten
en la gloriosa curva de un ascenso triunfal.

Hacer versos preciosos como vasos Murrinos,
como puños de antiguos puñales Florentinos
hechos por Boticelli con ático fervor;
hacer versos flexibles y duros como espadas,
rudos como explosiones, bellos cual llamaradas,
hondos como la vida, grandes como el amor.

Tal mi radioso ensueño ¡Oh Señor! si algún día
lograra yo alcanzarlo, todo a tí me daría,
en la gloriosa llama de la emoción creatriz
como el que hizo colosos en el mármol pentélico,
como el sublime Sanzio y el dulce Beato Angélico
y el inmortal Cervantes y el divino Fray Luis....!

Yo he visto a Dios

Yo he visto a Dios, lo he visto en las ignotas
regiones, donde lento el mundo rueda,
en la del arroyuelo marcha y queda
y en las del surtidor fúlgidas gotas.

En las tinieblas por los astros rotas
lo he visto, en la divina tarde leda,
en las flores que son versos de seda
y en los versos que son flores de notas!

Y día tras día lo veo; en mis desvíos
le busco en los guijarros y en las moles,
y, para mitigar los duelos míos,

le contemplo en los bellos arreboles,
¡en el correr constante de los ríos
y en el girar eterno de los soles!

De la tragedia inmensa

Para Raúl Olivera, afectuosamente.

Cantar es imposible, la lira calla,
espantados huyeron los ruiñeños,
ya solo se oye el trueno de la batalla
y el rumor de los llantos desgarradores.

Las furias implacables y asoladoras
galopan por los campos y las ciudades,
y el cielo que antes era nido de auroras
hoy es laboratorio de tempestades.

Grandezas incontables han sucumbido,
bellezas infinitas se han mutilado,
lienzos donde las luces habían reído,
bloques donde las formas habían cantado.

Verdaderas montañas de proyectiles
se levantan siniestras y pavorosas,
y en el cubil impuro de los reptiles
escondidas se mueren las mariposas.

Las aves vocingleras, rotas las alas,
han caído en abismos aterradores;
con cariño se guardan las duras balas
y se siegan con furia las bellas flores.

Todas las hermosuras yacen deshechas,
naufragan del ensueño los áureos barcos;
¡Con plumas de los cisnes se hacen las flechas
con cuerdas de las liras se hacen los arcos!

Los ideales se alejan, las ilusiones
se disipan y vuelan con los aromas,
y ante el rugir tremendo de los cañones
se apagan los arrullos de las palomas.

Los mármoles divinos, no son sagrados
ya para los que siembran lutos y males:
los palacios sucumben acribillados
y agonizan derruidas las catedrales.

A veces en los anchos cielos radiosos
combaten los aviones como pegasos,
como águilas de vuelos vertiginosos
que se embisten y luchan a picotazos.

Otras veces de noche y en la campaña
donde hay ocultos tantos odios latentes,
se contempla el incendio de una cabaña
que retuerce sus llamas como serpientes.

Y hasta en los hondos cauces, en el mar mismo
se ve, cuadro salvaje de un rojo intenso,
al submarino oculto dentro del abismo
despedazando al pobre barco indefenso.

Y sangre y luto siempre, por dondequiera,
por dondequiera muerte, derrumbamiento,
lo mismo en las alfombras de la pradera
que en las azules gasas del firmamento.

¡Oh lucha inacabable, siniestro azote,
espasmo en injusticias y en odios rico,
fusión de la locura de Don Quijote
con la brutal demencia de Jenserico!

¡Oh guerra, guerra inmensa, tragedia oscura,
que a pesar de tus lacras y tus miserias,
llevas mezclado el odio con la ternura
en la encendida sangre de tus arterias.

Aunque eres cruel y ruda, bendita seas,
¡bendita seas, oh guerra de las naciones,
pues siembras la semilla de otras ideas,
y provocas la fiebre de otras pasiones!

Mañana cuando el grito que hoy ronco sube
se apague, y cese el torvo, ciego delirio,
¡el vapor de la charca se ha de hacer nube,
el germen del pantano se ha de hacer lirio!

Callarán las trompetas y los clarines,
cesará el estampido de los cañones,
y sobre los dechados de los jardines
cantarán los jilgueros y los pinzones.

Ánfora (1920)

Otro sol más hermoso que los que huyeron
trazará su brillante curva dorada,
pero ¡los inmortales, los que cayeron!
ya no verán el astro de esa alborada.

Por ellos, sí, por ellos, los muertos santos,
los Cristos de estas luchas magnas y bellas,
¡que el alma vuele en una nube de cantos
que el cielo caiga en una lluvia de estrellas!

Esta composición fue publicada oportunamente
en una Revista de la América del Sur.

Dualidad

Yo quiero a las palomas por amantes y puras,
a las tórtolas tristes por sencillas y buenas,
a las gardenias níveas y a las azucenas
porque son el compendio de todas las blancuras.

Yo amo a las aves fuertes que tienen los titanes
de piedra, como torres donde colgar sus nidos:
a los cóndores fieros, audaces y atrevidos
que van peregrinando por cielos y volcanes.

Yo quiero a las abejas que, cráteras de mieles
se dijera que escancian en los rubios panales;
a los lirios divinos por sus trajes nupciales
y por sus explosiones de fuego a los claveles.

Amo a los peñascales que saben de las rimas
de las rudas tormentas y de los huracanes;
amo a las fuertes moles que en sus altos afanes
dan besos a los astros con sus doradas cimas.

Quiero a los dulces mirlos y a los ruiseñores
que hacen pensar en dichas y alegrías remotas
cuando de sus cantares riegan las dulces notas
como si deshojaran en el silencio flores....

Ánfora (1920)

Amo a los fuertes pumas, a los rudos felinos
brutales pero altivos, orgullosos y fieros
que cruzan bajo cielos cuajados de luceros
cuando no por los bosques pletóricos de trinos.

Quiero a las almas buenas, dóciles, sin empeños
de afrontar los peligros ni vencer los aludes,
que saben del perfume de todas las virtudes
y del color de rosa de todos los ensueños.

Amo a las almas fuertes; almas de luchadores
que gustan de las cimas, las cumbres y los cielos,
y saben de la audacia de los potentes vuelos
y de la sombra intensa de los hondos dolores.

Tal lo que quiero y amo en la vida, por eso
con la ilusión me arrullo, con la pasión me abraso,
y busco los ardientes furores del zarpazo.
para después curarlos con la humedad de un beso....!

Luchad.....

¿Que todo rueda? ¡Y qué! ¿Que todo ruge
al soplo que desciende desde arriba?
¿Que el tronco tiembla y que la rama cruje
al feroz huracán que la derriba?

¿Qué todo se tritura y se desgarr,
que todo se profana y se destroza,
y muere estremecida entre la garra
la frágil y pintada mariposa?

¿Que todo es caos y es sombra y es caída?
¿Que todo es amargura y es quebranto,
y el alma de pesar se halla transida
teniendo que ocultar su amargo llanto?

¿Que todo es decepción y odio y venganza?
¡Que importa! si tenéis presto el acero,
si lleváis vuestro peto, vuestra lanza,
y el casco que estremece su plumero!

¿Qué importa el cataclismo y los chispazos,
la tormenta de fuego y de centellas,
si del sol que se muere hecho pedazos
surgen como fragmentos las estrellas?

¿Qué importan los terribles vendavales,
que las borrascas del abismo ciego,
si llegando a los rudos peñascales
la ola es espuma y su chasquido es ruego?

¿Qué importan las siniestras erupciones
que ensangrientan y atruenan los espacios,
si los cráteres rojos de explosiones
son géiseres de lumbre y de topacios?

¿Qué importan los incendios que vomitan
huracanes de humo, si sus llamas
son crenchas color de oro que se agitan
o brillantes y enormes oriflamas?

¿Qué importan las corrientes insensatas,
y los diques que rompen sus cadenas,
si al fin las gigantescas cataratas
se deshacen en lluvias de azucenas?

¿Y qué importa el fracaso, la caída,
la batalla siniestra y despiadada,
si es un botón de gloria cada herida
que se abre con la punta de la espada?

Ante el ataque el león la garra crispa
y erguido salta en actitud serena,
mientras que del furor la oculta chispa
prende un incendio rojo en su melena.

¡Cuando el piélago ruge, es cuando el ala
tiende el albatros iniciando el vuelo,
en tanto lucen cual soberbia gala,
abajo el mar y sobre el mar el cielo!

¡Sí! los grandes no temen; defensores
de la verdad que en el horror expira,
hablan en medio a todos los clamores
¡cómo se saben que su boca es lira!

El óbice desdeñan, la pendiente,
en donde deja el pie sangriento rastro,
y en medio a la tiniebla alzan la frente
¡pues saben que su frente es como un astro!

Haced como ellos hacen, id como ellos
despreciando la burla y los agravios,
con el oro del sol en los cabellos
y la miel de los versos en los labios.

Jamás tembléis; de la fatiga el peso
nada es para el que vuela en raudo giro.
¿Qué es para el monte un rayo?—¡Solo un beso!
¿Y el viento para el mar?—¡Solo un suspiro!

Si os provocan, tomad vuestros escudos
y deshaced las huestes agresoras;
si os insultan, callad: ¡Los cielos mudos
combaten la tiniebla con auroras....!

Anfora (1920)

Sufrid, pero sabed sufrir callados,
alzáoos hasta el ideal, mas siempre a oscuras,
¡Pues los lirios que crecen olvidados
tienen sus hojas íntegras y puras!

No os dé vergüenza si lloráis, el llanto
es patrimonio de las almas bellas.
¡También el cielo llora su quebranto!
¡Solo que el cielo llora con estrellas!

De vuestros sueños encended las lumbres,
que en medio a las atroces amarguras
serán como las frentes de las cumbres
¡siempre abrasadas pero siempre puras!

Y luchad y venced. Que el sol que nace
en vuestra comba azul jamás decline,
y que la misma llama que os abraze
sea el divino fanal que os ilumine!

¡Oh tórtola Valencia!

La bailarina de los pies desnudos.

¡Oh tórtola Valencia! Ritmo viviente,
bruja del baile, maga fascinadora,
monumento de carne grácil y riente,
incomparable y bella plastizadora.

Vaso de ideales, en tí se aprecia
todo el encanto alado de la poesía;
en tí ríe con su risa la Madre Grecia
porque tu cuerpo es cuna de la armonía.

La lujuria terrible de la pantera
que vió el Dante en sus sueños de alucinado
vibra en el arco fino de tu cadera
que es un arco de triunfo por Dios plasmado.

El ritmo de los astros se oye al mirarte:
el ritmo de que hablara Platón divino,
pues tiene entre otras cosas mágicas, tu Arte,
la música del verso, la miel del trino!

Oriente en tus figuras vive y palpita
como un múltiple cuadro, donde, pagana,
surges tú que eres bella como Afrodita,
lasciva y tentadora como Sultana.

A la insaciable eterna robaste un día
lo trágico de su alma devastadora,
por eso cuando bailas la marcha impía
hay en tí algo que gime, que grita y llora.

Triunfando en tus lascivias la gracia plena,
pecadora hecha Santa, danzar te he visto
como si hubieses sido la Magdalena,
la que lloró a las plantas de Jesucristo....!

Los recónditos mitos nos resucitas,
con tu cuerpo describes ritos oscuros:
Eres como un gran libro que tiene escritas
sus páginas, de historias y de conjuros.

Como aquella que en Delfos, a los hambrientos
brindaba la limosna de su belleza,
nos das por caridades los monumentos
de tus figuras llenas de gentileza.

Los que te ven olvidan sus sinsabores,
sus penas, sus heridas, sus amarguras,
pues hay yo no sé qué óleos consoladores
en tus líneas de estatua, bellas y puras.

¡Santa del ritmo! ¡Diosa que has descendido
de yo no sé qué nuevo cielo ignorado!
¡Cuántos Magos del Arte te habrán querido!
¡Cuántos líricos Monjes te habrán rezado!

Poetisa que haces versos con actitudes,
ruiseñor que haces trinos con movimientos,
¡Podrías vencer, bailando, las multitudes,
y hasta calmar la fiebre de los sedientos!

Cuando salí del templo donde oficiabas
me sentí más sereno para la vida,
¡Es que en mi ánimo enferma mientras bailabas
se iba cicatrizando la vieja herida....!

¡Puede tanto en el hombre tu ciencia muda,
eres con tus encantos tan poderosa,
que, para que cesara la lucha ruda,
debías una mañana bailar desnuda
ante el salvaje mundo que se destroza!

Esta composición fue escrita y publicada,
el mes de febrero del año de 1918.

Los volcanes

Al vigoroso estro de José Santos Chocano.

I

Como abuelos de cien pueblos,
como abuelos de cien pueblos y cien razas
al espacio incommovibles
y soberbios se levantan,
ostentando en el orgullo de sus crestas
el penacho immaculado de la nieve de sus canas.

II

Hace tiempo
que en el valle del Anahuac,
silenciosos, mudos, solos,
abismados en las grises lontananzas,
como enfermos de tristeza,
de neurosis o nostalgia,
en el fondo transparente de los cielos
pensativos se elevaban
y en los anchos horizontes, impasibles,
sobre el lienzo portentoso del azul limpio y sin mancha,
sus siluetas colosales
recortaban!

¡Eran príncipes altivos que, orgullosos,
de recuerdos llena el alma,
veían triste desde arriba la corriente de la vida
que como un inmenso río a sus pies se deslizaba!

¡Eran príncipes altivos que, cansados
de la gloria y de la fama,
recostados en la alfombra de los valles
con las bocas de sus cráteres parecía que bostezaban!

¡Eran príncipes-abuelos que dormían!
¡Eran príncipes-poetas que soñaban!
....¡Que soñaban!..... ¡Que dormían!.....
-¿Que dormían? ¿Que soñaban?
-¡Oh los sueños portentosos que soñaban los volcanes
al amor lleno de arrullos de sus bosques de esmeralda!
¡Oh los sueños milenarios
de los cíclopes patriarcas,
de esos míticos volcanes que son como
dos cerebros que pensarán;
como cráneos gigantescos
de cabezas casi humanas,
donde, a modo de soberbios pensamientos,
estallaran
los rosales encendidos de las rojas erupciones
que florecen en un triunfo de tormentas y de llamas.....!
¡Escuchad la maravilla de esos sueños!
¡Escuchadla!.....

III

Un volcán habla de glorias y de triunfos,
otro dice de tristezas, de dolores y de lágrimas,
y en concierto de colosos,
dialogando en las obscuras soledades ignoradas,
narran toda la epopeya de sus sueños
con las bocas de sus simas que muy pocas veces hablan,
con las bocas de sus simas donde surgen
a manera de torrentes o de fúlgidas cascadas
los tropeles de sonidos de las épicas rapsodias
donde viven de los pueblos las angustias y las ansias.....!

IV

-“Yo miré sobre la alfombra (Dice uno)
de mis plantas,
la doliente y enfermiza
caravana
de la joven raza Azteca
que, después de los cansancios de sus ímprobos jornadas,
al amparo de mi mole protectora,
recogióse tristemente, consumida y fatigada;

Cierto día, cuando la aurora en el oriente
tras las cumbres de los montes se asomaba
precediendo a la carroza
de oro y luz de la mañana,
una voz potente y ruda,
se extendió en la comba clara,

y a lo lejos, sobre el fondo de los ortos
recortada,
la silueta altiva y noble
de un gran indio se miraba,
con las plumas del quetzal sobre la frente,
el escudo sobre el brazo y en el puño la macana.”

“¿Qué había visto el indio-heraldo?
¿Por qué aquella voz de alarma?
¿Por qué el grito de su boca
que cual nota de trompeta se escapó de su garganta?
¿Qué quería ese extraño aviso?
¿Qué pasaba? ¿Qué pasaba? ¿Qué pasaba?.....
-Sobre el lago de apacibles linfas puras,
limpias, claras,
encarnado con la vieja profecía
vigorosa y elocuente de la raza,
sobre el culmen de un islote,
y en la gloria de un gran gesto, la gran águila de Anahuac,
extendida la soberbia
de sus alas,
y oprimiendo con el pico,
y estrujando entre sus garras
la serpiente que crispaba sus anillos
a manera de una sarta de esmeraldas,
en un éxtasis de triunfo
y en un pasmo de apoteosis, se ostentaba.....!”

“En aquel momento, el astro de las rubias claridades
sacudía sus crenchas flavas
tras del ave en triunfo erguida,

y la absorta caravana
que a pesar de estar despierta
no sabía si soñaba,
veía en éxtasis profundo
sin creer en dicha tanta,
el divino despertar de
la mañana
cuya gloria se esparcía en el firmamento
y en el cielo melancólico de su alma.....”

“Tal el mágico suceso que yo he visto
y que evoco en la amargura de mis líricas nostalgias,
tal lo bello de las cosas que recuerdo
cuando sueño bajo el dombo de las noches azuladas.....”

Dijo uno. Luego, el otro,
recordó de cosas muertas y lejanas;
cosas tristes,
cosas grandes y divinas y sagradas,
y así dijo con la unción solemne y dulce
de un patriarca:

-“Fue una noche en que Selene
de su blanca cabellera las guedejas desataba
sobre el místico silencio de los lagos
cuyas aguas ya dormidas, rielaban;
sobre el sueño misterioso de las selvas
cuyos viejos ahuehuetes,
con las copas inclinadas,
eran graves pensadores o poetas
que en el seno del silencio meditaran.
Su guedeja de blancuras

desataba
en los valles,
en las rocas escarpadas,
a la orilla del estanque
frecuentado por las garzas;
en el cielo y en la tierra,
y en los valles y en las cimas y en las aguas.....

Fue esa noche; en redor
todo callaba,
cuando ¡Al pronto!
un clarín lanzó su nota que vibró potente y clara
y rasgando aquel silencio
penetró en las soledades como el filo de una espada.....!

Las campiñas despertaron,
de las selvas, en bandadas,
se escaparon los alados trovadores
y mis vírgenes praderas, siempre puras y sin mancha,
sollozaron suavemente, suavemente,
cual si un peso incalculable las ahogara.....!

¿Qué quería decir aquella,
nunca oída clarinada?
¿Quién lanzaba aquella nota?
¿Qué pasaba? ¿Qué pasaba? ¿Qué pasaba?.....

“A la Reina de los lagos
triunfadora venía España!
La legión de los centauros rubicundos,
con sus épicas banderas desplegadas,
vencedores en fieras luchas y en titánicos combates,
al galope de sus rápidos corceles se acercaba

profanando de los valles el pintado terciopelo
y rompiendo de los ríos los cristales de las aguas.....”

“Poco a poco
el extraño y fiero grupo en que las armas
con temblores centelleantes
palpitaban,
fue extendiéndose a manera
de una mancha
que creciera por momentos, y muy pronto,
trasponiendo los linderos de mi falda,
fue subiendo hasta el cimborrio inmaculado
que me cubre con las sedas de sus nieves intocadas.....”

“Ya en la altura de mi torre,
sorprendida y admirada,
la legión de los guerreros vió a lo lejos,
y a la luz de la mañana
que nacía, la ciudad de los aztecas que soñaba,
y tan bella la encontraron,
inspiróles su riqueza ambición tanta
que, después de penetrarse de sus múltiples encantos
prometieron conquistarla,
y en tropel incontenible,
con la fuerza colosal de una avalancha,
se lanzaron entusiastas y aguerridos
al fragor de la batalla,
consiguiendo que después de heroicos gestos,
y de múltiples grandezas, consumida y fatigada,
la Señora de los Lagos como Virgen indefensa
sucumbiera entre las fauces del León de las Españas,

que, llevándose a los cielos
los recuerdos y la historia de los bélicos milagros de la raza,
vió a la gran águila azteca
que impasible a sus furores se elevaba,
agitándole las crines con el aire producido
por el rítmico y potente movimiento de sus alas.....!”

“Tal la épica epopeya que yo he visto
y que guardo en mis entrañas,
tal lo grande de las cosas que recuerdo
cuando sueño bajo el dombo de las noches azuladas”
Dijo el otro..... Y, abismados en los anchos horizontes
y en las grises lontananzas,
silenciosos se quedaron a manera de poetas
pensadores o videntes que en las noches meditaran,
a manera de dos viejos,
de dos líricos patriarcas
que, cansados de pulsar
sus liras magnas,
al alivio del reposo se entregaron
recostados en la alfombra milagrosa de los valles
que está urdida con millones y millones de esmeraldas.....

V

¡Oh volcanes gigantescos, cuyas cúspides indemnes,
como dedos colosales se levantan,
señalando siempre arriba
las regiones imprecisas y lejanas!

¡Oh volcanes cuyas crestas
empinadas,
en las noches somnolientas fingen
lanzas
que quisieran traspasar a los luceros
por llenarse con los oros y las luces de sus vívidas entrañas,
y parece que dan besos a la luna
con sus cúspides de plata!

¡Oh volcanes milenarios! ¡Oh volcanes prodigiosos!
Oh volcanes que, en la magia
de la hora en que los soles
se levantan,
abreváis en el oasis de la aurora
el milagro policromo de la luz que en brillos canta!

Oh volcanes fabulosos, que cual Dioses
o Monarcas
de Stambul o de Bassora,
de Bagdad o Samarkanda,
en la muerte de la tarde que agoniza
con un lecho de rubíes y de topacios, más hermosos que Cleopatra,
os cubrís con regios mantos
de celajes y arreboles, recamados de carbunclos y de rosas escarlata!

¡Oh volcanes de las viejas tradiciones:
los volcanes del Anahuac!

¡Oh volcanes que hace siglos,
cual si vierais una audaz gigantomaquia,
el nacer y la tragedia dolorosa
del derrumbe de una raza

impasibles y serenos,
y callados, contemplabais....!

¡Oh volcanes que mirasteis
destrozando la serpiente entre sus garras,
a la fuerte águila india,
extendida como un palio la soberbia portentosa de sus alas!
¡Oh volcanes que escuchasteis
el tropel de los centauros que vinieron desde España,
deslumbrados por las regias maravillas
de esa tierra de milagro, donde el oro se desliza entre las aguas!

¡Oh volcanes que, agobiados
de neurosis o nostalgia,
sois cual príncipes altivos que orgullosos,
desde arriba las miserias de la vida contemplaran,
como príncipes poetas que
cansados del poder y de la fama,
al arrullo de Fabonio se durmieran,
y en la gloria incomparable de sus líricos recuerdos se abismaran!

Oh volcanes que sois urnas
del pasado de mi Patria!

¡Oh volcanes que guardáis las tradiciones
y los bélicos prodigios y los épicos milagros de mi Raza!

¡Oh volcanes que sois torres!
¡Oh volcanes que sois tumbas! ¡Oh volcanes que sois arcas!

VI

¡Como abuelos de cien pueblos,
como abuelos de cien pueblos y cien razas,
al espacio inmovibles y soberbios
se levantan,
ostentando en el orgullo de sus cumbres
el cimborrio immaculado de la nieve de sus canas!

Esta composición fue premiada con la Flor Natural,
en los Juegos Florales organizados en Michoacán
para honrar la memoria del ilustre benefactor, Obispo
D. Vasco de Quiroga, el año de 1919.

L'appel aux armes
(la vibrante escultura de Rodin)

Para Augusto Genin.

Es una voz inmensa, es un inmenso grito
hecho piedra, hecho líneas, hecho sombra, hecho luz,
es la expresión inmóvil de un dolor infinito
que colérico ruge destrozando su cruz.

Es toda la amargura del supremo minuto,
es toda la amargura y toda la ansiedad
de esa hora de sangre, de miseria y de luto
que pasó por la tierra como una tempestad.

El Hectórida yace desmayado y herido,
su entusiasmo está roto, está rota su fe,
pero sobre la angustia del sublime caído
suena el himno exultante de la Francia que fue.

El huracán deshizo el milagro del vuelo
y el ala que se dobla, palpita en un afán
inmenso, de embriagarse en la copa del cielo
y de regar su sombra de volcán en volcán.

Y las manos se crispan y está el rostro inspirado,
y los brazos se extienden en actitud viril,

Ánfora (1920)

y el cuerpo que del bloque se desprende angustiado
es himno y es tormenta, es ola y es candil....!

¡Estatua incomparable, talismán de la gloria,
al verla todo un pueblo, todo un mundo vibró
y corrió tras el carro triunfal de la victoria
y, con ella, hasta el orto luminoso llegó!

Y de los invasores se rompieron las filas,
y sobre tu escultura sonó la hora inmortal;
¡Oh Rodin, el abuelo de las claras pupilas,
de la frente serena, de la barba pluvial....!

A la catedral de Reims
(con motivo de su reconstrucción)

Catedral de maravilla que agonizas en la cruz
con tus torres, cual dos gritos, extendidas al confín,
¡en la bóveda sonora con la gloria del clarín
y aromada en los altares con el nardo de Jesús!

Ya verás ¡joyel divino! ya verás cómo el capuz
que te envuelve, desgarrado como inútil lambrequín,
otra vez íntegro luce, renovado todo al fin,
el milagro de tus formas con la gracia de la luz.

¡Oh plegaria hecha edificio, oh escultórica oración,
catedral de encantamiento, prodigiosa catedral,
de las glorias de la Francia destrozado corazón,

ya verás cómo, curada por el mundo de tu mal,
bajo el cielo hermosa brillas, como el oro de un copón
que destella bajo el sueño de un capelo de cristal!....

Corazón, corazón.....!

¡Corazón, corazón! ¡Calla, no llores!
bébetela amargura de tus llantos,
y oculta tus íntimos quebrantos
no le digas a nadie tus dolores.

De tu pasión fatal en los rigores,
de tu vivir en los pesares tantos,
¡quéjate con estrofas y con cantos
y combate con versos y con flores!

No seas cobarde y ruin, alumbra y ama
y remóntate en alas de tu anhelo,
que si logras brillar como oriflama

y si consigues levantar el vuelo,
¡no importa que te abrases en la llama!
¡no importa que te pierdas en el cielo!

Reminiscencia lírica

Para Luis G. Ortiz.

Primero Colombo, el viejo Almirante
de los sueños nuevos: aquel que pensó
arribar el Asia, la tierra distante,
y que ¡de los Mares caballero andante!
en vez de las Indias un mundo encontró.

Más tarde Vespucio, el afortunado
Capitán insigne, y luego Cabral
que llegó al hermoso Brasil codiciado,
país fabuloso tan solo soñado
por ese divino poeta: ¡El Ideal!

Después, dominado del misterio el boa
que atrae cual la sierpe del bello jardín,
un nauta atrevido: Núñez de Balboa,
de su alada nave con la fina proa
peina del océano la revuelta crin....

Y, Hernández de Córdoba que al cabo se lanza
rumbo a nuestras playas con noble tesón,
y en el glauco abismo con presteza avanza
con sus bergantines ¡Barcos de esperanza
que agitaban velas hechas de ilusión!

Y boga incansable un día y otro día
sin el desencanto más leve sentir,
lleno de entusiasmos, lleno de osadía,
soñando en un grato rincón de poesía
trasunto de Arabia, de Siria, de Ofir....

Boga, sí, y un día Antón de Alaminos
después de tan largo y tan rudo bogar
te encuentra ¡Oh mi patria de encantos divinos!
y verte pudieron los rubios marinos
como una gran perla dormida en el mar.

¡Si! los de aquellas naves: las Españolas,
te vieron cual la perla de sus ideales,
o cual jardín flotante sobre las olas
brindado por los Dioses a los mortales.

Y todos tus encantos les atraieron,
tus riquezas enormes les fascinaron,
y poseerte como arca de oro quisieron,
y por eso, indomables, te conquistaron.

Te conquistaron Patria. Fue entonces cuando
los viste, abandonados ya sus bajeles,
por tu bendita tierra pasar volando
sobre el veloz prodigio de sus corceles.

Fue cuando los Hispanos, audaces nautas,
tornáronse atrevidos, bravos guerreros,
y vieron tus campiñas estupefactas
la nieve temblorosa de sus plumeros.

Fue cuando se agitaron las fuertes moles
de tus montes, lanzando rojas centellas,
y cayeron tus reinos cual grandes soles
que se despedazaban en mil estrellas....!

Fue cuando entre miserias bajas y ruines
y entre glorias y heroicos, grandes afanes,
cayeron tus sublimes Cuahutemoctzines
más grandes que los mismos Caopolicánes.

Fue.... ¡Cuando te mataron!.... Ni tus votivos
templos vivir pudieron: ¡Fueron tirados!
¡Sucumbieron los fuertes indios altivos
y reinaron los blancos hombres barbados!

España vino a México: Entre las velas
envionos, de sus bellas naves bizarras,
¡con el reír de todas sus castañuelas
el sollozar divino de sus guitarras!

España vino a México: Las farandolas
nos trajo, con el lujo de sus pавanas,
y les brindó el salero de sus “Manolas”
a nuestras inquietantes “Chinas Poblanas”.

España vino a México, con sus mantillas
y mantones bordados de flores y aves,
y sus vibrantes “jotas” y “seguidillas”
de las que tanto tienen nuestros “jarabes”.

España vino a México: Cuando tus greyes
¡Oh Anahuac! sucumbieron con sus ideales,
contemplaste el imperio de los Virreyes
que hacían ricos palacios y catedrales.

El pobre de miserias estaba lleno,
hasta que un día, desde una torre lejana,
un cura sonar hizo, solemne y bueno,
el “sursum” luminoso de una campana.

Libre fuiste, más presto, rotos los diques
de la ambición; derruidos, hechos pedazos,
entronizarse viste nuevos caciques
en medio de asonadas y cuartelazos.

Y así, débil y exhausta, bajas pasiones
removiendo los “yankees” con negro celo,
una de sus más bellas constelaciones
le arrancaron ¡Piratas! a tu alto cielo!

Y vino la Reforma; los Cristos flacos
sufrieron de las almas libres, las mofas,
¡Y esos fueron los tiempos de los “chinacos”
los bravos guerrilleros de blusas rojas!

Luego, fue la inhumana guerra Francesa:
cuando, ya iluminada con luz de gloria
tú, con su mismo canto: “La Marsellesa”
arrastraste a tus hijos a la Victoria.

Después: los mercenarios conservadores
que vieron, ya vencidas sus iras vanas,
desvanecerse el sueño de los traidores
en la cumbre del Cerro de las Campanas!...

Y todavía más tarde ¡Cuánta vergüenza
y llantos y miserias y decepciones!
hasta que vimos ésta, la más intensa
y profunda de nuestras Revoluciones.

Ella, cuando al fin surja de sus pantanos,
ha de volver tus yermos bellos jardines,
te ha de librar del yugo de los tiranos,
te ha de salvar del beso de los Caínes!

Y entonces ¡Oh mi Patria! fuerte y hermosa
te verán, coronada de auroras bellas,
con tu bandera limpia ¡Más luminosa
que la bandera misma de las estrellas!

Hernández de Córdoba, al cabo se lanza
rumbo a nuestras playas, con noble tesón,

Anfora (1920)

y en el glauco abismo con presteza avanza
en sus bergantines: ¡Barcos de esperanza
que agitaban velas hechas de ilusión!

Y boga incansable un día y otro día
sin el desencanto más leve sentir,
lleno de firmeza, lleno de osadía,
soñando en un grato rincón de poesía,
trasunto de Persia, de Arabia, de Ofir.

Boga, sí, y un día Antón de Alaminos
puede al fin tus costas de ensueño tocar,
¡Oh Patria! ¡Benditos los rubios Marinos
que halláronte, hurgando tesoros divinos,
como una gran perla dormida en el mar!

Versos fuertes

Para Alberto I. Rojas.

Hombre que has naufragado con tus barcos henchidos
de riquezas enormes, hombre cuyo ideal
se ha roto en mil pedazos que saltaran perdidos,
en medio de un inmenso fracaso de sonidos,
a modo de vibrantes fragmentos de cristal.

Hombre tímido y débil ¿Por qué tiemblas y lloras?
¿Por qué en miserias tantas te debates? ¿Por qué?
¿No escuchas las campanas de las albas sonoras?
deja pues el amargo silencio en donde moras
y en la lucha fecunda ven a templar tu Fe.

Un ave gigantesca cuyo indomable anhelo
fuera escalar abismos en loca tentación
y llevar bajo el ala todo el azul del cielo
y sacudir altiva al iniciar el vuelo
una lluvia de estrellas de su oscuro plumón.

Así sean tus ideales, tu espíritu así sea,
no importa que te llamen idealista, tu afán
disipará las sombras con su lumbre Febea
y brillará en la cumbre de tus sueños la idea
como el nevado y puro cimborrio de un volcán.

Anfora (1920)

....¡Ser Quijote no importa si el Quijote es divino,
esgrimir una lanza si ella rompe el capuz,
preferir el tumulto del huracán a un trino,
al canario poeta, el gran cóndor andino,
y a una lluvia de flores un reguero de luz!

Ser en lugar de hermosa escultura, atalaya,
no llamarse paloma sino llamarse halcón,
dirigir la cuadriga de un carro de batalla
manejando las bridas y el látigo que estalla,
y así cruzar soberbio como una exhalación.

Habitar en el pico más alto, en el desnudo
pico de una alta mole que parezca formar
un eslabón enorme, un gigantesco nudo
de montañas, en donde, inmarcesible y rudo,
las nubes sus falanges dispersen al pasar.

Ser inviolable a modo del diamante que mella
el acero y el hierro, ser belleza y furor,
y cruzar el abismo donde todo se estrella
y robar a los cielos cada noche una estrella
y arrancar a los campos cada tarde una flor!

Ser grande, ser altivo, ser gigante.... Procura
ser todo lo que se alza en la negra pasión,
desprecia las borrascas de la humana pavora
¡que el astro centellea entre la noche oscura
y cuando el rayo brilla se despereza el león!

¡No temas, no vaciles! En medio de los clamores
las alas de tu espíritu gigantes se alzarán;
en lugar de la dicha te hieran los dolores
¡que si el céfiro mece las borlas de las flores,
las crenchas de las cumbres sacude el huracán!

El poema de las gemas

Para Celso Manuel Contreras.

Las gemas son las hijas dilectas de las Hadas,
son gotas luminosas por Gnomos fabricadas
con el valioso auxilio de un mágico crisol,

Son chispas refulgentes de múltiples colores,
aljófara de luceros teñido con fulgores
y lágrimas brillantes lloradas por el sol.

Las gemas son pequeños estuches de belleza,
enanos capullitos en donde vive presa
una Hypsipila enferma que nunca ha de volar;

Son diminutas arcas de finos alabastros
con almas luminosas como las de los astros:
gemas que el espacio Dios mismo hizo engarzar.

Las gemas son los versos que hacen los lapidarios,
orfebres, diamantistas y estetas solitarios
que con benedictino y angélico fervor,

Tallan las duras piedras preciosas y divinas,
y con sus dedos sabios y con sus manos finas
les dan ricos efectos de luz y de color.

Productos de paciencias y de amarguras tantas
las gemas son sagradas, son buenas y son santas,
son símbolos pequeños de gracia y de virtud,

Tesoros diminutos que con sabiduría
profunda, nos demuestran como muy bien cabría
en un estrecho espacio toda una excelsitud.

Volviendo en mil destellos los rayos luminosos,
brillando de mil modos variados y preciosos,
las gemas nos enseñan con elocuencia ideal

A enriquecer las savias de las semillas bellas,
¡A recibir cocuyos y a devolver estrellas
y a transformar la gota de linfa en manantial!

Las gemas han ornado las urnas, los sagrarios,
las ánforas preciosas, los bellos relicarios,
los pálidos marfiles del venerable arcón;

La gracia encantadora de los murrinos vasos,
las intocadas sedas, los impolutos rasos,
la mitra, la custodia, el báculo, el copón....!

Coruscan en las tiaras soberbias y papales,
se irisan en los mantos y en las coronas reales,
tiemblan en las casullas con un temblor de luz,

Palpitan en los palios brillantes y preciosos,
y en los palacios ricos de los Rajás suntuosos
destellan entre aromas y plumas de avestruz.

De los incomparables puñales Florentinos
en los valiosos puños, hermosos, raros, finos,
lucen puestas con una sabiduría genial,

Se encuentran engarzadas en ricas armaduras,
en petos, en celadas, en férreas vestiduras
y en todo un mundo inmenso de cosas de metal.

Besado han las divinas, puras y castas frentes;
los hombros delicados, sedinos y turgentes,
los senos semiocultos con gasas y listón,

Han estrechado carnes, han oprimido cuellos,
dormido han en mullidos cojines de cabellos
y hasta han temblado en manos vibrantes de pasión.

Flores de los estuches, astros de los joyeros,
lucen en los gallardos trajes de los toreros
como salpicaduras de mágico brillar,

Recaman colgaduras, matizan cortinajes,
y adornan los sencillos chambergos de los pajes
igual que la custodia que luce en el altar.

¿Habéis visto las aves fastuosas y pintadas,
¿Creéis que están sus plumas con gemas adornadas,
con perlas, esmeraldas, topacios y rubíes?

¿Creéis que de estas piedras llevan los guacamayos,
los pavos, los faisanes y los fastuosos gallos
y hasta los principescos y enanos colibríes....?

¿Creéis que de las flores recaman las corolas,
que cuajan de carmines las finas amapolas
y los claveles rojos, de un rojo singular?

¿Creéis que en muchedumbres inmensas agrupadas
duermen en los estuches glaucos de las granadas
mientras la rubia aurora las viene a despertar?

Yo sí, yo creo que todo las gemas lo matizan,
lo adornan, lo abrillantan, lo alumbran y lo irisan,
lo impregnan de un divino perfume de ilusión

Y prenden el milagro de su elegancia suma
lo mismo en la hoja suave que en la ligera pluma,
y en el oro y el hierro, la seda y el listón....

¡Oh gemas! ¡Quién pudiera como vosotras mismas
tener pulida el alma con milagrosos prismas,
romper con magos brillos el nocturnal capuz;

Ánfora (1920)

Vivir en el vestido de pájaros y flores,
estremecerse en rayos, destellos y colores
y coruscar en iris y deshacerse en luz!

El poema de la nieve

Como nítidas espumas,
como pétalos, cual plumas,
como dejos de albas brumas
de blancura singular,
caen los copos de la nieve
delicada, limpia y leve,
tal dijérase que llueve
todo un cielo de azahar.

Suave y dulce un sueño asoma
en el alma, como aroma,
como arrullo de paloma,
cual gorjeo de ruiseñor,
al mirar el blanco velo
que cubierto deja el suelo
como un manto de consuelo
sobre un lecho de dolor.

El recuerdo se despierta
y la puerta deja abierta
del pasado, siempre alerta,
siempre amable, siempre fiel,
y nos cuenta todos esos
nuestros núbiles excesos,
salpicados con los besos
más sabrosos que la miel.

Anfora (1920)

Nos añora las alburas
de nupciales vestiduras,
y nos cuenta las blancuras
de los lirios y el jazmín;
de las blancas mariposas,
que, traviesas y gozosas,
se acurrucan en las rosas:
las hamacas del jardín.

¡Oh qué dulce es el pasado!
¡El ayer!.... cuando manchado
con las sombras del pecado
nuestro espíritu infantil,
iba en pos de los altares,
lamentando sus pesares,
a ofrendar rezos y azahares
al buen Cristo de marfil.

El ayer.... cuando anhelantes,
de infinito amor vibrantes,
recibíamos palpitantes,
la hostia virgen del Copón
en aquella fiesta pura,
toda amor, toda hermosura,
toda música y ternura:
La Primera Comunión!

....Pero ya todo está muerto;
nuestra vida es un desierto,

un inmenso mar sin puerto
sin refugio, sin fanal.
Un abismo en el que mora
la tiniebla destructora
de las lumbres de la aurora
y los oros del ideal.

¡Todo ha muerto! Están muy lejos
los crepúsculos bermejos,
nuestras almas son de viejos
porque al fin sabemos ya
aun teniendo pocos años,
de traiciones y de engaños
y de amargos desengaños,
y del astro que se va....

Yo por eso cuando miro
desde mi áspero retiro
la nevada, que un suspiro
siento lanza mi alma en pos
de no sé qué ignotos cielos,
por buscar, urdiendo vuelos,
la sonrisa y los consuelos
del piadoso Niño Dios....!

Anfora (1920)

¡Nieve hermana, nieve amiga,
que al mirarte te bendiga
todo aquel que la fatiga
sienta ya del existir;
que te canten las cansadas
almas tristes, las vejadas
almas grandes, destrozadas
en la lucha del vivir.

Que te brinden sus amores
los divinos ruseñores,
que el jardín te haga con flores
un tapete de ilusión.
Y Selene, la hilandera
de la noche, la hechicera,
que en tu nívea cabellera
ponga un brillo de listón....!

El poema de los ojos

Ojos negros: de sombras lagos henchidos,
oscuros e insondables como la suerte;
ojos cual los pesares de los vencidos,
ojos abrumadores como la muerte.

Ojos glaucos: hermosos ojos que miran
el astro de la dicha que no se alcanza;
ojos que nos arroban y nos inspiran,
ojos: ¡Vasos divinos de la esperanza!

Ojos grandes, piadosos, limpios y bellos,
ojos que saben tanto de dulces cosas,
que, como las estrellas tienen destellos,
y que tienen perfumes como las rosas.

Ojos tiernos, sublimes, húmedos ojos
como de pensativas garzas morenas;
¡Ojos que yo he querido mirar de hinojos
para que se me olviden mis penas!

Del ideal y el ensueño divinos magos:
azules ojos, como son mis anhelos;
tranquilos y apacibles como los lagos,
y serenos y puros como los cielos.

Ojos fascinadores, ojos dormidos
por los cuales, en vuelo, las ilusiones
pasan, como palomas buscando nidos
donde posar la nieve de sus plumones.

Como los de los ciervos, ojos rasgados,
pensativos y tristes, ojos benditos
que saben de las penas de los vejados
y de las desventuras de los proscritos.

Obscuros ojos, como los sinsabores
de las almas sin luces y sin ternezas;
¡Ojos: arcas benditas de los dolores!
¡Ojos: urnas sagradas de las tristezas!

Como luceros claros, ojos de aquesos
que saben de ignoradas, gratas delicias,
y que con sus miradas nos dan de besos
nos dicen bellas cosas y hacen caricias....!

Melancólicos ojos, como clavados
Cristos que mueren solos; ojos que lloran,
ojos ensombrecidos y atribulados,
ojos agonizantes, ojos que oran....!

Lánguidos como lotos que al suelo inclinan
sus vasos que las brisas llorando mecen,
ojos de Dolorosas, que se iluminan,
ojos de Magdalenas, que se obscurecen....

Ojos ardientes, ojos crueles que gozan
cuando en la desventura las almas sumen;
¡Ojos: llamas queridas que nos destrozan!
¡Ojos: hogueras santas que nos consumen!

Ojos de nuestras novias: Astros que pasan
raudos en nuestros cielos, y que se encumbran,
y que a veces nos queman y nos abrasan
pero que nos calientan y nos alumbran....!

Ojos de nuestras Madres que bendiciones
derraman, como limpios, frescos veneros,
que saben de las altas resignaciones
y son mansos y dulces como corderos!

....Obscuros, claros, negros, imploradores,
melancólicos, lánguidos y dormidos,
de alegrías desbordantes, o de dolores,
ardientes, fatigados o consumidos;

todos, ojos, sois fuentes de cosas puras
puesto que, con ferviente y amante celo,
Dios os brindó a las almas de sus creaturas
para que se asomaran a ver el cielo....!

El poema de las flores

Para A. M. G. La de los ojos
negros, la de los sueños blancos.

Contemplad a los jardines y decid que son las flores
¿son cascadas prodigiosas de luceros de colores
arrojados sobre el mundo por las manos del Señor?
¿son ensueños que se arropan con sutiles vestiduras,
ilusiones que han brotado de semillas de venturas
que dejara caer de lo alto un divino Sembrador?

¿Son las bocas de querubes desbordantes de sonrisas,
que dialogan con los mirlos, que platican con las brisas
y les cuentan sus amores a las garzas del juncal,
o son almas orgullosas de traviesas cortesanas:
almas frágiles y enfermas, almas pobres, almas vanas,
que poseen las vanidades del soberbio pavo real?

—¡No! Las flores no son vanas almas frágiles, son buenas,
almas dulces como copas de licor de ensueño llenas,
con versos desbordantes de ternuras y de amor;
son como ánforas henchidas de hidromiel y de ambrosía,
como estuches que encerraran la más rica pedrería,
y se abrieran en soberbias explosiones de color...

Y son Hadas, hadas bellas de divinas manos suaves,
compañeros de los ríos, los oteros y las aves,

del lucero vespertino y la oveja del redil;
y son reinas, reinas ricas, poderosas, triunfadoras,
de jardines que son bellos como mágicas Basoras,
y encantados, portentosos, como un célico pensil.

¡Sí! Las flores son las reinas de los mágicos pensiles;
para ellas toca el viento sus sonoros mandolines,
para ellas el arroyo va cantando su canción,
para ellas son los tiernos y amorosos balbuceos
de los hijos de las aves que les brindan sus gorjeos,
para ellas pinta el orto sus mirajes de ilusión....

Para ellas van tejiendo en las bóvedas lejanas
de los cielos, las estrellas, sus doradas filigranas:
¡Telarañas luminosas en que brilla preso el sol!
Para ellas Helios luce derramando sus regueros
de oro líquido, en que bañan sus plumones los jilgueros
y en que enjuaga sus guedejas de gigante el ocotzol.

Cuando miro de las flores las corolas entreabiertas
me imagino que son ojos de queridas novias muertas:
¡Ojos grandes, ojos bellos ya cansados de llorar,
que quisieran deslumbrarse con miríficos paisajes,
con crepúsculos y auroras y polícromos mirajes,
y con sueños de infinito que quisieran abrumar.

Otras veces se me antojan como bocas seductoras
desbordantes de promesas de ventura, embriagadoras,
como bocas que tuvieran seducciones de panal;

como bocas que dijeran cosas dulces y divinas,
como bocas coquetuelas, como bocas parlanchinas,
que tuvieran del prestigio de una caja musical.

En oteros y collados, en los huertos florecidos,
como cunas amorosas y sutiles, como nidos
de perfumes delicados o bullones de listón,
lucen bellas y sencillas, palpitantes, tembladoras,
ya rosadas levemente, del color de las auroras,
o purpúreas y encendidas del color del corazón.

¡Oh las flores! ¡Oh las flores! Como luces de bengalas,
como cráteras de mieles, como pájaros sin alas,
pero pájaros pintados cual joyantes colibríes.
¡Oh las bellas crisantemas como borlas de albos flecos!
¡Oh las yedras que revientan de las tapias en los huecos!
¡Oh los mágicos claveles apretados de rubíes!

¡Oh las tímidas violetas! ¡Oh las blancas margaritas!
¡las sagradas azucenas del color de las mezquitas,
las gardenias y jazmines de perfume sin igual,
los azahares de las novias y los lirios intocados,
los nelumbos y los lotos por los céfiros besados,
y las frágiles magnolias de corolas de cristal!

¡Oh, las dalias, las orquídeas orgullosas y elegantes
que culminan entre perlas, luces, oros y diamantes,
en las fiestas estruendosas desbordantes de placer!
¡Oh las bellas tuberosas relucientes y sedinas!

¡Oh las grandes madre selvas y las tímidas glicinas
que se enredan y se enredan cual sortijas de mujer!

¡Oh las suaves amapolas de pintadas vestiduras,
los divinos nomeolvides, las camelias, de blancuras
deslumbrantes, otras veces matizadas de carmín;
las azaleas y los mirtos y las rosas ¡Sí! las rosas
que prendidas en los tallos son pintadas mariposas
o jirones de la aurora que cayeran a un jardín!

¡Oh las flores que al arco iris le robaran sus colores,
a las aves sus encantos, a la luz sus esplendores,
su riqueza a los joyeles de la reina de Sabá;
el prestigio de sus mieles, del Himeto a los panales,
y los tintes de sus alas al quetzal y a los turpiales
que se visten con el lujo principesco de un Rajá!

¡Oh las flores! pebeteros de jardines y vergeles
que esculpieran gnomos niños con sus mágicos cinceles,
¡Oh las ánforas henchidas de perfumes de ilusión!
porque sois de nieve y oro y de rasos y de ceras,
porque sois la pedrería de las magas primaveras,
por divinas, por humanas, Dios os dé su bendición!

Allá viene.....

Allá viene, es cual príncipe heroico en su carro triunfal,
allá viene, gallardo y soberbio y hermoso y gentil,
es el año nacido en el seno del tiempo inmortal,
es el hijo dilecto de Cronos: el anciano potente y viril.

Allá viene; a su paso glorioso hay como un despertar,
como un resurgir de esperanzas en el corazón,
en que llegan con él sueños idos ¡Dejadlo pasar!
pues que viene de un grato y remoto país de ilusión....

¡Sí! Que llegue, su carro que tira fogoso corcel
con su estruendo, del hondo silencio desgarré el capuz,
y él, nos traiga el ensueño sublime, que es gota de miel,
y la suave y piadosa esperanza, que es hilo de luz....!

Tríptico

Para Enrique Carniado, hermano
en el pensamiento y en el ideal.

EL POETA

Esteta y soñador, genial artista,
divino Orfebre que cincela el verso
y atesora la luz del universo
en el cielo de su alma de idealista.

Labra el prisma del sueño, en cada arista
busca un efecto de color diverso,
y pule la palabra con esfuerzo
sutil, de consumado diamantista.

Es Quijote y Pierrot; como un lucero
luce en la noche su triunfal plumero
y corusca su lanza peregrina.

Y sin rendirse a decepción alguna
va urdiendo su canción, bajo la luna,
soñando en que lo quiere Colombina....!

LA LIRA

Es un arco de luz con otro unido,
su cordaje, de seda vibradora,
fue labrado en la rueca de la aurora
y en dos varillas de cristal prendido.

De raras aves se dijera el nido:
aves cuya garganta arrobadora
es arca de joyeles, que atesora
la pedrería del ritmo y del sonido.

La lira es un nidal de ruiseñores,
de mirlos, de canarios charladores,
y zenzontles, turpiales y jilgueros;

La lira es un estuche de armonía
que vierte sobre el mundo la poesía
a manera de lluvias de luceros!

EL VERSO

El verso es una gema, es un diamante
tallado por los gnomos inmortales,
mariposa con las alas musicales,
colibrí, de colores irisante....

El verso es un joyel; luce radiante
en el engarce azul de los ideales,

y es cual nota que rompe sus cristales
para volverse luz, por un instante.

El verso es un florón, el verso es trino
labrado en la garganta de un divino
pájaro ebrio de ideal y oro de soles,

y al surgir de la lira dulce y grata,
¡el verso es un botón que se desata
deshojándose en luces y arreboles!

¡Oh Señor desnudo!.....

¡Oh Señor Desnudo! volcán encantado
que soberbio te alzas sobre la llanura,
cual otro manchego de triste figura,
con la crin de seda de tu airón nevado.

¡Oh Señor Desnudo! Para tí ha bordado
la luna, el chambergo de eterna blancura
que sobre tu cima luce tu hermosura,
cual sobre la testa de un príncipe osado.

¡Oh Señor Desnudo! Yo tanto te quiero,
que aunque amo mis armas cual todo guerrero,
por rezarte aquesta lírica oración,

dejado he mi espada, mi escudo y mi lanza,
¡Pues eres eterno como la esperanza!
¡Pues eres hermoso como la ilusión!

Mi espíritu

Arder siempre como una flama semejante
a una gema, mantenerse en éxtasis, es el
éxito de la vida. Walter Pater.

Mi espíritu es un águila cuyas alas gigantes
extendidas a modo de palios siempre están;
águila poderosa, como aquellas rampantes
que engarzan en los cielos su plumones flotantes
y van peregrinando de volcán en volcán.

Águila a quien seducen las grandes soledades
de los cielos, en donde se apaga toda voz,
y ama los cataclismos y ama las tempestades
que sacuden los montes: piedras de eternidades
que en el mundo a manera de torres puso Dios!

Águila inasequible, águila triunfadora
que en la cumbre más alta fabricó su nidal,
por contemplar de cerca a la divina aurora,
que llega como una princesa de Basora,
de sus joyeles áureos derramando el raudal.

Águila altiva y fuerte que busca los divinos
refugios de la altura, porque gusta de ver
el mundo desde arriba, lejos de los mezquinos
odios, que se disfrazan para cumplir sus sinos
con ternuras y encantos y risas de mujer.

Águila que en la púrpura de las sangres solares
se embriaga desbordante de viril emoción,
y cerca de las nubes levanta sus aduares,
y erige en los crestos más altos sus altares
para hacer con las alas plegadas oración....

Águila que desprecia a todos los pequeños
que ignoran la radiosa y eterna idealidad
de los anhelos nobles y los altos empeños;
águila que se posa para soñar sus sueños
en el barco encantado del marino Simbad....!

Águila que, si alguna vez fuese perseguida
por el dardo candente de la humana pasión,
antes de que la vieses moribunda y vencida,
con sus potentes garras se ensancharía la herida
y con su propio pico se abriría el corazón.

Tal mi espíritu altivo que busca los zarpazos
del dolor y que anhela ascender más y más....
mi espíritu que gusta de lumbres y chispazos
y que antes que inclinarse saltaría hecho pedazos
cual los montes que estallan sin doblarse jamás!

La risa de Francia

Para Enrique González y Martínez, el exquisito.

Risa de gloria y triunfo ¡Cara Lutecia!
en este siglo sabio que en luz se embriaga,
como la de tu Hermana, la dulce Grecia,
tu risa es una aurora que no se apaga.

Desde hace mucho tiempo surgió a la vida,
de tu pasado sabe toda la historia;
¡lloró con las angustias de tu caída,
cantó con las fanfarrias de tu victoria!

Cuando por las falanges de los teutones
tu inmaculada tierra fue profanada,
tu risa, entre las fauces de los cañones,
sonó con histerismos de carcajada.

Y cuando le arrancaron a tu alto cielo
dos soles que irradiaban calor y encanto,
llevada por las rachas del desconsuelo,
tu risa no fue risa sino fue llanto!

Risa de triunfo y gloria ¡al fin Francesa!
armoniosa, exquisita, noble y pagana,
fecunda en arrebatos de Marsellesa,
sonora como el bronce de una campana.

De la revuelta aquella que vió la Historia,
diana del entusiasmo, trueno que aterra,
fuiste en Chenièr un sublime canto de gloria
y en Dantón, un inmenso grito de guerra!

Y aquella vez que el Corso con altos fines
rompió el círculo estrecho de las fronteras,
vibraste en las gargantas de los clarines
y en el frufrú de gloria de las banderas.

En la guerra sonora, dulce en el Arte,
—milagro que a los dioses obrar les plugo—
¡primero fuiste trueno con Bonaparte,
y después fuiste trino con Víctor Hugo!

De lo bello entusiasta, con los pinceles
ríes en la gama hermosa de los colores,
al par que el milagro de los cinceles
que siembran en la piedra carnales flores.

De gratas armonías tejes encajes
en los “minuets” solemnes y en las “gavotas”,
y te duermes y ocultas en los cordajes
de donde luego surges deshecha en notas.

Galante y seductora vas por las calles
y a veces te deslizas en los salones,
con las nobles princesas de los Versalles
y las reinas galantes de los Trianones.

Sabia risa de Francia, como la Griega
llevado has tus sutiles sabidurías,
al vencedor altivo que se te entrega
y al vencido que implora tus alegrías.

Sublime, incomparable, divina risa,
hoy diana de la gloria: ¡Diana de Dianas!
resuenas sobre Herácles, que ya agoniza,
como el triunfal repique de cien campanas!

La voz de la belleza

I

El alma humana, sola, fatigada,
triste y enferma, de dolor transida,
en medio a las borrascas de la vida
se encuentra como nave abandonada;
a fuerza de sufrir decepcionada,
va sin amor ni fe, sin ilusiones,
a la merced tan solo del destino,
dejando de su ensueño los jirones
entre las crueles zarzas del camino.

Sin esperanzas ya, como las hojas
que el viento arranca, por el mundo rueda,
cargada con su fardo de congojas
donde dormido el entusiasmo queda.

Todo en ella es tiniebla, sombra y llanto,
todo en ella se extingue y se consume:
lo mismo el pensamiento: dulce canto,
que el ensueño divino, que es perfume.

Los claros astros del ideal fallecen
en la tiniebla de sus hondos males;
en sus bosques los mirlos enmudecen,
en sus jardines mueren los rosales,
y hasta el ave triunfal de sus anhelos,
exhaustas las potentes energías,
no vuela ebria de luz como otros días
bajo el azul milagro de los cielos....!

II

Y así cuando de crueles desencantos
enferma, marcha entre negruras plenas,
repasando el rosario de sus penas,
deshaciendo la sarta de sus llantos;
cuando fallidos todos sus empeños
va, por la senda gris y dolorosa,
arrastrando hacia el borde de la fosa
el ataúd obscuro de sus sueños;
cuando sola, vencida y casi muerta
está luchando sin hallar reposo,
de quién sabe qué seno misterioso
surge una voz divina y la despierta.

Y la despierta, sí, la resucita,
acalla su doliente, amarga cuita,
disipa la tiniebla que la envuelve,
calma la ardiente sed que la devora,
la nube gris de su pesar resuelve,
la cima enhiesta de su orgullo dora,
y la hace que, olvidando sus dolores,
estalle al fin en líricos excesos,
¡como la luz en explosión de albores!
¡como la savia en explosión de flores!
¡como el amor en explosión de besos!

III

Esa voz es la voz de la belleza,
voz con la que habla la Naturaleza,
y al hombre dice del poder divino
del que sembró en la Nada el Universo,
del que hizo las corolas de alabastro,
brindóle al ave con la miel del trino,
dióle al poeta el talismán del verso
y dióle el oro de su luz al astro.

Esa voz es la voz que en todo se halla
latente, voz sublime que palpita
lo mismo en el rosal que se marchita
que en el botón que en pétalos estalla.
Esa es la voz que cuando todo calla,
se deja oír, cual celestial arrullo
que al hombre aduerme y de su pena cura;
esa es la voz henchida de ternura
que es en las frondas sin igual murmullo,
que es en el chorro manso glogloteo,
suave murmurio en las traviesas brisas,
y es en el ave musical gorjeo
y es en los niños floración de risas.

IV

Esa es la voz que en todo vive y canta:
en el clarín sonoro y en la lira,
en el vivo color que nos admira

y en la línea gentil que nos encanta.
Esa es la voz que oyeron los Helenos:
poetas de almas grandes y sinceras,
en las gráciles curvas de los senos,
en el arco triunfal de las caderas,
y en los soberbios torsos triunfadores
de musculosos y ágiles donceles,
que esculpieran los Griegos escultores
al golpe musical de sus cinceles.
Es la que vibra en el combate fiero
y que murmura el campestre idilio,
que cantó en el hexámetro de Homero
y en la geórgica dulce de Virgilio.

Esa es la voz que se oye por doquiera:
en la serenidad de la pradera
y en la jocunda paz de los jardines,
donde es llanto de los magos surtidores,
es frufrotear suavísimo de las flores
y es en el viento queja de violines.

Esa es la voz con la que Dios nos habla
en todos los instantes de la vida
y sus divinos diálogos entabla
con nuestra ánima enferma y dolorida;
esa es la voz piadosa, bendecida,
la voz que es miel y es música y es lumbre,
la voz que canta exhortatriz y bella,
lo mismo en el guijarro que en la cumbre
y lo mismo en el lirio que en la estrella!

V

Y esa es la voz gentil que despertando
nuestras esplendorosas fantasías,
hizo que aquí viniésemos, regando
del verso las soberbias pedrerías;
esa es la voz a cuyo dulce hechizo
alzó la noche sus tinieblas rotas
y dejamos en este paraíso
nuestra alma toda convertida en notas.

Y esa es la voz, en fin, que obró el portento
de hacer vivir este triunfal momento,
instante de ilusión bello y divino,
en que desata el hombre el pensamiento
cuando desata el ruseñor el trino,
y vierte de sus cantos el tesoro,
despreciativo al odio y al reproche,
como los soles sus raudales de oro
en el arcón obscuro de la noche.

VI

¡Oh voz! ¡Oh dulce voz de la Belleza!
con la que Dios, en la Naturaleza
nos habla con ternura a cada instante,
ya en el inmenso mar ronco y bravío,
ya en la pequeña gota de rocío
o ya en la clara estrella rutilante!

¡Oh voz! ¡Oh dulce voz, aún más hermosa
que la voz de las aves agoreras,
que la voz de las aguas vocingleras
y que la voz del arpa melodiosa!

¡Oh voz! ¡Oh dulce voz, cual de una lira
eólica, la música sublime;
voz que conmueve y que solloza y gime,
voz que de tanto amar llora y suspira!

¡Oh voz! ¡Oh dulce voz, más delicada,
más llena de pasión y de ternura
que la del ruseñor en la espesura
y la del fresco viento en la enramada!

¡Oh voz! ¡Oh dulce voz, que sus dolores
logras que el hombre olvide, y su camino
encuentre lleno de opulentas flores,
como si fuese el huerto de Aladino!

¡Oh voz consolatriz que das aliento
y nueva savia das y nueva vida;
que cambias en placer el sufrimiento,
que tornas apoteosis la caída,
y haces que revestido de sus galas,
el pensamiento audaz, noble y bendito,
vuelve en su sed inmensa de infinito
extendidos los palios de sus alas.

VII

¡Oh voz! Divina voz, bendita seas,
porque revives nuestras fantasías

Ánfora (1920)

y haces que surjan bellas las ideas
envueltas en ropajes de armonías....!
¡Sí! Sé bendita, ¡Oh voz! por tu ternura,
por tu piedad sin nombre y tu hermosura,
por tu poder, tu amor y tu nobleza;
pero sólo también porque tú has sido
la que en el nombre ideal de la belleza
a este santo lugar nos has traído,
para que aquí, nimbada de esplendores
el alma estalle en líricos excesos,
¡como la luz en explosión de albores!
¡como la savia en explosión de flores!
¡como el amor en explosión de besos!

Esta composición fue premiada con la Flor Natural,
en los Juegos Florales de Toluca y Oaxaca,
el año de 1917.

Hacía cerca de tres siglos.....

Para el poeta y el maestro, Heriberto Enríquez.

I

Hacía cerca de tres siglos
que las naves castellanas,
buscadoras de tesoros fabulosos,
nuestros mares solitarios y terribles visitaran.

Hacía cerca de tres siglos
que, los tehules de ojos claros y pluviales, rubias barbas,
nuestras selvas silenciosas
y sagradas
con el ruido de sus férreas armaduras
y el piafar de sus corceles atronaran,
despertando a los quetzales de plumajes recamados
de rubíes y de esmeraldas,
y espantando a los zenzontles prodigiosos y divinos
que vivían vertiendo mieles del panal de sus gargantas....!

Hacía cerca de tres siglos
que, la perla del Anáhuac,
la ciudad de los canales y los lagos:
¡El gran cofre en que dormían las soberbias tradiciones milenarias!
había muerto hecha pedazos,
consumida por las llamas

de un incendio que fue aurora de la patria que nacía,
y crepúsculo sangriento del gran pueblo que acababa.

Hacía cerca de tres siglos
que el divino sol triunfante de una raza,
se había puesto en el ocaso
para no ver la caída de ese impávido monarca
que, después de largas luchas,
de infinitas privaciones, heroísmos y audacias,
ya sin bríos en el cuerpo
ni entusiasmos en el alma,
al empuje sin igual del infortunio
y al azote del dolor y la desgracia,
se abatió como los cóndores andinos
en la gloria de una cumbre, con el cielo entre las alas!

II

Hacía cerca de tres siglos
que, vencidas por el peso las espadas,
con las carnes tristes,
flacas,
el pobre indio, como bestia,
por la senda fatigosa caminaba.... caminaba....
silencioso, pensativo,
con sus labios sin sonrisas, con sus ojos sin miradas,
agobiado por la noche tempestuosa
de su alma
donde ya no había ni un sueño,
ni un amor, ni una esperanza....!

III

Hacia cerca de tres siglos
que, la turba desvalida, entre las garras
de la lívida miseria debatíase
sin que nadie sus dolores infinitos consolara,
cuando, un día, despertóle de su insomnio
empapado de sudores y de lágrimas,
un buen Cura que le habló desde una torre
con la lengua de una lírica campana
cuyas notas, en tropeles estruendosos, se escaparon,
y cayeron en los valles como flores deshojadas,
se escondieron en las selvas silenciosas,
escalaron las montañas,
se perdieron en las cumbres, como auroras,
y llegaron a la noche tenebrosa de las almas
que sufrían, como una ola luminosa
que millones y millones de luceros arrastrara....!

IV

¡Sí! Vibró sus notas exultantes
la campana,
y al oírla,
de las chozas miserables, de las rústicas cabañas,
una invicta muchedumbre surgió presta,
toda llena de entusiasmos, lanzose a la batalla,
sin pertrechos
y sin armas,

pero fuerte ¡Con la fuerza
de la fe que todo alcanza,
y vehemente, con la furia de un océano tempestuoso,
con la cólera de un cráter que vomita rojas llamas!

V

Comenzó la lucha entonces,
la terrible lucha hermana
que rompió el silencio triste
de los siervos que callaban,
con el hórrido tronar de los cañones,
y el gritar de los clarines y el zumbir de las metrallicas.

Comenzó la lucha horrible, negra, cruel,
y despiadada
que segó tantas queridas existencias,
que sembró tantas desgracias,
que produjo tantas penas y dolores,
que verter hizo implacable
tantas lágrimas,
pero que, sublime
y alta,
al fin dioles la divina libertad
en que soñaban,
a los indios desvalidos
que morían en silencio sin amores en el alma,
como cóndores andinos que murieran de tristeza,
al mirar rota y perdida la opulencia de sus alas.....!
Comenzó la lucha enorme,

formidable, cruenta y larga,
salpicada de sublimes heroísmos,
de noblezas incontables, de traiciones y de infamias;
la admirable, la sublime
lucha Santa,
de la cual surgió soberbia,
libre, y fuerte nuestra Patria,
¡Como surge el blanco lirio
de las gélidas negruras de la charca!
¡Como surgen los gorjeos
del silencio de las selvas solitarias!
¡Como surge la centella de la nube!
¡Como surge de la tierra, pura, el agua!
¡Como surge de las sombras de la noche
precedida por la aurora, la mañana.....!

VI

¡Oh la torre de milagro!
¡Oh la torre fabulosa y encantada,
en la que, como en custodia gigantesca,
se encontraba
—cáliz lírico y sagrado—
la campana
que dió a un pueblo que sufría
las divinas hostias puras de sus notas libertarias!

¡Oh el anciano venerable
cuyas canas,

eran puras cual los místicos amores
con que a Dios en todas partes adoraba!
¡Oh el buen Cura, dulce y suave
que en la calma
de su pueblo (Pueblo que era una paloma
en un nido de montañas)
con empeño inagotable y beatífico,
cuidaba
del gusano: del artífice divino de la seda; de las mansas
y pascuales ovejillas
que ponían en la pradera bulliciosas notas blancas;
de las viñas
en que millares de racimos opulentos estallaran;
de los huertos florecidos,
de los campos, de las fábricas,
de las fértiles campiñas y los mágicos vergeles;
de las flores, de las aves, de las cosas, de las almas.....!

¡Oh la lucha gigantesca y prodigiosa
cruenta y larga,
que verter hizo implacable tanta sangre,
sangre tanta,
que tornó rubíes
los límpidos topacios, las brillantes esmeraldas
de los valles dilatados y los campos silenciosos,
y los bosques que soñaban.....!
¡Oh la lucha incomparable
por lo cruenta y titánica,
lo terrible y espantosa

y despiadada.....!

¡Oh la lucha redentora del esclavo que, rompiendo la cadena,
ya no llora sino canta!

¡Oh la lucha gigantesca,
noble y alta,

que el rosal de heroísmo
consiguió que se cuajara

de opulentas flores rojas que tenían,

no corolas de alabastro, sino pétalos de llamas.....!

¡Oh la lucha inolvidable,
la sublime lucha santa,

de la cual surgió soberbia,

libre al cabo de nuestra Patria,

¡Cómo surge el blanco lirio

de las gélidas negruras de la charca!

¡Como surgen armoniosos los gorjeos
del silencio de las selvas solitarias!

¡Como surge la centella de la nube!

¡Como surge de la tierra, pura, el agua!

¡Como surgen otras vidas de la tumba,

y otros soles de la sombra, y otros mundos de la nada!

Al Xinantecatli

Sansón de granito, terrible salvaje que ciego
de ira vomitas tus lavas, siniestro volcán,
liróforo augusto que pulsas tu lira de fuego
que tiene por cuerdas las crines del negro huracán.

Arquilla gigante que guardas de día las estrellas,
y escondes de noche la gema radiante del sol,
y engendras y nutres las sierpes de rojas centellas
y ocultas el oro que baña los cielos de eriol.

Sediento de jaspes, de luces, de raros colores
las claras auroras te gusta, insaciable, beber;
Dionysos alegre que pruebas de ricos licores
y gustas de hallarte dormido por puro placer....

Dormido...., Dormido.... Pues busca el benéfico sueño
tu espíritu hermano del límpido espacio, Señor
que temes a todo lo que es miserable y pequeño,
y que amas lo bello y lo grande: ¡La estrella, la flor!

....¡Lo bello y lo grande! Sí, tú amas lo grande y lo bello:
el ave que peina tus canas en vuelo triunfal,
el rubio celaje y el blondo, inefable destello,
y el agua que baja cantando con voz de cristal....

Lo grande y lo bello....! Los tigres, los ágiles pumas,
los raros quetzales, joyeles del brujo jardín,
las aves que tienen la aurora prendida en sus plumas,
las fieras que llevan la noche dormida en su crin.

Los leones que rugen, los mirlos poetas que trinan,
la fuente que llora su dulce y perlada canción,
los altos luceros que, amables, la senda iluminan,
los rojos incendios: antorchas de la destrucción.

Tal es lo que tú amas Señor, y es por eso que te amo,
Señor del orgullo que no te doblegas jamás,
ni sabes de halago, saludo cordial, ni reclamo,
y vives aislado soñando tus sueños de paz....

Soñando y... sufriendo, que sufre quien ve desde arriba
el triste rebaño correr hacia el pobre redil,
en donde se oculta la masa ignorada y esquiva
que tiembla ante el gesto de audacia gallardo y viril.

Y así vives siempre, hermano del astro y la nube,
garganta de piedra, de trágicas lavas crisol,
¿Por qué no envidiarte, si a tí ni la noche que sube
te importa, pues tienes el fuego que es alma del sol....?

Por eso te envidio; cual tú yo volverme deseo
terrible y soberbio; yo quiero volverme volcán,
que aquí donde vivo no escuchan la lira de Orfeo,
la flauta de Apolo, ni la dulce Siringa de Pán....!

Por qué los crepúsculos son tristes

Para el Sr. Ing. Agustín Aragón
(con respetuoso afecto.)

Porque hundiéndose van todas las cosas
de la penumbra entre las tintas suaves;
porque agonizan las pintadas rosas,
porque enmudecen las parleras aves.

Porque pensamos, viendo los supremos
instantes del rey sol, sus agonías,
en que también como él nos hundiremos
de la muerte en las negras lejanías.

Porque al oír, de paz las almas llenas,
como se van muriendo los rumores,
nos parecen más grandes nuestras penas
y más amargos nuestros sinsabores.

Porque al ver cómo el lirio se consume
y cómo Febo emprende el áureo viaje,
sentimos la nostalgia del perfume,
y lloramos la ausencia del celaje.

Porque miramos, huérfano de gualda
el orto que a ponerse obscuro empieza,
como pierden los campos su esmeralda,
y los diáfanos cielos su turquesa!

Porque el azul no muestra su tesoro
de luz, ni en las lagunas se retrata;
porque ya los picachos no son de oro,
porque las nieves ya no son de plata.

Porque están solitarios los caminos
y ruedan muchos pétalos dispersos;
¡porque las aves ya no labran trinos
y los poetas ya no pulen versos!

Porque evocando tristes despedidas
las almas vense solas y desiertas;
porque pensamos en las dichas idas
y recordamos a las novias muertas....

Porque se nos despiertan los dolores
y los viejos recuerdos traicioneros;
¡porque comienzan a morir las flores
porque a llorar empiezan los luceros!

Porque descorren velos de pasados,
por la ternura ¡Oh Dios! conque los vistes;
por lentos, por serenos, por callados,
por eso los crepúsculos son tristes!

Los bosques de mi patria

A Salvador Rueda.

Ya empapados en los chorros de mil luces y colores
que de su áurea copa vierte, en hilillos tembladores,
el Divino jardinero de las opulentas floras
que sembrando va en los cielos sus crepúsculos y auroras;
ya cubiertos por las gasas blanquecinas y lechosas
que la luna va tejiendo con sus manos milagrosas,
con sus manos delicadas cual de finos alabastros
que acarician las brillantes cabelleras de los astros;
ya sumidos en sopores y letargos invernales
cuando quédanse en silencio, como huérfanos nidales,
sin las charlas armoniosas y sonoras de las brisas
que se cuajan hechas besos o se agitan vueltas risas,
sin el loco charloteo del arroyo murmurante
que es como una fina cinta de cristales, irisante,
y sin esas mil canciones de mil pájaros diversos
que parece, no hacen trinos melodiosos, sino versos!
Ya sonoros como jaulas gigantescas, sin iguales,
como estuches de armonías, como cajas musicales
en que hubiese, al par de dulces y sonoros cuchicheos,
piedras líricas de notas y sartales de gorjeos....!

Ya en las aguas fecundantes y benditas, empapados,
escurriendo por doquiera claros hilos delicados
o goteando finas gotas, temblorosas, coruscantes,
que se irisan y palpitan como líquidos diamantes.

Ya arropados en la nieve con las nítidas mantillas
fabricadas con vellones de pascuales ovejillas,
ya en las noches frías y largas en un sueño ideal sumidos
protegiendo como a cunas diminutas, a los nidos
que en los árboles colgaran los poetas ruisseñores,
los zenzontles, los jilgueros, los canarios charladores;
a los nidos que mirados a través de los ramajes
que nos dejan ver los astros cual rasgados cortinajes,
se dijera no eran idos de zenzontles, ni jilgueros,
ni de pájaros cantores.... sino nidos de luceros....!

Ya cubiertas por las nieblas con las cícladas más finas,
con los “peplums” de gris perla, y las pálidas chalinas
que se enredan en las verdes y erizadas ramazones,
y se agrupan y se abomban como copos de algodones.
Ya a la hora del tramonto coruscantes de destellos
y de rayos de oro viejo, que en las ramas, cual cabellos
luminosos se ensortijan, y se rizan cual caireles
o en los “claros” caen unidos todos juntos, en tropeles,
como chorros desbordados de un vinillo milagroso:
zumo de uvas celestiales, zumo de astros, luminoso!
Ya en los dulces despertares vocingleros y divinos,
cuando llega la mañana recibida por los trinos
de las aves que sacuden en el nido sus pulmones,
cuando vanse las estrellas y revientan los botones,
y se abren las corolas de pintado terciopelo,
cuando tíñese de rosa la gran cúpula del cielo,
agitando los ramajes de sus árboles patriarcas
en los cuales regó Febo los topacios de sus arcas,

Ánfora (1920)

sacudiendo sus hierbajos, y alumbrando sus boscajes
do la bruma muy temprano, laboriosa, formó encajes,
y enjoyando de los montes dilatados las espaldas
con sus frondas que destellan cual millones de esmeraldas!

Ya callados en las noches con silencio de desiertos
ya dormidos en inviernos con el sueño de los muertos;
ya cantando en las mañanas bulliciosos, charladores,
con las célicas gargantas de los dulces ruiñeños;
ya en las gratas primaveras empapados de poesía
enjoyándose con rara y soberbia pedrería:
pedrería de rocío en las dulces albas bellas
y en las noches pedrería de cocuyos y estrellas....
Ya cubiertos por las nieves con cascadas de blancuras,
por las nieblas, ya vestidos con sutiles vestiduras;
ya empapados por las lluvias bienhechoras y divinas,
ya sus árboles joyantes de doradas serpentinatas,
o de bucles oro viejo que el rey-sol en ellos deja
cuando su áurea caballera sobre el mundo desmadeja;
Ya cual grandes hipogeos, ya cual jaulas colosales,
ya cual tumbas o cual templos; ya cual cajas musicales,
son los bosques de mi Patria, bosques bellos, bosques santos:
cofres llenos de riquezas, de hermosuras y de encantos,
desbordantes de leyendas y de historias milagrosas,
de sucesos increíbles y de hazañas fabulosas,
pues que vieron ellos –bosques milenarios– los plumeros
de los blancos y barbados y famélicos guerreros
que al cruzar por sus calladas y dormidas espesuras
anhelantes de riquezas y de audaces aventuras,

espantaron con el ruido de sus épicos metales
a los pájaros con alas de arco iris: los quetzales,
y después, al fin de pruebas de heroísmo y fuerza sumas
le arrancaron a Cuauhtémoc su imperial airón de plumas....!

¡Oh los bosques de mi Patria, colosales, opulentos,
que sabéis de historias bellas, increíbles como cuentos,
que guardáis en vuestras frondas añoranzas estupendas
y perfumes de heroísmos, de recuerdos de leyendas!
¡Oh los bosques mexicanos, arcas llenas de poesía
en los cuales está el alma de la dulce Patria mía,
con sus ansias infinitas y sus altos ideales,
rebosante de ternuras y de ensueños inmortales,
armoniosa cual los trinos de los pájaros cantores,
delicada, dulce y suave como el néctar de las flores;
alma buena como el agua que callada se desliza,
tierna y llena de prestigios cual la charla de la brisa,
y soberbia y luminosa cual los astros encendidos
que se ven entre las ramas de los árboles dormidos!

Los lagos de mi patria

Para Otilio González, el espíritu hermano.

Lagos hermosos y serenos,
lagos azules, lagos plenos
como las almas, de ideal;
lagos silentes y encantados
por lapidarios cincelados,
lagos: arcones de cristal.

Lagos hermosos y divinos
sobre los cuales, de sus trinos
la sarta rompe el ruseñor:
y sus aromas delicados
vierten los lirios intocados
en dulces besos de candor...

Lagos, peceras de esplendores,
que de los peces de colores
guardan la inmensa variedad,
y de los ánades-marinos
saben los vuelos peregrinos
hacia la azul inmensidad....

Lagos cual cráteras gigantes
llenas de líquidos diamantes,
azules, de un intenso azul;
lagos velados por neblinas,

que son cual flébiles chalinas
hechas de gasas y de tul.

Lagos sembrados de chinampas
que, policromas como estampas
lucen, henchidas de color,
con sus flotantes hortalizas
acariciadas por las brisas,
en medio a un músico rumor.

Lagos de islotes florecidos,
de islotes bellos, como nidos
donde va el alma a descansar
de sus fatigas y dolores,
entre perfumes y entre flores
de una opulencia singular.

Lagos preciosos, cual joyeros
en los que brillan los luceros
enamorados de su luz,
al retratarse en los cristales
cual solitarios colosales
o perlas próceres de Ormuz....

Lagos que son copas colmadas,
por el milagro de las Hadas,
de vinos mágicos de oriol,
y en las que vierte la fortuna
cual blanca leche: luz de luna,
cual miel dorada: luz de sol!

Lagos que han visto las morenas
garzas, bajar de las serenas
regiones, hartas de volar,
para soñar, son sus sedeños
cuellos hundidos, gratos sueños
al dulce abrigo del tular.

Lagos que oído han la guitarra
que nos conmueve y nos desgarrar
y nos destroza el corazón,
cuando, llorando tristes notas,
cuenta de bellas dichas rotas
en el país de la ilusión.

Lagos poetas; un egregio
lago vió antaño, como un regio
cortejo hendía su cristal,
cuando, joyante de esplendores,
venía la reina de las flores:
la emperatriz Xochiquetzal.

Lagos avaros; el tesoro
guardó uno de ellos: joyas y oro
de un fabuloso emperador,
soberbio, altivo, audaz, valiente,
más que los reyes del Oriente
rico, indomable y triunfador.

Lagos sagrados; otro de ellos
de los más grandes y más bellos,
fue como el ancho pedestal
sobre el que, símbolo viviente,
alzose el águila potente
en la esmeralda del nopal....!

Lagos amantes; un hermoso
lago, guardó el esplendoroso,
dulce recuerdo de Centeotl,
al par que el alma melodiosa
de la sencilla y luminosa
lira, de Netzahualcoyotl.

Lagos sublimes; otro lago
vió la caída y el amago
de la inmortal Tenochtitlán
que sucumbió (cuenta la fama)
¡con esplendores de oriflama
y con espasmos de volcán!

Lagos filósofos; las quillas
sentido han, leves, de barquillas
cuya feliz tripulación
cambia, fugaz, cada momento,
como el divino encantamiento
de un ciclorama de ilusión....

Lagos que saben tantas cosas
inolvidables, prodigiosas,
de un pueblo audaz que ya no es,
de una soberbia raza extinta
desde que el vuelo de “La Pinta”
le abrió el camino a Hernán Cortés.

Lagos soberbios, sin iguales:
¡Joyereros hechos de cristales,
de rasos, sedas y de tul,
en los que cientos de epopeyas
duermen, cual duermen las estrellas
en el joyero del azul....!

Lagos de Anahuac, seducido
por vuestro encanto, a Dios le pido
que os dé su sacra bendición,
¡porque sois vasos de poesía,
y atesoráis la pedrería
de nuestra eximia tradición!

El cofre de mi ensueño

A la lealtad de Rubén Ozuna.

No es un cofre ni de laca ni cristal,
ni es de sándalo, ni de oro, ni marfil,
es mi cofre, un cofre lírico, ideal,
que labró un mago divino, al musical
golpeteo acariciador de su buril.

No es cual ese de la reina de Sabá
donde hay perlas entre plumas de avestruz,
¡No! mi cofre no ha venido desde allá,
es humilde y hasta es pobre, pero está
lleno siempre de la gracia de la luz.

No las tristes caravanas de Bagdad
lo han traído, cual presente de un Mohamed,
ni en sus gibas lo han llevado con piedad
los camellos, en la eterna soledad
del desierto, fustigados por la sed....

Los enormes elefantes, su pesar
no han sentido en sus espaldas, ni Estambul
le ha mirado como un príncipe pasar,
en las caicas que simulan al bogar
mariposas que se bañan en azul....!

No lo han visto los de Fez y de Caftán
al través de las volutas del narguil,
en los hombros formidables de un titán,
o en los brazos del eunuco de un Sultán,
cual si fuera el arca misma de Boabdil.

No hay en él, cual en el cofre de un Nabab,
oro, perlas, ni esmeraldas, ni rubíes,
ni diamantes como el límpido Mirab;
solo puso en él la buena Diosa Mab,
sus joyeles de ternura y candidez.

En mi cofre, cofre lírico, no hay más
que un ensueño, un dulce ensueño de pasión,
que me arrulla y me procura dulce paz,
como el blando ritornelo del chis-chás
de los remos de un cayuco de ilusión....!

A la América nuestra

Para Manuel Ugarte.

Continente inmenso de héroes y titanes:
América, perla del sueño español,
que alzas como enseñas de tus férreos clanes,
los penachos blancos de tus cien volcanes
que le dan de besos a tu padre el Sol.

Cuna de las razas de viriles trazos
forjadas en duro y épico metal,
indomables razas de nervudos brazos,
cual tus Momotombos y tus Chimborazos
llenas de iras santas y de lumbres de ideal.

Razas invencibles llenas de osadía
cuyas epopeyas aun frescas están;
razas asombrosas que fueran un día,
con Nezahualcoyotl, todas fantasía,
y todas orgullo con Caopolicán.

Admirables razas heroicas y buenas
que tanto has querido y has amado tú;
razas que llevaban ternura en las venas:
¡Razas de las dulces princesas morenas,
de Doña Marina, de Paraguassú....!

Madre de guerreros de altiveces sumas
que flechaban astros del azul confín;
de los sagitarios que cazaban pumas,
de los Atahualpas y los Moctezumas,
y de Manco-Cápac y Cuauhtemotzín.

Tú, la que miraste a los conquistadores
al par con espanto que con altivez,
cuando, estupefactos, hasta tus cóndores
huyeron, en tanto segando tus flores
llegaban Valdivia, Pizarro y Cortés.

Tú, la Dolorosa, que crucificadas
viste tus estirpes, cuando, al cruel afán
de los invasores, fueron arrasadas
las ricas ciudades, bellas y encantadas:
Arequipa, Cuzco y Tenochtitlán.

Tú, que ya caídos los soberbios reyes
de tus indios sabios, miraste brillar
cien cortes distintas de finos virreyes,
y viste inclinadas tus antiguas greyes
ante ídolos nuevos, con hondo pesar.

Tú, que cual caudillos de muertas edades,
miraste, oprimida por ansia sin fin,
cruzar, entre incendios y entre tempestades,
a los nobles Cristos de tus libertades:
Hidalgo, Bolívar y el gran San Martín!

Tú, la de los Mayas, los Charrúas y Náhoas,
Aztecas y Chibchas; país de ilusión,
de lagos de ensueño y ríos cuyas aguas
hendieran antaño juncos y piraguas,
en constante y larga peregrinación.

Edén de las aves de plumajes gayos
recamado de oro, perlas y rubíes,
con arco iris hechos, tejidos con rayos;
la de los quetzales y los papagayos
y las cacatúas y los colibríes....

Arca de joyeles y de pedrerías:
pedrerías de ensueño, joyeles de amor;
nido de ilusiones y de gallardías,
que supiste ha tiempo de las osadías
del Quijote Ibero, que es nuestro Señor....!

América dulce, la de los vaqueros
que del toro doblan la dura testuz,
y la de los charros y los guerrilleros,
y la de los gauchos y de los pamperos
cuyas reatas fingen serpientes de luz.

Tierra en la que crisan las fieras sus garras,
donde el zenzontlali trina su canción,
zumban las abejas, cantan las cigarras,
y en donde sollozan tristes las guitarras
como si tuvieran también corazón....

La del oro virgen, las piedras preciosas,
de las obsidianas y del chalchihuitl;
de los claros astros y las frescas rosas,
y la de las aves raras y armoniosas,
y la de los cielos de encendido añil.

Nodriza de genios que posees los dones
de tu alta poesía soberbia y triunfal,
que es de oro y de perlas en Darío y Lugones,
en Chocano y Sierra de áureas explosiones,
y en Ugarte y Nervo de seda y cristal!

¡América altiva! ya que así son bellas
y heroicas, tu historia y tu tradición,
no dejes que acabe la luz de sus huellas,
no dejes que el Norte robe tus estrellas
para colocarlas en su pabellón....!

¡Defiéndete! Contra los conquistadores
rubios, tus hijos sean un solo clan,
y a embestir los buitres, llenos de furores,
en una falange vallan tus cóndores
todos impulsados por un mismo afán.

¡Contra el fiero Atila, contra Genserico,
reúne a tus pueblos con tu caracol,
y con sus banderas forma un abanico,
cuyo varillaje, deslumbrante y rico,
sean los mismos rayos de tu Padre el Sol....!

Los siete hilos de la vida

EL HILO ROJO

Rojo, como la sangre que los crueles
hierros hacen surgir a borbotones,
rojo como los rojos corazones,
rojo, de un rojo vivo de claveles.

Rojo cual las granadas, cuyas mieles
saltan en purpurinas explosiones,
rojo cual los rubíes que en los arcones
duermen y en los pequeños anaqueles.

Rojo como la llama que destella,
hilo de la pasión cruel y divina
que tiene de alborada y de centella,
es —porque al par abrasa que ilumina—
ya el estambre escarlata de una estrella,
o ya vena de lumbré larga y fina....!

EL HILO BLANCO

Blanco hilo de amor, con los vellones
hecho de las ovejas del ensueño,
hilo que del Señor del clavileño
bordara las sublimes ambiciones.

Hilo que cual rubíes, los corazones
ensarta, para hacer, con loco empeño,
un collar fabuloso, como un sueño
soñado por las magas ilusiones.

Hilo bello, hilo puro, hilo precioso,
hilo sutil, sublime, delicado;
hilo más que el cristal claro y hermoso,

por las manos de Dios fue trabajado,
y un gusano de luz, maravilloso,
hizo la seda de que está formado!

EL HILO GUALDA

En la rueca del sol hilo labrado,
hilo como la miel de los paneles:
rubio, de transparencias sin iguales
y de un dulzor discreto y perfumado.

De la crencha de un astro hilo cortado
por dos divinas manos celestiales,
hilo hecho de esperanzas, de ideales,
y por la misma Mab, del cuento, hilado.

De la gloria hilo hermoso, hilo sencillo
como si fuera un sin igual cabello;
hilo que alumbra, hilo de raro brillo

que tiene de fulgor y de destello;
hilo como dorado canutillo
de luz: deslumbrador, brillante y bello.

EL HILO AZUL

Como el alma de Dios, color de cielo,
noble hilo del ensueño incomparable,
que tiene transparencias de impalpable
gasa de tul, o de sedino velo.

Hilo al que, por sutil, le tienen celo
las volutas del humo deleznable
que sube en espiral inacabable,
siempre desvaneciéndose en su vuelo.

Hilo que es como el hilo que en la fuente
derrama el surtidor: hilo torcido
en cristal, por un gnomo diligente;

hilo que se dijera, por pulido,
por azul, luminoso y transparente,
del fleco de un lucero desprendido.

EL HILO VERDE

Hilo de la esperanza, hilo divino,
hilo que por lo bello, se dijera
tallo de una encantada enredadera
del jardín prodigioso de Aladino.

Hilo brillante, delicado y fino,
del cual está suspensa toda entera
la existencia del hombre, a la ribera
del piélago insondable del destino.

Hilo que el cofre ideal de los amores
sujeta del viajero a las espaldas,
para que guarde en él astros y flores.

Hilo que ensarta sueños en guirnaldas;
hilo glauco, joyante de esplendores,
cual finísimo chorro de esmeraldas.

EL HILO NEGRO

Hilo fúnebre, urdido con jirones
de tiniebla, con ráfagas oscuras;
hilo del sufrimiento y las torturas,
hilo fatal de las desolaciones.

Hilo color de muertas ilusiones,
hilo sombrío, compendio de negruras,
que formaran con sedas de amarguras
los dedos de las mismas decepciones.

Negro hilo del dolor, santificado
por aquel dulce Dios cuya quimera
le hizo morir vendido y mutilado.

Hilo trágico, ideal, como si fuera
un cabello de sombras, arrancado
de la noche a la obscura cabellera.

EL HILO GRIS

Del color de las pálidas neblinas,
del color de las brumas vaporosas,
hilo gris que torcieran dos piadosas
manos, sufrientes, mansas y divinas.

Hilo que se enortija en las espinas
del rosal del amor, seco y sin rosas,
y consume a las almas pesarosas
tristes y solitarias como ruinas.

De la melancolía, triste y divino
hilo gris, que sujeta hasta el lucero
que nos debía de guiar por el camino.

Hilo fatal, destrozador y fiero,
es cual un estilete florentino
de resistente y de implacable acero.

LA TELA QUE ELLOS FORMAN

Hilo de la pasión: rojo encendido;
blanco hilo del amor: inmaculado;
de la gloria hilo gualda: hilo deseado;
del ensueño hilo azul: hilo querido.

Glauco, por la esperanza hilo escogido;
del dolor hilo negro: hilo enlutado;
de la melancolía: hilo labrado
en las ruelas grisáceas del olvido.

Con vosotros, siete hilos impalpables,
que en la de Dios, paleta bendecida,
tomasteis vuestros tintes admirables,

con una habilidad desconocida,
van tejiendo las horas incansables
la complicada tela de la vida.

El anhelo

Para el Sr. Ing. Rafael García Moreno.

Eres larva de un sol ¡Bendito anhelo!
germen de un astro que en el cráneo anida,
ala que te mantienes suspendida
entre el abismo aterrador y el cielo.

Sin que te doble nunca el desconsuelo,
ni el dolor, ni el desprecio, ni la herida,
curas la decepción de la caída
con el glorioso triunfo de tu vuelo.

Eres alto, eres bello, eres divino;
fuerte y puro: ¡Granito y alabastro!
rugido de león, de alondra trino,

en tu enorme grandeza todo cabe,
¡Para romper las sombras eres astro!
¡Para surcar los cielos eres ave!

Juventud
(Elogio lírico)

A mis Hermanos Estudiantes.

Principesca Señora de los ensueños
ataviada con sedas, oros y rasos;
La de los Rocinantes y clavileños
y la de los Babiecas y los Pegasos.

Ferviente adoradora de la armonía,
de la gracia, del ritmo, de la hermosura,
Madona milagrosa de la osadía,
Emperatriz gallarda de la locura.

Sublime enamorada que en la pelea
invocas a tu novia casta y bendita,
más buena que la Aldonza de Dulcinea,
más pura que la ingenua de Margarita.

Audaz conquistadora de aventurero
espíritu, que tienes –rico tesoro–
para escalar las cumbres, naves de acero,
para surcar los mares, trirremes de oro....!

Juventud, hilandera de ensoñaciones,
de fantasías superbas, de idealidades;
venero de quimeras y de ilusiones
oasis de ternuras y de bondades.

Juventud bella y noble, sin tí, ninguna
grandeza se concibe ¡Tú eres divina!
Por tí cabe una hermosa noche de luna
Pierrot contó sus cuitas a Colombina

Por tí pudo el artista con sabia mano
esculpir la admirable Venus pagana;
por tí, por tus hechizos, murió Cyrano
bajo el balcón florido de la Roxana.

Poseedora de una alma fuego y aroma
al par eres –Walkyria con gentileza–
enamorada y buena como paloma,
pero indomable y fuerte como tigresa.

Amante de ternuras y de embelesos,
de tus romanticismos en los delirios,
para que se perfumen tus dulces besos,
los pones en mejillas hechas de lirios.

Ferviente admiradora de toda cosa
sublime y admirable, divina y bella,
sonríes con las auroras en cada rosa
y sueñas con las noches en cada estrella.

Amadora de todo bello arquetipo,
de todo excelso y noble, divino fruto,
tu santo sería un santo de Fra Fillipo,
tu devoción un bronce de Benvenuto.

Ninguno cual tú sabe de la alegría
sonar con entusiasmo los cascabeles;
tu espíritu es un carmen de Andalucía
repleto de cantares y de claveles.

Eres de sangre nobel, y aunque las callas,
de tu pasado dicen cosas tremendas,
el abollado yelmo de tus batallas
y el amarillo infolio de tus leyendas....!

Los más hondos abismos tus sueños nautas
cruzan, en sus doradas embarcaciones,
y escriben en las linfas estupefactas
con ilusión de estelas sus ilusiones.

A todas las regiones has explorado
a todos los rincones del mundo has ido;
en todos los picachos has descansado
y en todos los luceros te has detenido.

Para tí que eres grande, todo es pequeño,
no hay hazañas más grandes que tus hazañas,
pues, para el arco enorme que urde tu ensueño,
guijarros son los bosques y las montañas.

Realizas cuanto sueñas, de tu osadía
el poder indomable todo lo alcanza;
aunque como el Demiurgo de Alejandría
no llesves otra cosa que la esperanza....

¡Juventud! bruja, maga, diosa, hechicera,
que con Amor celebras día a día tu boda,
¡Tú sola eres, potente, la vida entera!
¡Tú sola eres, triunfante, la gloria toda!

Por eso yo te canto, yo que deseo
mirarte como ensueños al fin te he visto;
luchas con las audacias de Prometeo,
sufrir con las grandezas de Jesucristo!

Por eso te saludo.... Porque eres lumbré
de entusiasmos, porque eres luz de belleza;
¡Oh Juventud, que llegues hasta la cumbre!
¡Que llueva oro de soles en tu cabeza....!

Que brillante y glorioso sea tu destino,
que no te desanime dolor ni azote,
y que sigas triunfante por tu camino,
con tu sublime lámpara de Aladino
y tu divina lanza de Don Quijote!

Pegaso

Tiende sus alas al azul, Pegaso,
el fogoso corcel del pensamiento,
y al cruzar por el ancho firmamento
deja flores y estrellas a su paso.

Cual si lo fustigara un latigazo
pasa por la extensión, en un momento,
y son sus crines, que estremece el viento,
madeja rubia de flotante raso....

Él es la inspiración cuya grandeza
del Universo alcanza los confines,
y es heraldo de luz y de belleza

que lleva, al par de sus hermosas galas:
¡El oro de la gloria entre las crines!
¡Y el cielo del amor bajo las alas....!

Oye.....

Al Sr. Lic. Felipe N. Villarelo,
el querido Maestro.

¿Oye? ¿Por qué te quejas, por qué lloras,
por qué plañes tus ansias y tus cuitas,
por qué dices tus penas infinitas,
las penas de tu amor, desgarradoras?

¿Por qué llamas y ruegas, si es en vano?
¿Por qué pides y buscas lo imposible?
¿Por qué vas tras la cumbre inaccesible
si no puedes salir de tu pantano?

¿Por qué quieres coger la vaga niebla
del ensueño, en tus manos temblorosas?
¿Por qué si eres escarcha amas las rosas?
¿Por qué amas a la luz si eres tiniebla?

¿Por qué sueñas en mágicos palacios
cuando habitas en mísera bohardilla?
¿Por qué si eres reptil, la maravilla
anhelas, de los diáfanos espacios?

¿Por qué vistes de ricas y áureas galas
a la demencia audaz de tus anhelos?
¿Por qué piensas llegar hasta los cielos
cuando para ascender no tienes alas?

¿Por qué quieres que el agua de la ría
entre tus dedos quede prisionera,
cuando sabes que nunca su carrera
tu mano palpitante detendría?

¿Por qué quiere beber el hilo de oro
que el astro del ignoto azul destila?
¿Por qué quieres guardar en tu pupila
el prodigio del rayo y del meteoro?

¿Por qué la realidad quieres que sea
igual de esplendorosa que tu ensueño?
¿Por qué es grande tu ideal si eres pequeño?
¿Por qué quieres ser astro si eres tea?

¿Por qué buscas lo inmenso, lo que al verlo
abate, lo que oprime al contemplarlo,
si no tienes lugar donde guardarlo,
si no tienes rincón donde ponerlo?

Confórmate, la frente audaz humilla,
y ama la sencillez humilde y santa
¡Que es pequeño el diamante, pero brilla!
¡Y es el pájaro débil, pero canta!

Y la hélice al moverse va cantando....

Se alza leve mi aeronave
de su Hangar,
navegando hacia la luz
inmensidad;
el silencio va creciendo poco a poco,
se precisa el panorama singular
y la hélice al moverse va cantando
cada vez con más violencia: ták, ták, ták....

Tórnanse amplios los estrechos horizontes,
van creciendo las llanuras más y más,
las montañas son repliegues gigantescos
de los valles, son repliegues en los que hay
puntos blancos, que dijéranse vellones
enredados en un bíblico zarzal.

La Ciudad se desarrolla como un plano
extendido por manera desigual;
los techados de las casas son mosaicos
que incrustados en un fondo gris están
y los huertos y jardines, son a modo
de soberbias alcatifas de Bagdad.

Ya las nubes se ven bajas, como caicas
que bogaran suavemente por un mar
de tisú, rumbo a ignoradas tierras bellas,

presentidas a la dulce idealidad
de un divino sueño rosa, de un precioso
sueño urdido en una urdimbre celestial.

Como un mar, así parece el hondo cielo,
mar enorme, mar inmenso, ignoto mar
en el cual flotan los barcos de los astros
con las velas extendidas, rumbo a
quien sabe qué rincones de infinito,
a los cuales tal vez vayan a dejar
los riquísimos tesoros de sus luces
que, unas veces opulentas, en raudal
caen a modo de cascadas luminosas
y que luego caen en gotas de temblona claridad,
como lágrimas que lloran ojos bellos
que no dejan un momento de llorar....

Todo calla, se dijera que el espacio
es –imperio del silencio– una tumba colosal,
donde el lívido cadáver de la tierra
estuviera sepultado con la triste humanidad....

....Todo calla.... solo a veces de allá abajo
llega el eco de una inmensa tempestad,
que, se apaga o se acrecienta o se confunde
con el suave y monorítmico aletear
de la hélice, que gira sin cansarse
produciendo su monótono ták, ták.....

Tríptico de las bellas artes

LA PINTURA

Para el alado espíritu de María Luisa Ross.

Yo soy la hada Mab de los pinceles,
la que eternizo duelos, pesadumbres,
hazañas inmortales, gestos crueles,
instantes de ilusión como vergeles
y momentos de audacia como cumbres.

Soy la que obedeciendo los anhelos
bellos y grandes cual las altas moles,
inmovilizo el triunfo de los vuelos,
robo el azul sin mancha de los cielos
y hurto el oro encantado de los soles.

De la pasión los diques, yo desato,
pero de la pasión que es hermosura,
pues soy la que un tiempo bello y grato
se llamó, en Miguel Ángel, arretrato,
y en el místico Angélico, ternura!

Por mí sigue viviendo lo que ha muerto,
lo que ha pasado, lo que se ha perdido;
yo hago que sea verdad lo que no es cierto,
animo el cuerpo abandonado y yerto
y abro los ojos del que está dormido.

En mí el ánimo existe prisionera
con todos sus placeres y dolores;
soy como una arca yo, donde estuviera
guardada la existencia toda entera,
hecha líneas y luces de colores....!

LA POESÍA

A mí el eterno Dios me dió una lira,
una lira vibrante, melodiosa,
que arrebatada de pasión delira,
que sufre, que se queja, que suspira,
que implora, que suplica, que solloza....

Con ella siempre voy, ya en el camino
donde el pie ensangrentado queda impreso,
o ya en el bosque y el vergel divino,
donde suelta el polluelo el primer trino,
con la emoción con que se imprime un beso.

Me llamo La Poesía: gratas y hermosas
doquier se encuentran mis divinas huellas;
en los variados seres, en las cosas,
¡En el alma de néctar de las rosas
y en el alma de luz de las estrellas!

Yo doy al pensamiento ricas galas
para que no fracasen sus empeños,

presto al ideal miríficas escalas,
y le brindo el recurso de las alas
al bergantín dorado de los sueños....

Cantar es mi misión, por eso canto
bajo las anchas bóvedas serenas,
y hasta, en las sombras de mi roto encanto,
hago estrofas sonoras con mi llanto
y hago divinos versos con mis penas.

LA MÚSICA

Y yo, yo soy la dulce, la sublime
hada, gentil, la música bendita
que al ser humano del pesar redime;
la única voz del corazón que gime
y atribulado de dolor, palpita.

Yo soy la que se escucha en los jardines
donde cantan los magos surtidores;
soy charla en los sonoros mandolines,
sollozo de pasión en los violines
y trino en los Aédas ruiseñores.

Al escucharme los cachorros lloran;
oyéndome, los leones se embelesan;
las mismas sierpes mi amistad imploran,
y hasta las aves que en la selva moran
se ven, juntan los picos y se besan....!

Anfora (1920)

A mi conjuro quedan los pesares
mudos, aletargados y dormidos;
se arrastran humillados los jaguares
se apaciguan las iras de los mares
y tocan las orquestas de los nidos....!

Yo soy todo eso; la rosada aurora
que en medio de las tinieblas se levanta;
soy la pasión que arrebatada implora,
soy el humano corazón que adora
y que a pesar de sus dolores canta....!

Señor, bien hayas tú

Al autor del “Alcázar de las Perlas.”

Señor, bien hayas tú, por tu riqueza
en joyeles de ensueño y de armonía;
por tus versos: soberbia pedrería,
y por tu ánimo: estuche de belleza.

Señor, bien hayas tú, por la grandeza
de tu arte, que es hermoso como el día;
por tu sublime, lírica osadía,
y por tu intelectual, alta nobleza.

Señor, bien hayas tú, por tu armonioso
cofre en que late toda el alma de “ella”;
cofre deslumbrador y fabuloso,

do guardas tu poesía radiante y bella,
que es a modo de un chorro luminoso
desbordado del vaso de una estrella....!

Si no sabes de belleza.....

Para el citaredo de “La Emoción Cautiva.”

Si no sientes, cuando trinan en el bosque los jilgueros,
en el alma una muy suave y dulcísima emoción;
si no escuchas en las noches enojadas de luceros
una música que llega, vuelta luz, al corazón.

Si no ves en las corolas policromas de las flores,
diminutas arcas llenas de perfumes y de miel;
si no crees que el chorro urdido por los magos surtidores
es la sarta de diamantes, irisados, de un joyel.

Si no piensas que las nubes son las caicas de las hadas
que bogando van, en busca de su dueño, el dulce Dios;
ni presentes que las fuentes son princesas encantadas
y patriarcas los volcanes, de blanquísimo alboroz.

Si en las aves no adivinas los trasuntos musicales
de una caja de armonías, admirable, sin igual;
si no crees que el lago es cofre de alabastros y cristales
donde guarda sus joyeles el prodigio, el ideal....

Si no vibra tu alma como una lira, cuando llega
la sublime y fresca aurora entre nubes de ilusión,
ni contemplas de rodillas a la manca Venus griega
ni ante el noble dios Apolo haces lírica oración;

Si no sientes, si no amas, si no sueñas, si no esperas;
si eres hondo pesimista, si caminas al azar;
si en tu vida ya no hay dichas, ni tampoco primaveras,
de una vez vete alejando de las plácidas riberas
y haz que se hunda para siempre tu velero en alta mar...!

Arquilla musical

(A la garganta de una Diva.)

Son chorros luminosos, chorros de clara luz,
sartales argentinos que rompen el capuz
del silencio, tus notas: sonidos de ilusión;
sonidos que acarician cual plumas de avestruz,
sonidos raros, bellos, como perlas de Ormuz;
sonidos suaves, ricos, cual sedas del Japón....

Brotan de tu garganta cual flores de cristal,
de tu acariciadora garganta de turpial
que he pensado (al oírte con intenso placer)
que es una prodigiosa arquilla musical
que sobre el mundo, a modo de precioso raudal,
sus joyeles de ensueño va dejando caer.

¡Sí! brotan como flores joyantes de esplendor;
pequeños pebeteros de aromas y de amor
que al beso se deshojan, de Favonio gentil;
son tus notas divinas, de armonioso temblor,
como las tristes quejas que llora el ruseñor
en el silencio augusto de mágico pensil.

Tenues, suaves y hermosas cual tintes de arrebol;
finísimas, sutiles, rayos del mismo sol
dijéranse, o caricias, besos de blonda luz;

o límpido regueros de luminoso oriol
que derramara un Mago, volteando su crisol,
para alumbrar las almas que mueren en su cruz....

Tus notas delicadas, son de arrebatador
sonido: notas limpias y hermosas de color
de ensueño; notas, vasos de néctar musical;
notas cual las que vierte, cantando, el surtidor;
notas que cual abejas vuelan de flor en flor,
y que en los corazones fabrican su panal.

Son hilos delicados de oro líquido y miel
labrados en la rueca de una estrella, por el
esteta de los cielos, por el Verbo, por Dios;
son limpias y sonoras cual golpes de cincel,
claras, preciosas, bellas, cual toques de pincel,
níveas como blancuras de armiño y de albornoz.

Son diamantes de claras aguas, que con sutil
delicadeza, un gnomo labró con su buril;
un gnomo lapidario de piedras de ilusión
que, de su rico cofre de plata y de marfil
sacó, para tí, una bellísima y gentil
gorguera de sonidos, con infinita unción....

¡Sembradora de trinos, garganta sin igual,
ve regando en las almas tus linfas de ideal
armonía; tus joyeles ve dejando caer,
estuche de gorjeos, arquilla musical;

Ánfora (1920)

vierte tu miel de notas, encantado panal,
que hay muchos corazones que lo quieren beber!

Covadonga

Al Exmo. Sr. Duque de Amalfi, D. Antonio
de Zayas; Poeta y Diplomático.

I

Era como el morir de una mañana;
como la amarga y trágica agonía
de un sol, que para siempre se ponía
en la impasible inmensidad lejana.

Era como el romperse de una cumbre
en un florecimiento de explosiones,
que fingiera, en sus rojas eclosiones,
un gigantesco búcaro de lumbre.

Era como el caer de un ave en vuelo
hecha a subir miríficas escalas,
y bajo cuyas fuertes y anchas alas
ya comenzara a recogerse el cielo.

Y era como un inmenso cataclismo
pródigo en tempestades y centellas,
que arrojara en torrentes las estrellas
a la insaciable boca del abismo.

II

El bergantín ibero agonizaba
en el naufragio cruel de la derrota;
la vela ante el ciclón se desgarraba,
el mástil como espiga se doblaba
y la brújula fiel estaba rota.
Vencía el conquistador, fieros y airados
retrocedían los Godos paladines;
sobre los campos yermos y arrasados
avanzaban en triunfo los muslines,
y había caído, cual tronchada encina,
del Guadalete en la ribera ingrata,
la noble hueste de la cruz divina
bajo los golpes del segur de plata.

III

Todo había sido muerto y profanado,
en fragmentos disperso, mutilado;
sembrada la extensión de cuerpos yertos,
quebrantado el furor de los altivos,
quedaban solo ruinas y desiertos,
la sorda guerra de los pueblos vivos,
la paz gloriosa de los pueblos muertos,
y firme allá, sin tregua combatida
como el cantil inmóvil por la ola,
una raza de pie, fiera y erguida,
más indomable porque estaba herida
y más sublime porque estaba sola!

IV

Era la raza Astur; la soberana
legión, contra la cual todo se estrella;
hueste guerrera y a la par Cristiana
que odia la esclavitud por inhumana,
y ama la Libertad y a Dios con ella.
Por eso cuando ve a la media luna
amenazar su religión querida
y su tierra y su hogar y su fortuna,
todo cuanto es rencor y odios olvida;
une con el del Godo su destino
ya que vencido está y hecho pedazos;
haciendo carne el símbolo divino
le abre la cruz ferviente de sus brazos
y juntos ya, con todas sus preciosas
reliquias, huyen a la gris montaña,
llevándose entre aquellas sacras cosas,
más suave que el perfume de las rosas,
el alma toda de la dulce España!

V

Allí se parapetan, sus bastiones
hacen de los abruptos peñascales,
se ocultan tras los ásperos peñones,
se cubren con los rípidos breñales,
y esperan la tremenda acometida
del enemigo, cuyas tropas fieras

ya invaden las colinas y praderas
cual olas de la mar embravecida;
y aun cuando el invasor potente avanza
al parecer incontenible y fuerte,
entre las asechanzas de la muerte,
ellos están de pie con la Esperanza.

VI

El batallar comienza; del sereno
espacio como diana surge el trueno;
se entabla entonces la inmortal batalla:
la marea de invasores sube y sube
y hasta escalar las cresterías ensaya,
cuando, de pronto, la montaña estalla
en mil centellas cual siniestra nube.
Los dardos llueven, vuélvanse las flechas
contra los mismos brazos que las lanzan,
y presto quedan rotas y deshechas
sobre las sendas ásperas y estrechas
las legiones contrarias, que, no alcanzan
a salir de ese vórtice sombrío
sobre el que solo la desgraciada flota,
pues se desata el huracán bravío
y hasta la sierpe de cristal del río
aniquila al ejército en derrota.

VII

Alkamáh es vencido; de su gloria
el astro que fue un sol, mustio declina,
y en la montaña mágica y divina
amanece radiante la victoria.

Triunfó la Libertad; la cruz Cristiana
despliega el palio de su sombra suave,
y naufraga en la noche ¡débil nave!
la belicosa luna mahometana.

España se salvó, de ese momento
data el milagro de su vida intensa;
príncipiase a enjorar su historia inmensa
como un maravilloso firmamento;
y comienza a surgir, de luz henchida,
su alma al ensueño y a la gloria abierta
que llega hasta la América dormida
cuando el sublime nauta la despierta!

VIII

.... Mas ¿Qué manos divinas y piadosas
encadenaron esas horas bellas;
quién hizo de las larvas mariposas,
y puso en el desierto tantas rosas,
y en el arcano azul tantas estrellas?

Tú, tú fuiste: la hermosa sacra y pía
Señora de la gruta bella y santa;
tú fuiste el sol jocundo de ese día,

la que salvaste a un Pueblo que moría
y que por tí hoy no duerme sino canta.

Tú en auroras radiosas y triunfales
envolviste a las huestes de Pelayo
haciendo florecer sus ideales,
como el Hada que cuaja los rosales
en la opulencia pródiga de Mayo.

Y tú, volviendo la variable suerte
contra la turba bélica vencida,
salvaste a la Nación Hidalga y fuerte
que hoy cruza, vencedora de la muerte,
los insondables mares de la vida.

IX

¿Cómo pues ¡Oh Señora! no brindarte
las flores de la lírica pradera,
y consumiéndose de amor cantarte
dándote en el cantar la vida entera?
¿Cómo no hacer que cuanto vive y siente
bajo los cielos de astros florecidos,
vuelve hasta donde estás, en un torrente
de besos y de arrullos y sonidos?

X

Sí; que te brinde el ave sus perlados
gorjeos, hechos de notas cristalinas,
que te nombren los vientos perfumados,

los vergeles de flores recamados,
y las sedosas aguas parlanchinas.
Que los bardos te ofrezcan sus diamantes
de ensueño, de ternura y de belleza,
que te busquen las águilas rampantes,
que te besen los astros rutilantes,
que toda España diga tu grandeza:
que te cante la costa, la bravía
cordillera de nieves coronada,
la Giralda que es bella como el día,
los cármenes y el sol de Andalucía,
las armoniosas fuentes de Granada.
El Deva que miró a los Musulmanes
caer bajo los dardos Asturianos,
los campos de claveles y arrayanes,
los superbos viñedos catalanes,
los fabulosos huertos valencianos.
Que te cante el prodigio de Sevilla,
el Alpujarra que de sol se dora,
la Alhambra que es milagro y maravilla,
La Mezquita de Córdoba que brilla,
que esplende, que perfuma, y que enamora;
y que cabe tus célicos palacios
te envuelva en su gloriosa esplendidez,
el pabellón que se hunde en los espacios
como una llamarada de topacios
que brilla entre celajes de rubíes!

Hoy.....

Para Carlos Díaz Garduño.

Hoy que (estuches de perfume) se han cuajado tus rosales
al abrirse como bocas que dan besos, los botones;
hoy que en tu alma hay un escape de doradas ilusiones
que hasta el cielo se remontan como velívolos triunfales.

Hoy que escurren oro y ámbar perfumado tus panales,
y en los nidos de tus selvas hay regueros de canciones;
hoy que se abren de tu ensueño las idílicas visiones,
cual la cauda policroma de los bellos pavos reales.

Hoy en fin, día de tu nombre, buen amigo, palpitantes
como gemas de cariño, yo te ofrezco estos diamantes:
joyas mágicas cuajadas de un lírico crisol;

pedras raras escogidas de una rara pedrería,
donde vibra el alma suave del ensueño y la poesía
y en las cuales ríe su risa, de oros líquidos, el sol....!

La esfinge

Para la Sra. María Guadalupe Sánchez de Padilla.

Como pétreo centinela
de las yermas soledades,
cual gigante monolito
que esculpieran los titanes
y los cíclopes
con sus sólidos martillos y sus masas colosales,
desde ha muchos largos siglos
que rodaran, apretados en falanges,
a la cripta colosal del infinito donde mueren de cansancio
las dolientes muchedumbres de pretéritas edades,
te levantas impasible, silenciosa,
inabordable,
sobre el árido desierto
donde se alzan las pirámides
majestuosas
e inmutables,
cual si fueran los eunucos
o los mágicos y enormes talismanes,
que te guardan con las furias
de los trágicos simunes que sacuden sus melenas con diabólico coraje...!
¿Cuántos pueblos se han perdido,
cuántas mágicas ciudades:
portentosas babilónicas se han deshecho, vueltas ruinas,
con sus templos opulentos y sus místicos altares!

¡Menphis, Tebas!
¡Cuántos grandes Faraones de ambiciones incurables,
cuántos príncipes y sabios,
cuántos lujos amasados con sudores y con sangre,
cuantas épicas grandezas
y trabajos y conquistas y hermosuras y caudales
se han hundido para siempre,
del olvido entre los mares,
sin que nada resistir haya podido, al ariete de los tiempos,
la venganza de los dioses y el furor de los combates!

Y tú, Esfinge,
entre todo lo que rueda, entre todo lo que arde,
entre todo lo que roto
en fragmentos se dispersa
o se hunde con estrépitos que atruenan
con sus trágicos clarines el imperio de las momias imperiales,
entre todo lo que viola con sus ruidos de hecatombe
el silencio de las sacras soledades,
ante todo lo terrible,
ante todo lo espantable,
ante todo lo que crispa,
ante todo lo que es lúgubre y es siniestro y es infame,
ante todo lo que mata,
ante todo lo que rompe con sus iras, desgarrante,
permaneces, como en éxtasis sumida,
gigantesca, majestuosa, colosal, imperturbable....!

Tú has pasado la revista
de las furias del desierto, de los cielos y los mares,
tú has mirado
con las piedras de tus ojos espantables,
los furores de los pueblos
que combaten
a la luz de las estrellas
con las flechas que afilaron a la luz de sus hogares;
tú has mirado las supremas agonías
de las más ricas ciudades
que sucumben consumidas por el fuego:
¡Mariposas hiperbólicas que se arden
y sacuden los despojos
de sus alas colosales
que se rompen convertidas en auroras,
que se rasgan en jirones de celajes,
se retuercen hechas llamas, y son crenchas luminosas
sus harapos encendidos, y las chispas, al volcarse
en el negro de la noche, se dijeran los fragmentos de una estrella
que estallara en el prodigio de una lluvia de diamantes....!

...¡Y tú siempre en tu silencio
impasible y majestuosa, displicente, inescrutable....!
con el rictus del sarcasmo que en tus labios
se contrae,
con tu cuerpo de sirena,
con tus ojos que no miran y tu boca que no habla y tu cráneo de gigante
pensativa, como eterno jeroglífico
del pasado, indescifrable,
como pétreo centinela

de las yermas soledades
o sagrado monolito
que esculpieron los titanes
y los cíclopes,
con los golpes compasados de sus rígidos martillos y sus masas formidables
...¡Y tú sigues impasible,
y tú sigues inmutable....!
Pero no, no eres de piedra nada más,
un alma late en el block duro y rebelde de tu cuerpo
que reposa custodiado por las rígidas pirámides.
¡Sí! tú vives,
¡Sí! tú vives, y, quien sabe,
si tu boca se estremezca
al temblor de las palabras y al conjuro de las frases,
y en las noches encantadas, tal vez sueñes
en las noches que desatan sus sartaes
luminosos de luceros,
cual si fueran las gorgueras
de la maga fabulosa de las joyas, de la rica emperatriz de los diamantes.
¡Sí! tú sueñas a esas horas,
Sí, tú sueñas! Oh divina encantadora de las tristes soledades
y en tu cráneo, en la urna de tu cráneo
de salvaje
soñadora,
cada uno de tus sueños es un mágico brillante:
un carbunclo que se irisa,
una perla que se duerme, un zafiro que se arde,
una límpida turquesa que se embriaga
con el bello azul marino de sus aguas intocables,

un rubí que se entusiasma
con el rojo de su sangre,
y una pálida amatista que se muere
como llama que está próxima a apagarse,
y un topacio que se acuerda que fue lágrima de un astro
o fue chispa de un celaje,
y un grande ópalo que tiembla, y una límpida esmeralda
en que palpitan las sagradas y sublimes esperanzas inmortales!

....¡Oh los sueños prodigiosos
que cuajaran esas piedras en tu cráneo de gigante!
¡Oh las larvas de esos sueños,
las crisálidas divinas de esos sueños inefables!
¡Oh el misterio de esos sueños
que tiritan unas veces y se quejan de lo obscuro de su cárcel,
que espantados se arrebujaan y afligidos
se debaten,
y son lágrimas de luna
las dolientes perlas tristes que arrancó un dolor infame,
y son gotas,
gotas lívidas de sangre,
los rubíes que se estremecen con temblores de agonía
en los frágiles capelos de sus bellos ataúdes de cristales....

¡Pero no, también tus sueños a las veces
son hermosos, son alegres, retozones y joviales!
pues las gemas tembladoras también saben
de las grandes alegrías
y los grandes entusiasmos estruendosos y triunfales,

y por eso los topacios se dijeran
irisantes,
las abejas de Citeres que bebieran miel de fuego
en el oro prodigioso de los míticos panales
y por eso se dijeran las turquesas, los capullos
que los sueños como gnomos milagrosos fabricasen....!

¡Oh los sueños prodigiosos
que cuajaran esas piedras en tu cráneo de gigante,
en tu rígido cerebro que ha pensado
que al romperse, como copa dura y frágil,
en el brindis portentoso
de un gigante,
volcará todos sus sueños sobre el mundo
en la gloria incomparable,
de un mágica cascada de libélulas de fuego,
y de lirios luminosos y de rosas encendidas y de luceros rutilantes....!

Tal los sueños de la Esfinge, tal los sueños del enigma
que reposa con las moles de las lúgubres pirámides
como pétreo centinela
de las áridas llanuras infinitas y caldeantes,
como enorme monolito que esculpieran
los titanes
y los cíclopes,
con los golpes de sus sólidos martillos manejados por sus manos colosales!

Canto a la raza

Con mi devoción a la gallarda Majestad de Alfonso XIII.

Tuvo su tronco ilustre en los fuertes Iberos
que hilaban, en las ruelas de los altos luceros,
la plata de su virgen y heroica tradición;
en los Celtas tenaces, soberbios y aguerridos,
que en un sueño de gloria se encontraban sumidos
cabe la Andalucía, Galicia y Aragón.

Nació de los Astures huraños e invencibles
y de los nobles Godos, inquietos y terribles,
que unidos apagaron la estrella de Alkamáh,
cuando, como las sabias prolíficas de Mayo,
hizo brotar la audacia sublime de Pelayo
el rosal de la gloria que aun floreciendo está.

Y vino del remoto rincón de su leyenda
una mañana de oro, para plantar su tienda
en los deslumbramientos de este inmenso vergel;
para embriagar los ojos con luces y colores,
¡para cubrir su ensueño con montañas de flores!
¡para probar placeres como quien bebe miel!....

Dejó el patrio terruño y se lanzó a la andanza
trayendo, como un nimbo de vívida esperanza,
la sombra del ilustre Rodrigo de Vivar;

y entre la furia hircana de vientos y procelas,
llegaron las gallardas y audaces carabelas
que pasearon sus sueños sobre el dorso del mar!

Entonces se abrazaron las dos hondas corrientes:
la que veloz caía sobre rudas pendientes
azotando sus flancos con un loco furor;
y la que, en los remansos adormecida y queda,
resbalaba silente, como un hilo de seda
labrado por las manos ingenuas del candor....

Los metales diversos se fundieron en uno.
¡El destello dorado con el destello bruno
se combinó en prodigios de sombras y de luz!
¡Malíntzin amó al rubio Capitán encantado,
y la morena virgen con el téhule barbado,
embriagada de amores, soñó bajo la Cruz!....

Supo nuestra tristeza de la escala del rezo
por donde sube el alma, como en alas de un beso,
hasta las transparencias del Oasis de Dios
donde se apagan todas las sedes de la vida,
se mitiga el cansancio y se lava la herida,
y se vuelve suspiro el temblor de la voz!

Por una misma ruta volaron nuestros sueños,
y en pos del mismo anhelo fueron los clavileños
del pensamiento brujo y del mago ideal,
porque, a modo de un puente de luz, jaspes y oro,

nos unió la belleza del lenguaje sonoro
que es de miel y de seda, de bronce y de cristal.

Amamos de la misma manera que había amado
el guerrero indomable, el Capitán osado
que desfloró a la “ñusta” con su ósculo de amor;
fue nuestro idilio un eco del idilio remoto,
y, cuando el infortunio dejó al ensueño roto,
de la misma manera lloró nuestro dolor....

Y ya no hubo españoles, ya no hubo americanos,
hubo un inmenso pueblo donde pueblos hermanos
confundían sus ideales en un común afán;
¡hubo la misma sangre en distintas arterias!
¡hubo las mismas glorias y las mismas miserias!
...;Ya el Cid era tan nuestro como Coapolicán!

Ninguna fuerza pudo separar los destinos,
interrumpir la marcha o desviar los caminos
de las viriles razas que juntó el corazón,
y, del rocín enteco al incansable trote,
se vió a Doña Marina pasar con Don Quijote
que llevaba en su lanza prendida la ilusión!....

Que mucho pues que antaño nos separara el cielo,
si, con las dos alas que urden el mismo vuelo,
las dos nobles estirpes, con idéntico fin
van hoy, bajo la gloria de los anchos espacios,

bañándose en carbunclos y en líquidos topacios,
en pos de las auroras que alumbran el confín.

¡Sí! Las razas rivales son hoy la misma raza:
La raza de los héroes que sin llorar se abraza,
y que es en el martirio grandeza y altivez,
y la que de lejanos países vino un día
ostentando su enseña, toda ideal y osadía,
de sus gallardas naves sobre el alto pavés.

¡Oh stirpe de poetas! ¡Oh stirpe de guerreros!
¡Raza de sagitarios! ¡Raza de misioneros!
¡La del Manchego ilustre y Netzahualcoyotl!
Mimada de la suerte, hija de la fortuna,
¡la que ensartó sus ensueños en un rayo de luna,
y fundió sus blasones en el oro del sol!

La de los sabios Incas, la de los Araucanos,
de los fuertes Aztecas que enjuyaron sus manos
de la enemiga sangre con los vivos rubíes;
la de los navegantes, la de los capitanes,
la de los descendientes de Cides y Guzmanes,
de Abencerrajes nobles y bélicos Zegríes!

Milagro de grandezas, prodigio de heroísmos,
ala que se ha paseado por todos los abismos,
en las tormentas rudas, impávido cantil;
la de los Manco-Cápacs, la de las Isabeles:

¡La que dió sus riquezas a los raudos bajeles,
la que deshizo el sueño dorado de Boabdil!

Arteria en la que corre la misma ardiente vida;
vena en la que circula la savia enardecida
que alimentó al divino, prolífico rosal
del ingenio fecundo, que, en los siglos felices,
se cuajó de esplendores con los altos Fray Luises,
y palpitó de gloria con el manco inmortal!....

¡Raza, Raza sublime; Raza gallarda y fuerte,!
contra las asechanzas obscuras de la suerte
funde tus heroísmos en un solo crisol;
¡No permitas que tuerzan tus preclaros destinos,
y vacía todo el oro de tus sueños divinos
en el molde encantado del ideal Español!

Envío

Para vos, Rey entusiasta y peregrino,
para vos, noble y gallarda majestad,
que cruzáis por el océano del destino
en el barco milagroso de Simbad.

Para vos que sobre el árido camino
extendéis vuestros tesoros de bondad,
como alfombras del palacio de Aladino,
o alcatifas prodigiosas de Bagdad.

Para vos, caballeroso Rey sonriente,
para vos es este férvido presente,
para vos es esta ofrenda que surgió

al conjuro de una lírica aventura,
como rosa de entusiasmo y de ternura
que en la punta de mi lanza reventó!....

En los Juegos Florales verificados en Córdoba
para celebrar la Fiesta de la Raza, el año de 1919,
obtuvo el Primer Premio en el tema obligado,
la poesía anterior.

Dolorosa

Para la Srita. Esther Cano, que me enseñó las primeras letras y me envolvió en el amor de Dios.

Enferma de infinito desconsuelo,
por un dolor inmenso consumida,
parece concentrar toda la vida
en sus ojos, profundos como el cielo.

Mirando hacia el azul, en un anhelo
de sublime pasión, se halla transida;
sin encontrar un bálsamo a su herida,
ni una luz a las sombras de su duelo.

Y en su rostro que brilla como una
estrella en la tiniebla, su alma asoma;
su alma de virgen: de inocencias cuna;

Su alma llena de miel, de luz y aroma,
en la que hay un amor color de luna
que tiene candideces de paloma!

Los bueyes

A José R. Pliego; el dilecto.

Allá van, con la testa al duro yugo uncida,
marcando su camino con la pezuña hendida,
impasibles a todo cansancio y toda herida,
¡cual dos resignaciones que pasan por la vida!

Allá van, indolentes, tristes, despreciativos;
a las diarias pasiones de los hombres, esquivos;
ajenos a las dichas y goces fugitivos,
como dos solitarios ascetas pensativos.

¡Oh las rudas y fuertes bestias de nervios duros!
que cruzan sin mancharse por los miasmas impuros,
símbolos del trabajo los más bellos y puros,
eternamente nobles y eternamente oscuros!....

Ellos son: impassibles, solemnes y callados,
los que rallan los campos con los surcos sagrados
que, repletos de germen y en agua y sol bañados,
serán maizales rubios o trigales dorados.

Ellos, los incansables que ante el dolor no cejan,
ni ante los que los hieren, ni ante los que los vejan;
los que el rencor y el odio en el olvido dejan,
¡los que jamás imploran, los que jamás se quejan!

Ellos, los abnegados que del sol todo el día
reciben las saetas con ruda valentía,
y que, al dulce retorno y en plena noche fría,
parece que quisieran trabajar todavía!...

Ellos, los olvidados que labran el tesoro
de la tierra, que es como una arca llena de oro,
y son apenas tristes esclavos, ante el coro
de las humanas bestias ¡sin alma y sin decoro!

Los de las impasibles pupilas en que hay huellas
de auroras apacibles y violentas centellas,
que son, cuando contemplan las hondas noches bellas,
¡como lagunas muertas pletóricas de estrellas!

Los que ajenos a toda engañosa terneza,
saben del amor santo de la naturaleza;
y, de su orgullo altivo en la noble grandeza,
van rumiando, callados, su profunda tristeza.

Allá van, como en triunfo, del sol a la caída,
tirando del arado la reja bendecida,
impasibles a todo cansancio y toda herida,
¡cual dos resignaciones que pasan por la vida!

¡Oh señora mía!.....

Con rendido fervor, a la Srita. Esperanza
Dávalos Solórzano, que puso en mi lira la
Flor Natural de Michoacán.

Como la encantada doña Dulcinea,
Como la Mireya del claro Mistral,
princesa del ritmo, maga de la idea,
me dió la eglantina vuestra gracia real.

Vuestras níveas manos: eximia presea,
timbre exquisitos de orgullo ducal,
ungieron mi frente en donde aletea
el suave perfume de un brujo ideal.

Y en mi alma sembrasteis un lirio de ensueño,
y disteis impulsos a mi clavileño
para que volara tras de la ilusión;

¡Oh Señora mía! ¡Mi Reina Esperanza!
aquí está mi escudo, aquí está mi lanza!
aquí está la llama de mi devoción!....

El himno de la vida y del amor

Para el invariable afecto de Enrique W. Crotte.

I

Todo en el mundo canta ¿Habéis oído
la voz de cada ser y cada cosa?
Es una nota de ternura el nido,
es un prelude de ilusión la rosa.
Es una endecha el vaso de alabastro
del mustio lirio que se inclina al suelo;
es un dorado himno de luz el astro,
es un poema de belleza el cielo,
Romance es el arroyo que murmura
entre el césped, feliz, con voz muy queda;
es elegía vibrante de amargura
cada hoja muerta que en el polvo rueda.
Fermatas son las charlas musicales
de los magos y estetas surtidores;
delicados y tiernos madrigales
las sedinas corolas de las flores;
estrofa el árbol que el amante idilio
del ave guarda: cofre del gorjeo,
y son los campos versos de Virgilio
y las montañas Odas de Tirteo.

II

Todo el mundo canta: las praderas
que lucen bajo el cielo, como esteras
enormes; los oteros, los jardines
pródigos en color, perfume y mieles:
¡albura de azucenas y jazmines
que mancha una hemorragia de claveles!
los valles: alcatifas de esmeralda
que, en el momento en que el crepúsculo arde,
se tornan purpurinos, rosa y gualda,
y son como la alfombra de la tarde.
Los huertos fabulosos, florecidos
de frutos incontables, frutos bellos
que simulan joyeles suspendidos
de glaucos y prolíficos cabellos.
Las selvas intrincadas que millares
de encantos tienen, selvas de esplendores
donde, en celo, se buscan los jaguares
y se arrullan los dulces ruiseñores;
Los volcanes dorados por el día
cuyas cimas, hundidas en los astros,
son como grandes flores de osadía
hechas con los más puros alabastros.
Los ríos (las serpientes rutilantes
que simbolizan el vivir humano)
¡regueros prodigiosos de diamantes
que se van a vaciar a los distantes
y profundos estuches del océano!

Los lagos, impasibles arcas bellas,
que en las noches tranquilas y radiosas
simulan (grandes flores prodigiosas)
lotos azules con rocío de estrellas....!
Y las nubes que flotan en la altura:
aladas naves que sin rumbo viajan,
almas de ensueño, nitidez y albura,
que en fino llanto hasta la tierra bajan.
Y los vientos terribles e impetuosos
y las traviesas y graciosas brisas:
los que llegan en turba de sollozos,
las que pasan en gárrula de risas.
¡Todo canta! Los soles, los cocuyos,
los átomos, los mundos colosales,
¡las orugas que tejen sus capullos,
las palomas que bordan sus arrullos,
las abejas que labran sus panales!

III

¿Por qué había de quedar solo callado
el hombre, en medio a ese cantar sublime
de todo lo que goza alborozado
y todo lo que llora y lo que gime?
¿Por qué había de encerrarse en el mutismo
de su inmensa y terrible pesadumbre,
cuando hasta el ala canta en el abismo
y cantan las borrascas en la cumbre?
¿Por qué había de cerrar sus labios plenos

de palabras vibrantes y sonoras
en donde duermen gérmenes de auroras
como en los ortos puros y serenos?
¿Por qué había de colgar de los sauces
del silencio, sus liras melodiosas,
que hacen saltar las notas como luces
y hacen surgir los versos como rosas?

IV

....¡Sí! Lo quiere la vida honda y oscura:
todo en el universo cantar debe
ya sea su breve dicha o su amargura,
para que el alma de los seres, pura
por ese canto hasta el azul se eleve;
Todo debe cantar, y el hombre, en coro,
debe hacerlo con entes y con cosas,
derrochando su lírico tesoro,
y vaciando su cofre aurisonoro
en cascada de estrofas melodiosas.

V

Canta pues, hombre tímido y cobarde,
no esperes que en tu vida se haga tarde;
canta al igual tus goces y tus penas,
canta tus alborozos y tus cuitas,
tus ilusiones cándidas y buenas,
tus pasiones oscuras e infinitas.

Cántalo todo, cántalo en concierto
con lo que a tu redor alienta y bulle:
con las flores y frutos de tu huerto
y con la linfa que charlando fluye.
Canta, canta y verás cómo se esfuman
los fantasmas siniestros que te abruma;
verás cómo se curan tus dolores,
cómo renacen todos tus amores,
cómo se cumplen todos tus anhelos,
agonizan las sombras de tus duelos,
se consumen tus íntimos quebrantos
y llegas a las playas hoy remotas,
cuando conviertas en raudal de notas
tus quejas, tus gemidos y tus llantos....!

VI

¿Oís? Es una orquesta de ventura.
Ya están cantando el hombre y la Natura.
¿No escucháis? Es a modo de un torrente
sonoro, que se vierte en los oídos;
es como una cascada refulgente
que rueda de una lírica pendiente
y se deshace en lluvias de sonidos.
¿No escucháis? De los piélagos gigantes,
de las soberbias cimas rutilantes,
de los bosques henchidos de esplendores
surge, cual polvareda de diamantes,
como aluvión de gemas coruscantes,

como nube de versos y de flores
¿No escucháis? Del vergel donde el sol brilla,
del antro obscuro, negro, pavoroso,
del surco donde duerme la semilla
se oye surgir la alada maravilla
de un himno grande, inmenso, majestuoso,
que sube y vibra en la extensión radiosa
donde la gloria de la luz destella,
como estallido del botón de rosa,
como mirífica explosión de estrella!....

VII

¿Lo escucháis? ¿Sí? ¡Pues bien! es esa nube
de sonidos, el himno grande, inmenso,
en el que, aleve el alma, como incienso
hasta Dios mismo transparente sube.
Es el himno que canta cuanto existe:
los seres y las cosas; las serenas
regiones, el desierto mudo y triste
y la campiña amena que se viste
con nardos y jazmines y azucenas;
es el himno de todo lo creado,
con millones de notas fabricado.
Tela de urdimbres raras y sonoras
mandada hacer por Hadas o Vestiglos,
en el telar silente de las horas,
a las febriles manos de los siglos!
Es el himno que en alas de Favonio

llega a los astros, himno que ama y quiere
y que en los brazos del silencio muere,
¡como Eunnica en los brazos de Petronio!
Es el himno que canta nuestra herida:
clavel que tiene aromas de dolor;
¡el himno de la savia enardecida!
¡el himno inacabable de la vida!
¡el himno de la vida y del amor!

Majestad.... ¡Mi reina muerta!....

Respetuosamente, a la memoria de la Señora
Guillermina Rangel de Millán, de cuyas manos
consagratices recibí por primera vez
la eglantina del Clemencia Isaura.

Majestad, vos que me disteis con el blanco madrigal
de unas manos armoniosas, la superba y rica flor
donde anida el suave aroma que es el sueño del amor,
y está el néctar escondido, que es el alma del panal.

Majestad, hoy que ha caído vuestra noble gracia real
al embate de la intrusa, implacable y destructor,
permitid que en vuestra tumba venga a hincarse mi dolor
que es un príncipe vencido en un duelo desigual....

Majestad.....!

Mi Reina muerta....! Como un Lis o como un Gul
Vos me disteis en la hora del ideal, la flor azul
que decora los prestigios de mi lírico blasón,

justo es que hoy que la tiniebla os envuelve su capuz,
venga a daros estos versos que como un chorro de luz
han saltado por la herida de mi roto corazón....!

Encantado terruño

A Texcoco.

Encantado terruño, blasonado troquel
que decora la gloria con su bello perfil;
¡para el oro del sueño prodigioso buril,
para el mármol heroico milagroso cincel!

Cuadro en el que ha quedado la figura de aquél
citaredo monarca, poderoso y gentil,
que bebió en los nectarios de las rosas de Abril,
la ambrosía de sus versos de perfume y de miel.

Relicario precioso, sin igual caracol
donde aún se oye en las noches al continuo zumbar
de las trémulas flechas disparadas al sol;

Y al conjuro inefable del milagro lunar,
la divina cigarra de Netzahualcoyolt
aún se escucha en las horas del ensueño cantar!....

Paisaje

Para Manuel Sánchez, con afecto.

Espectáculo hermoso, el espinazo
del monte tan arriba me levanta,
que siente miedo mi cobarde planta
y quedo mudo sin moverme un paso.

Abajo cada lago es un pedazo
de azul, que peina Febo y que abrillanta,
y es la pradera en que Favonio canta
tapete inmenso de pintado raso.

Levemente a brillar las primerizas
estrellas, orgullosas de sus galas,
comienzan, destacándose imprecisas;

y solo se oye en las cerúleas salas,
el sollozar de viola de las brisas
y el frufrotear de seda de las alas!....

EN EL UMBRAL DE LA SOMBRA

PRELUDIO

SI NO AMAS las sublimidades del dolor, las heroicidades de la angustia, las abnegaciones del martirio.

Si no eres capaz de descubrir un punto luminoso en el seno de la sombra donde se esconden y se agitan los sufrimientos incurables.

Si no te exaltan las iras de los elementos y las pasiones de los espíritus, como al que creó a Wimplain, hizo a Cuasimodo y produjo “Los Trabajadores del Mar”.

Si no encuentras belleza en una tragedia de Sóphokles o en un drama de Shakespeare!

Si no se eleva angustiada, y fortalecida, y purificada tu alma, ante las resignación de Edipo, el suplicio de Ixión, el infortunio de Hecuba, el dolor de Níobe y el sacrificio de Jesús....!

En fin, si eres demasiado amargo para probar esta amargura: si eres demasiado oscuro para penetrar a esta sombra; si eres demasiado tímido para contemplar este vórtice; entonces, no leas las páginas que siguen, pues para penetrar al arcano mundo de las lágrimas, el espíritu humano necesita, como Alighieri, ir guiado por la dulzura de Virgilio y estar alumbrado con el recuerdo de Beatriz....!

Pero si en las tragedias de la vida sabes sacar ilesa la esperanza.

Si gustas de la contemplación de una tormenta y no desdeñas templar tu espíritu en el dolor, y hacer pulir tu ideal por las sapientes manos del lapidario sufrimiento.

¡SI PORQUE ERES FUERTE NO TEMES, Y PORQUE CREES NO DUDAS. Y PORQUE AMAS Y ESPERAS....!

Si tu alma es bella y es grande y es luminosa, entonces, ven y acerca a tus labios este vino de lágrimas, con la seguridad de que mi obra no habrá de parecerse ni fea, ni pequeña, ni oscura, ¡puesto que no hay nada feo para las almas bellas, ni hay nada pequeño para las almas grandes, ni hay nada obscuro para las almas luminosas....!

La parábola cruel

I

Es un camino, ancho y seguro en sus comienzos, resbaladizo y extremadamente angosto en su fin.

Es un largo camino. Hacia uno de sus lados un bosque de ensueño, con derroche de sombras y de arrullos, extiende sus vegetaciones pródigas hasta tocar el linde del sendero, y, conforme éste se va angostando, la montaña en cuyos flancos se desarrolla el bosque, va elevándose y desnudándose más y más, hasta convertirse en una atalaya de granito; en un inmenso bloque de caras verticales ¡escueta y pavorosamente verticales!

Es un largo camino. Hacia el otro de sus lados, un abismo abre su grieta gigantesca, inescrutable, oscura y pavorosa, que, a medida que la senda se reduce y la montaña crece, se va haciendo cada vez más honda, cada vez más negra, cada vez más muda....!

II

Es un largo camino. Por él van tres hombres separados por largas distancias, solos, aislados unos de otros; sin verse, sin oírse, sin adivinarse.... ¡Como el sendero! ¡Como el abismo! ¡Como la montaña!

III

El primero de ellos es ciego, pero como ciego ha nacido y no ha estado nunca con los que ven, no siente en lo más mínimo su desgracia y va alegremente discurriendo por la senda, acariciado por las brisas y calentado por el sol.

Si siente hambre, sed o sueño, ahí está el bosque amigo con sus árboles cargados de frutos, sus arroyos de límpidas aguas y sus musgos suavísimos, para que sacie su apetito, humedezca sus labios, y se tienda a soñar.

Nada pues le inquieta, nada le preocupa..... ¡Nada! ¡Nada!..... Ni siquiera los obstáculos que comienzan a surgir, ni los frutos que comienzan a escasear conforme el camino avanza, pues imposibilitado para ver lo que hay delante, piensa en que las dificultades son momentáneas y cree firmemente, que lo que sigue va a estar mejor que lo que deja atrás.

La felicidad va con él, mejor dicho, la felicidad **ESTÁ** en él: en su inconsciencia del peligro, en su ignorancia del obstáculo. Ningún pensamiento tortura su espíritu, ningún dolor martiriza su alma. Camina sin titubeos.... ¡Sí! Camina, camina..... hasta que un día el sendero se vuelve estrechísimo y entonces cae súbita, inesperada, velozmente, y la boca del profundo abismo se lo traga, sin que la rapidez de la caída le dé tiempo de proferir un solo grito de dolor....

....¡Por eso hasta su caída es dulce! ¡Por eso hasta su muerte es feliz!....

¡Ese es el ignorante estulto! ¡El ciego de espíritu! ¡El huérfano de consciencia!

¡ES EL HOMBRE NIÑO!

¡ES EL HOMBRE BESTIA....!

¡ES EL HOMBRE COSA.....!

¡ESO ES!

IV

El segundo no es ciego, pero no ve; lleva los ojos vendados con un velo suave, perfumado y lleno de quien sabe que recóndita y arcana seducción. Unas manos péfidas o buenas..... ¿Quién lo sabe? se lo pusieron apenas nacido, y como con él se siente tan bien, sin quitárselo discurre por la senda como el hombre que iba antes.... Mas, hay veces que la curiosidad es tan grande, tan invencible,

tan imperiosa, que experimenta el incontenible deseo de atisbar, aunque sea durante un momento pequeñísimo, explorando la misteriosa lejanía; entonces sus manos trémulas recorren la encantada venda, pero la vuelven a poner casi súbitamente sobre los audaces ojos que han visto allá, a lo lejos, el término del camino estrecho hasta lo imposible, desapareciendo a la linde de un precipicio profundo, inquietante y obscuro, como la noche y como el mar....

Después de esto, aquel hombre siente miedo, un recóndito y apenas perceptible pavor, y, sobre todo, un principio de duda: ¿Sería cierto lo que había visto? ¿No se habían engañado sus ojos inacostumbrados a la luz?.... ¡Sí!.... ¡Indudablemente!.... ¡A olvidar pues aquella visión terrible, y..... mentirosa! ¡A disfrutar de la alegría de la vida! ¡A soñar en un fruto dichoso! ¡A imaginar una mañana mejor! ¡A consolarse con la idea de una eternidad angélica y celeste!..... ¡En fin, a sentir el encanto del velo que cubre a los ojos las mentiras crueles y les enseña las verdades sublimes.....! ¡A matar las necias rebeldías! ¡A ser sumisos para ser felices! ¡A ser esclavos para ser dichosos!

Y otra vez como en el principio, este hombre continúa caminando con la venda puesta, y, si alguna vez vuelve la curiosidad a agujonearle, otra vez también el miedo le obliga a cubrirse y así prosigue por el sendero inevitable, con el tormento de la duda y el consuelo de la esperanza, hasta que un día el camino se estrecha infinitamente y la boca del profundo abismo se lo traga, sin que la rapidez de la caída le dé tiempo de proclamar el triunfo de su ilusión o de su angustia..... ¡Por eso hasta su caída es titubeo! ¡Por eso hasta su muerte es semi-obscura.....!

¡Ese es el CIVILIZADO; creyente instruido; soñador ilustre; sabio tímido; escrutador cobarde!

¡Es el fruto que produce el injerto de la Religión en que nacimos y la ciencia que estudiamos. Es el producto del imperativo biológico y la necesidad espiritual.....!

¡Es el resultado de saber y creer al mismo tiempo, o saber y esperar.....!

¡Es el tipo medio del hombre!

¡El tipo específico y acaso también definitivo.....!

.....¡ESO ES!

V

El tercero no lleva venda y no es ciego, antes bien vidente, mejor dicho, es clarividente.

Llendo por la misma senda que los otros, podría, si quisiera, proporcionarse las mismas satisfacciones, tomar de los mismos frutos, beber de las mismas aguas, soñar los mismos sueños..... Pero, no quiere. ¡No quiere!..... ¡NO PUEDE QUERER!

Clavada la mirada en la lejanía traidora que cada vez se precisa más; hundido el pensamiento en las arcanas sombras del futuro; perdido el espíritu en los inmensos mares del misterio, no ve, NI PUEDE, NI QUIERE ver la realidad engañosa del minuto presente que le brinda alegrías que no habrían de curarle, puesto que él no vive en el *hoy* sino en el *mañana*..... ¡En el mañana que es la sombra, que es el silencio, que es el frío.....!

Y así, sin venda, sin ceguera, con los ojos abiertos, con los ojos extáticos y absortos, fijos eternamente en lo inevitable que parece venir hacia él, sigue caminando, amargamente, trágicamente, silenciosamente.....!

A veces quisiera detenerse mejor, matarse, aniquilarse a sí propio, pero.... ¡Tiene tantas seducciones la sombra para las almas luminosas! ¡Atrae tanto el peligro! ¡Domina tanto el misterio! y..... sobre todo, ¡es tan sublime el espectáculo del hombre que voluntariamente asciende su calvario....!

Por eso no vacila; por eso ni retrocede ni se para, sigue caminando un día y otro y.... siempre, hasta que al fin el abismo se lo traga, sin que la rapidez de la caída le dé tiempo de saludar a la Esfinge: ¡A la verdad, al misterio.....!

¡Ese es el hombre que sabe! ¡El hombre que escruta; el hombre que piensa!

Ánfora (1920)

¡Es el desengañado y el convencido....!

¡Es la viviente protesta o la dolorosa y amarga conformidad!

¡Es el hombre sublime, es el hombre divino!

¡Es la síntesis asombrosa y acaso imposible del Superhombre de Nietzsche y el Jesucristo de Renán.....!

¡ES EL FUERTE!.....

¡EL ALTO!.....

¡EL SERENO!.....

¡ESE ES!

LOS VERSOS DE LA DESILUSIÓN

Después de la tragedia

PARA EL HONDO PENSAR DE ANTONIO CASO

En tanto, nuestra isla giratoria llena de vida
voraz, y más embebida en sangre que ningún
barco amotinado, corre a través del espacio
con una velocidad inconcebible.

STEVENSON

¡Por fin, por fin los hombres
dejamos
de ser
bárbaros!
¡Por fin de los clarines ya no suenan los gritos!
¡Por fin de los cañones las fauces se cerraron,
y en el azul indemne de los cielos profundos
ya no trazan sus curvas de horror los aeroplanos!

¡Por fin cesó la bestia
de animar nuestro barro
miserable y obscuro,
misterioso y arcano,
que febriles modelan, al ritmo de las horas,
de las bajas pasiones las asquerosas manos!

¡Por fin, los apetitos
y los odios saciados,
a la vida consciente
otra vez retornamos

viendo como, no obstante nuestras iras siniestras,
nuestras venganzas ruines, nuestros odios hircanos,
aun hay aves que riegan el amor de sus trinos,
aun hay flores que se abren como copones cándidos,
y aun hay almas que montan el ideal clavileño
para beber el oro radiante de los astros!....

....¡Ah! ¡Pero cómo es honda; cómo es honda
y obscura la fosa que cavaron
en la paz inefable
de los fecundos campos,
las garras de las furias implacables y crueles
que todo lo invadieron con sus galopes trágicos!

Y, cómo es infinito,
y cómo es infinito y es profundo y amargo
ese mar sin riberas,
ese lúgubre océano,
donde, como un gran río de dolor, vertió el alma
la linfa silenciosa de sus fecundos llantos!

Y también, cómo pone
en la conciencia espanto,
aquel rojo siniestro
y aquel lívido blanco:
¡El rojo de la sangre que aun quema las heridas;
el rojo de la sangre que aun tiñe los cadalsos
y escurre de las tumbas
y mancha nuestras manos;

y el blanco de los huesos desnudos y sombríos,
de los lívidos huesos que se miran regados
como las tristes huellas de un banquete de fieras,
de monstruos insaciables y antidiluvianos!....

Los pueblos están muertos;
muertas están las Santas Ciudades que, en un trágico
minuto de exterminio,
se hundieron para siempre, como veleros náufragos
de los que el cataclismo tan solo nos dejara,
sobre la mar en furia, unos trémulos rastros.

Como jaulas vacías
están los campanarios,
huérfanos del sonoro prodigio de sus bronces
que eran copas henchidas de líricos escándalos;
y las maravillosas y bellas catedrales
donde la piedra puso sus múltiples milagros,
bajo el ataque torvo de la ciencia salvaje,
ante la ruda saña de los sapientes bárbaros,
informes y sombrías y desechas
quedaron;
con sus naves caídas
como espaldas de cíclopes dobladas de cansancio,
y con sus torres truncas, hundidas en los cielos
como crispados puños, como gigantes brazos,
que eternamente arriba señalaran la ruta
por donde las gorgonas sus crenchas asomaron!...

....¡Qué estigma tan visible nos dejó la embestida!
¡Qué cicatriz tan honda nos quedó del zarpazo!
Si vieran nuestros padres,
los que lucharon tanto
por hacernos más buenos,
más nobles y más altos,
esta inmensa miseria, esta vergüenza inmensa
en que nos revolcamos,
¡cómo lamentarían el habernos nutrido!
¡cómo lamentarían el habernos creado!....
¡Oh, que sea esta la última
batalla que tengamos!
¡Que ya no se despierte nuestra bestia dormida;
que el salvajismo arcano
agonice en silencio, en el rincón obscuro
donde nuestros ancestros oculto lo dejaron!
¡Que no sea la venganza nodriza del progreso!
¡Que ya no sean los buitres los padres de los sabios!
¡Que ya no sea la especie verdugo de la especie!
¡QUE YA NO SEAN LOS HOMBRES LOBOS DE SUS HERMANOS!

....Mas, si es verdad que para
llegar hasta la cumbre gloriosa en que soñamos,
necesitan los pueblos luchar, despedazarse,
destruirse; si es que vivimos condenados
a progresar hiriéndonos
y a mejorar matándonos.
¡Señor! ¡Señor! entonces, mejor que ya no corra
nuestra vida al lejano

edén, cuyo camino tiene tantas espinas
que nos hacen pedazos!
¡Mejor que se detenga el ala poderosa;
que se quebrante el vuelo, mejor, en el espacio,
para que mientras sube' el ave, no sucumba;
para que no se arranque la entraña a picotazos!....

....¡Sí! Si ya no es posible
vivir sin destrozarnos,
ni avanzar sin volvernos,
ni ascender a la cima sin besar el pantano;
si, a través de los siglos,
otra vez retornamos
a los oscuros tiempos del Antropopiteco,
a las sombrías edades del cruel antepasado,
¡Señor! mejor que muera
de una vez nuestra especie a la que deshonramos;
¡Mejor, mejor que el suelo
como una tumba inmensa se abra para tragarnos,
y que, con la materia
que animaran tus labios:
con nuestro sucio lodo,
con nuestro triste barro,
para borrar la sombra que nosotros hicimos,
amasen un sol nuevo tus milagrosas manos....!

Acorde negro

A la eterna memoria de Carlos Baudelaire.

NEUROSIS

I

¡Ven! pulsa de mis nervios el enfermo cordaje
tú que en las almas tocas como en humanas liras
tu rapsodia de llantos; ¡Ven! arráncame a tiras
el corazón, cual buitre vibrante de coraje....

¡Ven! novia, compañera, que en mi triste paisaje
ya ni el sol pone el rojo de sus sangrientas iras;
¡Ven! neurosis amada, piadosa, ¿qué no miras
cómo nada me queda: amor, fe, celaje?....

¡Ven! y aunque cada cuerda sensible dejes rota,
la lira de mis nervios que cada día se embota
más, pulsa, y con inmensa, torva delectación,

arráncale la última sonoridad remota,
para que luego ponga, sobre esa última nota,
la Muerte su infinito y eterno calderón....!

OSA HERMANA.....

II

Osa hermana, decrepita, enfermiza, achacosa,
que de las reclusiones pruebas la amarga hiel,
y a fuerza de ser fea me pareces hermosa,
y buena me pareces a fuerza de ser cruel....

Osa que inútilmente tu zarpa que destroza
afilas en tu cárcel frente a la que, en tropel,
pasa impune y traviesa la niñez que retoza
derramando sus frescas risas de cascabel....

Osa que aunque ya eres decrepita y anciana
conservas tu salvaje y ruda furia hircana;
osa que has abrevado en las fuentes del mal.

Osa cruel, del imperio del crimen soberana,
quisiera que me dieras un abrazo, Osa hermana
para que me mataras con tu abrazo brutal....!

YO QUIERO SER LOCO.....

La felicidad consiste en ignorarse y llegar
a la muerte sin haber sentido la vida.

CHATEAUBRIAND

III

Yo quisiera ser loco para no saber nada
del dolor de pensar;
para hacer de mis quejas sonora carcajada,
y con ella llorar.

Yo quisiera ser loco para que en las delicias
de la pasión carnal,
matara a una faunesa y la hiciera caricias
con mi rojo puñal.

Yo quisiera ser loco para olvidar que vivo,
para ya no ser yo;
para mostrarme a todo impasible y esquivo
como alguien que murió.

Yo quisiera ser loco, para ignorar las penas,
el esplín, el placer;
las cosas que son malas, las cosas que son buenas,
el futuro, el ayer....

Yo quisiera ser loco; enfermo sin consuelo
de una locura atroz,
para soñarme estrella, para creerme cielo,
para sentirme Dios....!

EL ESCEPTISISMO.....

IV

Yo soy el buen amigo de todos los vencidos,
yo soy el fiel hermano de los desengañados,
de los que un día creyeron ser, como Cristo, amados
y fueron como Cristo, por crédulos, vendidos....!

Yo soy el que se encuentra cerca de los caídos,
de los que se hallan solos, de los decepcionados;
yo tejo con mis dedos piadosos y adiestrados
el velo gris y amable de los largos olvidos....

Yo soy el que estrangula los más altos empeños,
soy el que siega flores y el que marchita ensueños,
el que sus entusiasmos le roba al corazón;

Soy el que como nube por la existencia avanza,
soy el que apaga el astro de la última esperanza
y el que destroza el barco de la última ilusión!

Canto al suicidio

A las sombras augustas de Manuel
Acuña y José Asunción Silva.

¡Oh, monarca augusto de las cobardías,
príncipe divino de la decepción,
que reinas desde hace ya muy muchos días
doquiera que existe la desilusión.

Caballero andante que vas con tu lanza
segando existencias con locura, y que,
tenebroso, imperas do no hay esperanza,
donde no hay ensueños, donde ya no hay fe.

Señor de las almas que se hallan vencidas,
cansadas de tanto sufrir y sufrir;
enfermas, golpeadas, llagadas y heridas,
sin pasado grato y sin porvenir.

Almas acosadas por las desventuras,
por los sinsabores y por el dolor;
almas que en sus ciegas, sublimes locuras,
buscan anhelantes tu abrazo de amor....

Novio que has tenido tantas novias bellas
que languidecían de oculto pesar,
y que ya cansadas de tantas querellas
quisieron tus labios siniestros besar.

Refugio de enfermos del mal de tristeza,
de los atacados por nostalgia cruel;
de los olvidados del hada Belleza;
de los que no saben de aroma ni miel....

Amigo de aquellos que nunca han tenido
un sincero amigo con el cual llorar;
de los que de afecto y amor no han sabido,
y que ignoran ¡pobres! del bien soñar....!

Consuelo de todos los desconsolados
que van por el mundo cargando su cruz;
de los que están solos, de los olvidados,
¡de los que mendigan, no pan, sino luz!

Puerto de los pobres y los desvalidos,
los desheredados de la humanidad;
de los que lucharon y fueron vencidos,
porque no probaron la serenidad....

El de las neurosis y de las demencias,
de la incontenida desesperación;
el de las enfermas, grises existencias,
el de los que tienen roto el corazón.

Solución en donde ya no hay soluciones;
remedio que curas el mal del esplín:
ilusión en donde ya no hay ilusiones,
fin rápido y breve donde ya no hay fin....

Tú que has consumado los escepticismos
más crueles, con tu alta, divina crueldad;
tú que has explorado los hondos abismos
donde se agitaba tanta tempestad.

Porque acudes luego a donde te llaman
porque a nadie niegas tus consuelos, y
porque los vencidos son los que te aman,
porque los cansados se entregan a ti;

Porque audaz y altivo burlas al destino
en que al hombre el hada cruel encadenó;
porque a nadie niegas tu pan ni tu vino,
Suicidio, por eso te bendigo yo....!

¡Y te tardas aún.....!

Nos acercamos a la verdad cuando
nos alejamos de la vida.

SÓCRATES

Y te tardas aún, muerte querida,
muerte en mis largas noches vislumbrada;
la por mis desencantos adorada,
y por mis decepciones presentida.

Tú, la que en las negruras de mi vida
surges como visión idolatrada,
y con la anunciación de tu llegada
inundas de placer mi alma transida.

Muerte ¡Mi único bien! ven que te espero
desde hace ya no sé ni cuantos días
en la linde sin sombra del sendero;

Ven a vencer mis necias rebeldías;
¡ven, trunca esta existencia que no quiero,
mata estas hondas amarguras mías!

¡Señor, señor.....!

¡Señor! ¡Señor! lo mismo que tú un día,
me encuentro yo clavado en la tortura,
apurando mi cáliz de amargura
en el huerto fatal de la agonía....!

¡Señor! ¡Señor! lo mismo que sentía
tu alma doliente, sola y sin ventura,
en esta interminable noche oscura,
sin consuelo y sin fe, siente la mía.

¡Señor! ¡Señor! con el costado abierto
por donde escapa ya la vida entera,
siento venir, con caminar incierto,

y más triste que tú, la hora postrera,
¡pues te amaron a tí después de muerto
y a mí no me han de amar ni cuando muera!

Dolor ¡oh monje pálido.....!

El dolor como el fuego purifica. V. Vila.

A la inquietud magnífica de
Ramón López Velarde.

Dolor ¡Oh monje pálido de ascéticas pupilas,
de manos afiladas y de burdo sayal;
de las grandes ojeras cálidamente lilas
y de silueta lúgubre y apariencia espectral!

Anacoreta lívido, columnario proscrito
de eternidad sediento, enfermo de infinito;
¡Siempre odiado y bendito! ¡Siempre odiado y bendito!

Dolor, del alma humana artífice genial,
que tienes como símbolos las zarzas y la cruz,
y alumbras a los Santos, hecho aureola de luz,
cuando se diafanizan sus huesos de cristal....

Anacoreta lívido, columnario proscrito
de eternidad sediento, enfermo de infinito:
¡Siempre odiado y bendito! ¡Siempre odiado y bendito!

Misericorde hermano que doras las espinas
y en cada llaga pones una gloriosa flor,
y alumbras el silencio de las sagradas ruinas
con el plateado aroma del místico fervor.

“Soñador incurable, incurable idealista,
que en forjarse otros mundos tu ilusión no persista,

que naufrague tu dulce y divina esperanza,
que se rompa tu escudo y se doble tu lanza

pues la vida no es eso que soñó tu locura,
la vida es amargura.... ¡amargura!.... ¡AMARGURA!....

¡Oh dulce y buen hermano, yo que te quise tanto
hoy no puedo llorarte, porque, al mirar mi llanto

los hombres, asombrados, se reirían de mi pena
y marcharían la albura de mi angustia serena....

mas ya que es imposible llorar ¡mi muerto amigo!
con estos versos hondos y tristes te bendigo,

pues fuiste ¡ave enlutada por la noche sin día!
la imagen más completa de la existencia mía!....

Plegaria póstuma

A la suave ternura de Francis Jammes.

Caíste bajo el galope siniestro de tu mal;
como una cuerda trémula pulsada con furor
se rompió tu existencia que era un manso candor:
un candor puro y frágil, como un limpio cristal.

Te moriste ¡Oh mi perra!, toda fidelidad
y toda mansedumbre, y ternura, y bondad.

Te moriste; por siempre naufragó tu dolor
en tu postrer aliento y en tu último estertor.

Ya nunca más tus ojos con su mirada fiel,
aplacando los ímpetus de mi cólera cruel,
me darán su ternura, cual si me dieran miel....

Ya nunca ¡Oh perra amada!, ya nunca has de calmar
con tu actitud sumisa mi necia rebelión;
¡ya nunca a las estrellas tu hocico has de apuntar
cuando la luna asome su borla de algodón!....

¡Oh perra! que la muerte (que es un océano al fin)
te acoja en su silencio, como en un bergantín
que al reposo te lleve del ignoto confín
donde se abre el milagro del celeste jardín....

Y que, como una ofrenda de franciscano amor,
toda empapada de suaves perfumes de bondad,
sobre tus restos suene el lírico temblor
de estos versos, que angustia un soplo de pavor
que viene de la ignota y augusta eternidad!....

Como dentro del alma.....

Ya todo se va yendo, no queda ya ni un dejo
de la dicha: locuela con quien jugué otros días;
espantadas se han ido todas mis alegrías
y hasta pienso, muy triste, en que me vuelvo viejo....

Del sol de mis amores el último reflejo
murió tras las inciertas e ignotas lejanías,
y me he quedado a oscuras, con mis melancolías,
como un anciano grave que frunce el entrecejo.

Nada hay en mi existencia de encanto y de belleza,
nadie hay en mi camino por el que voy pasando
como una vaga sombra que a deshacerse empieza;

sólo vivo, sintiendo ya no sé desde cuándo,
como dentro del alma una vieja tristeza,
lenta y piadosamente, me va despedazando!

Oh sublime anciana!.....

Cerca de la estufa, silenciosamente,
sentada en tu viejo y antiguo sillón,
hilas tus recuerdos, sabia y diligente,
en la rueca de oro de la evocación.

Llueve nieve fría en tu hermosa frente,
llueven desengaños en tu corazón,
mas tú hilando sigues, y, serenamente,
ves pasar la vida, como una ilusión....

Y así, resignada, tranquila, viviendo
sigues, pero tu alma ya se va extinguiendo
como débil llama de amor y bondad,

¡Oh poema níveo de nardos y ceras,
oh sublime anciana, antes que te mueras,
dame tu limosna de serenidad!....

La letanía del búho

A Maeterlinck.

Inmenso río de olvido nos arrastra a un mar sin
riberas. ¡Oh abismo, tú eres el Dios Único!... Todo
no es aquí abajo más que símbolo y sueño...

ERNESTO RENÁN

Cabe el riñón obscuro de la gruta sombría
un búho dice su negra y amarga letanía:

“Abismo ¡padre santo!, abismo ¡santo abuelo!,
tú que engendraste el loto azul del ancho cielo
donde las alas bordan el milagro del vuelo;

abismo ¡santo hermano!, abismo ¡hermano santo!,
que enjugas con tu sombra de los astros el llanto,
y curas de las almas el hondo desencanto;
¡abismo, tú que has visto y que has amado tanto!

¡Abismo, abismo triste!, ¡abismo, abismo obscuro!,
porque en tu cruel justicia has sido siempre puro;

porque cavas la tumba del fecundo hermetismo,
porque tú te devoras y engendras a ti mismo;

porque en el terciopelo de tu silencio apagas
los ruidos importunos, porque el dolor embriagas

con las serenidades de tu espíritu indemne;
porque eres el profundo, porque eres el solemne,

porque eres el eterno y eres el infinito,
y eres la boca inmensa que grita sin un grito....!

Porque bebes la vida en tus labios, abiertos
siempre, para que pasen por sus arcos los muertos

a la infinita sombra desoladora y fría,
que es como el hondo surco donde revienta el día!

Porque tus soledades pueblan el universo,
y en todas partes vives, siempre igual y diverso,
ya compacto y unido, ya diluido y disperso:
¡en la noche de un mundo, en el dolor de un verso!...

Por las renunciaciones de tu casto ascetismo,
por las sabidurías de tu inmenso mutismo,
yo te bendigo abismo, ¡Yo te bendigo Abismo!....

¡YO TE BENDIGO ABISMO!....”

....Así dijo aquella ave, con el alma desnuda
puesta en la voz opaca, martirizante y ruda,

y, en el mar sin riberas de la tiniebla fría,
nafragó, sin un eco, la sabia letanía....!

Oración exótica

La muerte es la más natural de las funciones. LITTRÉ.
Poema polimétrico. Para Antonio González.

La Muerte es natural,
y matinal
y celestial.

Por eso en las lívidas noches
que alumbran los cirios de luz sideral,
cuando el frágil bajel de la luna
no asoma su prora de niveo cristal;
yo me he puesto a rezarle a la Muerte;
¡mi Santa, mi Virgen, mi eterna ilusión!
esta triste plegaria de llantos,
esta lírica y honda oración:

“Oh dulcísima Señora, la más pura, la más leve,
la de sombra, la de bruma, la de seda, la de nieve;
monstruo y ángel, puma y cisne, zarpa y ala, fiera y ave;
la más honda, la más clara, la más fuerte, la más suave;
ven, diluye mis orgullos en tu inmensa mansedumbre,
haz topacios de mis llamas, haz carbunclos de mi lumbre,
con mi sangre atormentada plasma lívidos rubíes;
de mis lágrimas haz perlas, de mis sueños haz zafiros
y después, cuando huya el barco de mis últimos suspiros,
una cruz haz mi esperanza y un sudario mi altivez!...

La muerte apaga todas las sedes del ideal.

¡OH MUERTE DAME PRONTO TU SENO MATERNAL!

Soñé en un ataúd

(POEMA EXTRAÑO)

Para J. Ferrat.

Soñé en un ataúd
de cristal,
en donde se dormía mi juventud
narcotizada de ideal.

Diez monjes líricos y ancianos;
de sarmentosas manos:
diez místicos poetas
de sayales violetas
(porque ese es el color
de las aristocracias del dolor)
tomaban la gran urna transparente
y la llevaban, silenciosamente,
a una fosa vulgar
a cuya linde, un sauce taciturno,
no dejaba un momento de llorar.

Y ahí, mientras la tarde se moría
envuelta en el mantón de su agonía,
decían no sé qué rara letanía
perfumada de incienso y de poesía.

Anfora (1920)

Y después cuando el pólen de los astros,
llenaba el cielo: cáliz de alabastros
de sedas y de tul,
arrojaban la caja que caía
vibrante
y palpitante,
y se rompía
en un sollozo azul....!

Vampiro, alada sombra.....

Poema simétrico vertical.

¡Bandido de las sombras!.... ¡Vampiro, cruel ladrón
que abrevas en el frágil vaso del corazón,
destroza mi sensorio, bébeme la razón!

Ven
y pósate en mi sien,
y de mis rojas venas toda la sangre ten,

De mi cerebro enfermo roba la masa gris,
las circunvoluciones desdobra de una vez,
y hártate, Vampiro, con la noble embriaguez
del pensamiento vivo en su barro creatriz.

Y de mi neurastenia chupa el vino también
posado ya en mi sien.
Ven

y vacíame los ojos: ¡inútil claridad!
y asesina mi ensueño y mata mi ansiedad
y hazlo pronto, Vampiro.... ¡Por piedad!, ¡Por piedad!

¡Oh cruz!.....

Poema gráfico-simétrico
horizontal y vertical.

¡Amor, amor y
luz! ¡Oh cruz, oh
bella cruz, que
fuiste cabezal
de la pureza y
de la gracia cari-
tativa de Jesús.

En tus brazos que acogieron a los dos brazos divinos,
en el santo aroma envueltos de las manos celestiales,
en tus brazos que se extienden con piedad a los caminos
haz que, rotos, se deshojen mis ensueños peregrinos;
haz que expiren, en un pasmo de ternura, mis ideales
que son gorjas, como tumbas, con cadáveres de trinos.

Y en tu noble
santidad, haz
que llore mi mal-
dad, y que aca-
be mi ansiedad,
y se extinga mi
inquietud. Y en
tu místico candor
haz que duer-
ma mi dolor co-
mo un Santo:
¡alburia y flor de
idealismo y de
fervor, que se
duerme en el
amor de un seráf-
ico ataúd....! Y
así sea mi juven-
tud en la gra-
cia del Señor....!

MI ÚLTIMO VERSO

Mi último verso.....

Mi último verso es para Tí, divino
Jesús, que, en las angustias del sendero,
eres cual un purísimo venero
en donde bebe amor el peregrino.

Es para Tí Señor, para que el vino
de tu sangre me des ¡manso Cordero!;
y para que me enciendas el lucero
que apagó el infortunio en mi camino.

Es para Tí, para que con la aurora
de tu bondad alumbres mis instantes,
y me diga tu voz consoladora

viendo mis ilusiones expirantes:
¡“Mendigo del amor, todavía es hora,
ven a soñar como soñabas antes!....”

POST LIBRIS

APÉNDICE

El verso de los poetas como el de los santos, no requiere descifrarse por gramática para mover las almas. Su esencia es el milagro musical.

R. DEL VALLE INCLÁN

AUN A RIESGO de imitar a George Bernard Shaw, que ocupa la mitad de las páginas de sus libros en explicar o comentar la otra mitad, nos hemos visto en la necesidad de escribir estas líneas, no obstante que ya en nuestro, Propileo hablamos bastante de la gestación de nuestra obra, porque deseamos hacer una explicación que conceptuamos indispensable, a cerca de nuestras violaciones prosódicas, o más generalmente hablando, gramaticales; para que no sea considerado como un fruto de la ignorancia o del descuido lo que (defectuoso o no, acertado o erróneo) ha sido el resultado de inquietantes, continuas y persistentes meditaciones.

Fue la prensa de la Capital, y con motivo de nuestro poema “Los Volcanes” y de nuestro “Canto a la Raza”, la que, desde las columnas de “Revista de Revistas”, que dirige el brillante lírico de “La Hora del Ticiano” y muy levemente primero, y desde el suntuoso rincón de oriente de las “Hebdomadarias” de “El Universal” después, y en forma más explícita; señaló lo que se consideraba como nuestros “defectos prosódicos” o nuestra “prosodia arbitraria”, como dijo en amable artículo, ese Nabab de nuestras letras que escribe versos de oro, de granito y de miel. Y fueron precisamente estas insinuaciones vagas aún, y huérfanas seguramente de toda intención crítica las que, haciéndonos presentir posibles interpretaciones erróneas a la salida de nuestro libro, dieron forma a nuestro

deseo ya concebido, de escribir algo acerca de nuestra manera de usar acentos, mayúsculas, interrogaciones, admiraciones y signos de puntuación.

Mas, he aquí que ya con el propósito de exponer nuestras razones, nos encontramos conque, todas ellas se reducen a una sola; la más imperativa, la más incontrovertible, la más lógica de todas: la necesidad; la necesidad que en el Arte como en todos los planos de la actividad humana ha sido la generatriz del progreso; la necesidad que es la base misma del selectivismo de Darwin, el evolucionismo de Hegel, del dinamismo o el cinematismo de las modernas Sociologías, en fin, de la vida entera, en todas sus fases, en todos sus desenvolvimientos, en todos sus matices, en toda su escala y en todos sus momentos: desde el momento en que comenzó a ser, más allá de los protozoarios, hasta el momento en que seguirá siendo, más allá de los metazoarios, acaso en los limbos ignotos, en los hondos arcanos, en las brumas inciertas donde tienen su origen las intuiciones y las contingencias suprasensibles, que, han expresado o sentido, Maeterlick en sus ensoñaciones, Bergson en sus filosofías y Paul Bougert, en sus observaciones y estudios psicológicos.

En efecto, hacía tiempo que nosotros, desde que nuestra ingénita devoción por la poesía puso en nuestras manos el primer libro, notábamos que había frases que era imposible leer de acuerdo, al par con la entonación que marcaban los signos, y con la que, inconscientemente el espíritu les daba, obedeciendo a la impresión que ingenuamente recibía al romper, sin quererlo y sin pensarlo seguramente, la frágil envoltura de las palabras, para quedarse con la esencia musical del lenguaje y el espíritu trascendental de la idea. Así por ejemplo, había veces en que la entonación admirativa y la interrogativa se confundían irremediabilmente sin poder definirse, y había ocasiones, en que, después de compenetrarnos del sentido del verso, leíamos sin tomar casi en cuenta la puntuación, dejando así que la intuición espiritual, más sabia y más eficaz seguramente que todas las gramáticas y retóricas, encontrara el verdadero sentido del verso y diera a la voz las inflexiones (distintas en cada individuo, como son distintas las reacciones psicológicas y son distintas las capacidades comprensivas, emotivas y volitivas)

que era incapaz de comunicarle la puntuación en su estatismo desesperante, en su invariable uniformidad y en su incurable raquitismo.

Cierto, es verdad, que no podía, ni debía acaso, prescindirse de ella completamente, aun cuando el “Creacionismo” por labios de Ruiz Huidobro, nos dice la manera de substituir la puntuación con blancos y espacios considerándola ya como una cosa irremediabilmente muerta. Ciertamente, igualmente, que era indispensable para SUGERIR aunque no para IMPONER el sentido del verso y la música de la palabra; pero, era igualmente cierto que, para esto, era indispensable hacer de la puntuación y de la acentuación algo menos rígido, algo más elástico, más dúctil, más manejable, a efecto de poder insinuar no solo estados generales o típicos de ánimo, sino, hasta donde fuera posible, matices sutiles del pensamiento, y variadas, especiales, y aún originales emociones.

A este efecto, y después de inspirarnos racional y prudentemente en el ejemplo de Darío, Vargas Vila y otros escritores de menor significación, nos resolvimos a violar las bastante minadas reglas gramaticales, en lo que respecta a la prosodia y ortografía, inspirándonos, no en un simple deseo atentatorio huérfano de toda base, sino, como dejamos dicho, obedeciendo a un criterio hijo de la necesidad y nutrido eficazmente, con el pensamiento de escritores de la talla de Eça de Queíros (“El Epistolario de Fradique Méndez”), Rémy de Gourmont (“Prefacio al primer libro de Las Máscaras”), los hermanos Goncourt (“Mannent Salomón”), Valle Inclán (“La Lámpara Maravillosa”), Rubén Darío (varios estudios estéticos y glosas literarias publicadas en libros y revistas) y Leopoldo Lugones (elogio fúnebre de Rubén Darío pronunciado en el Ateneo de Buenos Aires), algunos de los cuales, como el pontífice de la lírica Argentina, el mago de la prosa en España y el orfebre de la crítica Francesa, reclaman para el lenguaje, el mismo movimiento evolutivo, y la misma corriente innovadora que, la teoría del conflicto de las fuerzas, ha establecido como necesaria, para todo género de actividades, para todo proceso, lo mismo material que biológico, lo mismo biológico que orgánico, lo mismo orgánico que mental.

Esta es pues, la que pudiera considerarse como la razón general de nuestro modo de proceder; ella sola bastaría, indudablemente, para llenar el objeto de este apéndice, pero, a efecto de que se vea hasta en algunos de sus detalles, la aplicación del expresado criterio, vamos a indicar cuáles son, o en qué consisten las modificaciones de que hablamos.

Cinco son desde luego, los grupos que podemos formar con ellas: Violaciones de acentuación, de empleo de signos, de puntuación, de ortografía y de uso de las mayúsculas.

La primera de ellas, impuesta ya, como puede decirse, por el autor de “*Prosas Profanas*”, y que consiste en colocar acentos sobre palabras que no se acentúan, o en acentuar las palabras de un modo distinto al usual, la hemos empleado nosotros, porque, hay ocasiones en que, la sonoridad del verso lo exige, otras en que el hemistiquio o el final de estrofa lo reclaman, y otras aún, en que la necesidad de anular momentáneamente la costumbre de leer de determinada manera se impone, como en el caso de “condór” que todos estamos acostumbrados a leer “cóndor”, o en el clásico ejemplo de Darío que escribe “*Monna Delzá*” en vez de “*Monna Delza*” y “*libelúla*” en lugar de “*libélula*”.

Respecto a los signos, se notará con frecuencia en la lectura de nuestros versos, que hay renglones rimados y hasta estrofas enteras que, comenzando con signo admirativo terminan con interrogación, o viceversa, y que, en otras ocasiones, únicamente se abre o se cierra la admiración o la interrogación. Lo primero se debe ya al deseo de hacer al mismo tiempo interrogativa-admirativa la frase, ya a la insuficiencia de signos fónicos en nuestro lenguaje (que no tiene signos que expresen estados medios de ánimo, estados vacilante e imprecisos,) o ya, por último, a la intención de sugerir un pequeño proceso que, como todo proceso que es un cambio, comienza de una manera y termina de otra: Como una vaguedad interrogativa primero, como una inconsistente afirmación después.

En cuanto a las violaciones en la manera de puntuar, mucho, pero mucho tendríamos que decir, si no fuera porque la naturaleza de este apéndice nos

lo impide, pues, en literatura y especialmente en poesía, una de las cosas más importantes y más imperfectas es la puntuación, ya que hay ocasiones en que, como sucede con los signos interrogativos y afirmativos, no encontramos una puntuación que sugiera determinados estados de ánimo, y otras en que, hay verdaderos conflictos entre la pausa gramatical o ideológica y la pausa métrica y armónica, por lo que es muy frecuente, leer versos en que la gramática mata el sentido musical y otras en que el sentido musical obscurece o destruye la idea.

Precisamente debido a esta imperfección nos hemos visto obligados a dejar algunos de nuestros versos (y hasta algunas estrofas) sin puntuación ninguna, esperando que el espíritu del lector, penetrando nuestro pensamiento y adaptando nuestra emoción a la suya, entone el verso COMO LO SIENTA y lo penetre COMO LO OIGA, de acuerdo con la doctrina simbolista de Mallarmé y Jean Moreas, así como con el pensar de Valle Inclán, aunque sin llegar a las exageraciones de los que, con “los simultaneistas”, “imaginistas” e “unanimistas”, forman la vanguardia revolucionaria de la lírica actual.

También, en ciertas poesías como en “Los Volcanes”, con objeto de sugerir impresiones de vaguedad, de misterio o de pasmo, usamos con frecuencia los puntos suspensivos encerrados o fuera de las admiraciones y las interrogaciones; y ha habido circunstancias en que la musicalidad del verso o el carácter rotundo y austero de la prosa, nos han obligado a abusar de la puntuación; en el primer caso para marcar mejor el ritmo, y en el segundo, para que, cortando con frecuencia el relato, reciba el espíritu la sensación de algo hecho a golpes de masa; de algo ciclópeo, robusto y hasta defectuoso, que dé la idea de las angustias del alma, las inquietudes de la vida y las profundas tormentas del corazón.

Por lo que toca a la ortografía de ciertas palabras intencionalmente modificadas, diremos que ha tenido por objeto, igualmente, despertar en el lector un eco más fiel de nuestra sensación armónica; así por ejemplo, si hemos alterado la ortografía de la palabra Djenana, escribiendo Djennana en una ocasión y Dçejennana en otra, ha sido porque, por medio de la primera modificación, hemos

querido dar una impresión de voluptuosidad, de elasticidad, de imprecisión y muelle indolencia, y con la segunda, hemos pretendido contraer la entonación y redondear la palabra, con el fin de que, el verso en que se la usa, no pierda su agilidad y brillantez. Lo mismo hicimos con la palabra Bassora y Basora que es el nombre de una misma ciudad y con Samarkanda y Samarcanda, procediendo así de la misma manera que Rubén Darío.

No faltará seguramente quien encuentre estos razonamientos demasiado sutiles, pero para quien haya penetrado la maravilla armónica del verso y para quien, a través del parnasianismo, culteranismo y exquisitez de un José María de Heredia, un Teófilo Gautier, un Gaspard de la Nuit y un Leconte de Lisle, haya sentido la emoción estética que despierta la belleza de la forma y la impecabilidad de la música interna del poema, para ese, quizá nuestras violaciones parezcan más tolerables y las razones en que las basamos, menos endeables. Es más, en un artículo que no recordamos si es de Brounetière, Paul de Saint Victor o de Antonio Caso cuando hablaba sobre el “Bovarismo”, recordamos que se decía que, el admirable Gustavo Flaubert, había revelado su genialidad hasta en la circunstancia de haber escrito el nombre de su heroína “Salammbó” con doble “m” pues de esta manera el título de su libro sugería, desde luego, la idea de la lunática voluptuosidad, la misteriosa seducción y la poética y mística existencia de la virgen cartaginesa hija de Hamilcar, y exótica princesa de los Barcas.

Acerca de la última violación o sea la que se refiere al uso de las mayúsculas, vamos en seguida a sintetizar nuestros razonamientos, expresando cuál fue el origen y cuál el fin de semejante innovación.

Repetidas veces habíamos notado ya que, a las deficiencias de los signos prosódicos propiamente dichos, se unían la carencia absoluta de signos que llamaremos fónicos, o sea aquellos que desempeñaran en la poesía el papel que el “piano”, “forte”, “crescendo”, etc., etc., desempeñan en la música. Así, cuando la fuerza creciente de la idea exigía un medio sugerente que obligara al lector a penetrar más en el pensamiento o a vigorizar más la entonación, teníamos que

conformarnos con el auxilio insuficiente del signo afirmativo que no indicaba gradación ninguna, sino que, uniformemente, hacía resaltar todas las palabras de una frase lírica, dotadas de importancia distinta. Además, había veces en que, sin desear despertar la admiración, queríamos únicamente detonar la importancia relativa de una sola palabra, de un nombre por ejemplo (colectivo o individual, es indiferente bajo el punto de vista fónico) y en estos casos no podíamos hacer uso de ninguno de los signos conocidos, so pena de incurrir en exageraciones ridículas, que por otra parte, hubieran estado muy lejos de satisfacer nuestros deseos. A este fin, y con objeto de allanar en lo posible las dificultades, en tanto logran introducirse en el lenguaje, un género de signos especiales, sugerentes de gradaciones emotivas y entonaciones diversas (como el empleo adecuado de los signos de “mayor que” o “menor que” y la introducción de “calderones”) creímos oportuno utilizar las mayúsculas –que comunican más importancia a lo que con ellas se escribe y fijan mejor la atención del lector– en palabras y aun en frases enteras, que quisimos hacer sobresalir ideológica o armónicamente, o ideológica y armónicamente a la vez; o que deseamos indicaran el fin rotundo y sintético de una gradación creciente. Ejemplos de estos son “La Letanía del Búho”, “Después de la Tragedia” y “Dolor, Oh Monje Pálido” que forman parte de este libro. Asimismo, figuran en esta obra, composiciones en las cuales hay palabras escritas con mayúscula que ordinariamente con minúscula se escriben, por ejemplo “Mago”, “Hadas”, “Gnomos”, etc., etc., y que nosotros intencionalmente hemos puesto en esa forma para revestirlas de mayor importancia, dando mayor valor a lo que expresan.

Y he aquí concluida nuestra justificación. Naturalmente que dentro de ella, no caben ni pueden haber las irremediables erratas, de que, hasta los libros impresos con el mayor esmero adolecen. Esas faltas casi siempre insignificantes y algunas veces de importancia, esperamos que las corrija el sano criterio del lector, guiado por el sentido del poema, o la idea central de la prosa.

Nuestro apéndice pues, toca a su fin y con él, al par, la última página de nuestro libro. ¿Habrán bastado nuestras razones para justificarnos? Si así no sucediera, ni fuera suficiente para probar que los viejos moldes nos son tan conocidos como los modernos, el hecho de haber publicado en esta misma obra sonetos de corte rigurosamente clásico y poemas de forma absolutamente antigua como “Covadonga”, téngase presente que, acaso la imperfección misma de nuestro libro, puede ser un argumento favorable en pro de su sinceridad; y hasta una circunstancia propicia a su escaso mérito. (1) En efecto, hay deficiencias, hay errores, hay faltas que son necesarias: Verlaine decía que era preciso expresarse de modo que las palabras tradujeran imperfectamente el pensamiento; Rodin y Miguel Ángel (que eran profundos anatomistas) dislocaban intencionalmente los miembros de sus figuras, dilataban exageradamente sus músculos y hasta, para dar la sensación de la angustia, del pasmo, del arrebató y del movimiento, les comunicaban actitudes únicas y posiciones excepcionales; y cuenta el más hondo y musical de los prosistas hispanos que, ese Artista impecable que se llamó Leonardo da Vinci, alteraba genialmente las facciones de sus modelos, seguramente porque, con la poderosa intuición del genio, ya sabía, como lo han expresado más tarde Emilio Zolá y Eça de Quéiros, que el arte, lejos de ser una copia servil de la realidad y una sujeción a determinados prototipos, es “la Naturaleza misma, vista a través de un temperamento”, “o un resumen de la Naturaleza hecho por la imaginación”.

(1) Dentro de este criterio y con el deseo de destruir monotonías a veces insoportables, hemos roto intencionalmente el metro y dislocado el acento, en algunas de nuestras producciones.

Mirras: poemas orféticos
(1932)



DEDICATORIA

A la sombra nívea y bienamada de Carlos Gómez Tagle y Villela, el amigo fraterno, testigo de mis devociones rítmicas y de mis líricos transportes, cuya vida en flor –promesa de excelsitud, realidad de bondad– se quedó arrodillada en el umbral de perfumes de la primavera.

Y a vosotros, mis discípulos ejemplares, mis filiales amigos, mis hermanos menores en el dolor y en el fervor estético, cuyos nombres callo, porque para mí fuisteis siempre inmateriales y radiosos como una aurora de espíritus.

EPÍGRAFE

TODA emoción compartida es un vínculo, y con ello, un fenómeno de amor. Más que ninguna otra, entonces, la de belleza es una predisposición a la concordia. Así, desde la tribu más salvaje hasta la nación más civilizada. Individualmente hablando, la emoción de belleza es un estado de generosidad, o de “vitalidad superior”, como se ha dicho con acierto. El goce de la belleza es la mejor educación de los sentimientos sociales; y la propia organización estadística en que consiste la inteligencia, resulta un sistema estético cuando trasciende a metafísica.

El sujeto y el objeto más precioso del amor, que es la mujer, dedica su vida estética a ser ella misma una obra de arte. Por esto, en la tribu salvaje y en la nación civilizada, su traje atiende mucho más a la belleza que al abrigo; sus sacrificios por aquella, son igualmente grandes. La más desinteresada forma de amor, que es el misticismo, manifiéstase en palabras de belleza. Canta su gozo con las mismas expresiones del amor carnal, porque se trata, como dije ya, de una necesidad imperiosa, y con ello, de una satisfacción indispensable; sin belleza no se puede vivir.

Tal es el motivo de su defensa contra los atentados que, como a todo bien, la amenazan, empezando por la indebida apropiación de su precio que es la gloria; despojo intentado por medio de subterfugios con los cuales se finge la realización artística, para libertarla, según se afirma, de las reglas que inútilmente la traban.

Toda la estética es docencia. Su principal conclusión, vigente desde la antigüedad helénica, es que no existe obra de arte donde falta la norma fundamental de

proporción, sobre la cual se organiza la vida entera, o en que consiste el equilibrio vital. La norma artística puede obedecer a un canon o a una razón matemática, pero no a capricho; porque proporcionar los elementos de un equilibrio estable, no es disponerlos como se quiere, sino como se puede: limitación natural que impone el concepto de jerarquía. Proporcionar elementos, es subordinarlos entre sí. En éste, como en todos los órdenes, la libertad y la igualdad absolutas son sendos contrasentidos anárquicos reducibles a una negación total.

Este principio elimina de suyo la inoficiosa cuestión entre fondo y forma; transposición estéril de la diferencia teológica entre alma y cuerpo. La entidad artística es fondo y forma a la vez, como la humana es alma y cuerpo; de tal modo que solo la muerte presume su desintegración. Mientras una y otra persisten, el alma se manifiesta por el cuerpo y el fondo por la forma. El alma sin el cuerpo y el fondo sin la forma, son abstracciones incoercibles.

Tampoco ha sido arbitraria sino de selección natural, la distribución proporcionada de los elementos normales. Así es como han llegado a organizarse en sistemas que constituyen la técnica de las bellas artes. De esta suerte hay en cada una de ellas elementos que no es posible mezclar sin producir una impresión desagradable y malograr la expresión artística. Quienes gozan con ello, pues los hay, son seres aquejados de perversión moral o física, ya lo hagan por vanidad y singularísimo, ya por complacencia espontánea. Hay una patología del gusto que es el “mal gusto” por definición y la caracteriza aquella preferencia de lo feo, lo contrahecho y lo ridículo. Como toda afección enfermiza, atenta contra la prosperidad vital cuya manifestación, que es el gozo de vivir, constituye, esencialmente, la expresión artística. Así hasta cuando ésta es de dolor, infunde el consuelo de la belleza y la caridad de la simpatía. El objeto del arte es, pues, comunicar emociones; de tal suerte que apenas predomina en el propósito artístico la noción intelectual, el ingenio se sobrepone al sentimiento y la curiosidad a la simpatía, y el arte se convierte en artificio. Aquél es una emanación de adentro hacia afuera; éste, una construcción puramente externa.

Sucede esto mismo cuando el crítico que descubre y formula las condiciones constantes en que la obra de arte se realiza, erige dichas reglas de apreciación y aplicación racionales, en método de engendrar, o mejor dicho, de fabricar belleza, como quien pretendiese crear estrellas por medio de la astronomía. Ese método es la retórica, cuyo propósito, conforme se viene a ver resulta el mismo de la anarquía. Así en la poesía, la abolición de la rima, por ejemplo, que es el elemento indispensable a la existencia del verso castellano, constituye una negación en la cual coinciden, el académico de la preceptiva clásica y el retórico de la nueva sensibilidad, que de él abomina. Por eso tengo dicho que aquélla es, al fin de cuentas, una nueva retórica.

El arte intelectualista es un contrasentido estético y un despropósito fundamental. Por esto, antes que en la creación, su afán consiste en la emancipación de aquellas condiciones de crear que jamás estorban a ningún verdadero artista, según lo enseñan, constituyendo la verdadera prueba del experimento recíproco, la abundancia de grandes obras creadas bajo esa pretendida opresión, y la falta de una, siquiera, engendrada en el intelectualismo y la anarquía. Por eso el arte intelectualista persigue resultados políticos, sociales, filosóficos y hasta científicos, olvidando que el único objeto de la creación artística es la belleza, por medio de la cual realiza el artista el bien que en la sociedad le corresponde y descubre la verdad concerniente a sus propósitos y a sus medios –y en esto consiste la tríada arquetípica– una moral y una verdad estéticas, como hay una ética y una belleza científicas y filosóficas.

Y la moral en arte, como en todo, es disciplina, vale decir construcción sistemática, y, de consiguiente, subordinación jerárquica de los elementos de construir a su plan metódico. Así, forzosamente, desde la formación de la misma frase que lo niega, hasta cualquiera organización viviente o estable.

La defensa estética es un caso de orden social: la preservación más eficaz contra la anarquía, en los países latinos especialmente. Defender la belleza es defender la vida en su manifestación más elevada y gloriosa porque es la única

Horacio Quiñiga Anaya. La luz del conocimiento

que, una vez lograda, sobrevive a toda verdad y a toda ética, y la única también que en el gozo de la vida lleva el estímulo y la posibilidad de engendrarla. La verdad y la ética son productos de la civilización. La belleza, crea la civilización con su irrefragable necesidad, que es la misma del amor omnipotente.

LEOPOLDO LUGONES
(*Función Social de la Estética*)

MIRRAS

- Mirras** que glorifican el sacrificio de la tierra y el holocausto de la savia.
- Mirras** que sangra la estóica reciedumbre del tronco para tornarse fluida, perfumada y misericordiosa.
- Mirras** con las que llora la tragedia íntima de las raíces esclavas, ciegas y mudas pero no sordas –ellas escuchan mejor que nadie el ritmo del corazón del mundo– que fluye en la seda traslúcida de las gomas, para desatar sus ansias de vuelo con los dedos múltiples y resplandecientes de las brasas liberatrices.
- Mirras** que burlan el destino de las miserias recónditas, trocando la arcilla en bálsamo y convirtiendo la opacidad de las glebas en el oro fluido, trémulo y rútilo del liquidámbar.
- Mirras** de los Reyes Magos y de la Reina de Saba, cuyas suavidades acariciadoras reivindican las rudezas del instinto y cuyas desmayadas elegancias –ósculo, arrullo y miel sobre los muslos ledos– rehabilitan los bárbaros desenfrenos de la bestia.
- Mirras** supremo signo del poeta que ductiliza el hierro de las desesperaciones para brindárnoslo en la blandura del éxtasis y que, con la sufrida carne del barro, plasma el portento de sus euritmias y modela los frisos helénicos de sus músicas.
- Mirras** así, extraídas como apoteosis de belleza, de las diarias derrotas de la vida, implacable para todos los que nacen con una promesa de alas en los hombros y una anticipación de estrellas en la frente.

Mirras hijas del dolor; jugos de la angustia y el tormento, pero jugos de contrición en los que la miseria se redime y la tristeza se glorifica y el dolor se transfigura, tales son estos versos de torpes resonancias rubenianas, un poco galantes y un mucho pictóricos y rítmicos a la manera de Watteau, Le Brun, y Fragonard, o al modo de Goudinel, Mozart y Rameau; que no aspiran a la pura musicalidad que intentan mis SINFONÍAS; ni rebosan la sinceridad tan antigua ya y tan ingenua de mi fervorosamente ridículo MINUTO AZUL; ni llegan a la polifónica magnificencia que anhelé entubar en el delirio de clarines de mi SELVA SONORA, en cuya arboleda de largas gargantas sinfónicas, crinadas de himnicas vegetaciones, quiso mi empeño demente atar el ronco galope de los truenos y amarrar las hordas flamígeras de los relámpagos.

Anna Pavlova

Hialina
danzarina
de los pies de lis,
al fin se desenreda
al son de la lira de un fúlgido aeda,
la madeja de músicas de tu cuerpo de seda
que borda un friso pitagórico en el ingrávigo tapiz!...

Disuelta en la gracia de un ritmo, ya vas
libre de la cruz
de la carne, ensayando muelles cadencias de paz
sobre blandos celajes de plumón de avestruz.

Sonrisa
de brisa
que apenas si riza
los bucles dorados del Niño de Jesús,
ya eres nada más,
la bruma
de un sueño de gasa, la espuma
de un vuelo de luz!...

¡Gloria a ti
que así
transfiguraste el barro en gala
el plomo en ala
y la serpiente de Eva en alelí!

¡Gloria a ti
epifanía
de tul,
porque en las manos del silencio ¡Oh Pía!
nos dejaste los éxtasis de tu coreografía
como el lirio de un astro entre los dedos de un plenilunio azul!...

En
la muerte
de la divina
coreoplasta.

El idilio encantado

Yo amaba a una princesa, –¿Era Xochiquetzal?–
más bella y más preciosa que un rico chalchihuitl,
divinamente claro su amor, como xihuitl,
untaba sus fulgores en mi altivez brutal.

Una paloma zura con un regio quetzal,
cabe el minuto de oro, bajo el celeste añil.
fingía, en un beso, la nieve del huipil,
junto al fastuoso lujo del bélico chimal.

Perpetuamente unidos la crin y el arrebol;
el puma siempre dócil, la estrella siempre fiel...
pero en los mares vírgenes bogó el sueño español.

y la princesa bruna, perdida en el tropel,
se echó en los firmes brazos de un vástago del sol
como un collar de besos que rueda en un laurel...

Lira ferviente

Maestro: Melodía
y fuerza al par, firmeza y dulcedumbre,
verso de rosa en el azul del día
y en el rudo crestón grito de lumbre!

Maestro: Agua de seda,
y de bondad
y caridad
ferviente;
¡linfa de arrullos, franciscana y leda,
chorro de notas líquidas que rueda
del corazón de ritmos de la fuente!

Poeta: Una muy suave,
una muy dulce psiquis milagrosa;
como de lis, como de flauta y ave,
como de brisa, y beso, y mariposa!...

Poeta: Flor
y fulgor
y musical mentira
¡los tres motivos del blasón egregio
que integran el sublime sortilegio
del jardín, de la aurora, y de la lira!...

Mirras: poemas orféticos (1932)

Pensador: Es diamante
y luz la voluntad que en Dios se abisma,
por eso, soñador y vigilante,
ve un paraíso en la verdad distante
y un vergel de alboradas en el prisma!

Pensador: Una mano
que se tiende al azul como en un vuelo;
un bólido sediento del arcano,
y un ala en cuyo triunfo soberano
arde el botín flamígero del cielo!

Poeta, pensador, maestro...Bella
fue tu vida y también augusta y santa;
¡con razón ascendiendo por tu huella,
se llega al nido de oro de la estrella,
donde la luz, como una alondra, canta!...

A la ilustre
memoria
de mi maestro
el Lic. Felipe N.
Villarello.

Azul

La montaña está azul y azul el cielo;
azul el horizonte y la llanada;
azul, azul, la brisa embelesada;
azul, azul, el lago y el riachuelo.

Ágil y buena al par, como un chicuelo,
la mañana bajó hasta la hondonada
y todo se hizo azul con su mirada,
¡azul...azul...azul...azul de anhelo!...

¡Azul!...¡Azul!...¡Qué grata, qué serena,
qué dulzura tan honda y tan divina,
tan leve y mansa, tan amable y buena!

¡Azul!...¡Azul!...¡Hay algo que fascina;
huele el azul a nardo y a verbena,
y ebria de azul, la eternidad camina!...

Batiza

Suave,
leve,
nazareno
granito de luz;
¡quién pudiera ser ave,
quién pudiera ser nieve,
quién pudiera ser bueno
para ver cómo doras el heno
de la cuna del niño Jesús!...

Deliciosa
dulzura traída quizá
de la bombonera de la mariposa
o de la vitrina de miel de la rosa
donde toda el alma del jardín está.

Adorable
juguete divino
y humano;
pequeñez inefable
de un trino
tan fino, tan fino,
que se quiebra al posarse en la mano.

Gota de agua de besos de seda;
tal un solitario

donde la alborada sonriendo se queda,
como en un estuche o en un relicario.

¡Batiza! ¡Batiza!
arco iris de arrullos en una sonrisa;
quintaesencia de una leyenda pintada
en las láminas mínimas de una sola mirada;
vergel de canciones en un balbuceo;
música que es párvulo botón de gorjeo!

¡Batiza! ¡Batiza!
primor
de un trocito de vida inmortal;
miniatura de un sueño de amor
celestial;
¡Batiza! ¡Batiza!, ya que eres flor
y ruiseñor,
plegaria y arrullo, beso y madrigal,
para hacernos leves la angustia y el mal
pídele unos bálsamos a Nuestro Señor!...

A Batiza
Marina
Carniado
sonrisa de
arrebol en los
labios del día.

Salve

Seda de un eco suave y azul de la Colonia;
terciopelo sonoro de un trasunto de Francia;
musa de gobelino mágico de elegancia;
inspiración de dócil fayenza de Sajonia.

Hermano del translúcido soñador de Bolonia
que en eurítmicas curvas sus fervores escancia;
brujo que pule tenues músicas de fragancia;
viento de ruseñores de las selvas de Jonia.

¡Salve, panal que nutres el corazón del día!
¡Salve, luz que resbalas por los vagos caminos
y que enciendes el ritmo de toda pedrería!

¡Salve, rubia mañana de los cielos latinos,
pues por ti fué la América, melodiosa y bravía,
como un tigre que doman latigazos de trinos!...

En la tumba
sonora del
poeta de los
cisnes.

¡Belleza, belleza misericordiosa!

Monarca sublime de toda belleza,
orfebre divino de toda armonía
que labras del sueño la inmóvil turquesa
y pulas los claros diamantes del día;

Ya ves, nada alcanza la gloria del vuelo
que abate horizontes con sed de infinito;
en vano golpea tu afán el granito
volviéndolo suave como un terciopelo.

En balde has pulido tu armónico fruto
y escanciado esencias y almíbar de Jonia;
el mundo no quiere tu genial tributo:
¡Ignoran los hombres quien fué Benvenuto!
¡Ya nadie se acuerda de Juan de Bolonia!

La seda del canto qué importa a la vida
que sacuden torvos instintos brutales;
¡qué importan al fango los limpios cristales!
¡qué importa a los belfos el ala tendida!

¡Qué importa el ensueño, la dulce esperanza,
la fe inagotable que jamás nos deja,
si todo es esquife que siempre se aleja,
si todo es miraje que nunca se alcanza!

Mirras: poemas orféticos (1932)

La bestia no estima lauros ni pendones,
rechaza los fúlgidos timbres inmortales
y mientras sus cascos huellan los rosales
barre con sus crines las constelaciones.

Eurítmica virgen, la aurora pagana
sucumbe en la noche del procaz deseo;
¡Centauro marchita los lirios de Diana
y Hércules destroza la lira de Orfeo!

Payaso con alma de lírico asceta,
borracho de luna, Pierrot agoniza;
Beatriz se pierde como una sonrisa,
como una mirada se esfuma Julieta!

Hamlet es la sombra de una sombra vana;
Cyrano es el eco del eco de un canto;
la angustia de Ofelia naufraga en un llanto
y expira en un ósculo la luz de Roxana!...

Por sendas azules, con tímido trote,
cargado de rosas se va el Rocinante
a ver el entierro del príncipe andante,
del adamantino Señor Don Quijote!...

Se aleja la diosa de senos desnudos
que surgió en dormidos piélagos de plata,
y pasan los cisnes, solemnes y mudos,
llevando el cadáver de la serenata.

Todo se derrumba: virtud, poesía...
los rudos silenos han roto el amor;
las fauces abrevan fuentes de ambrosía
y helada en la gorja la dulce armonía
enfermo de arrullos murió el ruiseñor!

El tenue Francisco, la blanca Teresa,
el arobo grácil de Juan de la Cruz...
¡huyó para siempre la inmortal pureza
y allá, en un suspiro de inmensa tristeza,
solloza plegarias la voz de Jesús!

Y tú, sí, tú mismo, poeta divino,
miraste –vencida tu egregia locura–
hundirse en un sordo trueno de pavora
la nave armoniosa del rítmico trino.

¡Comer! ¡Que el planeta se vuelva nosotros!
¡Comer! ¡Que en nosotros palpite el planeta!
¡Que aviente el deseo su dura saeta!
¡Que azuce el instinto sus ávidos potros!

¡Que doquier se expriman vetas prodigiosas,
que en todo haya sangre del rubio metal
y que se le arranquen sus piedras preciosas
al maravilloso cofre sideral!...

¿Aplaca los ímpetus del mal, la mentira?
¿Nos lleva a otros limbos la rubia ilusión?

Miras: poemas orféticos (1932)

entonces, ¡Que rompa sus cuerdas la lira
y que crucifique su alucinación!

¡Las aves!... ¿Qué cosas nos brindan las aves?
¿Qué bienes derraman en nuestros destinos?...
¡De nada nos sirve la miel de sus trinos
dorados y bellos, piadosos y suaves!

¡Las flores! ¿Las flores?... ¡Qué lujos tan vanos:
efímeras sedas que chafan las brisas,
qué cosas nos brindan sus frescas sonrisas
si mueren apenas las tocan las manos!...

¡Oh epopeya bárbara de fuerzas impuras!
¡Oh salvaje triunfo de impuras pasiones!
¡La especie con vuelos...pero sin alturas!
¡El siglo con alas...pero sin canciones!

¡El polvo que enturbia la cumbre radiante!
¡El barro, desnudo de toda grandeza,
lejos de la chispa, lejos del diamante,
lejos del espíritu!..¡Oh tú, rutilante...
beso de los astros, divina Belleza!

¡Belleza, Belleza misericordiosa,
di al hombre mezquino que Dios lo redime
si mira un lucero, si besa una rosa,
o si ve en el iris de la mariposa
el prisma con alas de un sueño sublime!...

La perrita Dolly

Inquieta, pequeñita, elástica, nerviosa,
con terciopelos tibios en la joyante piel;
como tallada en jade o en ágata preciosa
por un miniaturista de lirico cincel.

Alegre y elegante, traviesa y armoniosa,
parece que en su cuerpo se agita un cascabel;
y salta entre las flores como una mariposa
que busca en los nectarios los besos de la miel.

Tanagra, figulina, capricho de Sajonia,
como el divino bronce del mago de Bolonia
toda eres un compendio de eurítmica triunfal;

¡Oh fiel y noble amiga, cual una esclava nubia
guardar debes los cisnes de la princesa rubia
que escribe en un suspiro su amor de madrigal!

El corazón parlero

Madre, mi corazón canta que canta,
parece un
niño, loco, un arroyuelo
de lírica virtud,
o uno de esos gorriones parlanchines
que riegan trinos y que beben luz!...

¿Lo escuchas? ¿No lo escuchas, madre mía?
Si parece un frú-frú
de alitas melodiosas; si es muy suave,
muy suave, como pluma de avestruz...

¿Qué bonito, verdad?...Allá en el fondo,
muy adentro, dijérase un laúd
que riñe a mis angustias porque lloran
y bendice a mi ensueño por azul!

¿Qué bonito, verdad? ...¡Sí, que bonito!
ningún
concierto es más hermoso ni más dulce:
simula que, al trasluz
de un vidrio de colores, se tamiza
el trémolo del arpa de un querub!

¿Qué bonito, verdad?...Y, tú no sabes
por qué es así esa música de tul,

y de gasa, y de arrullo y de caricia,
que perfuma el capuz
del silencio y que en mis decepciones
es un trino besando un ataúd?...
¿Por qué es así?... ¿No sabes?,
¿No lo sabes, mi lírico, mi santo Visapur?
—¡Pues es así por ti, por tus gorjeos,
porque en mi corazón habitas tú!...

A mi Madre
la Señora
Carmen Anaya
de Zúñiga.

Funerales de príncipe

En el faro alejandrino ya no brilla la linterna,
las campiñas atenienses han chafado sus rosales;
está helada la armonía de los jónicos panales
y la luz muere en los belfos de una noche sempiterna.

De los labios armoniosos se ha secado la cisterna,
ya son tumbas de gorjeos las alondras inmortales,
y en la plata y en el oro de las rutas siderales
va volando, hecha suspiro, la inefable voz eterna.

¡Ya expiró el monarca eximio de las regias oraciones,
de las líricas golcondas, de los limpios corindones;
ya murió el último hermano de Pericles y Platón

y hoy conducen su cadáver de argonauta de bellezas,
sobre mares de amatistas, rumbo a playas de turquesas,
en el barco de zafiros de los sueños de Jasón!

En la muerte
de Jesús Urueta
nuestro último
ateniense.

El poema de la flor

Flor,
perfumado hechizo,
fragante y mínimo esplendor;
relicario de seda para el rizo
dorado del fulgor;
trozo minúsculo del paraíso,
urna de besos de Nuestro Señor.

Hamaca de la brisa
que riza
los bucles odorantes del jardín;
mirador de la mariposa poetisa,
columpio del rocío danzarín
(del arco iris nómada sonrisa)
que hace cabriolas y se irisa
como un temblor de brillos vestido de Arlequín.

Licorera
de néctar y tul;
bombonera
de la primavera
que exornan los silfos con lazos de azul.

Flor suave,
sedosa
y fina

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

como el lirio que casi es alma y ave,
o como la rosa
que es brote de la piedra preciosa,
o como la eglantina
que sabe
(egregia flor maravillosa)
del verso que desata su vena melodiosa
sobre el silencio muelle de la inmortal colina...

Flor leve,
fragante
y pura:
nardo benedictino de paciencias de nieve;
jazmín desfalleciente por la gracia distante
y azucena clarisa devota de blancura.

Flor sencilla:
“maravilla”
del campo; violeta,
flor zagala,
como colegiala,
como anacoreta;
flor de anhelo
suspensa en un vuelo
de aroma:
heliotropo de azules que incensan el ritmo del ala;
“no-me-olvides” color de un idilio que asoma
y por sendas de arrullos resbala...

Botón de azahar,
botón de cerezo:
preludio de un beso
y de un ensoñar.

Flor alada,
bruja,
multicolora:
amapola elaborada
en una mágica burbuja;
girasol pintado por un hada
con el pincel de sueños de su aguja
y geranio que decora
con sus labios pintores Scherhazada,
cuando, recién nacido de la aurora,
el cielo es más azul que una mirada!

Flor autóctona: gayo
prodigio de tonos triunfales,
“zempazúchiles”, dalias, campánulas matinales...
Los siete latidos del rayo
solar que se acuerdan en siete cromos vegetales;
¡la misma paleta que alza el guacamayo!
¡las mismas estampas que abren los quetzales!

Y el crisantemo y el loto,
el nelumbo, el nenúfar, la glicina,
los tréboles y los lises:
parvas reminiscencias de un paisaje remoto

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

que amanece en el nácar de una concha marina;
fabuloso arabesco de matices;
florilegios de savias de Bassora y de China;
símbolo de elegancias que culmina
en las fiestas galantes de los Luises.

Y los claveles mosqueteros;
y los kalifas tulipanes,
y las doncellas margaritas de los encantos agoreros
y de las hojas taumaturgas como nevados talismanes.

¡Danza infinita de las flores!
¡Kaleidoscopio que en regueros
multicolores
se derrama
y va pintando los alcores
y acuarelando los senderos!

¡Oh la visión esplendorosa como de un cuento de sultanes:
bajo un zafiro (el claro cielo) que en resplandores de oriflama
quiebran y astillan los volcanes,
toda la tierra –inmenso prisma desbaratado en panorama–
como un crepúsculo que loco de brillo, lumbre, fuego y llama,
rueda hasta el mundo en el milagro de una pradera de faisanes!...

* * *

Flor, de la arcilla franciscana
salmo de pétalos y miel;

sonrisa que se desgrana
de los labios de la mañana
y es música en la pauta fragante del vergel.

Misal aéreo del perfume,
de los matices facistol;
altar en donde se consume
un grano mínimo de sol;
redoma en la que Dios resume
iris, destello y tornasol.

Isla de esencias, para el fino
y diamantino
colibrí;
Cólquida rútila e intacta
de la libélula argonauta
de vidrio, esmaltes y turquí.

De las abejas gambusinas,
piratas de mieles aurinas,
gruta de Ali-Babá;
y de los ósculos Simbades,
puerto de róseas vaguedades
adonde todo ensueño va.

Flor, ¡Oh breviario de hermosura,
álbum de pétalos de la ternura,
Mil y Una Noches del celaje
y del miraje

Miras: poemas orféticos (1932)

y del color,
en cuyas párvulas tricromías,
pintan sus breves melodías
los madrigales perfumados
y embelesados
del amor!...

Esplendor occiduo

Sobre una alfombra bruja de gayas pedrerías
se tiende una radiante bandera de fulgores
y todos los minutos se llenan de colores
y todos los silencios se pueblan de armonías.

La luz, la luz egregia que vuela en fantasías
y treme sus preclaros y regios esplendores.
¡La luz! ¡De luz se vuelven las aves y las flores!
¡La luz! ¡Son luz que canta las blondas lejanías!

¡Oh tarde prodigiosa de encantos peregrinos!
¡Oh tarde de sonoros prestigios orientales,
de príncipes azules y vagos Aladinos!...

¡Oh mágico crepúsculo, tus pompas siderales,
arrojan a puñados diamantes que son trinos
y versos que se vuelven zenzotles y quetzales!...

Las tres sombras líricas

(Don Quijote,
Pierrot y
San Francisco)

—¡Oíd, esa es la voz de Dulcinea!—
—¡No, es el suspiro azul de Colombina!
—¡Hermanos, es un pájaro que trina,
es la hermanita brisa que aletea;
es el agua, es Sor Agua que camina;
es el agua, es Sor Agua que gorjea!...

Y escuchando los tres, quedaron mudos
de asombro ante la dulce maravilla,
como tres lirios férvidos, desnudos
de toda vanidad, junto a la orilla
del arroyuelo, cuya cinta leda,
resbalaba como un sueño de seda
sobre la tierra cándida y sencilla!

Mudos quedaron, pero, poco a poco,
ante el divino encanto de las cosas
fueron abriendo sus ocultas rosas;
y habló el payaso, el inefable loco,
y el santo de las preces luminosas.

Cada uno fué diciendo su armonía,
cada uno fué rezando su canción,
y así surgió la bella sinfonía
de cada embelesado corazón.

Don Quijote

–“Es la clara Dulcinea, mi divino amor distante;
yo conozco bien el timbre de su voz hecha de trinos,
muchas veces ha regado su frescura en los caminos
que recorre la fatiga de mi enteco Rocinante”.

–“Es su voz, tiene los limpios esplendores del diamante;
en sus múltiples matices hay fulgores peregrinos;
es la misma que susurra, bendiciendo mis destinos:
¡Caballero, ve adelante... ve adelante...ve adelante...”

–“Es la misma, la conozco: suave y dulce, mansa y queda;
muy más ágil que la pluma; muy más dócil que la seda;
es su voz, ¡voz de esperanza, de ternura, de candor;

voz celeste, voz divina, milagrosa voz de plata,
que en las noches se desdobra como albor de serenata,
sobre el negro terciopelo donde duerme mi dolor!...”

Pierrot

–“Colombina desfleca la gentil melodía
de sus labios perfectos como jades tallados;
Colombina platica de países dorados
con su voz que es más clara que la alberca del día”.

–“Colombina está hablando con el Hada Harmonía,
o tal vez con la musa de los ojos cansados;
Colombina se acuerda de sus bellos pecados
y parece que dice: ¡Dios te Salve María!...”

“Colombina!... Es su risa, es su charla, es su rezo;
es la luz de su arrullo, es la miel de su beso...
¡Colombina!... ¡Es la misma de mi amor inmortal!;

“Es la misma que bruñe la encantada laguna
de mis límpidos sueños, donde vaga la luna
como el lánguido esquife de una noche nupcial!...”

San Francisco

–“La brisa charlatana modula tenues glosas
bajo el triunfal poema del encantado cielo;
las alas van rimando ternuras en el vuelo,
y dicen madrigales dulcísimos las rosas!”

–“Como preludios leves pasan las mariposas;
es una cavatina de amor, el arroyuelo;
el lago aduerme cisnes con voz de terciopelo,
y hay ritmos misteriosos ocultos en las cosas!”

–“Todo es fácil plegaria, todo es trémolo y canto;
todo es égloga pura, todo es un himno santo:
la cumbre, el mar, la estrella, el pájaro, la flor!...”

“Todo es una fragante y eterna antifonia...
¡Y todo está diciendo la gracia de María,
y todo está cantando la gloria del Señor!...”

Así dijeron los tres vagos
tenues espíritus divinos,
junto al esmalte de los lagos,
bajo la gracia de los trinos;
así dijeron, y después,
mientras la brisa sollozaba
–cuando la tarde agonizaba
sobre alcatifas de rubíes–

los tres se fueron lentamente,
serenamente, suavemente,
¡como tres lirios de pureza,
como tres lotos de pobreza,
como tres flores de bondad;
como tres sombras celestiales
que por las rutas siderales,
trazaran vuelos musicales
rumbo a la clara eternidad!...

Así se fueron. Cuando el viento
borró el divino encantamiento
de sus palabras, cuyo acento
copia la lira del bulbul,
solo se oyó tras de sus huellas,
cómo rezaban las estrellas
sus fervorosas melopeyas
en el convento del Azul!...

A Juan
Fernández
Albarrán.

Escorzo

Un sollozo de violas en el alma del cielo;
un temblor de suspiros en la bruma distante;
un fulgor de miradas en la luz de diamante
y en la tarde, la queja de un sutil violonchelo.

Fatigadas las alas de la gloria del vuelo;
fatigada la vida de seguir adelante;
fatigado el ensueño como el príncipe andante
que bordó de quimeras el azul terciopelo.

Una esquila que rompe los mutismos arcanos;
una torre que empuja su gallarda osadía
por encima de todos los dolores humanos,

y, viniendo del fondo de la gris lejanía,
el recuerdo que llega con un lirio en las manos
para ungir el doliente corazón de María!...

¿Es?...

¿Es la dádiva de un cuento de Aladino,
joya viva en un estuche de cristal?
¿Es la gracia de un perfume, es la música de un trino,
es el éxodo de un ángel, de un querube peregrino
que bajó, cual una aurora, de su alcázar celestial?

¿Es?...

—Es
un juguete del Niño Jesús,
copa de almíbar de los colibríes,
carne de rosas y alelíos
y alma de arrullos y de luz!...

Es una flor
de claridad
en el árbol negro del dolor;
es en las fauces de la tempestad
el verso azul de un ruiseñor;
y es en la angustia y la maldad
del abismo desolador
—belleza al fin, ritmo y candor—
toda la miel de la bondad
y todo el iris del amor.

Sí, porque, aun cuando no destella,
—corazón de lucero— su latir

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

anticípase ya su luz doncella...

Miradlo: –alba de nácares– surgir:
como en el cromo de la fábula más bella,
viene en el barco de una estrella
sobre aguas de oro y de zafir!...

A un muñeco
de carne y
hueso que
encargó de
París, mi excelente
amigo
Víctor Honorio
Angulo.

Sagitario celeste

Príncipe de los ojos dorados de leyenda
y del cabello endrino empolvado de soles,
cuya ilusión diluise en albas tornasoles
como una caracola en palores de ofrenda.

Peregrino halconero de la lírica senda,
que por raptar sidéreos pájaros de arreboles,
lanzaba gerifaltes a los zarcos peñoles
donde las tardes álgidas aseguran su tienda.

¡Sagitario celeste, cazador de celajes,
cuyos lebreles iban persiguiendo mirajes
para colgarlos en la grupa de su corcel,

Más allá de la muerte su indomable osadía
va aún tras de los rubios antílopes del día
de galopes elásticos y miradas de miel!...

A Carlos
Rovirosa.

Las Cumbres de Maltrata

Espeluncas del vórtice, nidos de las centellas,
cubiles donde duerme la torva tempestad,
¡abismos cuyas sombras engullen las estrellas
y cumbres que se arrojan hasta la eternidad.

Peñascos en que agita su gris plumón la nube
y hace sonar el ronco trueno su caracol;
torres hasta las cuales, ingenua y dócil, sube
la mañana labriega en los brazos del sol...

Ruecas que con la bruma labran linfas de seda
para que borden mayos y abriles su jardín...
Hombros sobre los cuales, suntuosamente rueda
la claridad, a modo de un manto de carmín,
y archipiélagos donde la tarde azul se queda
esperando al crepúsculo del regio bergantín...

Picos en los que el águila como un reto culmina
y restira el relámpago sus nervios de titán;
escabel donde el cielo sus cansancios reclina
y suelta, como un río, su crin el huracán...

Ubres de los potentes y ocultos paroxismos;
de los yacentes astros insólito ataúd;
moles por cuyos flancos pasan los cataclismos
y empujan las tinieblas su formidable alúd!...

Petrificados cíclopes para cuya grandeza
el iris es de ensueño y la luz es de miel
y a cuyas plantas, firmes raíces donde empieza
la savia de los siglos a integrar su laurel,
el plenilunio es una nostálgica princesa
que la noche vigila cual un esclavo fiel!...

¡Umbral de los celajes, dintel de las auroras,
crisol que desparrama la lumbre sideral;
clepsidra que derrumba cataratas de horas,
arcón de hierro de los zodiacos de cristal!...

¡Oh Cumbres de Maltrata, en vuestros torreones,
las cóleras humillan sus torvos pabellones
y hasta la muerte clava su máscara feroz;
y en el altar de vuestros graníticos crestones,
entre el ciclón de mundos de las constelaciones
se queda el infinito de hinojos ante Dios!...

Al Lic.
C. Hidalgo
Álvarez.

Apunte

La tarde es un milagro de polvos de turquesa,
el templo envaguecido se muere de fervor,
palpita en el ambiente la voz de una tristeza
y el alma, de rodillas, balbuce su dolor.

La luna, como perla que boga entre zafiros,
desdobla lentamente su nívea claridad,
las frondas se estremecen en lánguidos suspiros,
y va regando el sueño plegarias de bondad.

¡Quién sabe que infinita ternura hay en la vida
que fluyen miel los rojos granates de la herida
y enjoya la esperanza su fúlgida canción!

¡Quién sabe que dulzura va errando por el cielo,
que en la gloriosa audacia de un prodigioso vuelo,
se eleva hasta los astros la sed del corazón!...

¡Señor, más, mucho más!...

¡Señor, más, mucho más... Más todavía,
más todavía hiere mi maldad!

¡Corona con tus cardos mi agonía
y déjame sentir lo que sentía
tu corazón de lys que se moría
en un blanco suspiro de bondad!...

¡Señor, claro Señor,
Señor divino
por quien perfuma el trino,
por quien canta la flor!
¡Señor, Señor de arrullo y de caricia,
y de miel, y de mirras, y de luz!;
¡Señor, manso Señor, blondo Jesús,
haz que yo sienta la delicia
sublime y santa que sintió
tu cuerpo que en ternuras floreció
sobre el amargo leño de la Cruz!...

¡Haz que sufra, que el plomo de la intriga
torne muy más pesada mi fatiga;
que me traicionen todos mis amigos;
que el hielo muerda el oro de mis trigos;
que la clara pupila de mis lagos
no mire más la estrella de los Magos;
que se chafe la vida de mis flores

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

y que en los surtidores
de mi alma, quede muerta la canción,
en la que un ideal se desdoblaba
y en la que un sílfo azul desmadejaba
la seda musical de la ilusión!...

¡Señor, dame la hiel
de tu cáliz fatal
y enséñame la ciencia celestial
de encontrar el acíbar como miel
y el cieno como límpido cristal!

¡Señor, dame tu inmensa mansedumbre;
dame tu suavidad, dame la lumbre
de tu infinito amor!
¡Dame tus claros sueños de zafiros,
y dame tus suspiros,
y dame tu fervor,
y tu candor,
y tu dolor!...

¡Y tu dolor, Señor, tu dolor santo,
tu dolor infinito,
cuyo fecundo y luminoso llanto
en la sombra encendió la flor del canto
e hizo saltar en rosas el granito!

¡Sí, quiero tu dolor,
Señor, yo quiero,

yo quiero ir por el áspero sendero,
sin una flor,
ni un trino, ni un lucero!...

Quiero sentir
la angustia de la vida y de vivir;
quiero matar
yo mismo mi altivez, estrangular
mi orgullo, deshacer
mi vanidad eterna de saber
y mi anhelo infinito de volar,
para que así, ya huérfano de todo
lo que corrompe nuestro sucio lodo,
pueda yo darme a tu armonía,
¡música de ternura y de perdón,
en los efluvios de una indemne letanía
y en los vellones de una nítida oración!...

Para
mi
hermano
Abel.

Soneto íntimo

Nieve de lis en campos de sinoples y gules;
en praderas de rosas, albura de azahar;
lampo de luz de estrella en los sidéreos tules;
serenata de espumas en la lira del mar!

Tú que sabe de fuentes, de alondras y bulbules;
tú que ves a los Magos por tus sueños pasar;
tú que estás en la torre de los cuentos azules
esperando a la aurora que te viene a buscar!...

Tú que aun eres un tímido candor de colegiala,
compañera de juegos de la linfa zagala,
del césped franciscano, del céfiro pastor,

¡Nunca olvides que, sólo por sencilla y por pura,
tu mirada es un éxtasis de inefable dulzura
y tu vida es un párvulo querubín del Señor!...

A Carmela
Espinosa
Barrios,
la Nené
hermana de
Caperucita.

Quetzal

Quetzal:
joyel,
pájaro y flor;
el mejor
madrigal
del
pincel
del divino pintor.

Arco iris viajero
en litera de alas;
joyelero
donde
esconde
sus miradas el antílope de oro
del lucero
y el faisán del meteoro
encierra sus bengalas.

Rosa de arbol
en el tallo
de un rayo
de sol.

Quetzal:
errante

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

como de visos de un diamante;
estampa en fuga de un vitral.

Carmin,
esmeralda
y seda;
listón de plumas en la guirnalda
azul, de la atmósfera leda;
banderola de brillos del jardín
que en el mástil de vidrio de la brisa,
cual un ensueño que se irisa,
prendido se queda.

Párvulo bajel
de pedrería,
en el golfo de miel
y ámbar del día.

Bajo el capelo
del cielo
de añil,
celaje
en vuelo
de un miraje
de abril.

Fino
diamantino,
sedino

quetzal:

chorro de piedras preciosas
de las fontanas luminosas
de las estrellas de cristal.

Ave

de encantamiento,
es tan suave
el portento
de tu primor, que al mirarte pasar, como de un cuento
al rosicler trasluz,
nadie sabe
si una alborada te pintó en el viento
o una quimera te bordó en la luz!...

Para
Ricardo
Pérez
Gallardo.

Soneto epitalámico

La vida se ha vestido de nardo y de jazmín,
de aromas de azucena y ungüentos de azahar;
la vida tiene ganas de ponerse a bordar
un cuento de arreboles en el azul confín.

Fragante de colores la aurora es un jardín,
el viento es una lira que se ha echado a volar;
en oración de espumas se ha convertido el mar
y el lobo de los vórtices se ha vuelto serafín.

¡Oh epitalamio trémulo de músicas de amor!
¡Oh esencia de celajes en pomo de joyel!
¡Oh dulce epifanía del ensueño pastor!

¡Oh milagro! ¡Oh portento!, dile al amigo fiel
que tú eres para el roble el pájaro y la flor
y para el alma enferma, el ósculo y la miel!

Para Agustín
Molina R.
amigo de horas
inolvidables;
en su día
nupcial.

Versos de fervorosas añoranzas

Saudades de la tierra en que nacieron
mis esperanzas trucas,
recuerdos deliciosamente tristes,
evocaciones plenas de dulzura...

¡Oh mi vaso de lágrimas,
la urna
de mis remotos sueños
y mis fervores cándidos: Toluca,
la ciudad limpiecita, recatada
y devota, como una
de esas madres del colegio
que parecen suspiros de blancura!...

Edificios que viven en mi mente,
como envueltos en un cendal de bruma,
cosas que me parecen perfumadas
con el níveo silencio de la luna...

La Veracruz a donde me llevaban
a misa de siete, húmedas
todavía las ávidas pupilas
con la luz de imposibles aventuras;
La Merced, con sus gratas vetusteces;
el Carmen, todo blanco de ternura
San Juan de Dios, a cuyos ejercicios

Mirras: poemas orféticos (1932)

me mandaban...y casi no iba nunca;
y el viejo “Tercer Orden”, y El Ranchito,
y la pequeña Santa Clara, cuya
traviesa esquila estaba siempre
llenando los instantes de boruca...

Y el amado Instituto, cuyas piedras
de tanto como saben, están mudas,
y Colón, el paseo que a los ojos
abre la perspectiva bruja
del volcán, y la Alameda
toda llena de músicas
eglógicas, y Zaragoza, mi jardín favorito,
el paño de mis lágrimas, la túnica
que protegía las carnes de mis sueños
y el aterido cuerpo de mi musa!...

¡Oh provincia de todos mis dolores!
¡Oh, Toluca, Toluca!
tierra donde brotaron las espinas
de mis románticas angustias;
¡Paz, María de la Luz, María del Carmen,
Cristina, Berta, Ana María, y, la última,
la que allá conocí cuando era niño
y era ella una muñeca, única
por sus elegancias infantiles;
la que ahora discurre por mi ruta
como una santidad!, ¡Tú, tú, la pía!
¡Sor Ingenua! ¡Sor Gracia!...¡Sor Ternura!...

¡Oh mi caja de sándalo, mi estuche de marfil,
Toluca, Toluca,
lugar de todas mis crucifixiones,
cáliz de mis eternas amarguras,
ciudad de mi dolor y mi tristeza,
huerto de mi agonía, cicuta
de mis anhelos dulcemente castos
y de mis esperanzas moribundas!...

¡Oh ciudad que rompiste el hilo del oro
que sostenía la fúlgida
esfera de mi ilusiones!
¡Oh ciudad, oh ciudad, yo te perdono,
yo te absuelvo de todas las torturas
que me hiciste sufrir,
pero, si alguna
vez naufraga en el silencio
del dolor, la santa música
de los últimos sueños que me quedan
y que, temblando, en mi alma se arrebuja;
oh ciudad de mi infancia,
jura, jura,
que les dirás a aquellas melodías
románticas, ingenuas y translúcidas,
que siquiera en la muerte no me dejen;
que siquiera en la angustia
definitiva no me desamparen;
que abandonen su ebúrnea
torre, nada más un minuto,

Mirras: poemas orféticos (1932)

nada más un suspiro de tiempo, nada más la fuga
de un segundo misericordioso,
y que vengan, que vengan todas juntas,
que vengan con mi santa y pobre madre
a besar el silencio de mi tumba!...

A Felipe
Molina
Reyes.

Veinticinco años hace...

Veinticinco años hace que escribiste tu verso
más amargo y más hondo, en la página eterna,
y aliviaste tus sedes en la clara cisterna
donde bebe el cansancio del azul universo.

Veinticinco años hace que la música interna
de tu ser, confundióse con el ritmo diverso
del gran lago celeste, polifónico y terso
por el cual boga el cisne de la gracia suprema.

Veinticinco años hace que en la noche se abría
un camino de núbicas claridades sonoras
que llevaba al concierto milagroso del día.

¡Veinticinco años hace!... Y aún contemplan las horas
tu cadáver que pasa, como errante armonía,
en los hombros de seda de las rubias auroras!...

A José
Asunción Silva;
en sus bodas
de plata con
la muerte.
(XXIV-V-CMXXI)

Motivos de Pierrot

Pobre lirico payaso
del doliente bandolín,
ya no llores el fracaso
de tu níveo amor de raso
que es de beso y de zaparzo
y es de puma y querubín.

¿No lo ves, Pierrot asceta?
como tú, vagando va
el ferviente anacoreta
de los sueños de violeta,
el angélico poeta
de un amor de más allá.

¿No lo sientes?
¿No lo ves?
Por los cielos transparentes
va regando los copales
de sus santos madrigales
con unciosa languidez.

¡Mira! ¡Mira!, junto a ti
se ha sentado a descansar
como un cándido alelí.

Oye a su alma suspirar;
¡Ya no llores! ¡Va a cantar!
¡Oh su tenue aletear
de colibrí!

Y
orquestando su profundo meditar,
el liróforo celeste dijo así:

“Oh Pierrot, mi santo hermano en el dolor!
¿Por qué a un alma de mujer le pides luz,
si la luz, la luz más bella es el amor
cuando muere entre los brazos de la cruz?”

“¿Ser amado?... ¿Ser amado!... ¿Para qué!
¿No te basta con amar hasta morir?
¿No te basta con la gloria de sufrir?
sin sentir,
sin oír
siquiera el verso de la Fe?”

“Oh romántico del sueño sideral!,
deja el mundo, ¡ven vayámonos los dos!...
¿No te sientes como todo de cristal?
¿No te escuchas a ti mismo?... Hay un raudal
de aleluyas en tu espíritu lilibal!...
¡Es que vamos por la senda musical!
¡Son las arpas, son las cítaras de Dios!...”

Miras: poemas orféticos (1932)

Y el azul payaso asceta
del doliente bandolín,
se alejó con el poeta
de los sueños de violeta
del fervor de anacoreta
y el candor de serafín.

Y la luna era una Salve,
Y la luna era una Salve,
Y la luna era una Salve
de la azucena y de jazmín.

A Fernando
Casas
Aleján.

Soneto límpido

Bajo el dorado triunfo de una ilusión canora,
por sendas transparentes como de porcelana,
llegaron con la copa de miel de la mañana
temblando en sus manitas de pétalos de aurora.

¿Los trajo el hada rubia cuya sonrisa enflora
de ritmos, la leyenda magnífica y lejana?
¿Vinieron en la nave de tersa filigrana
que va rimando versos de espuma con la prora?

¿Cayeron de una estrella, bajaron de una nube;
vinieron en los brazos mullidos de un querube
o de la suave mano de un blondo serafín?

¿Nacieron en las islas sonoras de un poeta,
o en el país de gasa de un sueño de violeta
se abrieron sus nevados candores de jazmín?

A unos humanos
bibelots con
que exorna su
hogar mi dilecto
amigo Juan
Manuel Patiño.

La Navidad de Pierrot

1

Entre sedas de suspiro y entre músicas de ensueño,
con la magia en las pupilas del joyero sideral,
sollozante de ternuras, Pierrot tiene un dulce sueño,
sueño puro y tenue y frágil, sueño diáfano y risueño:
¡sueño que es polvo de gemas en al noche de cristal!

2

Por cerúleas vaguedades
son tres reyes los que van
llevan perlas, llevan jades
y exquisitas variedades
de perfumes de Ceylán.

Aclarando los caminos,
como cítara de plata,
un lucero vierte trinos
luminosos y argentinos
mientras músicos divinos
riegan miel de serenata...

Allá lejos, muy allá,
el pesebre de Belén.
(¡el azul cantando está
y los ángeles también!)

Y en la cuna, flor de luz,
luz de beso y melodía,
la ternura de María:
¡arrebol y oro del día!
acordando su armonía
con la suave poesía
de los sueños de Jesús!...

Luego aún, la adoración:
los tres reyes entre velos
de rosada ensoñación,
y en los claros terciopelos,
una luna de algodón
que parece una oración
en el alma de los cielos!...

¿Y, aquí el sueño tiene fin
estrellándose el cristal,
deshojándose el jazmín
y amargándose el panal?

¡No!, Pierrot ve al Niño Dios
que camina junto a él.
¿Hacia dónde van los dos?
¿Van?... ¡Quién sabe!... ¿Irán en pos
del seráfico vergel?

...¡Imposible adivinar!
Pero, ¡ved! , muelle camina

hacia ellos, una fina,
leve sombra femenina
que parece acariciar
en su alma un verso trina,
su voz finge un gorjear...
—¿Colombina?...—¡Colombina!,
la translúcida y aurina,
que curiosa se encamina
con gracioso caminar...

El pequeño Dios la ve,
hácela una indicación,
ella siente no se qué,
va al payaso, le sonrío,
le ilumina el corazón
y en un beso de perdón
toda su alma le deslío.

Pierrot duda. “¿Así destella
la mañana en mi capuz;
es verdad dicha tan bella?...”
Pero al fin se va con ella,
su gimiente angustia sella
y, al amparo de Jesús,
sube al carro de una estrella
que al rodar deja una huella
que es un ósculo de luz!...

¡Sueño azul, sueño de rosa, pero al fin sueño que pasa!...
Pierrot siente que su sueño se le va volviendo gasa;
Pierrot, ve cómo se esfuma su inefable idealidad:
¿Colombina?... ¡Como siempre!... ¡muy remota, muy distante!
¿El niño Dios?... ¡Muy lejos: como un trino y un diamante!
¡Sólo el alma de rodillas!... ¡Sólo el labio suspirante,
y, rezando en los luceros, la celeste Navidad!...

A Rafael
Espinosa
Flores.

Gabriel D'Annunzio

Poeta y aviador, Gabriel divino,
pontífice de toda gallardía,
que labras tus joyeles de armonía
con beato fervor benedictino.

Poseedor de las alas y del trino,
vagas en la cerúlea lejanía
y en el vaso del sol bebes el día
como en copa ideal radiante vino.

Siempre poeta, en tus delirios santos
tanto hay en ti de musicales cosas
y en tu locura hay esplendores tantos,

que, al volver de tus giras milagrosas,
después de perfumar la luz de cantos
traes tu nave sepultada en rosas!...

Pierrot se va de monje

Pobre Pierrot
languidecente y tímido,
muerto de sed por las miradas húmedas,
agonizante por los labios rítmicos,
fuiste al remanso azul de Colombina,
la de la risa fresca, la de los ojos lípidos,
y volviste más triste y más sediento
arrastrando en los lúgubres caminos
tu gloriosa bandera de ilusiones,
desgarrada en harapos de suspiros!...

Y hoy renuncias al mundo
loco lírico;
hoy tristemente cuelgas
tu bandolín de plata en los luceros
para tocar los clavicordios místicos.

Hoy de monje te vas
quebras el vidrio
de tus amores diáfanos,
estrujas las sedas del idilio
y tú que eras delicia de la farsa
te vuelves un hermano de Francisco!

Hoy te vas a un convento;
hoy dejas las riquezas melódicas del trino,

Mirras: poemas orféticos (1932)

del ósculo exquisitamente dado
y del poema con unción pulido;
pero en cambio, Pierrot,
¡pobre magnífico!,
en cambio vas a oír todos los versos
y todas las cadencias y los ritmos
de la celeste música que vibra
en el santo dolor, en el divino
dolor, en el dolor eterno
del misericordioso Jesucristo!...

¡Oh, quién pudiera estar en tu cartuja,
Pierrot, beato Pierrot, hermano mío!...

Para
Jorge
Ferrat.

Hora radiante

La tarde es un divino milagro alucinante,
en el jardín hay una fiesta primaveral,
y el chorro de la fuente palpita tremolante
como un “egraite” sonoro de seda y de cristal.

El prado es terciopelo, la linfa es de diamante,
el ábrego es un leve suspiro musical,
y el corazón que calla de asombro, es hierofante
que ofrenda en vasos de oro sus sueños de copal.

El sol funde sus cobres radiantes en ocaso
y empapa en sangres tirias el vagaroso tul;
tropel de rojas lumbres chafa el cerúleo raso

y ante el brillo de tanta riqueza en el azul,
el alma seducida se fuga en el pegaso
de un príncipe de oriente que va para Estambul.

José Gabriel

José Gabriel, José Gabriel,
caricia de un rayo de luna
en una
diminutiva laguna
de ensueño, de seda y de miel.

Pájaro, flor
y luz al fin,
eres a un tiempo: cuando charlas, rruiseñor,
cuando miras, rosado fulgor
y por el alma de jazmín
que se ofrenda en aroma y palor,
eres un párvulo serafín
del Kindergarden del Señor!...

Aleteo
musical
es el gorjeo
de tu balbuceo,
niño que tienes en los labios una oropéndola de coral...

En tus aladas
miradas
se disuelven las piedras preciosas
y se desmayan las rosas
y se quedan las mariposas
del arco iris arrodilladas...

Y en tu vida de esencia
de lys,
hay la transparencia
del más nítido salmo de Francisco de Asís! ...

Al fin pájaro, flor y luz:
destello, perfume y trino,
como en un cuento peregrino
que hubiera escrito Aladino
para la infancia de Jesús.

José Gabriel, José Gabriel,
infantil redención de alegría
en este mundo amargo y cruel,
¡que en los sonajeros del alba siempre ría
la nazarena melodía
de tu divino cascabel!...

Al niño
José
Gabriel
Franco,
límpido
y matinal.

Preludio de hierro

¡Sandino! ¡Sandino!
¿Qué clarín –¡puñalada sonora en la altura!–
con un formidable trueno de bravura
escupe la frente del torvo destino?

¿Qué tremendo sagitario divino
arroja esa olímpica flecha de locura,
que en el vasto silencio de la etérea llanura
ara un himno de bronce con su vuelo aquilino?

¡Sandino! ¡Sandino!...
De los Andes insólitos surge: ¡Es un torbellino
de cóndores épicos: es un huracán
de relámpagos; es una rugiente rapsodia de lumbre;
es la Marsellesa flava del ciclón
con que se desata el furor de la cumbre
y se desmelenan la crin del volcán,
y en cuya potente rabia peregrina,
(¡el éxodo bíblico antes que el baldón!)
trepidante de homéricos cánticos, sidérea y marina,
fugase la indómita alma indolatina
hasta el archipiélago de estrellas de Orión!...

Al paladín Augusto Sandino;
Torre de los crepúsculos de la raza.

Gabriela Mistral

Gabriela Mistral,
tu alma es un asceta triste y musical.

Tu alma es una inmensa pradera de trinos
en la que retozan azules caminos;
sobre la que saltan pájaros y flores:
raso de azucenas, miel de ruiseñores
y por la que escurren suaves transparencias:
aguas y suspiros, ósculos y esencias;
tu alma es un dechado de milagrería;
tu alma es un deliquio y una letanía;
tu alma es toda pura, tu alma es toda buena:
tu alma es apacible y arcana y serena,
y es toda de gracia y es toda de ensueño
como el alma rubia de un niño risueño.

¿Sabes?, hierofanta de los claros ritos
que en lágrimas tienes tus versos escritos;
¿sabes?, cuando escucho tu canción de seda,
miro que en el hondo silencio se enreda
el bucle de plata que tiende el lucero
y el hilo de néctar del canto primero.
¿Sabes?, cuando siento la voz de tus alas
se me llena el alma de limpias escalas
de limpias escalas y limpios gorjeos
y como si ardiera con los centelleos

de una lumbre ignota, misteriosa y bella,
siento que mi arrobo se me vuelve estrella!

¡Oh Gabriela dulce de la tenue lira
en cuyos cordajes la torcaz suspira!
¡Oh Gabriela, santa del dolor arcano
que en ti es tan divino porque es tan humano!
¡Oh melodizante vida embelesada
que vas perfumando la cruenta jornada
y que vas dejando besos de rosales
sobre las campiñas de los madrigales!

¡Oh infinitamente cándida y sencilla,
trémula y radiante como lo que brilla;
misteriosa y honda como lo que piensa;
como gota de agua pequeñez inmensa;
toda vocinglera, melodiosa y suave
como el campanario del nido de un ave!

¡Oh santa poetisa! ¡Oh maestra santa,
trémolo que alumbra, resplandor que canta!
¡Oh mujer divina, por todo lo que eres,
porque en ti se vuelven liras las mujeres,
porque en ti revientan los sueños en rosas
y hasta los suspiros se hacen mariposas;
por tu delicada vida de vellones,
por tus holocaustos y por tus canciones,
yo que estoy tan lejos de tu alta dulzura,
todo me hago un terso

verso
de blancura,
todo me hago claro, todo me hago azul,
y para no herirte suavidad de tul,
¡oh celeste aeda! ¡Oh santa Mistral!,
todo me hago un fino,
blondo y diamantino,
nítido y aurino
trino
de cristal!

¡Gabriela Mistral! ¡Gabriela Mistral!
¡mañana que fluyes como de un panal

A la maestra
de los labios
sonoros.
(MCMXXIII)

Mirra devota

Pasaba bajo el arco dorado de la aurora,
extático de ensueño, glorioso de ideal,
llevaba entre los labios una ilusión canora
y en el alma una límpida ternura de raudal.

En sus ojos ardía la lumbre que decora
de los cielos ingrávidos el friso sideral
y su afán era como el mascarón de proa
del barco de una estrella de hierro y de cristal.

Joven, fuerte, mimado de las hadas madrinas,
de las rosas fragantes, de las aves divinas,
domaba hasta los mismos lobeznos del dolor;

pero sus gerifaltes, nostálgicos de altura
libertando el destello de la carnaza impura,
se llevaron su espíritu en un áureo fulgor!

A Rafael
M. Legorreta,
vuelo de juventud
crucificado
en el dintel
de la mañana.

Instante rítmico

Comienza el sortilegio:
sonoramente egregio
despierta el florilegio
de la emoción de tul;
y de la caja bruja
do el sueño se arrebuja,
como de una cartuja
surge el deliquio azul.

Y el alma se abandona por mares de violeta,
deambula en armoniosos esquifes de amatista,
y siente que es de lírico amor, como el artista,
y que es toda de nardos, como el anacoreta.

En un minuto es nota, y es lira, y es poeta,
y orífice y joyero, y orfebre y diamantista:
y canta con la lumbre que brota de la arista,
y duerme con el iris que tiembla en la faceta.

Y vuela, y se remonta, y es ave, y ala, y pluma;
y es un cairel de aroma, y es un pendón de bruma,
y es soplo, y es caricia, y es beso, y ritmo y voz!
¡Y juega con los astros, y boga entre las nubes,
y en medio a una sedina plegaria de querubes
se pierde en los caminos translúcidos de Dios!...

Mirras: poemas orféticos (1932)

¡Oh prócer que así exaltas lo humano en lo divino,
doquiera que detengas tu paso en el camino,
el trueno será trino
y el puma querubín;
pues llevas a la aurora
magnífica y sonora,
gentil y arrulladora,
cantando en tu violín!...

A Héctor
Reyes C.

La nave fúnebre

Sobre el lago misterioso lentamente se desliza,
es a modo de un trirreme de crespón y terciopelo:
se han postrado, de rodillas, las estrellas en el cielo;
y en los labios de las flores ya no queda una sonrisa.

El extraño barco avanza: los cabellos de la brisa
se le enredan en la proa con tremante desconsuelo;
crucificanse las alas en el éxtasis del vuelo
y, el abismo, en un suspiro todo lágrimas, se pliza.

Y el extraño barco avanza... y el extraño barco avanza...
¿lleva acaso los despojos de la núbil Esperanza;
lleva el lírico cadáver de la lírica Ilusión?...

No, señor, lleva tus restos melodiosos y argentinos,
en los cuales va gimiendo sus rosarios cristalinos
el sonoro y dulce santo que vivió en tu corazón!...

En la clara tumba del Sr.
Lic. D. José María Mena
alma de lampo y
corazón de arrullo.
(XXIII-XI-MCMXXII)

Hermano

Hermano
del espíritu
suave,
no me pidas la seda del trino
del ave,
pues no ignoras que es rudo mi grito
y es tosca mi mano.

Pide más bien
una rapsodia vibrante
o una bélica imprecación,
pues no caben las límpidas ternuras de Belén
en las flavas tormentas de mi corazón.

Hermano de los ojos enfermos de espejismo,
no me pidas, pues, luz:
yo soy la sombra de un abismo
y la tragedia de una cruz.

Homenaje doliente

Fue en tus íntimos tesoros un diamante de Golconda,
un berilo azul de Yemen, de Ceylán un corindón,
que envolvió en sus claridades a la egregia musa blonda
que en escudos de zafiros cincelaba tu ilusión.

De tus fuentes encantadas la más pura y la más honda,
dejó limpio, de tus sueños fatigados, el vellón;
y regando sus frescuras en las sedes de tu fronda,
dió a tus alas una torre y un palacio a tu canción!...

En tus cumbres armoniosas fue la flor de un madrigal,
polvo de oro fue en la gloria de tus gajos de laurel,
y en el bronce de tu lira fue una cuerda de cristal;

pero... la traidora zarpa se llevó tu áureo joyel,
y del triunfo melodioso de tu lírico rosal,
en suspiros de perfume, se fue el alma de la miel!...

A Rafael
López,
en la
muerte de
su párvulo
heredero.

En el pórtico de oro

Bruñe el cielo sus claros y radiosos esmaltes,
el jardín es un himno de perfumes y flores
y en el fúlgido ambiente macerado en fulgores,
hay un vuelo glorioso de veintiún gerifaltes
y un concierto dorado de veintiún ruseñores!

Las banderas del sueño, al azul desplegadas,
estremecen de triunfo los sonoros confines
y saludan su paso los celestes clarines
con el “sursum” aurino de veintiún clarinadas.

¡Primavera gloriosa del amor y la vida:
de la vida superba, del romántico amor!
¡entusiasmo de ir siempre con el ala tendida,
en los ojos el alma de la aurora, prendida,
y en el pico el fragante madrigal de una flor!...

¡De ternuras derroche, de grandezas alarde;
noble afán de ser grito de victoria en la cumbre,
de encenderse y ser llama, de abrasarse y ser lumbre,
y ser fuego que canta, y ser trémolo que arde!...

¡Veintiún años! ... hermano: sed de luz, infinita;
fiel hermano en el oro de la santa quimera,
¡quién pudiera ser joven como tú, quién pudiera
ser un verso en los labios de la eterna? Afrodita
y en la flauta de Apolo ser un ritmo siquiera!

¡Quién pudiera ceñirse tus veintiuna guirnaldas
y engarzar, en sus limpios y preclaros blasones,
como egregia divisa, tus veintiuna esmeraldas,
tus veintiún crisopacios, tus veintiún corindones!

¡Veintiún años! ... Oh, hermano, que la rubia armonía
siempre envuelva tus horas con su claro arrebol,
y que siempre te encuentre la fecunda osadía
con los brazos tendidos hacia el reino del día
y los ojos clavados en la hoguera del sol!...

Zeff

Zeff:

lo mismo que el
lebre
del
Zar,
tu linaje
es egregio:
En el áulico sortilegio
de una palaciega visión singular,
se creería verte pasar,
conducido por la gracia de un paje
y ostentando –firmeza
y belleza
a la par–
la elegancia felina y el encanto salvaje
de una pantera de Bengala o de un autóctono jaguar.

Zeff:

elástico y fuerte,
vigoroso y fino,
capaz de ahuyentar a los mastines del destino
y de vencer a los chacales de la muerte.

Zeff:

perfecta armonía
de la eurtmia de seda y el músculo de acero,

tu prestancia merecía
¡oh indispensable compañía
del más noble y mejor halconero!,
ir en la gloria de una heráldica cetrería,
tras de la flecha con alas del gerifalte certero,
a recoger el plumaje
de iris o la desnudez de pedrería,
de la paloma del celaje
o la gacela del lucero.

Zeff:

leal

y fiel,

incomparable amigo,

tú podrías ir conmigo

en las gallardas justas de la rosa y del laurel,

subrayando el galope musical

de mi corcel:

Pegaso,

el del cuello de cisne y las ancas de raso,

que va por el portento del sideral

vergel,

refrescando sus fatigas en las estrellas de miel

y perfumando sus ternuras con las auroras de madrigal!...

Miradas de Cristo

Miradas de Cristo; miradas sedantes
miradas de trinos, miradas de arpegios,
miradas que alumbran los vuelos egregios
de las milagrosas quimeras distantes.

Miradas que tienen temblor de diamantes,
miradas que cantan como florilegios,
miradas que tienden blandos sortilegios
sobre las fatigas de los caminantes.

Miradas del blondo y azul Nazareno,
miradas que tienen un ritmo sereno,
miradas de mirra, de miel, de arbol.

Miradas que fluyen dolor de martirios,
¡miradas como hechas con alma de lirios,
con sueños de luna, con besos de sol!...

Para
mi tío
D. José
B. Muñoz.

Elegía

Todavía la alondra glosaba en sus jardines
las églogas de ayer;
era su voz un lírico trémolo de violines
y su verbo dejaba húmedos los confines
con una música de amanecer!...

¿Romántico y Antiguo? ¿Armonioso girón
de la bandera de otra edad?
¡Tal vez! Pero tenía miel en el corazón
y era en sus flautas la canción
una madeja de ilusión
desenhebrada en fimbrias de rubia claridad.

¡Sí!, cometió el pecado de ser así
como el bulbul
de las Mil y Una Noches: sabía de Estambul,
Samarcanda y Bassora, y
más que de los rotundos bronce, hecho de tul,
—pájaro de alas rítmicas en lugar de neblí—
en vez de ser un nácar de aurora en el azul,
prefirió ser la gota de sol del colibrí!

Fue sencillo, fue dulce, fue delicado y terso;
en sus manos había fiebres de lapidario;
¡acumuló cien brillos dentro de un solitario
y encerró mil fulgores en el prisma de un verso!

Miras: poemas orfebéricos (1932)

¡Los ritmos de la savia los escuchó en la rosa;
el arrullo del bosque lo descubrió en el trino
y encontró los fragantes jardines de Aladino
en la gruta encantada de la piedra preciosa!

Amó sedas y esmaltes
de preclaros matices,
y aunque anudó en el puño velos de gerifaltes
gustó más de la “turrís ebúrnea” de los lises!

Pero, como el que canta es también transitorio;
como carbón, diamante y destello es lo mismo,
se despintó la estampa del dorado espejismo
y naufragó el esquife del miraje ilusorio.

Se quebró la mentira
del mágico cristal
y chafando hasta el tímido preludio que suspira,
la racha misteriosa del ábrego mortal
desgranó, como pétalos, las notas de la lira,
y heló en las siete cuerdas el iris musical.

¡Oh bardo peregrino! ¡Oh sideral romero!
Dios te manda las alas trémulas del lucero
para que asciendas a su excelsitud,
y un palio de faisanes te extienden las auroras
para que suba, hasta las constelaciones sonoras,
disperso en oropéndolas tu lírico ataúd!

A Francisco
M. de Olaguíbel.

Gajo de laurel

Maestro, tú que urdiste los ritmos de mis vuelos
sobre el dorado asombro del culmen sideral,
tú que mi afán nutriste de auroras y de cielos
cuando mis años eran de arrullo y madrigal.

Maestro, tú que hiciste sedosos terciopelos
con las firmezas rudas del sórdido metal;
tú que, desarrollando mis rútilos anhelos,
colgaste entre las rocas madejas de cristal.

Maestro, mi maestro de lides soberanas,
hoy que sobre la cumbre serena de tus canas
los besos se transforman en gajos de laurel;

Para exornar el triunfo de tu preclaro día,
mi espíritu se vuelve canción y melodía
como una llamarada que se deshace en miel!...

Al
Ingeniero
D. Emilio
G. Baz.

Beti

Polvo de sol,
gota de cielo,
iris dormido en el capelo
liliputiense de un diamante
o desvaído en el cambiante
que desenhebra su arrebol,
en el oriente alucinante
de ópalo y perla y caracol.

Beso de aroma
y claridad;
ámbar de ensueño en la redoma
de un cuento níveo de bondad,
como el jazmín que egregio asoma
en el plumón de la paloma
y en el lucero
mañanero
de la celeste Navidad.

Hilito de miel,
trocito de luz,
botón del vergel
de Juan de la Cruz;
sonoro joyel
que a un tiempo disipas silencio y capuz,
como un cascabel,

como un cascabel,
del
Niño Jesús!...

Beti cristalina,
más tenue, más suave, más dulce, más fina
que el ala de seda del trino
que borda en el cielo su errante camino
y en un lampo de oro cantando se queda!

Beti pura y santa,
canta, canta, canta:
canta con tus risas
que aroman las brisas;
canta con tus manos
que son dos minúsculos lirios franciscanos;
canta con tu boca
loca
de alegría;
canta con tus ojos y con tus miradas
que siguen la ruta de los cuentos de hadas
y el rayo que huella la Virgen María!
Canta con tu sangre y con tu existencia:
toda ritmo cándido, toda transparencia,
toda arrullo y ósculo, toda bendición;
y canta con tu alma que es verso de espuma,
levedad de nube, suavidad de pluma,
nimbo de oración,
y una tan alada

Miras: poemas orfebéricos (1932)

música encantada,
que riela
en la estela
del sueño que vuela,
y en una celeste, divina ascensión,
sube hasta los diáfanos y azules jardines
donde se desgranán en luz los jazmines
de los serafines
de la Adoración!...

A Beti
Carrillo
Martínez,
hermanita del
más dulce de
los querubines
de Fra
Angélico.

Rosa y blanco

Carmela y Héctor –flor y escudo–
milagrería de perfumes, de suavidad y de color;
oro en estrofas de blasones sobre el acero firme y mudo;
¡toda la gracia hecha sonrisa, toda la fuerza hecha candor!

Perla y diamante: somnoliente
gota de luna y de pureza; cristal de linfa húmedo en sol;
rosa que sueña con las hadas, mirlo que charla con la fuente;
¡Caperucita y Aladino!...¡Dos filigranas de Perrault!...

Ágata y nieve, sinfonía
de rosa y blanco; melodía
dorada y bella como el día;
¡todo lo cándido del cielo, todo lo amable de la luz;

almas fragantes de hermosura,
quiera la angélica ventura
que vuestra vida, mansa y pura,
como carroza de jazmines de la que tira una avestruz,

más que el perfume en el ambiente,
más que el arroyo transparente,
discurra suave y dulcemente
bajo la diáfana caricia de las miradas de Jesús!...

A la angélica gracia de María
del Carmen y Héctor Guiscafré.

Tierra virgen y prócer

Tierra virgen y prócer y emperatriz y única
donde escurren las rocas en dádivas de miel;
tierra que es la codicia de la barbarie púnica
que ha desgarrado todas las sedas de su túnica
dorándole las llagas con besos de oropel.

Tierra de mis abuelos, tierra de mis mayores;
nudo que ata la bruja y egregia tradición;
estuche de quetzales, arcón de resplandores;
luz que revienta en astros, savia que estalla en flores,
¡inmensidad que cabes toda en mi corazón!

Esmalte de prodigios, dechado de leyendas,
¡Chiapas, blasón eximio de fuerza y de altivez!,
ya no hay manos que vengan a darte sus ofrendas,
los sueños han plegado sus luminosas tiendas
y sólo hay apetitos postrados a tus pies.

Ya nadie hacia tus rumbos vuelve la ociosa vista,
vano es que desparrames tu fúlgido crisol;
no tienes ya ni un santo, ni un sabio, ni un artista,
que copie tus grandezas en aguas de amatista
o que tu nombre acuñe con el troquel de sol!...

Todos han olvidado tu ilustre gallardía;
nadie clava sus flechas de ensueño en tu confín,

y tú que eres un vaso de pura melodía
te extingues sin que puedas oír la letanía
que rezan en tus cielos las noches de jazmín...

Manchando tus prosapias, voraces de riquezas,
los mercenarios hincan en tu esplendor su afán,
y para sus rapiñas impúdicas y aviesas,
tus montes son tan sólo puñados de turquesas
que echó sobre los valles un pródigo sultán.

Chupándote la vida desangran tus filones
como si sólo fueras un regio Visapur;
¡Los bárbaros olvidan que son tus tradiciones
en nuestra patria historia, como los farallones
sobre los que se incuban los sueños del azur!

¡Oh tierra! ¡Oh magna tierra de mis antepasados!
¿Qué crimen cometiste para encontrarte así?
¿Cuál es tu negra culpa y cuáles tus pecados?
¿Por qué todos tus ritmos están crucificados,
tierra de aurora y cielo, de rosa y de turquí?

¿Culpable? ¡No!; la gloria de tu abolengo es santa:
tu estirpe es de oro y mirra, de música y de flor;
¡te hieren porque saben que tu martirio canta!
¡te azotan porque saben que hay miel en tu garganta
y que cuando te quejas te vuelves rui señor!...

Miras: poemas orféticos (1932)

¡Sí!, tú eres clara y pura; naciste rica y bella,
mas con tu sangre Shylock cristalizó rubíes;
por eso, en desagravio, mi devoción destella
y para saludarte mi lira se hace estrella
y se me desbarata la voz en colibríes!...

A la juventud
chiapaneca que
me declaró un
día su hermano
espiritual.

El Citlaltepetl

Cumbre toda de plata y toda de jazmín;
cumbre toda de seda, de armiño y de cristal,
donde erige la aurora sus torres de coral
y el crepúsculo clava sus tiendas de carmín.

Cumbre en cuya firmeza se desgaja el motín
de las cárdenas nubes que agrupa el vendaval
y en la que arroja el trueno su rezongo brutal
y el relámpago suelta su flamígera crin.

Cumbre gallarda y fuerte cuyo erguido crestón,
donde la luz incrusta su glorioso joyel,
es cuna del celaje y alero del ciclón.

Cumbre que de los montes sobre el hosco tropel,
sacude el torbellino de lumbre de su airón
para que huyan las sombras en su torvo corcel!...

Para
Herminio
Riquelme.

Tío Polito

Tío Polito,
en la parábola misionera de tu voz,
discurre todo el infinito
de la ternura
y la blancura
de las músicas de Dios.

Rey Mago,
que vienes del vago
y remoto país
del cuento
y que traes, en el prócer matiz
de tu acento
kaleidoscópico y auroral,
todos los iris del encantamiento,
y todos los arreboles
del portento,
y todos los tornasoles
que desmayan su embrujamiento
en los orientes de la perla de la mentira musical.

Bendito
tú, que haciendo níveo y suave
el duro
e impuro
egoísmo de la hora

—tal en el granito
del silencio, la veta sonora
del trino del ave—
a manera del dulce Rabí
de los albos vellones y los castos armiños,
despertando las galileas melodías,
puedes decir todos los días:
¡Dejad a los niños!
¡Dejad a los niños que vengan a mí!...

Para
Manuel
C. Bernal.

A un botón musical

Alma toda de miel
y toda de cristal,
alma de madrigal,
alma de cascabel
y de rabel,
y de joyel
y de turpial.

Doce años vocingleros cual doce ruiseñores;
doce años armoniosos cual doce melodías;
doce años inefables cual doce Ave-Marías;
doce años como doce sonetos de candores.

Celeste corazón
que está lleno de trinos
peregrinos
y argentinos
como arrullos de ilusión.

En una gorja doce panales de ternura;
doce besos en una palabra suspirante;
doce claras facetas en un solo diamante;
en un arrobo doce milagros de blancura.

¡Oh lírico jazmín!
¡Oh esencia rara y fina
De chelo y violín!
¡Oh angélica y divina,
trina, trina,
trina, trina
con tu lira matutina
de paloma y serafín!

Tríptico polisintético

En amable ambiente la humildad de un jarro,
“pensamientos” llenos de una gracia leda:
¡junto a la impasible sordina del barro
la música suave de la flor seda!

Un fastuoso ramo y una caracola
en la opalescencia de una luz muy fina:
¡una serenata y una sonatina;
un “solo de chelo ” y un “solo de viola”!

La linfa joyante como una princesa,
el cielo de fino cristal Bacarat,
y en glorioso marco de rosa y turquesa,
góndolas que esperan a la Dogaresa,
a la Dogaresa que nunca vendrá!...

* * *

Tríptico encantado, tríptico fragante
que realiza el brujo terceto brillante,
del trino, la rosa, y el claro diamante!...

Para
Carlos C.
Gómez.

El corazón y el pesimismo

EL PESIMISMO

1

Ya nada queda corazón vencido,
corazón, nada queda que te aliente:
ni la fluidez sonora de la fuente,
ni el campanario trémulo del nido.

Todo esplendor se encuentra consumido,
ya nada existe fúlgido y clemente:
ni la nota que es ala en el ambiente,
ni el suave aroma en el botón dormido.

Ya nada existe corazón; en vano
te lamentas y lloras y suspiras
al sentirte morir en el pantano.

¡En vano todo, corazón!... ¿no miras?,
para triunfar, el egoísmo humano,
quemó las cruces y rompió las liras!...

EL CORAZÓN

2

-¿En vano todo?... ¡No!; de la distante
pradera azul, cuajada de luceros,
siento venir presagios agoreros,
como caricias de mujer amante.

-¿Todo en vano?... ¡Mentira!; en este instante
mis fervorosos ritmos vocingleros,
me dicen de recónditos veneros
que tienen resplandores de diamante.

-¿En vano todo?... ¿No?... Ni la fontana,
ni el ave, ni la miel embriagadora,
son polvo estéril y miseria vana;

En todo, un lampo de infinito, mora;
¡hasta en las sombras de la duda humana
palpita un Dios y un sueño y una aurora!...

AMBOS

3

-¿Dioses, sueños, auroras?... ¡fantasías,
espejismos, fantasmas, ilusiones;

solo existen el hambre y las pasiones
y la muerte que siega nuestros días!...

-¡No!, ¡no tienes razón!: rudas y frías,
tus palabras secretan decepciones;
¡ven!... ¿no escuchas?...¿son besos y canciones?
¡son almas que se vuelven melodías!...

¿Mentir a Dios, los sueños, los divinos
esplendores del alba?; ¡no!; gloriosas
aleluyas esconden nuestros sins.

¡Ven a ver!... ¡ven a ver, sobre las fosas
todas las liras estallando en trinos
todas las cruces reventando en rosas!...

A mi
Maestro
Heriberto
Enríquez.

Celeste Navidad

Al amparo melodioso del silencio musical,
cabe el nítido perfume de una blanca ensoñación,
van los tres reyes lontanos animando la ilusión
que reposa sus colores en un cromo de vitral.

La divina estrella heraldo (¡plata, música y cristal!)
se desfleca sobre el ámbar del sendero de elección,
y en sus sedas luminosas, como en una bendición,
se arrebujá la esperanza diamantina y celestial.

Largas horas, fija siempre la mirada en el confín
los tres Magos bordan sueños en el vaporoso tul
hasta que, regando asombros, el prodigio surge al fin,

y anunciando por el arpa de un angélico bulbul,
en el rústico pesebre se abre el místico jazmín
que arrodilla las esferas en un éxtasis de azul!...

Para
Enrique
Crotte.

Las castañuelas brujas

Maga Antonia Mercé,
tus castañuelas tienen
un milagroso no se qué.

Yo he oído en ellas la canción
de los zenzotles y el rosal,
y el claro timbre del raudal
donde se abreva la ilusión.

Al escucharlas vi un tropel
entre chispazos de arcabuz,
y a una manola ante una cruz,
y a un toreador gallardo y cruel.

¡Castañuelas magas de la melodía;
castañuelas, brujas de la donosura,
en cuya nerviosa cadencia fulgura
el rotundo y ágil “allegro” del día.

¡Ánforas de gracia, de amor, de alegría;
campanitas raras de rara hermosura,
cuando dan al viento su gaya locura
vibra en sus repiques toda Andalucía!

¡Oh castañuelas, eco fiel
del sin igual huerto andaluz,

Miras: poemas orfebros (1932)

hechas de ensueño, aroma y luz,
de ámbar, de música y de miel.

Arrodillado el corazón
ante el milagro musical
vengo a ofreceros el copal
de esta mi lírica oración!

Santa Antonia Mercé,
¡por tus divinas castañuelas
mi escepticismo se hace fe!

A la
Argentina
Danzarina
esteta.

Espera

¡Esperar, esperar con la mirada
puesta en las vaborosas lejanías;
esperar en el cauce de los días
la ofrenda matinal de su llegada!

Esperar con la vida fatigada
y agonizante de melancolías;
¡Esperar!... ¡esperar dichas tardías!...
¡Esperar!... ¡esperar... y no ver nada!...

¡Nada!, ¡nada!, ni un débil espejismo;
ni perfil, ni fantasma, ni silueta,
ni siquiera el temblor de un idealismo!

¡Oh qué angustia tan honda y tan secreta:
esperar a la aurora en el abismo
del corazón amargo del poeta!

Para
Santiago
X. Sierra.

Reina del carnaval

¡Reina de la alegría,
majestad!,
la aurora ilustra los vitrales del día
con las Mil y Una Noches de su claridad.

Emperatriz
del minuto arrebolado de esplendor,
las horas (suspiros en desliz)
son un coro de besos sobre la frente del dolor.

Seda el ambiente,
raso la luz;
la vida, gozosa y desfalleciente,
rueda en los brazos del Oriente
con las pupilas húmedas de mirajes de Ormuz...

El prado
es terciopelo embelesado;

En el agua doncella
hay desnudez de arcángel y de estrella;

Cada árbol es un Arlequín, con nidos
a modo de sonajas, en disfraz prendidos.
Las cordilleras son de sol
y de tul;

en cada cresta canta un pájaro de arrebol,
y el viento es risa de oro en los clarines del azul.

Los volcanes, absortos de eternidad,
bajan a Xochimilco, en el temblor
de un ósculo quimérico, en cuya parvedad
se irisa la Leyenda y los sueños de Aladino y Simbad
tremen como una danza de lumbre y de color.

—¿La montaña en la llanura?

—¡Sí!

¡la piedra es ala y vuela, y de la veta oscura
brota una chispa errante que es brillo y colibrí!...

...Moctezuma, Cuauhtémoc, Nezahualcóyotl,
Doña Marina, Cortés!...

¡Hasta el bronce pindárico se vuelve tornasol,
florece arpegios muelles el rudo caracol
y el águila es rapsodia y es “sursum” a la vez!

¡Reina del carnaval,
alza tu cetro en el
que se abre la rosa de músicas del cascabel;
alza tu cetro y rompe la tristeza ancestral
que aprisiona los iris de los faisanes y el quetzal,
y sobre el valle que exaltó sus flores
en los penachos de los emperadores;
sobre esta tierra de laurel
épico y de la espiga musical,

Miras: poemas orfebéricos (1932)

siembra un cuento fragante de egregios esplendores,
filtra la roca en miel;
ritma las savias en rosal;
y en el espacio –lienzo de las liras mejores–
pinta un jardín sinfónico para los ruseñores
de la jocunda Psiquis de Xochiquetzal!...

El torero taumaturgo

Cuando el cielo se adormece, de bochorno, en las distancias,
bajo el sol que desparrama sus fastuosas pedrerías,
estremeces los penachos de tus brujas gallardías
y desdoblas los pendones de tus regias elegancias.

Forma y luz, color y ritmo, victoriosamente escancias
de tu estético joyero de radiantes joyerías,
y dibujas, sobre lienzos instantáneos, melodías
que revientan en gloriosos estallidos de fragancias.

¡Oh maestro taumaturgo de una cábala triunfal
—en la hondura de la roca transparencia de joyel,
filigrana en el escueto salvajismo del puñal!—

tú haces bella la barbarie transformándola en laurel
como un brujo que en el barro plasma euritmias de cristal
y a la roca le da trinos con arpegios de cincel! ...

A Rodolfo
Gaona.

¡Salve, primavera!...

En el dorado corazón del día
un dulce amor sus ideales fragua,
más delicados que una melodía,
más transparentes que una gota de agua.

En el profundo seno de la tierra
se incorporan los átomos vibrantes,
y el alma oculta que el filón encierra
se cristaliza en ritmos de diamantes.

Sobre el azul, magnífico y sonoro,
el sol, cual una embarcación resbala,
y es el ensueño una litera de oro
que se columpia en el vaivén de una ala.

Siderales y próceres artistas
llenan con sus prodigios los espacios,
y en sus manos de brujos diamantistas
la tarde es una endecha de amatistas,
y es la mañana un himno de topacios.

La savia, recorriendo sus canales
profundos, delicados, misteriosos,
erige sus martirios silenciosos
en un ofrendamiento de rosales.

¿La Primavera?... ¡Sí, la primavera
prolífica y gentil!; la mariposa
lo dice, nos lo dice la pradera,
y ese santo fervor de la pantera
enamorada del botón de rosa.

Nos lo dice el suspiro perfumado
que la corola, palpitante, exhala,
y la linfa que corre por el prado
con una ingenuidad de colegiala.

¡Eres tú! ¡Sí, eres tú! Cómo se siente,
cómo se ve la huella de tu paso:
¡respiras, y es de aromas el ambiente!
¡sueñas y hay un prodigio en el ocaso!

¡Salve, delicia de los aguaceros,
temblor de las libélulas fugaces,
reclamo pastoril de las torcaces
y aleluya triunfal de los jilgueros!

¡Salve, rosado albor de las mañanas,
fuego y carmín de los atardeceres,
sonrisa musical de las mujeres,
repique juguetón de las campanas!

¡Salve, Señora Nuestra del Arrullo,
del éxtasis, del mimo y del zureo!
¡una gota de miel en el gorjeo
y un preludio de flor en el capullo!

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

¡Salve, Madona de los Madrigales
cuyas manos, de eclógicos jazmines,
bordan un cuento azul en los jardines
y una leyenda de oro en los panales!...

¡Salve, cáliz de lípidos fulgores
en el que beben las auroras mismas!
¡himno que se desata en resplandores!
¡lira de luz con músicas de flores!
¡chorro de sol desbaratado en prismas!

¡Salve, fiebre de ensueño y de quimera;
vida que lucha hasta volverse hazaña;
de toda gestación cumbre o bandera,
pues hasta Cristo es una primavera
clavada en el crestón de una montaña!

¡Salve! ¡Salve, temblor de un viento arcano,
de toda esplendidez rico lingote!
¡Salve, expresión del ideal humano:
primavera gallarda del Cyrano,
primavera inmortal de Don Quijote!...

¡Salve, ascensión de audacia y de grandeza,
ímpetu de picacho y de obelisco!
¡Sófocles: primavera de belleza!
¡Primavera de arrobos de Teresa!
¡Primavera de amor de San Francisco!

¡Salve, Salve! ¡Penacho de locura;
oro que canta en el clarín del día!
¡Julietta: primavera de ternura!
¡Citeres: primavera de hermosura,
y eterna primavera de María!...

Eclosiones de lumbre y de azahares,
reventazón de yemas y de anhelos,
impaciencia de halcones y jaguares;
juventudes de Orlandos y Vivares;
y pendones, y flámulas, y velos!...

Todo lo que es temblor, racha o latido;
todo lo que despierta y resucita:
¡en el silencio el alma del sonido!
¡entre la fronda el corazón del nido,
y en el mar la mañana de Afrodita!

¡Oh primavera! ¡Oh luz! ¡Oh encantamiento!
ante tus peregrinos esplendores,
como en las dulces páginas de un cuento,
se me llena de música el acento,
se me vuelve canción el pensamiento
y se me fuga el alma en ruiseñores!

Hora magnífica

Cruza un ave el espacio como lira que vuela
en la paz de los campos hay suspiros que lloran,
y el blasón de la tarde, que los cielos decoran,
con esmaltes insignes el crepúsculo niela.

El espejo del lago sus azogues bisela;
el pavés de las cumbres sus celajes enfloran,
y los últimos trinos, con sus dardos, perforan
el silencio profundo que la sombra cincela.

Todo en un fervoroso misticismo se aduna;
besa el sol a la tierra como Herakles a Omphalia
y aparece en el valle de zafiros la luna:

La romántica luna –de los bardos Castalia–
que preside el cortejo de los cisnes de Iduna
y despliega abanicos de palomas de Idalia!...

Para
Guillermo
Tardiff.

Súplicas de mansedumbre y de altivez

Hermano que caminas
sobre espinas
perfumadas de ilusión;
Hermano cuyo áspero sayal,
oculta una siringa de cristal
donde palpita la virtud de una canción.

Hermano suave
como el vuelo de un ave,
como un pétalo de rosa,
como una mariposa
que se siente pasar y no se ve;
Hermano doliente,
cuya alma transparente
guarda el diamante luminoso de la Fe.

Hermano, todo bondad,
todo dulzura y caridad;
sufriente hermano mío,
dime, ¿en qué te hirió mi necio desvarió,
para que así tu amor,
que es un rayo lunar,
beatificara mi tortura singular
santificando con sus preces mi dolor?...

¿Olvidas, quintaesencia
del bien,
que mi seráfica demencia
huye también
de la caricia,
y del consuelo,
y de la miel,
pues el amado sufre más en la caída
y si se endulza con los besos nuestra vida
es más amarga la amargura de la hiel?...

No me corones, pues, con tus guirnaldas;
no pongas luz
en las amadas sombras de mi cruz;
ven, golpea con furia mis espaldas;
ven a estrujar
entre tus manos el azahar
cándido de mis sueños;
córtales a mis clavileños
las alas donde el día
parece amanecer,
y destroza mi necia rebeldía,
y deja fallecer
en el silencio mi angustiada melodía!...
¡Rompe!, ¡ven a romper la lira mía
y haz que mi canto nunca vuelva a florecer!...

¡Yo te lo pido, Hermano,
por el amor divino

que dió a tu boca el trino
y las suaves caricias a tu mano!
¡Yo te lo pido!... ¡hiere, rasga, azota,
despedaza mi cuerpo “tira a tira”;
escúpeme la cara; deja rota
mi altivez y mi orgullo, y luego... ¡Mira!,
una vez que mi cuerpo esté deshecho,
con sagrado furor ábreme el pecho,
sácame el corazón rico en maldad
y arrójalo a la selva traicionera,
a ver si así, saciando el hambre de una fiera,
Dios le perdona su infinita vanidad!...

¡Hermano, santo Hermano, Hermano Mío!
¿Verdad
que así
lo harás?...

El sublime calvario

Sobre tu blanca nave la tempestad se estrella,
desatan en tu vida los vientos su locura;
¡en tu alma ya no puede caber más amargura
ni pueden ser más rojos los surcos de tu huella!

Ya de tus cielos vastos huyó la última estrella;
oscuro es tu suplicio, terrible tu tortura,
¡pero en las horas negras más blanca es tu ternura,
y en los infames odios es tu bondad más bella!

¡Oh!...¿cuándo en tus tinieblas se hará otra vez el día;
cuándo hablará en tus noches la alondra que traía
la luz, en el celeste milagro de su voz?...

¡No sé!... ¡mas sé que ahora que todos te han dejado,
tu espíritu vencido, doliente y fatigado
se encuentra aún más cerca de la bondad de Dios!

A mi padre
el Sr.
Ricardo
Zúñiga
Merino.

El colibrí

Melodía
de pedrería
y arrebol;
en la corola del día
danza de gota de sol;
rocío de arco iris que se queda,
fingiendo trémolo de seda
en un columpio tornasol.

Huitzilin
de Quetzalcoatl,
todo un jardín
diminutivo en un gemario de cristal.

Gala
y vuelo,
ala
y flor;
en capelo
del aire de vidrio la gema de un áureo temblor!...

Esquife de coruscante parvedad
que vaga en una azul mentira;
latido de jaspes del corazón de la lira
–toda fulgores– de la claridad.

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

Joyel
de miel
y luz;
cascabel
de resplandores que canta, cual pájaro de oro, en el
árbol de hierro de la cruz,
donde perfuman los madrigales
de los labios celestiales
y florecen los rosales
de las heridas de Jesús.

Colibrí,
colibrí,
en ti
va, como en una transhumante litera,
toda la fúlgida primavera
de la gruta de Alí
Babá.

Mínimo y grande: amanecer
en la piscina
de una joya; Mil y Una Noches en la vitrina
de una quimera,
colibrí,
colibrí,
quien pudiera
ser
así.

Para José
Luis Gutiérrez.

Pobre hermano de mi alma

Pobre hermano de mi alma, mi hermanito menor
que ya gustas del santo tormento de pensar;
¡ven!, alabemos juntos al divino Dolor!
¡ven!, pobrecito hermano te enseñaré a llorar!...

¿Lo ves?... son espejismos la dicha y el amor;
sólo es feliz el hombre que se tiende a soñar.
¡Ven!... ¡vamos al martirio como Nuestro Señor!...
¡Crucificarse es una manera de rezar!....

¡Ven!... el mundo es la tumba vergonzosa del ser,
el abismo espantoso cuyo infame capuz
ampara los brutales delirios del placer!...

¡Ven!, hermano, solloza: ¡sollozar es dar luz!
padece, hermano mío: ¡brillar es padecer!...
¡Sufre!... ¡sufre!... ¡la aurora es brote de la cruz!...

Yo quisiera

Yo quisiera engarzar en el viento
la sonora inquietud de mi acento;

Yo quisiera guardar en las flores
la virtud de mi sueños mejores;

Yo quisiera mecer en la brisa
la ilusión que de ritmos se plisa;

Yo quisiera tender en el lago
la visión con que a solas me embriago;

Yo quisiera pulir en un jade
la ternura lilial que me invade;

Y quisiera vivir la fortuna
del más dulce deliquio de amor,
en el alma de un rayo de luna
o en el beso de un tibio fulgor!...

Las cumbres preclaras

En abismos de carbunclos la fastuosa tarde rueda,
clava sus tapices tirios, en los cielos, el ocaso,
y las cumbres milagrosas, con sus túnicas de raso,
fingen dos reyes dormidos entre sábanas de seda.

El sol bruñe el oro virgen de las dos moles bravías,
pule los granitos brujos con sapientes devociones
y rutilan los volcanes como inmensos corindones
que decoran los collares de las broncas serranías.

Como dos brasas enormes, como dos inmensas lumbres,
arden, bajo el terciopelo sideral, las fuertes cumbres,
mientras el crisol occiduo desparrama su raudal;

Y cuando la sombra mella, poco a poco, sus aristas,
los gigantes se sumergen en un sueño de amatistas
que salpican los luceros con sus cuentas de cristal!...

Para
José
Muñoz
Cota.

Salmo lírico

Parábola de bendiciones
rítmicas en los translúcidos caminos,
discurres ya por las regiones
sidéreas, ¡Oh peregrino de los peregrinos!,
con los labios florecientes de enredaderas de trinos
y con las pupilas fúlgidas de vuelos de constelaciones!

Ya te vemos, hermano del agua doncella
y de Francisco de Asís,
perfumando la inmensidad con tu huella
como el ibis de plata de una estrella
que fuese al mismo tiempo flor de lis.

Ya dulcemente vas
en la paz
que con la tumba se concilia,
escuchando el milagro de la voz
con que la musical Santa Cecilia
nos dice de las músicas de Dios.

Ya eres todo fervor
y eres todo ideal,
ya eres todo candor
y fulgor
matinal,
y eres más suave que el temblor

del arco de iris de los besos en el diamante
alucinante
del suspirante
madrigal.

Ya alcanzaste por fin
la irreal transparencia del tul;
ya eres todo de azul
de leyenda y de azul de lontano
y arcano
confín;
y eres a manera de un juglar serafín
que llevase en la voz un bulbul
y tuviese por alma un jazmín!...

¡Oh bardo de las santidades
y de las poéticas letanías,
y de las castas melodías
y de las recónditas ansiedades!

¡Oh devoto dulcísimo del tornasol que asoma
en la perla del día, cual desmayado Oriente!
¡Oh tú que fuiste manso y amaste a la paloma
y fuiste misterioso y amaste a la serpiente!
¡Oh tú cuya existencia fué un aroma
que hizo estallar la nítida redoma
en un sonoro vuelo transparente!

Elegido fiel
que pusiste nuestro dolor
y nuestra hiel
y nuestra fiebre arcana, desoladora y cruel,
en la luz, en la seda y en la miel
de las divinas manos del Señor!

“Fraile de los suspiros, celeste anacoreta”
como Darío
dijo de ti:
¡Devoción de breviario de violeta!
¡conciencia de rocío!
¡verso de colibrí!

Levedad
de gorjeo,
de cabrilleo
y caridad,
en las capillas de tus gemas oró sus brillos la virtud,
por eso cuentan todavía
que el día
que sepultaron tu cadáver, se veía
cómo una Salve de oropéndolas amanecía
en el reclinitorio de silencios de tu beatífico ataúd!...

Hondura
de ternura
y de misterio y de dolor,
en la dulzura

de tu alma se enredó la tortura
del Más Allá conturbador,
y te posaste en el espesura
dantesca, contorsionada de terror,
tú que fuiste un anhelo de blancura
y lirio fuiste al par que ruiseñor.

Mínimo del verso desnudo,
infantil
y embelesado;
mendicante bajo cuyo rudo
y desgarrado
sayal,
solloza una tristeza
de marfil
y reza
una esperanza de cristal.

Monje pordiosero
de luz,
que transitas por el sendero
de la mano de fulgores del lucero
de Jesús.

Anacoreta
de la poesía,
esteta
beato que repasas el Ave María
del espectro solar,
en las páginas de agua de la faceta

Miras: poemas orféticos (1932)

que la aurora se pone a iluminar.
¡Poeta de los arrobos líricos! ¡Oh santo
de los éxtasis musicales!
a través de los copales
devotamente rítmicos de tu canto,
yo te miro pasar, unciosamente,
fúlgidamente,
melodiosamente,
como la eternidad
de la belleza
y de la órfica santidad,
con todas las palomas místicas posadas sobre tu frente
y entre las manos de hinojos el nardo de la claridad!...

A Amado
Nervo.

El más hondo dolor

Tristeza de la tarde que muere lentamente,
tristeza de los ojos cansados de llorar,
tristeza del suspiro que es llanto en el ambiente,
tristeza de estar solo, tristeza de pensar...

De líricas espinas cubierta está la frente,
los labios sin palabras helaron el cantar
y el corazón que oraba por un amor ausente,
no reza... ya no reza... ¡no puede ni rezar!....

¡Que angustia tan profunda la de nacer poeta,
la de tener un alma que es un anacoreta,
la de rimar la vida con íntimo fervor!

¡Qué amargo es estar loco de esta inmortal locura,
pues para los que sufren tan íntima tortura
no hay Cristos que dibujen su gesto redentor!

Para
D. Erasmo
Castellanos
Quinto
(el maestro
y el poeta).

Epitalámico

Irisamiento de piedras preciosas
en el celaje y el fulgor;
besos dormidos en las rosas
y en el ambiente, sedosas
y finas
voces que bordan peregrinas,
suaves leyendas de esplendor.

Epitalamio: El día
luce guirnaldas de azucenas
en sus cabellos de luz,
y en la cósmica epifanía
hay suavidades nazarenas
como de plumas de avestruz.

Todo está blanco: la dulzura
del instante, el armiño
de la ternura,
el nardo de la Paz...
El corazón es un niño
¡Nítida y cándida locura!
¡Sí hasta el idilio que es blancura
hoy es más blanco... mucho más!

El amor adorable y sonriente
llega del Visapur del Oriente

en un esquiife de arrebol
y es psiquis munificente
jardín de músicas en la fuente
vergel de brillos en el sol.

¡Epitalamio!...

Yo quisiera
que toda tu existencia fuera
un tenue arrobo singular,
en cuyos gobelinos de tules
cantaran pájaros azules
ebrios de aromas de azahar.

¡Epitalamio!... ¡Epitalamio! ...

Oye a los ritmos de la vida
cómo se ponen a cantar!...

Para
el doctor
Fernando
Ortega
Merino.

El gato Alcibíades

Con elasticidades de tigre de Bengala,
con dúctiles finuras de cisne y de mujer,
con inquietud de linfas que deshenebra un ala
surges del principesco blasón de Baudelaire.

Sobre la suave seda de tu “peluche”, resbala
una como locura de besos de placer
y en tus euritmias muelles se oye trinar la escala
que en labios de Afrodita modula Lucifer.

¡Oh príncipe de un prócer y extraño Singapur,
una mitad poeta y otra espadachín,
digno de los sinoples y del glorioso azur!

¡Oh heráldico felino, demonio y Arlequín
que ves, en tus orgías, cómo en la Cruz del Sur
se crucifica el vasto silencio del cofín!...

La sonata doliente

Quijote vencido, va mi corazón,
ya sin el penacho de la gallardía
—como en un entierro de la melodía—
dormida en el alma la alondra del día,
y helada en los labios la bruja canción!

Yo amé con ternura, con mística fiebre,
princesas lejanas, quimeras remotas;
minié finos vasos con dedos de orfebre
y orné ánforas ricas con manos devotas.

Tuve blancos cisnes y garzas morenas
en el vidrio puro de mi muelles lagos,
y hasta tuve sueños como de azucenas
en los que, al amparo de las hadas buenas,
iba yo en la tropa de los Reyes Magos...

Sonrió a mis afanes la rubia fortuna,
la aurora brindóme con su matinata,
y vi, entre las sedas del claro de luna,
al payaso triste del amor de plata.

Giró entre mis manos la encantada rueca
de la historia maga, rútila y distante,
y, sobre caminos de lumbre y diamante,
vi al Cid impetuoso volando en Babieca
y al Manchego ilustre con su Rocinante!

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

Al rey de Golconda sobre un dromedario
lo vi, por dorados y azules senderos;
mis cielos indemnes cruzó el Sagitario
rasgando tinieblas y hendiendo luceros.

Sonó por mis bosques su flauta divina
el dios armonioso del tirso florido,
y en un suave aroma –gentil portantina–
pasó entre mis versos un silfo dormido.

Tuve como alfombras pieles de leopardos
que mató el Herácles de mi fantasía;
miel y ámbar de notas me dieron los bardos
y hasta mi colina perfumó de nardos
el celeste y pobre serafín de Umbría!...

Chafé los dechados de bellos jardines;
espigué ternuras con manos aviesas;
¡fui tras de las níveas manos de jazmines
y tras de los claros ojos turquesas!...

Perlas, astros, flores, luz, perfume y canto:
todo lo tenía mi loca ambición,
pero una mañana se rompió el encanto
y como un suspiro más triste que un llanto,
se murió de bella mi blonda ilusión!...

¡Perdí a la princesa de pupilas zarcas,
perdí a la princesa de las trenzas rubias,
y no vi desfiles de ricos monarcas
en las tardes persas y en las noches nubias!...

De mis fantasías –nácar y cobalto–
borró los matices la angustia infinita;
se hundió mi castillo de jade y basalto
y mi torre excelsa de oro y malaquita.

Enturbióse el vidrio de mi lago terso,
su lámpara prócer me negó Aladino;
¡se durmió en las cuerdas el fragante verso
y expiró en las gorjas el dorado trino!...

Desde entonces vago con mi musa errante,
gimiente la rima de azules suspiros,
buscando, en la bruma sonora y distante,
la gallarda cumbre de armiño y diamante
y el palacio de ámbar, ónix y zafiros!...

Todo en mí es amargo, no hay alma clemente
que endulce mi cáliz henchido de hiel,
sólo algunas veces, melodiosamente,
Jesús acaricia mi ensueño doliente
con sus santas manos de música y miel!...

Quijote vencido, va mi corazón,
ya sin el penacho de la gallardía

Miras: poemas orféticos (1932)

–como en un entierro de la melodía–
dormida en el alma la alondra del día,
y helada en los labios la bruja canción!...

Para
Juan Manuel
Carrillo B.

El minuto sonoro

En la mañana hay besos divinamente azules,
en el jardín hay fiestas de arrullos y de flores,
se doran con ensueños los siderales tules
y cantan invisibles y vagos ruiseñores.

Desatan sus chaquiras ocultos surtidores,
blasónanse las frondas con luminosos gules
y en un marco que finge Bassoras y Estambules,
desfilan infinitos y líricos primores.

¡Qué clara transparencia la del ingenuo día!
¡qué cándida frescura la de la melodía
del límpido y preclaro minuto matinal!

¡Parece que los ritmos, en el silencio presos,
desgarran sus capullos y en un millón de besos,
se alargan por un rubio camino musical!...

Para
Lamberto
Alarcón.

Motivo musical

Se llenan los cielos divinos
de trinos
azules,
a modo de tules,
y blondos y bellos
como los destellos
que irizan con su melodía
la perla y la concha de nácar del día.

Es la epifanía
del alma del bardo,
¡oh esencia de nardo
sonora de besos
impresos
en labios rituales
que son a manera de rojos panales!

Las violas del viento
dibujan cual tenues perfiles su acento,
en el pentagrama
por donde el cromático ritmo de Dios se derrama
y van los luceros trenzando en acordes sus danzas de llama!...

La brisa
se plisa
como una sonrisa,
y entre los caireles
del sol,
van sonando como cascabeles
los versos del dulce poeta
de sueños fragantes como de violeta
y de arrullos tenues como de arbol.

—¡Éxtasis de los violines
siderales
y de las cítaras ideales
en cuyas cuerdas primaverales
brotan rosales
y jazmines!—
van como azucenas níveos serafines
quién sabe a que vago e ignoto confín;
mientras muy abajo gruñen los dolores
y en un negro abismo de angustias y horrores,
la muerte se esconde cual torvo mastín.

Flor
de fulgor,
brote de luz
sobre la cruz
donde la lira
clavó al Jesús
de su dolor,
amortajado en el candor

Miras: poemas orféticos (1932)

de amor
y albor
de su mentira.

Lyz
de verso
en el páramo adverso,
y en el labio perverso
melodioso matiz.

Gota
de oro
sonoro
en la sed del oído,
semilla de una nota
en la remota
hondura del corazón compungido.

¡Milagro del verbo con alas!
El alma errabunda tiende sus escalas
hasta las estrellas de Nuestro Señor;
y ágiles
y frágiles
como las libélulas
y rítmicas como tiorba o ruseñor,
las células
vueltas canciones y vuelos
se van a los cielos
por los terciopelos
de un fino

Horacio Quiñiga Anaya. La luz del conocimiento

camino
de trino
y fervor!...

A Ignacio
Ramírez
Pezo.

El milagro vespéral

Ya la tarde está durmiendo sobre un lírico ataúd;
ya la brisa corta el alma como un lúgubre puñal
y vibrantes las estrellas, como abejas de un panal,
van cuajando de los cielos la monótona quietud.

A lo lejos gruñe y silba la rabiosa tempestad;
hay quién sabe qué misterios palpitando en el confín;
y se mueren deshojados los ensueños de jazmín,
y agoniza la esperanza con la enferma claridad.

El silencio, sorprendido, se arrebuja en el azul,
San Francisco va cantando como angélico bulbul,
Dulcinea desparrama los perfumes de su voz;

y en el cándido retiro de mi triste y rota fe,
se dijera que, nevado de candor, está de pie
todo el ritmo luminoso de las músicas de Dios!...

Para
Ramón
Robles
G.

La Navidad de Dios

Navidad
de las almas
tristes:
Los árboles simbólicos tienen
ahorcados sus juguetes
con sogas de suspiros
y los “nacimientos” en lugar de bengalas
lucen lágrimas!....

Abajo, las llanuras son una desolación
de plata;
y arriba, de las techumbres transparentes,
cuelgan
las estrellas
como piñatas!...

¡Y los pobres se mueren en los zahuanes!
¡Y los burgueses se prostituyen en las cloacas!...

¡Navidad de las almas tristes!
¡Navidad de los huérfanos y de los parias!
¡Navidad! ¡Navidad de los que sufren!,
lo mismo, ¡oh Papini!, que la Navidad de la Historia Sagrada!...

Para
Roberto
Atwood.

Un año más

Un año más... perfuma el viento no sé qué dulce melodía,
como de flautas de oropéndolas, como de cítaras de rosas;
flotan esquifes de aleluyas sobre las brisas vagarosas
y escribe, en oros de silencio, su ritmo azul, la lejanía.

En una concha de arreboles llega la Anfitrite del día
pintando el cielo de acuarelas con sus miradas luminosas,
nuevas sonrisas de fulgores ungen la angustia de las cosas
y el alma canta como el pájaro de la más bella epifanía!

Un año más... Vidas gemelas bajo el augurio del destino
las dos abiertas a la dádiva del astro, el ósculo y el trino,
las dos magníficas de ensueño, las dos unánimes de amor;

Quiera el que en regios esplendores toda miseria transfigura,
que absuelva siempre vuestras sombras una alborada de ternura
y siempre alfombre vuestros yermos un espejismo redentor!...

En el Álbum del Sr. Coronel Filiberto Gómez
Gobernador del Edo. de México y de su distinguida
esposa la Sra. Da. Eleazar H. de Gómez.

Rocío

Temblor
multicolor,
en el
primor
de un microscópico joyel.

Breviario
de iris de la rosa;
acuario
de jaspes de la mariposa.

Fina
piscina
de luz submarina
de una piedra preciosa
equilibrista y danzarina

Gota de celaje,
polvo de miraje,
astilla
de sol;
maravilla
de una minúscula capilla
de vidrio tornasol,
donde ora
su madrigal pictórico la aurora
y reza sus rodeles de cambiantes el arrebol.

Miras: poemas orféticos (1932)

Diamante
líquido y alucinante,
cuyos visos,
al desenhébrarse entre los rizos
de la mañana azul,
pintan miniaturescos paraísos
en las páginas leves de las brisas de tul.

Sedosa,
luminosa,
radiosa
brevedad:
¡Rocío!
¡Rocío!
¡agua desnuda que destella,
como la estrella
que es más bella
porque no luce otro atavío
que su doncella
claridad!

Díaz Mirón
(A la manera clásica)

Enorme y dulce, rítmico y potente,
como el crestón donde la aurora canta,
con un clarín de luz en la garganta
y un zarzal de luceros en la frente.

Cuando caminas, ¡oh titán!, se siente
cómo tiembla el zafir bajo tu planta,
y se ve cómo el cielo se agiganta
cuando surge tu testa en el oriente.

¡Oh halconero del sol, héroe de un mito,
de las alondras dispersando el coro
va siempre el gerifalte de tu grito;

Y si vuelca tu numen su tesoro,
en la cúspide azul del infinito
truenan un ciclón de marsellesas de oro!...

¡Oh madre de mi madre!...

Surges en el dorado minuto de la vida:
nosotros somos niños y tú...;tú eres de luz!
sentados a tus plantas te oímos; embebida
estás en un relato...¡el alma seducida
siente como si fuera corriendo en avestruz!...

Y se dibuja un regalo desfile de tetrarcas,
sultanes y Kalifas de esplendideces sumas;
ya va un glorioso efebo con su morrión de plumas
en pos de las cisternas de unas pupilas zarcas.

¡El Ratoncito Pérez, la bella Cenicienta,
Caperucita Roja, Simbad y Gulliver!...
Todo el dorado mundo que en el prodigio alienta
ante el ingenuo asombro radiante se presenta
con la humedad rosada de un claro amanecer!...

Y cuando ya has regado las joyas de tus arcas,
el infantil ensueño que con tu amor abrumas,
se pierde navegando por las azules brumas
en el kaleidoscopio de fúlgidas comarcas!...

¡Oh madre de mi madre! ¡Oh límpida existencia,
arroyo de ternuras de un cándido vergel,
que eternamente corra tu clara transparencia,
pues fuiste en el remoto panal de la inocencia
como un millón de besos en un hilo de miel!...

A la Sra.
Urbana
Pérez, Vda.
de Anaya.

¡Salve, Virgen Morena!

¡Salve, Virgen Morena! ¡Dios Te Salve María!
de la angustia del indio celeste redención;
¡Para el ojo mendigo la limosna del día!
¡Para el alma desnuda caridad de perdón!

¡Salve, Señora Nuestra!: Tú cuya melodía
de hinojos postra el grito de hierro del ciclón:
Tú que en el yermo estéril que nunca florecía,
floreceste un milagro de luz: ¡tu aparición!

¡Salve! ¡Salve, Dulcísima! En la altura doncella
mira desde la “turrís ebúrnea” de la estrella,
cómo el barro a tus plantas es beso y alelí;

Y cómo, transmutando mil ansias misteriosas,
hasta las mismas tumbas se coronan de rosas,
porque no falten rosas, ¡Oh Madre, para Ti!...

En el CD Centenario
de la Aparición de la
Virgen de Guadalupe.
(XII-XII-MCMXXXI)

Sor de Lyz

Sor Juana

Inés

de la Cruz:

El espíritu discurre por la arcana
huella de músicas de tus pies
que flordelisan el ingrávigo capuz,
y a través
de la urdimbre de las cuerdas de la lira
ir

y venir

te mira,

(cual si bordases la sonora mentira
de un dechado de notas de luz)

ir

y venir

te mira,

por la lírica llanura castellana,

con el hábito azul de la mañana

en una mano la oropéndola de Don Quijote y en la otra la paloma
de Jesús!...

Y nadie sabe

que es mejor,

si el suave

palor

de tu candor

Miras: poemas orféticos (1932)

monjil,
o el sutil
primor
de tu garganta de ave;
pues que poseyendo al par
el don de cantar
y el de rezar
–incienso en la penumbra beata
y serenata
en el silencio soñador–
eres para el zafir lirio de estrella
y para el alma de la atmósfera doncella,
flor de poema entre los labios del viento efebo y trovador.

Sí
todo en ti
canta
y
ora,
Santa
de la palabra canora,
jerónima de la divina garganta,
Sor de Lys de la lira y de la aurora!...

¡Oh la poética esencia
de tu vida!
¡Oh la seráfica transparencia
de tu alma suspendida
en un tenue y nevado arrobo de inocencia!

Y eres de aquí,
aeda hialina;
nuestra es tu fina
blandura
de seda
y
tu blancura
de alelí.

En el rubor
de un ingenuo caserío,
como en la púrpura de una rosa, puso Dios el temblor
de tu existencia de rocío.

De nuestros campos perfumó el aroma
tus aldeanos azoros de paloma.

Pues aunque fuiste miel de aristocracia
en la corte del marqués de Mancera,
—transparente de gracia,
casi inmaterial de quimera—
fuiste más bien para Doña Leonor de Carreto,
la miniatura de una Doctora de Ávila de cera
dormida en el gemario de un soneto.

Brote tardío de la delicadeza
racial:
de los mosaicistas
de plumas y los ceramistas

Mirras: poemas orfebéricos (1932)

y los orífices y los diamantistas
y los emperadores de bronce que tenían el ensueño de cristal.
Renuevo del hondo sentido
estético ancestral:
tal
en la fronda obscura del pasado, el nido
de oro del ruseñor de luz de un madrigal...

Rosada caracola
en la que se arrodilla
el tumbo de la ola
épica y se humilla
el trueno del pretérito mar,
y el relámpago mismo, en un iris, se inmola
y para estar en su alma que el sueño tornasola,
la luna despetala su corola
en una eucaristía de nieves de azahar!...

¡La dulce alondra que redime
al puma!
¡La sublime
caridad de la gorja y de la pluma
que sube a Dios con el dolor que gime!

¡Oh espuma
de belleza
y de pureza!
¡Oh musa de nuestros zenzontles! ¡Oh torcaz
de Nuestro Señor!

para enseñarnos cómo hasta el arte es nada más
un peldaño celeste y cómo a cambio del esplendor fugaz
de abajo se alcanza arriba el máximo esplendor,
haz, ¡oh divina Sor Juana!, haz
que veamos desde nuestra miseria, cual un doble símbolo redentor,
la cruz abierta de tus brazos que va diciendo: ¡AMOR!
y el lirio en alto de tu frente que va cantando: ¡PAZ!...

Para
el Dr.
José
Rafael
Pliego.

Colofón

Clavado en la tortura musical de la lira,
prisionero en las rejas del divino cordaje,
apuré en los nectarios de la bella mentira
hasta el último dejo del remoto miraje.

Suplicíe los impulsos de mi anhelo infinito,
azoté a mis vehemencias y las puse en la cruz,
y logré, cincelando diariamente el granito,
que se dieran los bloques en ofrendas de luz.

Nada huyó a los afanes de mi sed insaciada,
todo está en este fruto de mi casto retiro;
¡el perfume de loto de la santa mirada,
y la seda tremante del ferviente suspiro!

Todo está en este acorde: la plegaria y el ruego,
la devota esperanza, la vibrante osadía,
¡el azul idealismo del glorioso Manchego
y la blanca ternura del hermano de Umbría!...

Hoy, por eso, concluida mi sonora turquesa,
doy reposo a las manos de la sabia emoción,
en el nombre de nieve de la suave tristeza
y en el nombre de vidrio de la clara ilusión!...

CONTENIDO OBRA COMPLETA

POESÍA

Tomó I	Ánfora (1920) Mirras: poemas orfébricos (1932)
Tomó II	El minuto azul (1932) La selva sonora (1933) 3 poemas a la madre (1936)
Tomó III	Sinfonías (1937) Torre negra (1938) Elogio de la madre (1939) Aguiluchos (1940) ¡Presente! (poemas) (1951) Letras marianas (1953) Laude a Atlacomulco (1956)
Tomó IV	Zarpa de luz (1974) Espumas y oleajes (1977)

ENSAYO

- Tomo V El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica) (1933)
La universidad, la juventud, la revolución (1934)
- Tomo VI Verbo peregrinante (1939)
Homenaje a la bandera (1940)
- Tomo VII Ideas, imágenes, palabras.
“El libro de los oradores” (1956)

NOVELA

- Tomo VIII El hombre absurdo (1935)
- Tomo IX Realidad (1936)
¡Miseria! (1981)



Horacio Quiroga Anaya. La luz del conocimiento
Tomo I Poesía: *Anfora* (1920) | *Mirras: poemas orfèbricos* (1932), Jorge Olvera García (coordinador), se terminó de imprimir en octubre de 2016. El tiraje consta de 200 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección del Programa Editorial de la UAEM.

Editora responsable:

GABRIELA LARA

